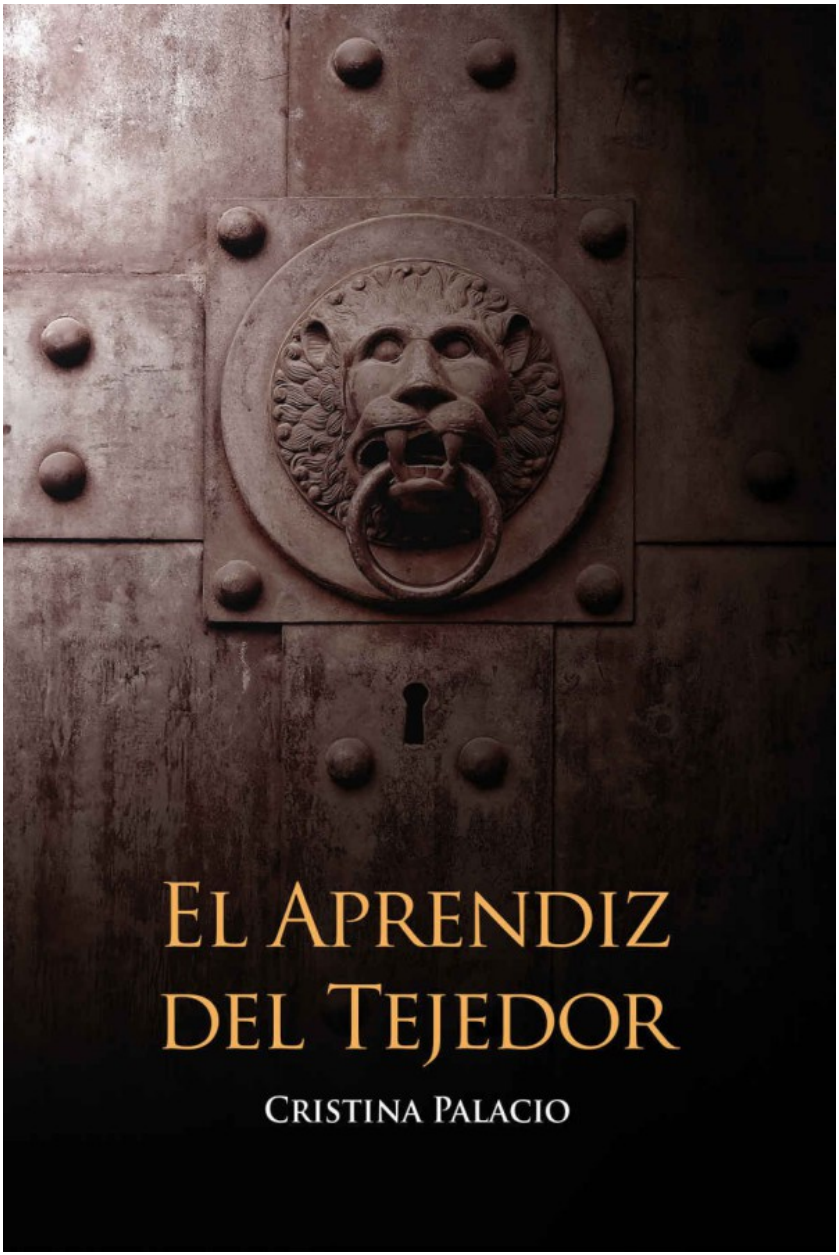
El Aprendiz
del Tejedor
Cristina Palacio

El aprendiz del tejedor

Cristina Palacio

Año 1535.

Escalonilla es un pueblo perdido en la meseta castellana, similar a cualquier otro, con su iglesia y su fuente, su cura y su alcalde, sus viejos tomando el sol en la plaza, sus mujeres con el cántaro en la cadera y sus niños jugando.

Se acerca el día de Navidad y la fecha de elegir los nuevos cargos municipales.

Una noche de tormenta, un asesinato, un testigo…

¿Qué oculta un pueblo que parecía tan inocente?

Escalonilla, 21 de diciembre de 1535

El aprendiz del tejedor

La luz de la luna, pálida, helada, apenas alcanza a iluminar el perfil de los edificios arremolinados en torno a la fuente. El pueblo duerme recogido sobre sí mismo. No hay ninguna luz detrás de las ventanas de postigos cerrados, ni sale humo de los hogares sino es el poco que producen las brasas ya casi apagadas que se dejan para caldear la noche. En los corrales, los animales descansan apelotonados unos contra otros. El viento corre por las callejuelas que hay entre las casas levantando, a su paso, tierra y hojas sueltas.

Al pie del muro trasero de la iglesia, un niño delgado y tembloroso, arrebujado en un jubón más bien escaso y con una manta a modo de capa, se aprieta contra la pared intentando ocultarse. Mira con atención ante sí, aprovechando los momentos en que las nubes destapan durante unos segundos la luna. Cuando ve que cerca de la fuente se mueve alguien, se separa de la iglesia y corre medio agachado. Procurando no hacer ruido y sin abandonar el refugio de las sombras, se atreve a susurrar un nombre.

—Hernán. ¡Hernán!

La figura inclinada cerca del caño se vuelve con rapidez. Es otro chico, también flaco y desgarbado, también arropado con una manta que aletea a su alrededor, el cabello castaño arremolinado en torno a su cabeza. Al oír su nombre, se levanta para correr el corto trecho que le separa del que acaba de llamarle.

Se agarran el uno al otro y se alejan del espacio despejado de la plaza buscando la oscuridad más densa y resguardada de una calleja cercana. Un perro comienza a ladrar. De común acuerdo, los muchachos echan a correr calle abajo, alejándose del perro y hundiéndose en las sombras. Corren en silencio, buscando la protección de los muros. Acaban agachados en un recoveco que forman las paredes de dos casas, el aliento agitado, temblorosos.

Esperan en silencio. El perro, ya lejano, ha dejado de ladrar. No se oye nada, solo el rumor de la incipiente tormenta. Y a su alrededor, las

sombras, la oscuridad que va y viene según el capricho de las nubes que tapan y destapan la luna.

—¿Qué pasa? —pregunta uno de ellos en un susurro.

El otro se vuelve. Tiene los ojos oscurecidos por el miedo.

—No sé —dice en voz apenas audible—. Hay alguien ahí, ¿no lo has visto?

—¿Quién? ¿Tu amo?

Un ruido seco los sobresalta. Se quedan mudos, paralizados, rodeados de una negrura movible y densa que parece llena de manos que les revuelven la ropa y el pelo. Conteniendo el aliento, los dos muchachos esperan. Pronto ven que una sombra entra en la calleja en la que se ocultan y oyen, a través del ulular de la ventisca, el sonido de sus pasos.

Ambos se levantan y corren, una vez más, sin mirar atrás. A su paso ladra algún perro y el vendaval silba con furia. Evitan la plaza, con su fuente de caño vacilante, y saltan el pequeño desnivel donde desemboca el agua. Se agazapan tras una pila de leña medio derrumbada junto a la pared de una de las últimas edificaciones del pueblo. Intentan reprimir los jadeos y se acurrucan todo lo pueden el uno contra el otro.

Ahora, en la plaza, pueden ver con claridad a alguien: un hombre alto, cubierto con un capote que aletea con furia a su alrededor al son de las ráfagas de viento, lo que le hace parecer un ser sin límites precisos, amenazadoramente ondulante. Lleva un palo en la mano. Por unos instantes, parece indeciso. Se aleja hacia la iglesia, retrocede, vuelve a acercarse al caño y termina por encarar hacia el desaguadero.

Los muchachos se acurrucan tras la leña. Uno de los troncos que los resguardan cae desde lo alto, arrastrando en su caída otros leños. El ruido, a pesar del estrépito del vendaval, resuena en la noche.

La figura embozada se detiene y escucha. Se ha vuelto y parece taladrar las sombras con la mirada. Uno de los chicos, asustado, se incorpora mientras el otro intenta sujetarlo, tirando de él para que vuelva a ocultarse. El hombre avanza a grandes pasos mientras un rayo ilumina la escena. Son solo unos segundos en los que se ve la cara pálida y aterrorizada del niño y su torpe huida: retrocede, tropieza con los troncos, trastabilla y logra enderezarse. Sale corriendo. El hombre de la capa le sigue.

El otro chico se queda agazapado en la oscuridad, paralizado por el miedo. Solo se mueve cuando oye un grito que atraviesa la noche, imponiéndose incluso al ruido del viento. Se levanta. Jadea como si le faltara el aliento, tiembla, mira a su alrededor, busca entre los leños caídos y agarra uno de ellos con manos temblorosas. Corre tropezando con los matorrales. Ante él, resuena un golpe sordo y un gemido que se corta en seco. El muchacho se detiene, los ojos muy abiertos. Se encoge, aterrorizado, al oír otro golpe y otro y otro...

Luego, el silencio.

Escalonilla, 22 de diciembre de 1535

Hernán, el testigo

Corre. Corre con desesperación y siente a su espalda, como a punto de agarrarle por el cuello, las manos de la oscuridad.

Tras él quedan las casas bajas y oscuras, el silencio de sus habitantes dormidos, los corrales y los establos. Delante, el campo barrido por el viento, enorme, impenetrable.

No es fácil dejar el miedo atrás.

¿Cuánto puede correr uno antes de que se asfixien los pulmones, antes de que protesten los músculos, ya cansados de antemano, antes de que el cuerpo agotado se imponga a los pensamientos? ¿Cuánto puedo correr uno antes de que ya no importe el miedo sino el aire, antes de que ya seguir corriendo sea peor que pararse?

Cuando ya no puede más, Hernán se detiene. Jadea, inclinado, apoyando las manos en las rodillas. En lo alto, los nubarrones negros siguen persiguiéndose unos a otros arrastrados por el viento que ulula inconmovible y juega con la luna. La tapan y destapan llenando la llanura de sombras móviles que Hernán, mientras lucha por recuperar el aliento, vigila tembloroso. Le parece que a su alrededor todo se mueve. Se mueven las sombras que corren por el campo, igual que él ha estado corriendo. Se mueven, a su paso, las ramas de matojos y matorrales. Incluso se mueve el aire que parece tener sustancia propia, más sólida que de costumbre, agitándose tan pronto cerca como lejos, jugando a estar a punto de materializarse en esa figura terrible que le llena de espanto.

Hernán, todavía jadeando, vuelve a ponerse en marcha. No puede detenerse, ni dejar de tiritar o de mirar atrás, esperando en cada ocasión ver a su espalda la figura terrorífica y ondulante que no puede quitarse de la cabeza. Y en el fondo de su mente, otra imagen baila ante sus ojos: su amigo roto, quebrado, lleno de sangre.

Muerto.

Había reconocido la muerte en los ojos abiertos y de mirada fija, en la boca en la que había quedado congelado para siempre un grito de espanto, en la textura de la sangre que manaba de las heridas, en el abandono desmadejado de brazos y piernas.

Y en los oídos de Hernán resuenan otra vez los golpes que oyó escondido en las sombras.

Solo en mitad del campo, aterido, agotado, el muchacho sigue caminando. No quiere pensar en lo que acaba de vivir y tampoco logra apartarlo de su pensamiento.

El grito en mitad de la noche le había puesto los pelos de punta y había corrido detrás del hombre de la capa y de su amigo por aquel camino oscuro, lleno de zarzas y matorrales, sintiendo el terror en cada una de las células de su cuerpo. Había corrido tras ellos, guiándose más por los sonidos que hacían que por la vista, porque la luna se cubría de nubarrones y el viento emborronaba las sombras. Y mientras corría, mientras temblaba, mientras en su cabeza se mezclaba el pavor, la urgencia, los deseos de huir y la rabia, había apretado con fuerza el tronco que llevaba en la mano, dispuesto no sabía a qué. ¿A golpear al ser terrorífico que perseguía a su amigo? ¿A enfrentarse a él a pesar del miedo? No tuvo tiempo de pensarlo. Otro grito sonó tan cerca que se detuvo en seco. Se ocultó detrás de los arbustos, encogido y tembloroso, y se aferró al palo que llevaba, dándose cuenta de que era muy pequeño, demasiado pequeño para atacar con él al horror que intuía. Sonaron los golpes, ahogados, amortiguados, casi líquidos. Hernán no pudo soportarlo y se dobló sobre sí mismo. Cerró con fuerza los ojos y se llevó las manos a los oídos negándose a escuchar lo que estaba pasando. El corazón le latía en el pecho con tanta fuerza que le hacía daño.

Se quedó quieto, acurrucado entre las zarzas, aterrorizado. No sabe cuánto tiempo estuvo así. Mucho. Hasta que el silencio empezó a resultarle estruendoso. Oía el viento gimiendo entre las ramas, oía los chasquidos y los susurros propios de la noche. Al cabo de unos minutos eternos, le pareció que, cerca de él, dos personas hablaban en voz baja. Pudo verlas durante un segundo, entre las ramas, antes de que se las tragara la oscuridad de la noche.

Le costó reunir el valor necesario para moverse de su escondite. Lo hizo despacio, después de buscar a sus pies el leño que había llevado en la mano y que había soltado, sin darse cuenta, en algún momento.

Agarró el tronco con fuerza, se incorporó, escuchó con atención, escudriñó las sombras con detenimiento y, tras imponerse a su miedo a fuerza de voluntad, comenzó a moverse buscando a su amigo.

—Diego. Diego, ¿estás ahí? —había susurrado a las sombras, tan bajo que apenas rompió el silencio.

Distinguió un bulto entre los matorrales y se acercó procurando mantenerse escondido, convencido, hasta el último momento, de que iba a encontrar a su amigo agazapado, esperándole. El cuerpo estaba en una postura rara entre las ramas y, aun así, Hernán se había acercado con la seguridad de que su compañero, al verle, se levantaría y entonces se agarrarían los dos, temblorosos y asustados, y ambos podrían huir de la pesadilla.

—¡Diego!

Al tocarlo, el cuerpo se había desmoronado. Una de las manos había caído sobre él como si le estuviera ofreciendo lo que llevaba en ella: una llave de latón. Hernán, sin entender todavía lo que estaba viendo, había cogido la llave, casi de forma mecánica. Y de pronto, la terrible realidad de lo que tenía delante le asaltó con toda su fuerza: Diego con una mirada fija y espantada y la boca abierta en un grito silencioso. Diego con sangre por todas partes, en la cara, en los miembros doblados de forma extraña, en las ropas. Una sangre que se derramaba, húmeda y caliente, como si fuera un líquido con voluntad propia en busca de un nuevo cuerpo que la albergara.

Hernán había saltado hacia atrás con tanta rapidez que se había caído sentado y, casi sin respiración, se había impulsado con los pies, arrastrándose, alejándose, queriendo huir, escapar de aquel rostro de mirada fija, de aquella sangre, del cuerpo roto. Su espalda había tropezado con el tronco de un árbol y, de pronto, todo el pavor que acumulaba había explotado en su pecho. Se había levantado y echado a correr sin preocuparse ya de hacer ruido, sin pensar en que tal vez seguía cerca el causante de tanto espanto, sin saber ni lo que hacía. Había corrido tropezando, cayéndose, levantándose otra vez, hundiéndose en la noche, intentando escapar del horror.

No, no es fácil dejar el miedo atrás. Hernán está tan cansado que apenas puede mantenerse en pie. Tiene la sensación de que lleva una eternidad atravesando la llanura inmensa que se extiende ante él. Le duelen todos los músculos del cuerpo y se le confunden los pensamientos. Ni siquiera está demasiado seguro de qué huye, si del frío o del miedo o de la propia llanura que no se termina nunca. Huir se ha vuelto ya un fin en sí mismo. Se obliga a poner un pie detrás de otro. A ratos, se le saltan las lágrimas y gime y su gemido se pierde en la oscuridad. No quiere seguir allí, en el campo, solo, helado, aterrorizado. Quiere parar, dejar de correr, acurrucarse en algún lugar donde el viento deje de azotarle y donde no haya frío ni miedo, hacerse un ovillo, guardar para sí el escaso calor que su

cuerpo a duras penas conserva, ocultarse, cerrar los ojos, olvidar.

Solo a fuerza de voluntad sigue caminando.

Cuando divisa las primeras casas de Gerindote siente alivio. Unos pasos más y llegará al taller del maestro Mateo, donde vive. Unos pasos más y podrá escabullirse en los establos y dejarse caer en el rincón en que duerme cada noche después del trabajo. Unos pasos más y descansará, cerrará los ojos, se arropará con las mantas viejas, se calentará con el aliento cálido de las mulas, dejará que el perruco del amo le lama las manos y se eche junto a él buscando su calor. Unos pasos más y acabará la pesadilla.

—No —se dice con lágrimas en los ojos—, no puedo…

Atrás, tirado en el campo, está su amigo Diego. Muerto. Apaleado. Abandonado. No puede dejarlo así. No puede acostarse y fingir que no ha sido testigo de lo que ha pasado. No puede desentenderse, ni olvidarse.

Hernán se endereza e intenta reunir las pocas fuerzas que le quedan. Con un gemido, sigue andando. Atrás queda Gerindote, la casa del amo, el calor, el fin de la pesadilla. Delante, el perfil de los primeros edificios de Torrijos y, recortada contra un cielo que empieza a pintarse de gris, la aguda torre de su Colegiata.

Escalonilla, 23 de diciembre de 1535

Juan Moreno, el alcalde

El sol intenta, en vano, calentar unos campos quebradizos, como de cristal. Es un sol pálido, indeciso, que se pasa el tiempo escondido tras las nubes y que apenas alcanza a caldear la planicie interminable sobre la que Juan Moreno deja vagar la vista. A su lado, un par de bueyes, cuyos ollares expulsan vaho con regularidad matemática, esperan con paciencia. Pero Juan Moreno no arranca esta mañana con el trabajo a pesar del frío. Porque cuando hace tanto frío, y eso lo sabe bien el alcalde e incluso sus bueyes, la única defensa es agarrar con fuerza el arado y atizar a los animales y aligerar el paso hasta que la sangre se encabrite en las venas y caliente la carne y la respiración ensanche el pecho y todo ello espante el frío.

Juan Moreno, aun sabiendo esto, no encuentra el ánimo para ponerse en marcha y sus ojos y sus pensamientos se demoran y se pierden una y otra vez en lo que tiene delante: el horizonte lejano y recto, el cielo interminable, plomizo, recorrido por nubes grises e inquietas arrastradas por el viento, la suave ondulación de los campos, arados y sembrados con promesas y, un poco más lejos, los tejados de las casas del pueblo y la torre maciza de la iglesia, enmarcada por unas lejanas montañas de cumbres blancas que se recortan contra el cielo. Allá abajo, en el pueblo, al pie de esa torre que vigila el horizonte, seguirán los vecinos murmurando, contándose unos a otros, pergeñando explicaciones e historias, inventando chismes y dejando correr el miedo. Porque los vecinos, él mismo lo vio en sus ojos, tenían miedo. Al fin y al cabo, encontrar un chico muerto en medio del campo no es algo que resulte habitual en el pueblo.

Todos los ojos, con sus sombras y sus miedos, se habían vuelto hacia él al verle salir de la iglesia. Poco a poco, las lenguas se fueron acallando y las miradas le siguieron. Juan Moreno, al recordarlo, siente un estremecimiento. ¿Qué esperaban de él? Se

habían quedado silenciosos, mirándole con expectación y él se había sentido incómodo, molesto, casi furioso.

—¿Qué hacéis ahí parados? Hale, todo el mundo al trabajo, aquí ya no hay nada que ver.

Y los vecinos habían remoloneado, algunos habían retrocedido, otros se habían dado la vuelta y se habían detenido unos pasos más allá mirándole de reojo. En el fondo de su alma, Juan Moreno sabe que la actitud de los vecinos era más lógica que su propio enojo. Estaban asustados, preocupados y, sí, por qué no, curiosos. Querían saber qué había pasado, quién era el chico muerto, cómo lo habían encontrado y qué iban a hacer al respecto. Y su obligación, la obligación de Juan Moreno, el alcalde, hubiera sido quedarse y hablar con ellos y tranquilizarlos y asegurarles que no había motivos para el miedo y que se habían tomado las medidas necesarias para aclarar el suceso.

Juan Moreno se paró solo un momento y los recorrió con la vista. Estaba en la plaza casi todo el pueblo. Pedro de Hinojosa, el tejedor, con la mujer y el hijo. El cura, por supuesto, y su hermana Aldonza que no iba a perderse la oportunidad de estar en el centro de cualquier acontecimiento por macabro que fuera. El alcalde de la Hermandad, Marcial López, con su cuadrillero al lado, desconcertados los dos, mirándole en busca de respuestas. También estaba la Batanera, fuerte y contundente como un golpe en la conciencia. Se preguntó en ese momento Juan Moreno que pintaba allí la Batanera y se lo sigue preguntando ahora. ¿Qué tiene que ver ella con el muchacho muerto? Aunque si lo piensa, tampoco tenían nada que ver, que él supiera, Germán Sánchez y el resto de los vecinos y allí estaban todos, silenciosos, viendo cómo acarreaban al pobre chico y lo dejaban, envuelto en una sucia manta, al pie de la iglesia, arropándolo tal vez con sus miradas bajas y el susurro de sus rezos. ¿Por qué se habían reunido en la plaza? ¿Por compasión?, ¿por miedo?, ¿por curiosidad?, Tal vez sí, por curiosidad. Querían saber qué había pasado.

Todo había empezado el día anterior, muy temprano, con los gritos destemplados de Antón, el de la María, que había llegado a la fuente dando voces, trastabillando y con la cara desencajada.

—¡Hay un chico muerto allá, en el camino de la Alamedilla!

A sus gritos se fueron acercando los vecinos que empezaban el día y salían de cada casa ajustándose el sayo o la capa, arrastrando las bestias y haciendo rodar los carros. Pronto se formó un corrillo de gente que no tardó en reclamarle.

—¿Dónde está el alcalde?

O los regidores, o el alguacil, o cualquiera que representara a la autoridad. Y cuando él llegó, Antón, con la respiración

entrecortada, repitió una vez más su macabro anuncio.

—Hay un chico muerto en el camino de la Alamedilla.

Se fueron para allá unos cuantos, a paso rápido, él al frente y detrás un puñado de vecinos, los más madrugadores o los más curiosos o los más resueltos. Cada uno tendría su razón para decidirse a abandonar sus tareas y acompañar al alcalde, con el frío del amanecer, en busca del terrible hallazgo que había anunciado Antón. Juan Moreno se pregunta si él, de no haber sido el alcalde, se hubiera animado a ir hasta allí y no encuentra la respuesta. Porque él era el alcalde y no tuvo otra opción. Así que tuvo que acelerar el paso y seguir a Antón que marcaba el camino y contaba una y otra vez que había ido a recoger leña y que le pareció ver una bota entre las zarzas y que, cuando se acercó, vio que dentro de la bota había un pie y unido al pie una pierna y luego ya todo el muchacho. Un crió, un niño todavía, ensangrentado, molido a palos.

Lo encontraron donde Antón había dicho, macabra visión a la luz grisácea y helada del amanecer. Se quedaron con las miradas fijas en el cuerpo medio oculto entre las zarzas, las bocas mudas, sin saber qué hacer. Solo que él era el alcalde y al cabo de un rato los ojos de sus acompañantes se volvieron hacia él. Y él tenía la mente en blanco.

Acabaron acarreándolo entre cuatro tras echarlo sobre una manta vieja que no sabe de dónde salió. Lo llevaron a la iglesia que el cura, don Fermín, tuvo que abrir a toda prisa. Alguien ya le había avisado y, según entraron en la plaza acarreando su triste fardo, vieron al párroco correr, balanceando la tripa y la papada, hasta alcanzar los portones de madera del templo y abrirlos de un solo golpe. Dejaron el cuerpo a la entrada de la capilla del Santo, y alguien —¿fue él mismo quién lo dijo?—, mandó llamar al médico. Qué cosas, para qué hacen falta físicos o médicos cuando ya el paciente está bien muerto…

—¿Qué ha sido? ¿El ataque de alguna fiera? ¿Un accidente? ¿Una desgracia?

Una desgracia, en efecto.

—¿Quién es el chico? —dijo alguien en voz alta.

Y Juan Moreno, al oírlo, se sobresaltó porque ni siquiera lo había pensado. Se había limitado a contemplar el rostro del muchacho, desencajado, sanguinolento, azulado, y había sentido miedo: «Dios Santo, ¿quién ha podido hacer esto?». Y después, entre varios, cogieron al chico y lo echaron en la manta y lo acarrearon y ni él ni ninguno de los que le habían acompañado habían mostrado ningún sentimiento fuera de una pena distante y lejana. Nadie había gritado con angustia o con desesperación, con el susto irremediable de ver muerto a alguien cercano. Era solo un muchacho anónimo,

una preocupación, una obligación que había que enfrentar. Y sí, todos movieron con pesadumbre la cabeza porque, qué duda cabe, daba pena ver a un chico tan golpeado, arrancado de la vida con tanta violencia, pero era una pena impersonal y desapasionada. Más tarde, Juan Moreno se daría cuenta de que en aquella lástima desapegada había también, qué duro, una sensación de alivio: el chico no era nadie. No era el hijo de nadie, el nieto de nadie, el hermano de nadie. ¿Lo pensó solo él? Qué tontería, claro que era alguien y allí estaba, roto, quebrado, muerto.

Lo dejaron, envuelto en la sucia manta en la que lo habían acarreado, a los pies de la capilla de san Germán y algunos vecinos se asomaron a echar un vistazo. La noticia corrió de boca en boca, en voz baja, con timidez, y antes de que supiera cómo o quién lo había dicho, ya todos estaban murmurando: es el aprendiz de Pedro el tejedor. Y cuando miró al chico de nuevo, su cara ensangrentada le resultó extrañamente reconocible. Sí, era el pupilo del tejedor. El muchacho que los domingos cantaba en misa y hacía de monaguillo. El chico despierto y espabilado que sabía leer y las cuatro reglas y ayudaba a veces a cuadrar las cuentas de quién se lo pedía. El mozo que sonreía y hacía recados sin chistar y corría de aquí para allá, siempre ocupado. Y aunque lo reconoció, no fue capaz de recordar cómo se llamaba y eso era una espina dolorosa que Juan Moreno, el alcalde, no podía sacarse del pecho. Maldita sea, ni siquiera era capaz de recordar su nombre.

Mientras él se sentía incapaz de apartar los ojos del bulto que hacía el chico muerto envuelto en una manta, alguien ya se había encargado de avisar a Pedro de Hinojosa, el tejedor, que había llegado a la iglesia pálido y apresurado para confirmar lo que ya todos sabían.

—Sí, es mi aprendiz.

Juan Moreno le había preguntado que desde cuándo faltaba el chico de su casa, si habían notado su ausencia, si podía aclararles algo. Y se mordía los labios casi con desesperación para no gritar: «pero, ¿cómo diablos se llamaba?»

Detrás de él, don Fermín refunfuñaba en voz baja, queriendo saber quién se iba a hacer cargo del muchacho, como si el cura y Dios no tuvieran nada que ver con la muerte, con cualquier muerte, incluso con la muerte de un chico asesinado. El alcalde sintió una rabia sorda ante la voz quejumbrosa del párroco que parecía no poder pensar en nada que no fuera excusarse para no tener que soltar los cuatro cuartos que podría costar dar tierra al muchacho. Hasta parecía reacio a tenerle a la entrada de la capilla del Santo, alegando que el chico había sido muerto con violencia y sin sacramentos. Sin sacramentos… ¿es que eso condenaba al

muchacho a las penas del infierno? ¿Al matarlo, lo habían expulsado no solo de esta vida terrenal sino además de la gloria eterna? Juan Moreno sintió un estremecimiento de angustia, de miedo, mientas seguía escuchando al párroco, que se lamentaba de la pobreza de la iglesia. También el tejedor, Pedro de Hinojosa, andaba ya disculpándose de sus obligaciones y se enzarzaba en una discusión con el cura.

—Yo no soy responsable, llevaba poco tiempo conmigo.

—La parroquia no se puede hacer cargo

—Habrá que buscar a la familia

—¿Qué familia? El chaval era del colegio de huérfanos de Torrijos.

—¿Hay que avisar entonces a Torrijos?

Y todos volvían la vista hacia él en busca de respuestas.

Pero Juan Moreno no tenía respuestas. Así que cuando vio, rondando por allí cerca, a Marcial López, se volvió hacia él y le ordenó que se pusiera en marcha y aclarara el crimen. ¿No era Marcial López el alcalde de la Hermandad? ¡Pues andando! Y Marcial López, abrumado, se había quedado mirándole con una mirada asustada e interrogativa. El alcalde de la Hermandad, bien lo sabía él, no se había enfrentado jamás a más crimen que al robo de alguna gallina de vez en cuando y, encima, no era ninguna lumbrera. Así que no le extrañó que el hombre se quedara parado, mirándole con la boca abierta, sin saber qué hacer. Sólo que él, Juan Moreno, tampoco sabía qué hacer. Así que esquivo las miradas de los vecinos, frunció el ceño y pasó de largo mientras gruñía:

—Hala, largo, cada uno a lo suyo.

Y, sin mirar atrás, había cogido los bueyes y se había marchado al campo, a esa tierra que le estaba esperando y de la que tanto le costaba alejarse.

Huyó. Esa es la verdad. Huyo de su responsabilidad, huyo de los comentarios, huyó de la gente. Lleva tanto tiempo haciéndolo que los vecinos ni siquiera mostraron extrañeza. Le dejaron marchar y él esquivó las miradas que se le pegaron a la espalda. Juan Moreno suspira cansado. ¿Cuándo esa forma huidiza de mirar se convirtió en su mirada habitual? Él antes miraba de frente, sin sombras en los ojos, sin vergüenza, a quien se le pusiera delante. ¿Dónde quedó ese orgullo? ¿Cuándo el orgullo de ser quien era, Juan Moreno, hijo de Juan Moreno y María Díaz, nieto de Bernardo Vázquez, se le convirtió en obstinación y altivez?

Ahora, es consciente, se ha vuelto un hombre huraño, incapaz de pararse en la plaza a hablar con unos y otros. Un hombre que solo se entera de lo que pasa en el pueblo porque se lo cuenta su mujer, Juliana, y sus hijos Juan y Lope, y el procurador Agustín González

que, ese sí, todavía encuentra valor para unirse a los corrillos después de la jornada. Bartolomé, el regidor, no. Bartolomé es de otra pasta, sin fisuras, impermeable, e igual que aguanta en el campo estólidamente el chaparrón o la granizada, sin inmutarse, aguanta las habladurías del pueblo y los silencios y las miradas, sin que le pesen.

A él, en cambio, le pesan y mucho. Ojalá pudiera volver atrás, a aquellos tiempos en que él solo era un campesino, fuerte y poderoso. Poderoso, porque no era el alcalde, porque no sabía nada, ni tenía nada, ni controlaba nada. El poder de la inocencia.

Juan Moreno suspira y se pasa las manos por la frente. Luego se acuclilla, allí, en sus campos. Los campos por los que tanto ha luchado, los campos de sus sueños y sus afanes. Escarba un poco entre sus pies, coge un terrón húmedo y helado con la mano y lo aprieta hasta deshacerlo. Tierra fértil, oscura, llena de promesas. Mientras la tierra se escurre entre sus dedos, deja vagar la vista por la extensión que tiene delante.

—Mirad, padre —piensa—, ¿a que no podíais imaginarlo?, ¿a que no pensasteis nunca que yo sería propietario, que sería el dueño de estas fanegas en las que nos dejamos la espalda como arrendatarios durante tantos años? Pues son mías…

Un estremecimiento de placer, de incredulidad, de goce, de orgullo se le derrama por dentro: su tierra. Un hombre no es nada si no tiene tierra. Lo supo Juan Moreno desde pequeño. Lo supo viendo la espalda de su padre inclinada sobre los campos del amo. Juan Moreno no tiene estudios, apenas las cuatro letras, pero entiende que si la tierra es de otros, nunca gana el que la trabaja. Y él quería ganar. Ganarse el pan que comen los suyos, ganarse el orgullo de saber que no debe nada a nadie. Ganarse la vida de hombre libre. Lo de la vara de mando de alcalde ahora le sobra. Le gustó al principio, era un escalón más, la medida de su propia importancia: propietario de tierras, regidor del pueblo, alcalde. ¿Y ahora? ¿Ahora, con papeles que no entiende, con obligaciones que no quiere asumir, con deudas que no son de dinero y que se teme que no podrá pagar nunca? ¿Y ahora, con un chico muerto que le pesa en la espalda?

Juan Moreno suspira y palmea a los bueyes. Sigue sin decidirse a arrancar con el trabajo. Se le ocurre que quizá pudiera avisar a alguien que se hiciera cargo de lo del aprendiz muerto, alguien con autoridad que supiese cómo había que actuar. Por ejemplo, Gerena, que tiene instrucción y está acostumbrado a las grandes ciudades y a tratar con muchas gentes. O podría hablar con don Lorenzo Suárez de Figueroa, un gran señor, de familia importante e importantes relaciones. Sí, a don Lorenzo no puede dejarle al

margen. También podría ir a Torrijos y pedir consejo a sus regidores que, sin duda, estarán más acostumbrados a afrontar problemas similares a los que ahora él tiene.

Mientras tanto, lo único que han podido hacer ha sido enterrar al chico muerto. Lo han hecho esta misma mañana y Juan Moreno frunce el ceño al recordarlo: las campanas repicando a muerto, los susurros y los corrillos de sus paisanos a las puertas del templo, el rostro de sus regidores, impenetrable y macizo Bartolomé Pérez, pálido e indeciso Agustín González…

El cura, don Fermín, orondo y jadeante, con sus ojillos de cerdo bondadoso, prescindió de sermones y se limitó a los cuatro latines necesarios a pesar de que se había congregado en la iglesia casi todo el pueblo. Estaba Pedro de Hinojosa, el tejedor, el patrón del chico muerto, junto con su hijo y su esposa. Estaban los Zumaquero: Antón, con su aire arrogante y jovial, y Marina, su mujer, que parece bella sin serlo, con sus ojos sonrientes y amables. Estaba Germán Sánchez el Mozo, con su eterno gesto de sospecha, respaldado a pocos pasos por su padre, Germán el Viejo, de mandíbula cuadrada y ojos inquisidores. Estaba Juan el «Condenao», con su voz ronca, que, como siempre, se quedó fuera de la iglesia. Y las mujeres, por supuesto: la Batanera, sólida y retadora; Aldonza, la hermana del cura, con su mirada inquisitiva. Y Luciana y Petra y Antonia la del Molino y la mesonera. Todas ellas, todas las comadres de pañuelo negro en la cabeza y mirada dura, dispuestas a verlo todo, a comentarlo todo, a difundirlo todo. Y por último, reunido por una vez con los demás, estaba don Lorenzo Suárez de Figueroa, con su espada al cinto y su arrogancia, mirando por encima del hombro con ojos despectivos. Gerena le acompañaba y los dos, Gerena y Figueroa, se habían mezclado con la gente de a pie, con la gente pobre de arado y mula, esa gente a la que desprecian tanto y a la que manejan a su antojo para sus propios fines, secundados, y Juan Moreno, aquí, baja los ojos avergonzado, por los propios ediles del ayuntamiento. Y así, con todo el pueblo presente, habían enterrado al chico muerto.

—¿Y ahora qué? —se dice Juan Moreno sintiendo sobre los hombros, desmoralizado, el peso de la responsabilidad.

Ser el alcalde del pueblo le está aplastando con lentitud. El cargo le ha ido arrancando del alma todo aquello de lo que se sentía orgulloso. Lo único que le consuela es pesar que solo quedan unos días para las elecciones. Solo unos días más y otro ocupará su lugar. Otro tendrá que lidiar con Gerena y con Lorenzo Suárez de Figueroa y con los problemas y con las preocupaciones e, incluso, con lo del chico muerto.

Mientras, en esa semana que aún falta, Juan Moreno lo que

desea es seguir en sus campos, empujando el arado, preparando los surcos, haciendo lo único que le satisface, lo único que sabe. Pero no puede, porque a pesar de los bueyes esperando a su lado, de la tierra húmeda y ávida que se extiende ante él, del sol pálido que lucha por imponerse a las nubes y quebrar el frío, a pesar de todo eso, Juan Moreno se da cuenta de que no tiene nada que hacer allí y de que en realidad su sitio está en el pueblo, con don Fermín, al que ha dejado tomando decisiones que quizá no le corresponden, con sus regidores que se miran unos a otros sin saber qué hacer, y con los vecinos. Esos vecinos que, durante el año de su mandato como alcalde, le han acosado y presionado y molestado a cualquier hora y cualquier día, que están asustados y que son su responsabilidad.

Cuando ve llegar al chico del zapatero corriendo por el camino, se le encoge el corazón.

—Alcalde, tiene que volver al pueblo.

—¿Qué pasa?

—Ha llegado un caballero. Con criados y mulas y equipaje y hasta un mozo que lo acompaña y lo asiste. Dice el párroco que se dé prisa y que vaya.

Juan Moreno suspira. Aquello no le da buena espina. No, no es una buena señal que justo ahora, con lo del muchacho muerto, a unos días de elegir otra vez los cargos para el ayuntamiento, con Gerena y don Lorenzo atentos a lo que pasa, como buitres tras la presa, justo en ese momento se presente un caballero extraño en el pueblo.

El alcalde suspira y se aleja a por los bueyes dispuesto a regresar. Ojalá no tuviera que hacerlo.

Don Alonso de Oviedo, el pesquisidor

—Ya llegamos —avisa uno de los criados con voz ronca señalando ante sí.

Don Alonso tira de las riendas para detener el caballo y se queda silencioso, erguido en su montura. Detrás de él, los criados dan voces a las mulas que acarrean el equipaje. Hernán, con el rostro pálido y atormentado y ojos de cansancio, se detiene a su lado y deja vagar una inquieta mirada ante él. Tal y como ha dicho el criado, muy cercana ya, se ve la torre de la iglesia de Escalonilla que parece emerger de la tierra desde una pequeña hondonada.

A sus pies, una ligera cuesta desciende con suavidad adentrándose en el pueblo. Observa don Alonso que lo que tiene delante son solo un puñado de construcciones arremolinadas en torno a una plaza. Todas ellas son bajas, sin cimientos, tapiadas de tierra o de ladrillos y cal. Ni siquiera la iglesia tiene prestancia, sino es la que le concede estar en centro del corro que forman el resto de las edificaciones. Piensa don Alonso que, visto así, el pueblo tiene un aspecto inofensivo, agradable a pesar de su modestia. Eso le extraña. ¿Un asesinato no debería notarse en el aire? ¿No debería el pueblo estar envuelto en sombras? ¿No debería ser más oscuro, más siniestro, más inquietante? Luego, se da cuenta de lo absurdo de sus pensamientos. ¿Qué esperaba? ¿Manchas de sangre por las calles, cuerpos muertos abandonados aquí y allá?

Sonríe don Alonso por lo pueril de sus reflexiones. No, el pueblo no es tenebroso. Incluso parece tranquilo e inocente. Las casas son modestas y están bien encaladas, y las calles, estrechas y algo tortuosas, aparecen despejadas, sin señales de suciedad o abandono. Aun así, el de Oviedo ve con inquietud que el pueblo parece deshabitado. No hay ni una sola persona a la vista. Tal vez, piensa comprobando de un vistazo que el sol ha sobrepasado el mediodía, estén todos en sus hogares, comiendo. O resguardándose del frio, concluye con un ligero estremecimiento al atacarle una racha de viento.

— Vamos, no nos entretengamos —dice impulsado por el deseo de

guarecerse de una vez de la desolada llanura.

Hace una seña a sus acompañantes y comienza a descender la cuesta que lleva hasta el pueblo.

Nota, casi con inquietud, que los observan desde los ventanucos de algunas de las casas que hay a su paso. Sin duda el ruido de las caballerías ha alertado a los vecinos que se asoman a mirar, aunque la curiosidad no parece ser tanta como para hacerlos salir. Esa actitud extraña a don Alonso.

—No parece que nuestra llegada despierte demasiado interés... ¬—¬murmura sin dirigirse a nadie en particular. Los criados, ocupados con las mulas, ni siquiera contestan y Hernán le mira en silencio.

A don Alonso, la intranquilidad se le asienta definitivamente en el estómago. Inició el viaje seguro, confiado, dispuesto a aclarar las circunstancias de la violencia que le había narrado Hernán. Y en las dos horas que les ha llevado llegar de Torrijos a Escalonilla, su humor ha ido cambiando. No puede dejar de pensar que va a un lugar desconocido, donde no tiene ni amigos ni relaciones de ningún tipo, y que lo que pretende, nada menos, es descubrir a un asesino. Y no cualquier asesino sino uno capaz de matar a palos a un niño. Algo así está muy alejado del tipo de misterios que él suele investigar. Él se siente a gusto entre escrituras, documentos y legajos, entre conversaciones más o menos elevadas, argumentos y palabras. ¿Cómo se le ocurrió pensar que podía hacer frente a un crimen violento? ¿En qué momento creyó que él estaba capacitado para una cuestión que parece más propia de un hombre de armas que de un hombre de letras como él?

Repasa en su cabeza, don Alonso, lo ocurrido en las últimas horas y siente extrañeza de encontrarse donde se encuentra. En ningún momento pudo sospechar lo que se le avecinaba. El día anterior se había despertado, incluso, con una suave desgana. Llevaba meses hospedado en casa de Gabriel Vázquez, alcalde de Torrijos, y solía levantarse temprano para asistir a la misa del alba en la Colegiata. Esa mañana, no obstante, había remoloneado en la cama, aun siendo consciente de que en el piso principal algo pasaba. Ahora, al pensarlo, reconoce que si no prestó atención a los ruidos y a las voces fue porque estaba perdido en la consideración de que no podía quedarse para siempre con su buen amigo Gabriel Vázquez, sobre todo porque ya empezaba a murmurarse que el motivo de su larga estancia era, en realidad, Isabel, la hija de su amigo, que sin el menor arrobo le mostraba su aprecio. ¿Tenían razón los que así murmuraban?

—Isabel tiene toda mi simpatía, respeto y consideración, no en vano es la hija de Gabriel —se había estado argumentado a sí mismo—. Pero no hay nada más.

O no mucho más, se había dicho. O no lo que la propia Isabel quisiera. O tal vez, no lo que él esperaría sentir por una mujer en un caso así. Y entonces… ¿por qué no se marchaba? ¿Por qué no volvía a la Corte, que es

donde debería estar, aclarando alguno de esos misterios que suelen encomendarle?

—Me marcharé cuando esté bien del todo…

Porque su salud era el motivo principal de su estancia en Torrijos. El clima seco de Castilla le sentaba bastante mejor que la humedad de su tierra y sus crisis de asma habían mejorado mucho. Y además, a qué engañarse, su vida allí le gustaba. Se levantaba temprano, asistía a la misa de la Colegiata, daba largos paseos con algún amigo, se encerraba a ratos en su aposento, entregado a la lectura, o escribiendo interminables cartas con la larga pluma y el tintero que los criados sabían que debían estar siempre preparados en la mesa que hay bajo la ventana de su habitación. Muchos días, don Alonso, después de las comidas, volvía a salir para dirigirse hacia el monasterio de Santa María donde gustaba de reunirse con los profesores y maestros del Estudio de Gramática y Retórica de los franciscanos.

A la caída de la tarde solía regresar caminando a casa del alcalde, donde le esperaba la eficiente Isabel, tan llena de torpe y buena voluntad que en muchas ocasiones le hacía sonreír y en muchas otras le llenaba de impaciencia.

La cena con su anfitrión era, por lo habitual, uno de los mejores momentos del día: el hermoso fuego que caldeaba la estancia, la diligencia de los criados, los manjares tan bien preparados y la charla suave con la que Gabriel Vázquez le ponía al día de los acontecimientos más destacados. A través de las palabras del alcalde, don Alonso vivía las vidas cotidianas del pueblo, unas vidas que él no sabe compartir de una manera más real y cercana. El de Oviedo es consciente de que tiende a la soledad, tal vez por timidez, tal vez por reserva, o quizá por un puntito de soberbia que le hace sentirse por encima de aquellos asuntos casi domésticos.

Esta vida tan cómoda y ordenada era la que había roto Hernán con su llegada.

Al pensarlo, don Alonso se vuelve y contempla a Hernán que le sigue silencioso en su mula, con la cabeza inclinada y los hombros hundidos. ¿Tiene miedo el chico todavía?, se pregunta.

No lo sabe don Alonso y Hernán no da demasiadas pistas. Durante todo el viaje, el muchacho ha caminado ajeno al paisaje y a sus acompañantes, y solo ha salido de su mutismo para contestar a las preguntas que le ha hecho de vez en cuando el propio don Alonso. Ese Hernán de mirada oscura y concentrada tiene poco que ver con el Hernán que don Alonso guardaba en su memoria.

Le había conocido unos meses atrás, cuando llegó a Torrijos dispuesto a recuperarse de sus males en compañía de su amigo Gabriel Vázquez. En aquellos meses don Alonso no se encontraba bien de salud y, por qué no decirlo, tampoco de ánimos, y el verano castellano, con sus temperaturas altísimas, su sol implacable y sus cielos azules, le tenían abrumado. Conocer a Hernán fue como beber un trago de agua fresca. Don Alonso

recuerda que le vio por primera vez en la Colegiata, aferrado a una escoba con la que, a decir verdad, no se esforzaba mucho. Estaba más ocupado escuchando las conversaciones de su alrededor que en barrer y, al poco, los dos ya estaban charlando.

Hernán se había criado en el Colegio de la Piedra, fundado por Teresa Enríquez, señora del pueblo, para los huérfanos de la calle, y había llegado a ser clerizón de la Colegiata. Sus sueños, sin embargo, eran otros. El chico de la escoba, que era como don Alonso le llamaba en su pensamiento, se aburría en la iglesia y soñaba con partir al Nuevo Mundo, descubrir El Dorado y hacer fortuna.

—Cuando sea un gran hombre —le había dicho con los ojos llenos de sueños—, y mi nombre se repita con respeto de un confín a otro de la tierra, volveré y compraré Torrijos.

Y el espíritu travieso de Hernán había aflorado en forma de risa. Una risa triunfadora, sin rencores, una risa abierta.

Sonríe don Alonso al recordarlo y con este recuerdo, llegan otros. Hernán hurtando pasteles en el mercado, o sonriendo con sorna ante la idea de entrar de tapadillo en el monasterio de los franciscanos, idea loca que a él se le había ocurrido como solución al misterio que estaba investigando. Y sobre todo, Hernán ofreciéndole su brazo, cuando él, en un momento de debilidad, se dejó caer junto a una tapia, desfallecido y sin ánimos.

—Apoyaos en mí, señor. No tengáis miedo, soy fuerte.

Y don Alonso de Oviedo, un funcionario real aunque fuera de poca monta, licenciado en leyes y ya muy viajado, se había apoyado en el muchacho porque se sentía confuso y perdido, mientras el pilluelo, con su fresco descaro y sus ojos almendrados llenos de sueños, le espetaba:

—Señor, vos no sabéis nada de la vida.

Luego, Hernán desapareció tan deprisa y con tanta suavidad como había llegado. Reconoce don Alonso, algo avergonzado, que nunca se preguntó dónde se habría metido ni se preocupó de saber que había sido de él. Sus caminos se habían cruzado un instante para separarse después, algo tan natural, tan imperceptiblemente natural, que no le dio más importancia. Lo que nunca pensó es que volvería a encontrase con él en unas circunstancias tan inusuales.

Don Alonso se estremece al recordar al chico tal y como le había visto el día anterior, exhausto, pálido, sucio y, sobre todo, aterrorizado. Era tal su aspecto que ni los criados le habían reconocido cuando le abrieron la puerta, tras los aldabonazos del muchacho, apenas salido el sol.

—Necesito hablar con don Alonso de Oviedo —había dicho el chico, casi sin voz, apenas le abrieron la puerta.

Y los criados, dando por hecho que era un pobre que venía a solicitar caridad le habían despachado sin misericordia.

—Arreando, muchacho. Y no se te ocurra volver a llamar a la puerta principal.

Pero Hernán había insistido. Todos se dieron cuenta de la desesperación que había en los ojos del muchacho, de su aire de urgencia, y se decidieron, sino a despertar a don Alonso, si al menos a despertar al ama que se limitó a ordenar que despacharan al chico de inmediato. Sonríe don Alonso al pensarlo pues no le cuesta imaginar a Isabel protestando indignada porque hubieran ido a molestarla con motivo tan intrascendente, e incluso es capaz de reproducir en su cabeza las palabras destempladas que sin duda profirió:

—¡Será posible! ¿Me despertáis porque así lo solicita un chaval andrajoso? Si al menos se tratara de alguien importante, un caballero… Aunque ningún caballero, por muy urgente que fuera el caso, osaría irrumpir en hogares ajenos apenas amanecido…

De aquello don Alonso no se enteró hasta más tarde. Y no porque durmiera, que hacía ya rato que estaba despierto y, si piensa en ello, hasta había tomado nota, extrañado, de que había más ruido en el piso bajo de lo habitual. En fin, que los criados quisieron echar al muchacho siguiendo las órdenes de Isabel y si no lo hicieron fue porque para entonces el chico andrajoso y asustado que había roto la tranquilidad de la casa a una hora tan temprana ya había dejado de ser alguien anónimo y había sido reconocido como quien era: Hernán, el clerizón en la Iglesia del Santísimo Sacramento que había hecho buenas migas con don Alonso, ayudándole sabe Dios a qué misteriosos trabajos y que después había desaparecido llevado por la vida a otros destinos que nadie se molestó demasiado en averiguar.

Dejar de ser un pobre cualquiera y adquirir identidad propia cambió un tanto la situación. De nuevo los sirvientes se vieron impulsados a comunicar las noticias a Isabel y por tanto volvieron a despertarla, arriesgándose a que la joven, que no por ser joven dejaba de tener su mal genio, lo tomara a la tremenda. Por fortuna, no fue así. Isabel tenía buen corazón, recordaba a Hernán a quien, por otro lado, conocía desde niño, y además era curiosa, por lo que echándose sobre el camisón la lujosa manta con la que cubría su cama, bajó a la cocina para saber de primera mano lo que estaba pasando.

Hernán esperaba junto al hogar con los ojos llenos de sombras. Le temblaba el cuerpo y tenía aspecto de estar a punto de caer al suelo de agotamiento.

—Necesito ver a don Alonso —se limitó a repetir cuando llegó Isabel. Y lo dijo en una voz que apenas fue un susurro, tan ansioso, tan desesperado, que Isabel olvidó todas sus reservas y decidió que el caso requería, aun sintiéndolo mucho, que despertaran a su invitado.

Así fue como le comunicaron la llegada del muchacho. Un criado había irrumpido en su aposento con muy poca consideración y dando abundante noticia de las novedades. No se había guardado para su coleto ni un solo detalle: que había llegado el antiguo clerizón de la iglesia a quien el señor conocía, que traía unas pintas tremendas, agotado, tembloroso, medio

congelado y con gesto de espanto, y que no lograban sacarle más que la misma frase una y otra vez:

—He de ver a don Alonso de inmediato.

Si lo piensa ahora, lo cierto es que en ningún momento pensó que la cuestión fuera ni grave ni acuciante. Dio por hecho que se trataría de algún hurto de poca monta, una huída del orfanato o alguna travesura propia de un pilluelo de la calle. Así que, haciendo caso omiso del nerviosismo del criado, de las noticias inquietantes y de la hora extraña, el de Oviedo se levantó de la cama con parsimonia y procedió a arreglarse. Por extrañas que fueran las circunstancias, no estaba dispuesto a aparecer ante los ojos de todo el mundo en camisón y gorro de dormir. Don Alonso es un tanto puntilloso en lo que se refiere a su aspecto. Nunca ha dejado que nadie le viera, en ningún caso, ni siquiera con un botón fuera de su sitio, mucho menos con el cinturón aflojado o la vuelta de las altas botas caídas sobre las calzas, ni en los momentos de más sosiego o más intimidad, cuando el día ya termina y las conversaciones se demoran y se hacen blandas en la dulce comodidad de un hogar bien organizado. Y aquella mañana tampoco rompió sus costumbres.

Solo cuando ya estuvo sentado a la mesa del comedor, vestido de negro, como solía, y perfectamente peinado y lavado, dio permiso para que llevaran al muchacho a su presencia. Al poco entró Hernán en la estancia precedido de un criado. Estaba sucio, con aspecto extenuado y todavía tiritaba a pesar de los esfuerzos de la cocinera que, siguiendo las órdenes de Isabel, le había preparado un buen tazón de leche caliente. Nervioso, hacía girar un agujereado gorro de lana entre sus manos, y antes de que don Alonso pudiera preguntarle nada, el chico se había acercado a él y con voz apenas audible y labios temblorosos, le había suplicado:

—Señor, tenéis que ayudadme…

Y así había comenzado todo. Ahora, mientras cabalgan, con el pueblo de Escalonilla ya a la vista, don Alonso de Oviedo no puede dejar de pensar en la razón por la que, ante el terrorífico relato de Hernán, él respondiera como lo hizo.

—No te preocupes —le había dicho al muchacho. Y poniéndole una mano tranquilizadora sobre los hombros, añadió—. Ya me hago cargo yo.

Lo dijo sin apenas reflexión, tal vez solo con el ánimo de poner un poco de sosiego en el alma atribulada del chico. Una de esas frases casi hechas que se dicen sin pensar en lo que implica. Y al escuchar la frase, los ojos de Hernán se habían llenado de lágrimas. Le cuesta al de Oviedo saber si fueron lágrimas de agradecimiento, de alivio, o si respondían al puro cansancio. En cualquier caso, le hicieron ver hasta qué punto el pequeño Hernán se sentía desamparado. Le imaginó huyendo aterrorizado por las oscuras tierras llanas que hay más allá de Torrijos. Le imaginó rodeado de noche, temblando de miedo y de frío. Y durante todo el camino, se asombra don Alonso, la figura que Hernán había dibujado en su cabeza había sido la

del enfermizo y medroso Alonso de Oviedo. Por sorprendente que fuera, para el chico él era un héroe, un salvador. ¿Cómo iba a decepcionarlo? Y las palabras le habían salido solas:

—No te preocupes, ya me hago cargo yo.

¿Y eso es todo? se pregunta don Alonso que no en vano es un pesquisidor incansable hasta consigo mismo. Llega Hernán, le cuenta un terrible crimen y él, que siempre ha sido un pusilánime, que tiene muy poco de valiente, que además ni siquiera es fuerte ni cuenta con buena salud, saca pecho y dice que no se preocupe de nada que allí está él para hacerse cargo de todo. Y mientras lo piensa, algo avergonzado incluso por una actitud tan poco acorde con su carácter, don Alonso vuelve a ver la mirada de Hernán, vuelve a ver la soledad terrible que se adivinaba en sus ojos. Y algo doloroso le quema por dentro.

Es su propia infancia, en la que no pensaba hacía años. Es esa angustia del que no tiene a quién recurrir, que le resulta muy familiar, porque, a pesar de todo, no está tan lejana. Don Alonso se vuelve a ver, sin esfuerzo, de niño. Su padre había muerto, y su madre, una mujer débil y quejumbrosa, se pasaba el día llorando. Una actitud lógica al principio, si no fuera porque con el tiempo se había ido acomodando a una pena a la que parecía encontrarle el gusto. Sobre él, que solo era un crío, cayó la losa de una herencia compuesta en su mayor parte de deudas y compromisos, y la responsabilidad, inmensa de sacar la hacienda adelante. Cuántas veces imaginó, el pequeño Alonso que entonces era, agobiado por las preocupaciones, que llegaba alguien y le decía: «no te preocupes, ya me hago cargo yo», liberándole, convirtiéndole de nuevo en niño. Solo que semejante persona nunca apareció.

¿Es por eso por lo que le resultó tan fácil sentirse identificado con Hernán? ¿Ha decidido ayudarle porque es capaz de sentir su angustia, su impotencia, su miedo, como si fueran propios? ¿O es más bien un sentimiento egoísta, el sentimiento de que amparando a Hernán ampara alguna parte dolida de su propia infancia? Qué curioso, también meses atrás, cuando conoció al chico, emergió algo quebrado en su interior que ni siquiera había sabido que le dolía. El débil y enfermizo Alonso de Oviedo, incapaz de atreverse a soñar, veía de pronto el mundo con ojos nuevos.

—Vos, señor, no sabéis nada de la vida —le había dicho el chico. Y a pesar de su corta edad, a pesar de sus estrechos horizontes, a pesar de todo, tal vez tenía razón. Hernán estaba dispuesto a beberse la vida de un solo trago, y él, tan comedido y racional, le envidiaba...

Y de pronto, la brutalidad había golpeado al pequeño Hernán apagando el brillo travieso de sus ojos y parecía que a él le estuvieran robando algo.

—No te preocupes, Hernán. Ya me hago cargo yo.

Había sido muy fácil decirlo, disfrutar de la mirada de gratitud de Hernán, sentirse valiente e importante… Luego, por supuesto, vino la realidad. Para empezar, tuvo que discutir con su amigo Gabriel Vázquez

que, una vez informado de la situación, puso el grito en el cielo ante la idea de que partiera hacia Escalonilla.

—Así que os vais para allá a realizar las pesquisas necesarias para aclarar lo ocurrido —había dicho el alcalde—. ¿Y me queréis decir en nombre de qué o de quién? ¿Os han nombrado juez pesquisidor del caso y yo no me he enterado?

—Escalonilla es de jurisdicción real, ¿no es cierto? —se había defendido él—. No pertenece a ningún señor, como Torrijos, sino al rey. Y yo soy funcionario de su Consejo, así que tengo atribuciones suficientes para intervenir.

—Vamos, don Alonso —protestó Gabriel Vázquez—. No os engañéis. Escalonilla pertenece al rey, y tendrá nombrados los alcaldes, regidores y alguaciles que establece la ley. Vos no podéis llegar, sin más ni más, y pretender hacer justicia por vuestra cuenta, por muy funcionario del Consejo Real que seáis… Sobre todo porque sois un funcionario administrativo y no judicial.

—No pretendo hacer justicia. Solo quiero aclarar lo que ha pasado.

—¿No veis que no podéis llegar diciendo que estáis al tanto del caso? Eso sería tanto como confesar que os acompaña un testigo del crimen. Pondréis en peligro a Hernán y os pondréis en peligro vos mismo.

Las palabras de Gabriel Vázquez resuenan ahora en el pensamiento de don Alonso, aumentando su preocupación. Allí, en el pueblo que tiene delante, hay alguien capaz de matar un niño a palos por motivos que ni siquiera es capaz de imaginar y eso no es para tomarlo a broma. Sobre todo porque él no tiene ni el carácter, ni la constitución, ni el ánimo necesarios para defender a nadie si lo que media en el asunto, como parece, es la violencia. La aprensión le recorre a don Alonso, con un escalofrío, desde la nuca hasta la base de la espalda.

Sus ojos buscan, una vez más, la delgada silueta de Hernán que cabalga silencioso en su mula a unos pasos de él. Al verle, triste, cabizbajo, siente el peso de la responsabilidad aplastándole los hombros. Ha contraído la obligación de protegerle y no sabe si será capaz de hacerlo.

—Tenía que haberle dejado en Torrijos —se dice, olvidando que el propio Hernán se había negado en redondo a quedarse atrás.

Porque Hernán, sin querer prestar atención al miedo que todavía se le reflejaba en los ojos, ni al cansancio que a todas luces le tenía a un paso de la extenuación, se había mantenido en sus trece.

—Os voy a acompañar, señor, tanto si os gusta como si no.

La posibilidad de ser reconocido por la persona que los había atacado y, por tanto, estar en peligro, no había desanimado al muchacho. De hecho, Hernán había desestimado con valentía tal posibilidad, haciéndole ver que todo había ocurrido en mitad de una noche muy oscura. Le explicó, además, que él no se había separado de los muros de las casas en ningún

momento, y que permaneció siempre escondido. Era imposible que le hubiesen visto. Don Alonso espera, por la seguridad de ambos, que el muchacho tenga razón. Sobre todo porque ahora la situación ya no tiene remedio: allí están los dos, Hernán y él, acompañados por dos criados de Gabriel Vázquez, irrumpiendo en la plaza de Escalonilla

Se detiene don Alonso al pie de un pilón al que cae el cantarín chorro de agua de un caño. Las acémilas se acercan a beber, los dos criados que los acompañan echan pie a tierra y el de Oviedo y Hernán miran a su alrededor. Don Alonso, con curiosidad, tanto hacia lo que le rodea como hacia la expresión del muchacho que parece vigilante y algo asustado. Se mantiene cerca de él, buscando su cobijo, y su mirada triste va de aquí para allá con nerviosismo.

Don Alonso desmonta dejando las riendas de su caballo en manos de uno de los criados. Hernán se apresura a imitarle y le sigue los pasos. No va a ningún sitio concreto el de Oviedo, solo inspecciona lo que tiene delante, alejándose del pilón y acercándose a la iglesia. Pronto se da cuenta de que, en realidad, aquella es la parte trasera del templo.

—Esta es la plaza del Caño, señor —le informa uno de los criados señalando a la fuerte que explica el nombre—. Si queréis entrar en la iglesia tenéis que dar la vuelta hasta la plaza que hay al otro lado. Le dicen la plaza de Abajo, y es donde está la puerta principal del templo.

Mientras hablan, dos o tres viejos desocupados han salido de sus casas y, apoyados en el quicio de la puerta, los miran con atención. No son los únicos. Un poco más allá don Alonso puede ver a un par de mujeres acarreando un cántaro que se han quedado en suspenso mirando a los recién llegados e incluso divisa, a lo lejos, a unos cuantos chiquillos.

Esa curiosidad tranquiliza al de Oviedo. La llegada de forasteros, y más si van tan bien acompañados de mulas y criados como en su caso, nunca pasa desapercibida.

En Escalonilla, no obstante, predomina el silencio. La gente va saliendo de sus casas con lentitud, da unos cuantos pasos y se sitúa calladamente en el espacio que hay entre el caño y la puerta trasera de la iglesia. Don Alonso los contempla pensativo: un viejo apoyado en su cayado, la piel como cuero viejo, surcada de arrugas; unas mujerucas vestidas de negro, con mandilones atados a la cintura y pañuelos cubriendo su cabeza; un niño desarrapado que se agarra a las piernas de su madre, dura y estática, a la puerta de su hogar; un hombre con la azada al hombro todavía manchada de tierra fresca; un perruco que olisquea aquí y allá; un par de mozas con el jarro apoyado en la cintura; una vieja de espalda doblada que busca el apoyo de la pared cercana ...

Los vecinos parecen expectantes aunque silenciosos. Ninguno de ellos se acerca a dar conversación a los criados de don Alonso que aguardan junto a las caballerías con paciencia, golpeando el suelo con los pies y sus propios brazos con las manos para sacudirse el frío que forma nubecillas de

vaho a su alrededor cada vez que abren la boca. Y mucho menos se atreve nadie a seguir a don Alonso que se ha decidido a rodear la iglesia en busca de la entrada del templo y que lo hace con parsimonia, seguido de cerca por Hernán. Ve don Alonso que los vecinos cruzan sus miradas confirmando lo que ven.

—Un forastero.

—Va a la iglesia.

Supone don Alonso que se estarán preguntando qué busca ese hombre, a todas luces importante, para irrumpir a semejantes horas en las vidas monótonas y anónimas del pueblo. Sin duda, si él hubiese sido un campesino de ropas raídas y gastadas en busca de trabajo, o un peregrino de los que a veces atraviesan el pueblo de camino sabe Dios a dónde, o un pobre de mirada cansada y sin esperanza, de los que vagabundean de aquí para allá como para cerciorarse de que la pobreza es igual en todas partes, nadie hubiera prestado la más mínima atención. Nadie, por tan poco, hubiera detenido ni un segundo el transcurrir cotidiano de sus vidas. Distinto es ver que quien ha llegado al pueblo es un señor de elegantes vestiduras, con la capa ribeteada de pieles, guantes gruesos protegiendo sus manos y porte autoritario, que se hace acompañar de varios sirvientes, que puede permitirse viajar a caballo y con varias mulas para el equipaje, y que lleva al lado a un joven criado que le sigue como a su sombra. Hasta él mismo se da cuenta de lo mucho que desentona en el aire helado y medio desierto del pueblo.

Cuando don Alonso, después de rodear el edificio, llega a la plaza de la iglesia, se detiene un momento contemplando lo que tiene delante. El templo es pequeño y tiene un aspecto casi ruinoso. Hasta la torre, cuadrada y maciza, parece a punto de desplomarse sobre el desvencijado tejado. Al lado, otro edificio, uno de los pocos con dos pisos, según ha podido observar el de Oviedo, parece abandonado. Enfrente hay otras construcciones que, por lo que puede ver y oler, deben estar relacionadas con el ganado. El resto, hasta cerrar el espacio de la plaza, son viviendas, unas más dignas que otras, pero todas ellas bastante humildes.

El portón de madera de la iglesia está entornado. Ha tenido tiempo de ver don Alonso que por la rendija de la puerta se ha escabullido una mujer flaca y envuelta en su saya. Se dice don Alonso que quizá haya ido a avisar al cura. Mejor, así estará preparado para su llegada.

Tomando aire y cuadrando los hombros, don Alonso empuja la puerta.

—Vamos allá —murmura con decisión.

Y penetra en el templo.

Aldonza, la Sacristana

La iglesia es oscura y pequeña y está vacía de enseres y de gente. Aun viniendo del frío de fuera, el aire que se respira en su interior es helado y húmedo. Aldonza no lo nota demasiado. Está acostumbrada a transitar por aquel espacio desangelado con la soltura con que lo hace por el zaguán de su casa. Está habituada a la penumbra, solo rota por una tenue luz que se filtra por los altos ventanucos sin vidrieras que hay al pie de la bóveda y por la temblorosa luz de algunas velas que se alinean sobre los soportes de hierro, bastante inclinados, a ambos lados del altar. Sí, la iglesia es oscura, tiene las paredes desconchadas, manchas de humedad junto a los techos, los suelos irregulares, levantados por algunos sitios y con varias losetas rotas, y está llena de ruidos extraños. Son los que producen los crujidos de las maderas antiguas, las corrientes de aire por postigos y puertas que no cierran bien, las baldosas del suelo medio levantadas y los ratones que corretean por todas partes en los momentos en que el templo está vacío. Aldonza lo mira todo con la mirada indiferente que da la costumbre. Y no porque no le duela que el templo esté en esas condiciones. Le duele incluso más que a su hermano, el párroco, que siempre anda gimoteando por el estado ruinoso de la iglesia sin conocerla tanto como ella. No en vano ella lleva años barriéndola hasta el último rincón, quitando el polvo de cada una de sus superficies, dando brillo a cada uno de sus objetos. Conoce cada piedra desgastada, cada desconchón de la pared, cada viga crujiente, cada madera doblada. Podría reconocer solo con el tacto, las rugosidades de cualquiera de sus altares. Todos ellos están cubiertos con manteles hechos por ella misma a lo largo de los años, manteles blancos, tersos y alisados con delicadeza. Cada uno de los paños que guardan las arcas de la sacristía, desde las mucetas o las palias, los corporales con sus bolsas correspondientes, los purificadores, cornijales, velos de cáliz y conopeos, hasta las albas, casullas, manitos y manípulos que viste su hermano para la Santa Misa, han pasado por sus manos y han sido amorosamente cuidados. También sus dedos han acariciado miles de veces, lustrándolos y dándoles brillo, los demás objetos sagrados: copas, copones, patenas, vinajeras,

aguamaniles, incensarios, navetas, acetres e hisopos, campanas, campanillas y hasta custodias y crismeras.

A veces Aldonza piensa que no ha hecho otro trabajo en su vida si no es ese: bordar tapetes y manteles, lavarlos y doblarlos, estirarlos una y otra vez sobre los altares, barrer el suelo irregular, quitar el polvo de las deslustradas imágenes, limpiar la cera de lámparas y candelabros y espabilar sus mechas, cuidar que no falte el agua de las pilas y que esté limpia, ventilar en verano y encender los braseros en invierno, preparar libros litúrgicos y misales, proveer para que no falten nunca el pan y el vino y alertar a su hermano, que a veces parece que vive en otro mundo, de fechas, festividades y eventos como funerales o misas por encargo. Sabe que en el pueblo la llaman, con sorna, la Sacristana. No le importa. Ningún sacristán se ocuparía con la solicitud con que ella se ocupa ni conocería como ella conoce las fortalezas y las debilidades de su iglesia. Porque es su iglesia. Suya. Suya por dedicación y por conocimiento y porque si no fuera por ella, Fermín, su hermano, hace tiempo que se habría rendido y habría solicitado otro destino más acorde con la dignidad que cree merecer. Por eso ella no ceja. Ayuda con cuentas y misas, echa una mano con la organización de las festividades, se ocupa de las provisiones necesarias y limpia y saca brillo. Hasta hace repicar las campanas cuando tienen que ser tañidas, que Fermín considera que el sacerdote no debe rebajarse a determinados menesteres y, además, en cuanto se mueve más de lo necesario, se pone a sudar como un cerdo. Lo de cerdo no lo piensa con desprecio Aldonza, sino con realismo, puesto que sería tonto negar que al párroco le sobran bastantes kilos. Por lo demás, Aldonza siente un profundo cariño por su hermano, aunque bien es verdad que teñido por cierto matiz de lástima. Suele estar el pobre tan insatisfecho, tan incómodo, tan fuera de lugar. Él, que soñaba con alcanzar altas dignidades, tiene que resignarse a ser el cura de almas de un pueblo pobre, donde, a decir verdad, ni siquiera le tienen en demasiado aprecio.

—Ya ves. Tanto estudiar, tantos latines, ¿de qué le han servido? —murmura Aldonza.

El beneficio curado de Escalonilla es triste y escaso. El edificio se cae a pedazos y el trabajo es muy deslucido: misas a las que solo asisten unos pocos, entierros modestos y cepillos vacíos. Aldonza mueve la cabeza pesarosa de un lado a otro y repite para sí misma:

—Pobre Fermín, qué poco lucimiento.

Porque le lucen poco al párroco, la verdad, los terribles sermones que suelta los domingos en la misa principal. Unos sermones llenos de latines indescifrables, muy largos y muy aburridos, que los feligreses escuchan con las cabezas bajas y la mente en otra parte.

—¿No ves, Fermín, que nadie te entiende?—le ha dicho a veces Aldonza, cuando ya estaban los dos solos en casa.

Lo malo es que a Fermín no solo no le importa semejante posibilidad

sino que le enorgullece: ¿cómo le van a entender si él más inteligente, más culto, superior a cualquiera de ellos? Si le entendieran, Fermín se sentiría igualado a ese grupo de campesinos ignorantes a quien tiene la obligación de pastorear y, por tanto, disminuido.

—Ya ves —se apena Aldonza—, ¿y entonces qué le quedaría?

«Nada», resume en voz alta. «No le quedaría nada». Por tanto, mejor que Fermín siga convencido de que es respeto lo que en realidad es indiferencia y a veces hasta antipatía. Total, para poner parches en la relación que tiene que haber entre los feligreses y el cura, ya está ella, permitiendo que Fermín pueda dedicarse con toda tranquilidad a Dios…

Todo esto, y mucho más, le cuenta Aldonza, a media voz, a la iglesia. Porque Aldonza habla cada día con ese edificio que se cae a pedazos y que ella cuida con dedicación. Barre o quita el polvo o espabila las velas y, a la vez, va desgranando en un murmullo inteligible, sus pensamientos. Los del pueblo ya se han acostumbrado y ni siquiera prestan atención a los susurros de la Sacristana: estará rezando, se dicen. Y no es oración, es una charla interminable con las paredes desconchadas y con el alto techo y con el suelo irregular y con la atmósfera oscura y helada y con el olor a incienso y, sobre todo, con cada una de las imágenes que decoran los altares y cuyos rostros le son tan familiares a Aldonza como cualquiera de los de sus feligreses: el san Sebastián tullido, que al pobre le falta parte de una pierna desde que los vecinos lo dejaron caer durante una procesión a la ermita, la María Magdalena flacucha y de largos cabellos, la Virgen hierática con el niño sentado en su regazo, la Concepción desteñida y con cara de niña, el san Gregorio que sacan al campo cuando hay langosta, el san Blas que trajeron los vecinos de Casas Albas y que ella trata como a un invitado, y san Germán, su preferido, tan delicado y tan bello. San Germán es el principal destinatario de los susurros misteriosos de la Sacristana.

Hoy Aldonza, como de costumbre, ha entrado en la iglesia a buen paso. Se ha dirigido a san Germán y se ha puesto a contarle, en voz baja, que acaba de llegar un caballero al pueblo y que eso tiene indicios de no ser nada bueno.

—Para mí que es un caballero de importancia —resume Aldonza mientras estira el mantel del altar con sus delgadas manos y quita un polvo inexistente de los pliegues de la túnica del Santo—. Va vestido con lujo, bien montado y acompañado de varios criados, con mulas enjaezadas y todo.

Aldonza lo vio llegar desde una esquina de la plaza del Caño, bien arrebujada en su manto, ya que hacía un frío que helaba hasta el aliento. Y no es que fuera raro que una comitiva importante hiciera parada en Escalonilla. La fuente está a un paso del camino, bien situada para que los viajeros que transitan de Torrijos a la Puebla de Montalbán o viceversa, hagan un alto para dar de beber a las caballerías. Lo que le pareció extraño fue que el forastero desmontase, que mirase a su alrededor interesado y que

se decidiera a adentrarse en el pueblo seguido de su criado. Cuando vio que aquel hombre daba la vuelta al edificio de la iglesia, no tuvo dudas de que acabaría entrando y dedujo que eso traería consecuencias. Así que se arrebujó en su manto, dio media vuelta y entró con paso rápido en el templo. Pasó por su cabeza la idea de avisar a Fermín, que se encontraría en la sacristía poniendo orden tras el entierro, pero no lo hizo porque, total, para limitarse a anunciar la llegada de alguien sin poder dar ninguna otra noticia, no merecía la pena andar tanto. Hablar con san Germán, en cambio, le pareció mucha mejor idea.

—Ese viene para quedarse, te lo digo yo —le dice al Santo con la confianza que da el llevar conversando con él casi desde la infancia—. Por si fuera poco lo que tenemos encima, con la muerte del aprendiz y las elecciones al caer.

Tiene Aldonza la sensación de que en las últimas horas el mundo se ha puesto patas arriba. Todo comenzó el día anterior, poco después de amanecer, cuando oyó jaleo en la calle y al poco sonaron los aldabonazos en la puerta que parecía que querían tirarla abajo.

Ella ya estaba levantada. Suele hacerlo al alba para tener tiempo de apañar el desayuno y espabilar el hogar antes de despertar a Fermín para la misa de primera hora. Aun así, no pensó que ocurriera nada grave, tal vez que venían a buscar al cura porque alguien se moría y necesitaba que le administraran los últimos sacramentos. Aldonza, en eso, está de acuerdo con su hermano: la gente tiene la manía de morirse a las horas más incómodas, haciendo que el cura tenga que pasar la noche en casas extrañas. Pensando en ello, Aldonza fue a abrir la puerta repasando en su cabeza la lista de los posibles moribundos: estaban los viejos, que por bien que parezcan estar de pronto deciden que se mueren y se mueren. También los recién nacidos, que tienen cierta propensión a morirse a poco que uno se descuide, aunque es raro que nadie decida llamar al cura por eso y menos con tantas prisas. Fuera de los viejos y los niños no se le ocurría a Aldonza quién más podría necesitar del cura, a excepción de la Alfonsa, la mujer del «Condenao», que desde que perdió a su chiquillo parecía siempre al borde de la muerte.

Cuando al fin abrió la puerta se encontró tal jaleo que le costó enterarse de lo que pasaba. Porque, además, desde el fondo del pasillo, su hermano clamaba por ella, extrañado por tanto ruido a horas tan intempestivas.

—¡Aldonza! ¡Aldonza!

—¡Que ya voy, un momento!

Se santiguó espantada cuando le contaron lo que ocurría. Fue corriendo hasta la habitación de Fermín y empujó la puerta sin ningún miramiento.

—Han encontrado muerto a un niño en la Alamedilla. Lo traen entre varios. Dicen que vayas a abrir la iglesia, que lo manda el alcalde.

Fermín, medio incorporado en la cama, se quedó con la boca entreabierta, los ojillos redondos entornados y su perpetua expresión de

asombro. Se arrebujó en las mantas tiritando de frío y miró desesperanzado por la ventana.

—Si todavía no ha amanecido…

Aldonza suspiró con impaciencia. Qué más daría que hubiera amanecido o que no. El pobre niño, muerto en medio del campo, no había escogido la hora de abandonar este mundo, sobre todo teniendo en cuenta, por lo que había entendido, que lo habían sacado del mundo a palos.

—¡Que te levantes y vayas! ¡Que te están esperando!

Ella había tenido oportunidad de verlo, asomada a la puerta de la calle, cuando vinieron en busca de su hermano. Había visto, a la luz grisácea del amanecer, que llegaba gente desde la plaza del Caño, encabezados por el alcalde, y que acarreaban un bulto entre cuatro. Aldonza se había estremecido al pensar en aquel bulto. Un chiquillo, habían dicho. ¿Quién sería? Y mientras se afanaba entre cacharros junto al hogar y discutía con su hermano, iba repasando en su cabeza la lista de chicos del pueblo. Los conocía a todos desde que habían nacido y a ninguno de ellos podía imaginarlo dentro de la manta informe que llevaban los hombres del alcalde.

Con Fermín, riñó a cuenta de su lentitud. Porque Fermín era incapaz de darse prisa. Y no era tanto porque la prisa no casase con la dignidad de su cargo, como él decía, ni porque las cosas del espíritu requirieran sosiego, sino porque estaba demasiado gordo. ¿Pues no se le ocurrió, sabiendo que le esperaban para que abriera la iglesia, ponerse a desayunar? Aldonza aún resopla de indignación. Le quitó de las manos el plato de rosquillas y le empujó pasillo adelante, recordándole, con malos modos, que le estaban esperando.

—¡Qué esperen! —se resistió Fermín—. A ver si va a resultar ahora que cualquiera puede disponer de mi tiempo.

Todo aquello había sido el día anterior y, desde ese momento, no había habido sosiego. Por supuesto, no hubo misa en toda la mañana. Ella acudió a la hora acostumbrada para hacer los preparativos, y la despacharon de mala manera. No tuvo apenas oportunidad de ver al muchacho. En la capilla del Santo se habían reunido el alcalde y los regidores y el alguacil y el de la Hermandad con su cuadrillero y el escribano. Hasta el médico, que ya me dirás para qué sirve el médico cuando el paciente ya está muerto, que miró y remiró al pobre muchacho para concluir, como podría haber hecho cualquiera sin darse tanta importancia, que lo habían matado a palos. Y la gente, que poco a poco se iba enterando de la noticia y que acudía a la iglesia a enterarse de los detalles. Pronto se supo que el chico muerto era el aprendiz del tejedor, el pupilo de Pedro de Hinojosa. Y al rato, llegó el propio Pedro de Hinojosa y pasó a ver al chico y salió luego pálido, diciendo que sí, que era su aprendiz y que no sabía qué había pasado, que el muchacho no se había presentado a trabajar por la mañana y que él había pensado que se había vuelto a Torrijos o que se había echado a la calle en

busca de una vida más regalada, porque el trabajo de los telares era duro, muy duro, aunque él había tratado bien al chico, lo había tratado como a un hijo, y ahora tenía que verlo tirado ahí, roto y maltratado.

Aldonza se queda silenciosa unos momentos imaginando a Pedro de Hinojosa. Buen hombre, el tejedor, cumplidor y honrado. Y con su aprendiz había sido muy tolerante. Ella misma había sido testigo de la libertad que le dejaba para dedicarse a otros menesteres distintos a los del oficio. ¿No andaba siempre el muchacho rondado por la iglesia? Pues no poco contento estaba Fermín por poder contar, sin comerlo ni beberlo, con un ayudante tan diestro para las misas. Ya podía tener monaguillo, igual que en los templos de más importancia, y un monaguillo que, además, cantaba como los ángeles. Así que le pidió a Aldonza que le arreglara al chico unas albas y unos roquetes para que estuviera vestido con dignidad durante los oficios y se empeñó en la idea de formar un coro, algo difícil, porque los niños del pueblo eran más aficionados a liarse a pedradas que a los cánticos.

El aprendiz, en cambio, parecía feliz en la iglesia y hasta ella se acostumbró a verle por allí echando una mano. Era muy zalamero. Y muy guapo, con unos bonitos ojos verdosos y una sonrisa que le formaba hoyuelos en las mejillas.

—Dejad, ya lo hago yo —decía cuando la veía con la escoba en la mano, si bien barrer, lo que se dice barrer, barría poco. Estaba más pendiente de lo que ocurría a su alrededor que de llegar con la escoba a la suciedad de los rincones.

Eso ocurría, sobre todo, cuando en la capilla del Santo había reunión del concejo. Entonces el aprendiz no perdía ocasión de andar cerca, atareado en cualquier labor que le hubiesen encomendado y con el oído puesto en las discusiones que Juan Moreno, el alcalde, mantenía con sus regidores, Bartolomé Pérez y Agustín González, que ya andaban nerviosos pensando en las próximas elecciones. Y claro, hablaban sin tiento y salió a relucir más veces de las oportunas el nombre de Gerena. Y no es que ella quiera decir nada malo de nadie y mucho menos del pobre chico, Dios lo acoja en su seno y le de la paz que le faltó en la tierra, pero lo cierto es que era un tanto entrometido.

Los pensamientos de Aldonza se detienen aquí, interrumpidos por el gemido de la puerta principal. Las bisagras chirrían, la madera cruje y la luz pálida del exterior se cuela hasta sus pies. El caballero que hace un rato vio llegar a la plaza del Caño ha entrado en la iglesia, tal como ella esperaba. Lo observa santiguarse con reverencia y la indicación que le hace a su criado, un mozo apenas, que a su lado mira a su alrededor con ojos asustados. El mozo se apresura a quitarse el gorro de lana que lleva en la cabeza y también se santigua con gesto nervioso.

—¿No está el párroco? —pregunta el caballero con una voz profunda y muy educada.

Aldonza, que ha dejado en suspenso su charla con el Santo y sus tareas de limpieza, mira al forastero de arriba a abajo, desde las elegantes botas, un poco deslustradas por el viaje, hasta su cabeza descubierta, ya que el hombre se ha quitado el elegante sombrero, tan negro como toda su vestimenta, y lo mantiene con descuido en la mano.

—En la sacristía ——dice haciendo una leve seña con la cabeza hacia la puerta que se abre a un lateral del altar mayor.

El caballero hace un gesto de asentimiento, da las gracias y se encamina en la dirección que le han indicado. Aldonza le sigue con la vista. Se pregunta si será adecuado acompañarle y ver qué asuntos le traen hasta Escalonilla. Al fin y al cabo, como ella bien sabe, su hermano Fermín, el cura, no sabe tratar a los extraños. En realidad, ni a los extraños ni a los conocidos. Tiene cierta tendencia a decir siempre lo más inadecuado. Y no es cuestión de que el recién llegado, piensa Aldonza, se lleve una impresión equivocada del cura, de la iglesia o, ya que vamos a ello, del propio pueblo.

Cuando al fin se decide a seguirle, el forastero ya ha entrado en la sacristía, una habitación pequeña que huele a cirios mal quemados, a humedades antiguas y a cerrado. La puerta ha quedado entornada y Aldonza oye con claridad las voces de los que están dentro. El visitante se llama Alonso de Oviedo y, según le explica al cura, tiene intención de pasar unos días en el pueblo. Puede imaginar Aldonza la cara de asombro de su hermano, la boca medio abierta, los ojillos entornados, la respiración ruidosa y la calva brillante de sudor. Si no estuviera tan pendiente de lo que se habla, Aldonza se hubiera entretenido en pensar que el pobre Fermín hace muy mal efecto en un pueblo en el que, por desgracia, más de uno sabe lo que es pasar hambre. Empuja la puerta y se apoya en el quicio dispuesta a intervenir en la conversación si es necesario.

—Aquí no hay ningún sitio dónde hospedarse. No tenemos ni ventas ni posadas —está diciendo el párroco, contestando, supone Aldonza, a la pregunta del caballero. Y añade sorprendido—. ¿Por qué queréis hospedaros aquí? Este no es un lugar al que suelan venir visitantes. Vienen pobres y peregrinos, eso sí. Para ellos tenemos un hospital en el que pueden descansar y comer algo. No sé si vos querréis…

—Pues no… —dice el forastero. Parece entretenido en contemplar lo que le rodea; el arcón abierto con vestiduras y hábitos, el par de sillas de paja y la mesa pequeña y oscura con libros de culto y cruces desvencijadas. Se diría que estuviera tomando nota de todo y, cuando acaba, vuelve sus ojos de nuevo hacia el párroco—. Si no hay posadas, es posible que haya alguien en el pueblo que pueda alojarnos.

El párroco parece pensar en ello con detenimiento.

—No creo que haya nadie con una habitación que pudiera ajustarse a vuestras necesidades. Porque supongo que traeréis criados y equipaje y… y… —se queda atascado, incapaz de pensar qué otros impedimentos puede llevar consigo alguien como don Alonso.

—De eso no tenéis que preocuparos. Mis criados se vuelven a Torrijos. El único que se queda conmigo es mi sirviente.

— Ya, bueno… —duda el párroco. Frunce el ceño esforzándose en pensar—. Podríais hospedaros en casa del alcalde —dice no muy convencido.

—¿En casa de Juan Moreno? —interviene escandalizada Aldonza sin poder evitarlo. El caballero y su paje se vuelven sorprendidos hacia ella e incluso su hermano la mira sobresaltado. Ella se encoje de hombros con indiferencia, dando por hecho que no son necesarias explicaciones ni sobre su presencia ni sobre su interrupción—. Por Dios, no creo que al señor le gustara — y volviéndose a don Alonso, explica—. El alcalde tiene cinco hijos, el más pequeño todavía sin destetar. Y hay que contar a la mujer, a los suegros, que viven con ellos, y a la madre de él… La casa en realidad es muy pequeña. Eso sí, tiene un buen hogar que la caldea, y al calor del hogar duermen todos, incluidas las ovejas y las gallinas, que acaban entrando a la cocina en busca de calor, y no sé yo si no entraran también los bueyes, que no me extrañaría…

—Aldonza, no exageres… —la regaña Fermín molesto por la interrupción—. Aunque… tal vez sería más adecuada la casa de don Lorenzo —y dirigiéndose al forastero, aclara—. Don Lorenzo pertenece a la familia de los Suárez de Figueroa, quizá lo conozcáis…

—La casa de don Lorenzo —le interrumpe Aldonza sin contemplaciones— está cerrada. Don Lorenzo —explica en honor del visitante— no vive en el pueblo, vive en Toledo y apenas pisa por aquí de vez en cuando.

—Ahora está aquí —corta Fermín—. Ha venido para las elecciones, como todos los años, parece mentira que no lo sepas.

—Claro que lo sé ¬—dice Aldonza indignada por el hecho de que su hermano piense que hay algo de lo que ella pudiera no estar enterada—. Pero ha venido sin su esposa. Le he visto esta mañana en el entierro. Y por cierto, ha dado una buena limosna.

El forastero, que hasta ese momento ha permanecido en silencio, parece de pronto interesado.

—¿Han estado de entierro esta mañana? No hemos llegado en buen momento…

—Ah, no debéis preocuparos, señor —descarta el párroco con un gesto lánguido de su mano gordezuela—, solo era un muchacho huérfano, nadie importante.

Aldonza observa que la frase hace estremecerse al mozo que acompaña al caballero, y que este, al darse cuenta, le pone una mano protectora sobre el hombro.

—¿Y de qué ha muerto? —pregunta—. Espero que no haya alguna grave enfermedad asolando al pueblo…

—Que va —se apresura a contestar el cura con despreocupación¬—.

No hay ninguna enfermedad. Al muchacho lo mataron a palos. Lo encontraron ayer mismo en el camino que va a la Huerta del Rey, cerca de aquí.

—No creo que esas cuestiones le interesen al señor —protesta Aldonza.

—No, supongo que no —concede el cura, y se queda mirando al caballero con expresión desconcertada— No sé…

—La casa de los Zumaquero — le apunta Aldonza.

—¿La casa de los Zumaquero? ¿Tú crees?

—Desde luego.

El párroco se queda indeciso durante unos momentos y termina por asentir. Le explica al forastero que los Zumaquero son comerciantes y tienen una buena casa, sin lujos ni pretensiones, pero agradable y bien organizada, y que sin duda estarán encantados de hospedarle. No parece Aldonza tener nada que decir al respecto a pesar de que todos la miran esperando sus comentarios. Aldonza, ahora que ya ha encaminado a su hermano por el sitio adecuado, se limita a escuchar en silencio. Contempla el lujo con el que viste el caballero, toma nota de que es más joven de lo que su actitud y su porte parecen indicar y deja vagar su vista también por el joven criado que lo acompaña, casi un niño en realidad. Un niño con aspecto agotado, todo hay que decirlo. ¿Tan dura es la vida de mozo de un hidalgo? ¿O es el viaje el que ha sido duro? El niño se revuelve inquieto bajo su mirada y Aldonza le sonríe.

Tarda un poco el párroco en estar preparado para guiar al visitante. Es Aldonza la que le encuentra la capa y el sombreo y le ayuda a ponérselos, regañándole, mientras lo hace, por el desorden de la sacristía. El cura resopla y murmura palabras inteligibles bajo la serena y paciente mirada del forastero.

Cuando salen a la calle hay congregados, aquí y allá, unos cuantos vecinos. Todos ellos contemplan en silencio al párroco y sus visitantes. Les ven cruzar la plaza de Abajo, alejarse del matadero y el hospital para pobres y transeúntes, y pronto se dan cuenta de que se dirigen a la casa de los Zumaquero. Se miran unos a otros y se vuelven de nuevo a la iglesia donde, apoyada en el portón de madera está la Sacristana, arrebujada en su manto que se ha echado sobre la cabeza, los brazos cruzados sobre el pecho y su rostro afilado, serio y pensativo. Aldonza no está para charlas. Su vista recorre la plaza hasta encontrar lo que busca.

—¡Eh, chico! —llama con voz autoritaria.

El chico, un muchacho de unos diez años, se para con reticencia, contemplando quizá la idea de ignorar la llamada.

—Vamos, ven aquí — insiste Aldonza—. Escucha, acércate corriendo a las tierras del alcalde. Le dices que don Fermín le busca, que ha llegado un forastero y que tiene que venir de inmediato. ¿Lo has entendido?

El muchacho asiente de mala gana.

—¡Pues corre! No pierdas el tiempo.

Aldonza se queda contemplando como el muchacho se aleja. Un poco más allá, su hermano, con el caballero y su sirviente, están ya ante la puerta de una de las casas arremolinadas en torno a la plaza: la casa de los Zumaquero. Aldonza sonríe y asiente satisfecha. Los Zumaquero han sido una buena elección. Y el alcalde, en nada, estará avisado. Es verdad que Fermín en eso no habrá tenido nada que ver, pero Aldonza está acostumbrada a tomar decisiones en nombre de su hermano. Con una agradable sensación de deber bien cumplido, Aldonza da media vuelta y entra en la iglesia: tiene muchas novedades que contarle a san Germán.

Bartolomé Pérez, el regidor

Estaba en la plaza cuando llegó el forastero, tan bien montado, con un caballo alazán de pelo brillante y afiladas patas, tan reluciente que daba gusto verlo. Le vio desmontar, mirarlo y remirarlo todo con esa mirada altiva que los señores suelen tener, que miran como esperando que el mundo se pliegue a sus deseos. Le vio hablar con sus criados que se afanaban con las mulas y las acercaban al caño para que bebieran y dirigirse luego a la iglesia seguido de uno de sus sirvientes, un muchacho delgado que parecía su sombra.

Si se paró a observar todo aquello no fue por ninguna sospecha de nada raro, sino por mera curiosidad. Los visitantes no eran muy habituales en el pueblo y menos los visitantes de categoría, como el que acababa de llegar.

Bartolomé se quedó apoyado en la esquina del matadero, las manos sobre el mango de la azada que se había descargado del hombro y con la vista fija en la puerta del templo. Al rato salió el caballero acompañado del cura y con su mozo detrás, y los tres se fueron calle arriba. Tampoco entonces pensó que ocurriera nada raro, si bien lo que veía no era habitual. Se preguntó a dónde irían y se sorprendió cuando comprobó que su destino era la casa de los Zumaquero. ¿Tal vez el recién llegado pretendía hacer tratos con Antón? Eso no sería tan extraño puesto que el Zumaquero era comerciante, aunque no se le ocurría que podría querer comprar aquel hombre tan distinguido a alguien como Antón que tiene el patio de su casa lleno de semillas y herramientas y útiles para el trabajo en el campo. Y también paños de las fábricas de estameñas, que se los dan algunos tejedores para que los venda en la Puebla, en Torrijos o incluso en Fuensalida. ¿Serían paños lo que el caballero buscaba? ¿Van los caballeros a comprar sus telas a los lugares donde están las fábricas? Bartolomé no lo sabe. Tiene una idea vaga y fantástica sobre los señores, seres de otro mundo distinto del suyo, un mundo donde todo está más a mano y no se trabaja con sudor y esfuerzo que es la forma en que él entiende el trabajo. Además ¿para qué querría un señor las estameñas que se fabrican en el

pueblo? ¿No usan telas más finas y elegantes? Unas telas de colores vistosos que no salen de ningún telar de Escalonilla, donde no hay tintoreros que sepan dar tintes y colores. Sonríe Bartolomé al pensarlo. A decir verdad, eso de los colores no debe preocupar al forastero, puesto que viste de negro de la cabeza a los pies.

Aun con estos pensamientos, no creyó todavía Bartolomé que el asunto tuviera más importancia. Lo que le produjo inquietud, lo que hizo que le saltaran las alarmas, fue ver a la Sacristana, desde la puerta de la iglesia, llamar de una voz al hijo del zapatero que andaba correteando por la plaza y mandarle con algún recado calle abajo. Bartolomé abandonó su esquina y siguió al muchacho. Lo alcanzó de unas cuantas zancadas.

—¡Eh, Rubén!, ¿a dónde te manda la Sacristana con tantas prisas?

El muchacho frenó su carrera y acompasó sus pasos a los del regidor.

—A los campos —contestó con malhumor—, a buscar al alcalde.

—¿Y eso por qué?

—¡Y yo que sé! Porque lo dice el cura.

El muchacho siguió su carrera y Bartolomé se quedó parado dándole vueltas a la cabeza. Y allí sigue, sin poder llegar a ninguna conclusión. ¿Quién es ese forastero que quiere hablar con el alcalde con tantas prisas? ¿A qué ha venido? ¿Y por qué lo ha llevado el cura a casa de los Zumaquero? La idea de que el caballero solo sea un visitante ocasional, como pensó al principio, ya no parece tener sentido. Por un visitante ocasional, por un simple viajero de los muchos que van de Torrijos a La Puebla o de La Puebla a Torrijos, y que descubren, justo a mitad del camino, la existencia de Escalonilla, no se envía a buscar al alcalde a los campos con tanta urgencia.

No poder llegar a ninguna conclusión hace que la intranquilidad le cosquillee a Bartolomé Pérez en el estómago. Lo inesperado, lo accidental o imprevisible, le pone nervioso. A él le gustan las cosas sencillas. El sol que sale cada mañana, siempre por el mismo sitio y sobre los mismos campos, las cosechas que se suceden año tras año, las lluvias y las sequías, los animales que nacen y crecen, el olor del fuego en la chimenea y del estiércol fresco en el establo, una manta pesada para arrebujarse en las noches de invierno, el trago de agua fresca en el verano, escurriéndose por su boca y por su cuello, los gritos de los críos persiguiéndose entre risas, las campanas repicando en el silencio de la mañana y, en el cielo, los pájaros y las nubes, y el viento a veces y a veces la calma. Cada día igual a cualquier otro. Y sin embargo, en los últimos tiempos, especialmente en el último año en que aceptó ser regidor, tiene que enfrentarse a asuntos que no entiende y que se le meten en la cabeza sin que pueda sacárselos. No es que se queje. Ha obtenido buenos beneficios de ello y, aun así, está deseando que acabe el año y por tanto la responsabilidad de su cargo. Y solo queda una semana. Una semana y él podrá olvidarse del cabildo, del pósito, de las reuniones con Gerena y de todos aquellos problemas que le han alejado de

su vida. Volverá al trabajo. A arar los campos hasta que le duelan cada uno de los músculos de las piernas, de la espalda, del cuello y de los brazos. Y cuando llegue la noche podrá volver a casa tranquilo, sin nada en la cabeza.

Bartolomé piensa en ello, lo imagina, ahí, parado en una esquina de la plaza, la espalda apoyada en la pared, las manos descansando sobre la azada, mirando sin ver como Rubén, el chico del zapatero, se aleja por el camino de Veragüe en busca del alcalde. Lo que ve Bartolomé, en su cabeza, es un plato en la mesa, un tronco en el hogar, unos niños durmiendo, unos brazos de mujer. Eso es la vida. Lo demás solo son peajes que hay que ir pagando para preservar lo que importa. Claro que él no podría nunca expresarlo así porque Bartolomé no es muy dado a las palabras. Ni siquiera, a pensar demasiado.

—Total, ¿qué hay qué pensar tanto? —suele decirse como excusa—. La vida es como es, no vale darle más vueltas. Y si hay suerte…, pues, enhorabuena y a aprovecharla.

Él la ha aprovechado. Lo que ha logrado en los últimos años, su casa, sus campos, ese bienestar dulce que da saber que hay comida en el plato, la vitalidad despreocupada de sus hijos, la rolliza y sensual tersura del cuerpo cálido de su mujer, el respeto que ve en los ojos de los que le miran, todo eso, Bartolomé Pérez no se engaña, no es fruto del arado ni del sudor. Todo eso ha sido posible porque se plegó a los planes de Juan Moreno y de Gerena, porque accedió a participar en la comedia de las elecciones, porque vendió su voto, igual que lo tiene vendido para este año. Tanto él, como el alcalde Juan Moreno y el resto de los regidores, ya tienen acordado a quién van a elegir. Ninguno de ellos repetirá en el cargo, y Bartolomé ni ganas que tiene. Serán nombrados otros de su parcialidad que, bien adiestrados, se harán con el poder, con el privilegio y la ventaja de participar en el gobierno municipal. Y nada cambiará. La vida seguirá su curso apacible y Bartolomé Pérez podrá volver a sus campos y a su vida y podrá aflojar los músculos y olvidar ese roe-roe que tiene desde hace un año agarrado a las tripas.

Mientras tanto, cualquier imprevisto, cualquier acontecimiento que se salga de lo común, se convierte en una amenaza. Como lo del aprendiz muerto. Bartolomé, de buena gana, hubiera despachado el asunto de un plumazo. Total, el chico no era del pueblo y nadie lo conocía. Bueno, sí, lo conocían. Hasta él, que no solía fijarse, lo tenía muy visto. ¿No ayudaba al cura en las misas? ¿No era el que cantaba, el que hacía recados? Su figura resultaba muy familiar. Aun así, ¿a qué engañarse? Era un forastero, un hospiciano, nadie importante. Por eso no entiende tantos aspavientos con lo de su muerte. Al fin y al cabo, los chicos se mueren a menudo, se ponen enfermos o se descalabran. Después tuvo que aceptar que el muchacho no se había puesto enfermo ni se había descalabrado por sí solo, sino que lo habían matado con todo lo que eso implicaba. ¿Quién lo había matado y

por qué? ¿Quién había en el pueblo capaz de hacer semejante salvajada? ¿Y qué motivos podría haber tenido para hacerlo?

Las mujeres andaban asustadas y no era tan extraño. Buscaban con la mirada a sus hijos y les decían que no se alejaran y se ponían en marcha juntas para ir hasta la fuente a por agua. Y volvían los ojos, mientras estaban junto al caño, al camino de la Alamedilla. Y luego los buscaban a ellos. A él, a los otros regidores y a Juan Moreno, el alcalde, que todo lo arreglaba marchándose a los campos. Y los problemas se quedaban estancados, como el agua sucia que se va acumulando en el Barranco, cerca de la fuente, que está verdosa y huele a podrido.

¿Es por eso por lo que ha acabado por no fiarse de Juan Moreno, al que cada vez encuentra más metido en sí mismo, más lejano, más enfadado con el mundo? La vaga sensación de intranquilidad que siente en el estómago Bartolomé se acentúa aún más con estos pensamientos. ¿Se puede confiar en Juan Moreno en estas circunstancias? Eso es lo que Bartolomé Pérez intenta decidir en su interior. El alcalde ha ido cambiando desde que fue elegido. Antes de eso, Juan Moreno no ponía tantos melindres ni tantos remilgos. Al contrario. Bartolomé le recuerda con la mirada al frente, decidido, intentando burlar un destino que, como a él, le llenaba de desesperanza.

Hay que reconocer que Juan Moreno fue capaz de encontrar ese camino. Encontró la forma de abandonar la miseria y, sobre todo, de abandonar la humillación. Ya no eran, ninguno de los dos, los humildes labradores que fueron, siempre inclinados ante los poderosos, siempre en manos de otros, siempre en la miseria.

A Bartolomé Pérez se le estrecha la garganta cuando recuerda aquella vida de su infancia: la choza mugrienta en la que se hacinaba con su familia, igual que animales en el establo, el hambre perpetua rugiéndole en las entrañas, la suciedad... Recuerda a los niños, sus hermanos, descalzos, ateridos, llorosos y hambrientos. Recuerda la mirada casi estúpida de su padre, incapaz de hacer nada para sacarlos de la miseria, excepto beber hasta caer redondo cuando conseguía algo de vino o acabar a tortazos de sus manos enormes y ásperas con el llanto de sus hijos hambrientos. Recuerda a su madre llegando por el camino con el halda de su mandil lleno de alcachofas de campo que luego hervía en un poco de agua. Al rato, en silencio, ponía la olla en el suelo, repartía un mendrugo de pan para cada uno y se daba la vuelta desentendiéndose de lo que fuera a pasar a continuación. Tal vez no quería ver que los más grandes les quitaban el pan a los más chicos. Los más fuertes, empezando por su propio padre, arramplaban con lo que podían y los pequeños se desgañitaban de desesperación. ¿Por qué su madre no intervenía, por qué no ponía orden y defendía a sus hijos? ¿No le importaba? ¿No sentía nada ante la debilidad que les iba arrebatando la vida?

Bartolomé Pérez siente una rabia sorda en el estómago, una rabia que

nunca se aplaca a pesar de que su madre murió hace ya años. No puede disculparle que jamás tuviera un gesto de afecto, una sonrisa. No puede olvidar que se quedaba impávida cuando su padre los tundía a golpes sin ningún motivo. No puede perdonarle la mirada perdida en la lejanía, los oídos sordos ante sus quejas, el gesto hosco… Lo que es la vida, su padre era violento y estúpido, pero a veces, después de haber conseguido trabajar unos días, y por tanto tener algo de comida —que día maravilloso aquel en que llegó con un par de gallinas cogidas de las patas, levantándolas en alto como si fueran los más dignos trofeos que un hombre pudiera conseguir—, esos días, su padre se volvía humano y sonreía, y levantaba a los más pequeños en alto para oírlos reír y hablaba a borbotones haciendo planes. Ahora, visto desde la distancia, a Bartolomé le enternecen los breves momentos de felicidad de su padre, su ingenua esperanza en el futuro, antes de hundirse de nuevo en la desesperación cuando veía que, en realidad, nunca cambia nada.

En cambio su madre… su madre, taciturna y lejana… a ella no puede perdonarla. La ve en su mente dejando la olla en el suelo y dándose la vuelta, indiferente a los gritos, a los golpes, al llanto de los pequeños. ¿Cuántos hijos vio morir ante sus propios ojos sin cambiar apenas de gesto? Bartolomé ni siquiera lo recuerda. Si piensa en ellos, en sus hermanos, le vienen a la cabeza imágenes sueltas: la niña tan bonita, que a veces sonreía y la sonrisa le ponía dos hoyuelos en las mejillas, que se fue consumiendo poco a poco hasta que un amanecer la encontraron fría y dura en un rincón de la choza. Los dos bebés que nacieron juntos y que apenas duraron un par de días, gimiendo como gatitos heridos, cada vez más bajo, cada vez con menos fuerza, hasta que el gemido cesó y todos suspiraron aliviados porque no hay Dios que aguante el gemido de un niño horas y horas, tanto de día como de noche. Y Tomás, el único al que Bartolomé recuerda por su nombre porque era un año menor que él, que empezó a vomitar y a asfixiarse hasta que se murió. Pero la muerte de Tomás, al contrario de la de los bebés que aparecían y desaparecían en un parpadeo, sí que dejó un vacío en su vida. Tomás había sido su amigo, su cómplice de travesuras, el depositario de sus confidencias. Si Tomás hubiese vivido tal vez él no hubiera perdido su sonrisa y sus palabras. Porque Bartolomé es consciente de que no sonríe nunca y de que habla poco. Ni siquiera le importa. Las sonrisas y las palabras, lo aprendió hace tiempo, no sirven para nada.

¿También lo ha aprendido Juan Moreno? ¿Es ese el motivo por el que está siempre serio, siempre lejano y taciturno? ¿Es la seguridad de que la vida hay que lucharla lo que ha convertido al alcalde en un hombre que rehúye a sus semejantes? Antes no era así. Bartolomé le recuerda con los ojos brillantes y la palabra fácil. Un hombre con las esperanzas a flor de piel. Y ahora, cuando mejor les va, a Juan Moreno parece que algo le reconcomiera por dentro. ¿Se puede seguir confiando en él?

Cada vez que Juan Moreno se aleja de sus vecinos, cada vez que huye a sus tierras en vez de quedarse en los corrillos hablando con unos y otros, cada vez que aparta los ojos y murmura unas palabras de excusa por lo bajo, Bartolomé siente que algo, no sabe el qué, los está amenazando. Y no pueden permitirse esa debilidad. No a menos de una semana para elegir los nuevos cargos municipales. Gerena se está impacientando. Hay muchas cuestiones pendientes y Juan Moreno ni siquiera se ha dignado ir a hablar con él. No se ha molestado en saber los nombres que se barajan para el nuevo año ni en ponerse al tanto de los planes que se están haciendo. Es cierto que la muerte del aprendiz ha revolucionado a todo el pueblo, aunque… ese asunto no debería afectarlos.

Y ahora, por si fuera poco, está lo del caballero que acaba de llegar. ¿Quién es? ¿Qué se propone? ¿Viene a investigar? ¿A intervenir en las elecciones? ¿A vigilar? ¿Tiene sospecha de algo?

Bartolomé, intranquilo, se incorpora y se aleja de la iglesia. Tendrá que ir a hablar con Gerena. Al menos él siempre está seguro de lo que hay que hacer.

Don Fermín, el cura

A don Fermín le vuelve loco su hermana Aldonza. Le está esperando a la puerta de la iglesia, rodeada de vecinos con los que habla en susurros, gesticulando mucho. No sabe don Fermín cual es el tema de tan apasionados comentarios, aunque lo supone. La llegada del caballero se sale lo suficiente de lo normal como para que todos estén allí, haciendo cábalas. Y si no es eso, será lo del muchacho muerto. La verdad, suspira el cura, es que en los últimos tiempos no faltan sucesos de los que hablar. Lo inadmisible es que Aldonza participe de ello olvidando su lugar privilegiado en la sociedad como hermana del cura. Porque es lo que hace Aldonza, que no solo lo olvida y participa en los corrillos sino que además, mucho se teme don Fermín, los alimenta con su charla. De hecho, es verle llegar cruzando la plaza después de haber dejado al forastero en casa de los Zumaquero y ya la tiene encima preguntando, haciendo suposiciones, relatando lo que le han contado los viejos y las mujeres y sacando conclusiones que ni le importan ni le conciernen.

—Basta ya, hermana —le dice con voz seca¬—. No es asunto nuestro.

—¿No es asunto nuestro? —se escandaliza Aldonza siguiéndole al interior de la iglesia—. ¿No es asunto nuestro que envíen a alguien a investigarnos? Porque ese viene a hacer pesquisas, te lo digo yo. A saber quién lo envía. Y si quieres saber mi opinión, investigará a todo el mundo. Incluso a ti.

Don Fermín no puede con ese tipo de comentarios. Le sacan de quicio, pero es incapaz de poner freno a su hermana a quien, en el fondo, teme un poco. Por mucho tiempo que pase, para él Aldonza siempre será la hermana mayor, esa hermana mandona y decidida que cargaba con él cuando era pequeño y que luego, ya adultos, se arrogó el derecho de seguir a su lado organizándole la vida. Y no es que no le esté agradecido por sus desvelos. Lo está. Aun así Aldonza debería entender que él ya no es ningún crio que ella pueda mangonear a su gusto, sino un ministro del Señor, serio y respetado, y debería mostrarle más consideración.

Quizá por eso, don Fermín salta indignado al oír el comentario de su

hermana.

—¿Qué a mí me van a investigar? ¿Qué dices, hermana? ¿Qué tengo yo que ver con nada?

—No te hagas el loco. Lo digo por lo del chico.

—¿El chico? ¿Qué chico? De verdad, Aldonza, no sé de qué me estás hablando.

—Estoy hablando del chico muerto, el aprendiz del tejedor. Te aprovechaste de él de mala manera. Y fue por vanidad, si quieres que te lo diga.

—No digas tonterías.

—No son tonterías. Pues no estabas tú contento ni nada. Celebrar la misa igual que en las iglesias importantes, ayudado por un monaguillo. Y bien solemne que te ponías ante sus cánticos.

—El chico me ayudaba, es verdad. Había estado en el colegio de los Clerizones de Torrijos y sabía muy bien asistir en la misa.

—Entonces ¿por qué te hiciste el desentendido?

—No sé qué dices.

—Si lo sabes. Te desentendiste, permitiste que lo dejaran ahí tirado, igual que un perro. Qué digo. A un perro te hubieras apresurado a darle tierra. En cambio al muchacho... Que si la Cofradía, que si el hospital de pobres y peregrinos, que si el colegio de La Piedra, que si el tejedor… Y el chico pudriéndose tirado en el suelo. Si no llega a ser por mí, que lo amortaje como se debe, ahí seguiría.

Don Fermín ha entrado en la sacristía y se atarea de aquí para allá intentando huir de los comentarios de su hermana. Se vuelve hacia ella enfadado.

—¿Quién se da importancia ahora? No fuiste tú, fue la Batanera

La respuesta del cura no sienta nada bien a Aldonza que bufa indignada y da media vuelta dejando al cura solo.

Don Fermín la mira marcharse sin decir nada, o puede que con un cierto suspiro de alivio. Las palabras de su hermana le abruman. No puede negar que el chico estuvo muerto al pie de la iglesia más de un día. Y no porque él no quisiera darle cristiana sepultura, sino porque no encontraba el modo de hacerlo. La parroquia no tenía medios, Aldonza, mejor que nadie, debería saberlo. Así que durante todo aquel tiempo, él lo único que hizo fue buscar a alguien que pudiera correr con el dispendio.

En cualquier caso, es cierto que, mientras el chico había estado allí, él ni siquiera se había acercado. Claro que él no soporta la sangre ni la violencia y además el chico ya estaba muerto, así que en realidad, poco podía hacer. Asistir en el tránsito a la muerte es algo muy distinto y él, si tiene que hacerlo, acude al llamamiento despacio, con veneración, dispuesto a ayudar a bien morir, dando consuelo, doctrina, consejo y compañía. Porque así es como tiene que morir uno, parece mentira que no lo sepa Aldonza, con calma, paso a paso, con tiempo para confesar los

pecados y arrepentirse de ellos y recibir los sacramentos. Con tiempo para que la familia y los amigos se acerquen hasta el lecho y despidan al moribundo y murmuren sus plegarias y se junten en corros lentos desde los que se eleven los lamentos, las lágrimas, los comentarios más o menos acertados, más o menos permitidos por la costumbre en estos casos: no somos nadie, le ha llegado su hora, está en manos de Dios…

En otras ocasiones ha habido muertes, en el pueblo, que se saltan alguno de esos pasos. Ahí está el hijo de la Herminia, por ejemplo, que nació tan pronto que no tenía fuerzas ni para respirar y murió a los pocos días, o el de Francisco y Jimena, que se fue yendo porque no era capaz de retener en el estómago nada de lo que comía. Casi siempre son niños, pero es que los niños, así es la vida, se mueren mucho por cualquier motivo. Y si no que se lo digan al chaval del «Condenao», un chico sano y bien criado que tuvo la mala suerte de pasar debajo de un árbol justo en el momento en que se quebraba una rama y murió aplastado. Ahora bien, por tristes que sean esas muertes, aunque en ellas falten los sacramentos, no puede decirse que sean malas muertes.

Mala muerte es la del aprendiz: arrebatada, súbita, improvisada, violenta. Sin preparación ni arrepentimiento, sin el equipaje del perdón, sin óleos ni extremaunción, tan necesarios para un viaje del que no se vuelve. Piensa don Fermín que tras una muerte así, uno se va con la violencia a cuestas, con los golpes y la sangre y el miedo o la rabia. Y si uno se lleva todo eso puesto, es de suponer que tendrá que soportarlo durante toda la eternidad.

— Qué castigo, qué horrible castigo para sabe Dios qué horribles pecados —murmura para sí mismo.

Quién lo hubiera dicho del muchacho que le ayudaba en las misas, tan niño todavía, quién hubiera esperado que mereciera tan terrible muerte, solo y abandonado entre las ramas y los arbustos de la Alamedilla.

A pesar de todo esto, reconoce don Fermín que Aldonza tiene razón y que lo que le preocupó desde el primer momento no fueron los pecados sin confesar del muchacho muerto sino quién iba a hacerse cargo del entierro. Pedro de Hinojosa, el tejedor, dijo que a él no le correspondía: el muchacho había sido su aprendiz, es cierto, pero había escapado de sus cuidados lo que terminaba de un plumazo con sus obligaciones. El hospital para pobres y peregrinos, que tantas veces financiaba las pompas fúnebres de los menesterosos que pasaban por el pueblo y en contra de su voluntad allí se quedaban para toda la eternidad, tampoco quiso saber nada del asunto, aduciendo que el muchacho no era peregrino, ni era pobre de solemnidad, ni había estado nunca en el hospital. En cuanto al colegio de La Piedra de Torrijos, de donde el chaval procedía, don Fermín supuso desde el primer momento que se desentendería y, en cualquier caso, habría tenido que escribir para comunicárselo y esperar la respuesta lo que hubiera llevado mucho tiempo, así que de todas formas había que proceder al entierro.

Quedaba la Cofradía de San Germán, que al fin y al cabo para eso estaban las cofradías, para hacer frente a los entierros. Avisado Germán Sánchez el Viejo, se presentó en la iglesia y declinó la idea de pagar nada puesto que el muchacho no pertenecía a la cofradía ni era de ninguna familia que lo fuera.

Fue entonces cuando ocurrió lo de la Batanera, que los dejó a todos cabizbajos y avergonzados. Aquella mujer no tenía medida. Se presentó de pronto, igual que hacían otros vecinos y él pensó que, al igual que ellos, lo hacía movida por la curiosidad de ver con sus propios ojos al niño apaleado. Se plantó delante del muchacho, rotunda, sin vergüenza, el pelo tapado por el manto, la saya recogida a un lado mostrando las enaguas, y se dejó caer al suelo de rodillas con un gemido que resonó contra las cristaleras de las ventanas mientras las lágrimas le mojaban el rostro. Los hombres que había presentes, bajaron la cabeza y miraron para otro lado. Las mujeres, entre ellas Aldonza, la contemplaron con curiosidad. A todos les daba pena el muchacho, a quién no le daría pena, tan joven, tan maltratado, con tanto golpe. Pero la Batanera rugió como una leona:

—¿Es que no hay nadie aquí con un poco de compasión para coger al muchacho y limpiarlo? —Y con su propio manto, que se arrancó de los hombros con fuerza, y poniendo la cabeza del aprendiz en su regazo, intentó adecentarlo.

Poco se notaban sus esfuerzos, que la sangre ya estaba seca y el cuerpo tieso después de tantas horas. La Batanera levantó su rostro lloroso y clavó su mirada en los ojos de los que la rodeaban, uno a uno.

—¿Os gustaría a vosotros quedaros así el día de vuestra muerte? ¿No querríais que os amortajaran?

—El chico no tiene familia —murmuró alguien dando por hecho que eso bastaba para explicar que nadie se hubiera ocupado de él.

—¡Pues yo seré su familia! —había gritado la Batanera con furia—. No dejaré que se presente así ante Nuestro Señor.

Y eso hizo. Trajo agua y lienzos con que limpiarlo y envolverlo. Le lavó la sangre y le arregló la ropa. Poco a poco, otras mujeres se apiadaron, o tal vez se avergonzaron, y se fueron uniendo a la tarea de adecentar al muchacho. Entre ellas, su hermana Aldonza que ahora quiere atribuirse todo el mérito. En cualquier caso, las mujeres no pudieron hacer mucho. Ni siquiera juntar las manos o las piernas del chico y ponerle en una postura digna porque el cuerpo ya estaba rígido, y tampoco pudieron cerrarle los ojos y la boca, y el pobre se quedó espantado para toda la eternidad. Por no tener que verle así, la Batanera trajo un paño de su casa, un paño hermoso y bien trabajado, y le cubrió el rostro, tal vez pensando que así Nuestro Señor no podría ver lo que había pasado.

Con el chico ya decentemente arreglado, colocado sobre una manta limpia y con cirios y velas para iluminarlo, la Batanera se irguió una vez más y se enfrentó a los que la miraban con curiosidad y tal vez hasta con

algo de malicia, y sacándose unas monedas del refajo, con aquellos gestos suyos, altivos y rotundos, se las tiró a los pies a don Fermín:

—Eso para las misas. No permitiré que le pongáis en la tierra sin rezos, como a un perro.

Miró a todo el mundo desafiante esperando que alguien dijera algo, y nadie, por supuesto, dijo nada.

El dinero de la Batanera le quitó, es verdad, un peso de encima a don Fermín, ya que al menos costeaba los gastos más inmediatos. Y, qué curioso, durante el entierro y la misa, esa misma mañana, la gente aflojó el bolsillo y dieron buenas limosnas. Incluso don Lorenzo dejó caer unos cuartos en el cestillo, igual que Gerena. No era mucho dinero y Don Fermín se resignó a que no hubiera novenarios, ni honras, ni cabo de año como con otros difuntos. Solo algunas misas por el alma del muchacho, que buena falta le harían al haber muerto sin confesión. Y con el resto… don Fermín no puede evitar hacer cálculos y pensar en sus reformas, que está la iglesia que se cae a pedazos y ese sí que es un asunto que no se le quita de la cabeza.

El edificio está estropeado, lleno de humedades, con los techados medio hundidos, eso sin contar que se ha quedado pequeño desde hace ya años, cuando empezó a llegar la gente de Casas Albas, que hasta se trajeron la campana de su propia iglesia, como si ellos no tuvieran ya campanas. Aunque el estado del templo nunca ha parecido preocuparle a gente como la Batanera, don Lorenzo o Gerena…

Y por si todo esto no fuera ya poco lío, ahora aparece el dichoso forastero, Antonio de Navia o Alfonso de Asturias o como quiera que se llamara.

—En eso tiene razón Aldonza —piensa don Fermín—, ese no viene para nada bueno…

Le ha dejado en casa de los Zumaquero, que menos mal que a Aldonza se le ocurrió esa solución. Y eso que el hombre no parecía muy satisfecho. Don Fermín casi sonríe para su interior pensando en la cara que puso cuando llegaron. Habían empujado el portón de madera, que estaba entornado, y habían penetrado en el amplio patio de los Zumaquero, lleno a rebosar de utensilios, herramientas, objetos y sacos.

Don Fermín, sin prestar atención a la cara del caballero que parecía estar preguntándose, sin mucho disimulo, cómo podía haber pensado nadie que él estaría cómodo en aquella casa, dio un par de voces llamando a la Zumaquera. Desde donde estaban se la oía trasteando en el interior. También se oían las voces de su crío, los ladridos de un perro y hasta el cloqueo de gallos y gallinas. Y al poco, allí estaba Marina, joven, rotunda y bien plantada, sonriendo mientras se secaba las manos con el mandil que llevaba atado a la cintura.

—Don Fermín, qué agradable visita. ¿Qué os trae por aquí?

Y él le había explicado que le traía a don Nosequé de Algo, que

buscaba hospedaje. Marina, sorprendida, había mirado al visitante a los ojos, con esa forma suya de mirar, tan franca.

—Extraño lugar habéis escogido para pasar unos días —le dijo con su voz agradable y sin perder la sonrisa— ¿Os trae a nuestro pueblo algún negocio, señor, o solo estáis de paso?

Sonríe don Fermín al recordar la cara del caballero ante una pregunta tan directa. De todas formas, no tuvo oportunidad de contestar porque la Zumaquera, al darse cuenta de su indiscreción, se había echado a reír a carcajadas, y el cura, al verla, había sentido en las tripas ese retortijón del que tantas veces había tenido que arrepentirse luego en la soledad de su iglesia.

—Disculpadme, señor —había reído la Zumaquera—. Vuestros motivos no son asunto mío. Y volviéndose a él, había preguntado—. ¿Y qué queréis, padre, que le hospedemos aquí, en nuestra casa? Tal vez el caballero no esté cómodo entre nosotros, ya sabéis que no tenemos lujos. Claro que tampoco hay muchos más sitios donde pudiera hospedarse, eso lo entiendo. ¿Vos qué decís, señor? ¿Os bastará con una habitación amplia y ventilada y una buena cama de madera? No os puedo ofrecer mucho más. Eso sí, aquí comeréis bien si no esperáis nada demasiado elegante —y otra vez aquella risa.

Don Fermín se demora un momento en la imagen de la Zumaquera riendo. La cabeza alzada, los dientes blancos y fuertes, los ojos algo guiñados, brillantes y alegres. Ay, esa Zumaquera. Ya fue así desde niña, con esa risa indomable, llena de cascabeles. Entonces todavía no era la Zumaquera, era solo Marina. Marina, que nombre tan extraño para esta tierra seca, profunda, allanada y, sin embargo, qué adecuado para ella, con sus risas alocadas como olas y su cuerpo rotundo surcando la tierra con la decisión con que los barcos surcan las aguas. ¿A quién se le ocurre casar a semejante mujer con alguien como el Antón? Ese Zumaquero que la tiene siempre sola pues pasa más tiempo por esos caminos de Dios que en su propia casa. Y a una mujer como Marina no hay derecho a que la dejen sola, porque toda ella está hecha para el goce y la felicidad.

Se santigua don Fermín, de pronto, y rehúye sus propios pensamientos. Se ha quedado ahí, de pie en medio de la sacristía, cuando hay tantas tareas por hacer. Piensa que quedan dos días para la Navidad, que tiene que preparar la Misa del Gallo, sacar la figura del Niño y darle lustre, aunque es posible que de eso ya se haya ocupado Aldonza, y escribir su sermón. Y a don Fermín se le ocurre, de golpe, toda una filípica sobre los peligros de la carne y la condenación al fuego del infierno, que los hombres no pueden dejarse llevar y refocilarse como cerdos ni aun dentro del matrimonio. Luego, avergonzado, piensa que el tema no sería muy adecuado para la noche de Navidad. Inquieto, no puede dejar de pensar en ello.

Esa Marina…

Allí la había dejado, en su casa, con el forastero y su mozo. Los había

interrumpido el niño, el pequeño Zumaquero, que había llegado corriendo seguido de un perro flaco al que se agarraba. Marina le había levantado en brazos y lo había achuchado sin que el niño se resistiera, acurrucada su cara en el cuello de su madre, chupándose un dedo.

—Bueno, qué decís, señor… Si os parece, os enseño la habitación de la que podéis disponer. ¿Traéis equipaje? ¿Y el muchacho? —le había dirigido una sonrisa tan agradable que el chico, a pesar de que parecía adusto y reconcentrado, se la había devuelto—. Seguro que también encontraremos un sitio confortable para él.

En fin, que el caballero y su mozo se habían quedado en la casa de los Zumaquero. Por poco que le gustase al forastero, parecía haberse dado cuenta de que no tenía mucho más donde elegir y, además, era obvio, Marina le había caído en gracia. Hubiese sido imposible lo contrario. Marina, con sus risas, su hablar franco, su presencia rotunda, su cálida mirada... Le prepararía a sus huéspedes la mejor de sus habitaciones y cocinaría un buen guiso para ellos. A don Fermín no le cuesta imaginarla de pie ante el hogar, las mejillas sonrosadas por el calor de las llamas, revolviendo en un puchero, las mangas del vestido arremangadas mostrando la piel de sus brazos fuertes y torneados. Toda ella estaba hecha como a cincel. Le recuerda a esas bellas columnas de los claustros nuevos, como el de San Juan de los Reyes, por ejemplo, que él ha visto no hace mucho, un día que tuvo que ir a Toledo. Mármol blanco, Eso es. Mármol blanco cincelado con delicadeza, en los brazos y en ese cuello largo y en los hombros redondeados que se adivinan a través de las telas del vestido. Mármol vivo.

Don Fermín se pasa la mano, con cansancio, por las sienes y mira con desánimo a su alrededor. La sacristía, helada, con sus muebles oscuros, su olor a incienso antiguo y a velas mal quemadas, es tan poco confortable que solo de pensar en sentarse allí a orar o a escribir su sermón o hacer alguna de esas tareas que tiene pendientes, le produce un desánimo tan gigantesco que se echaría a llorar. Esa es su vida: una iglesia pequeña que se cae a pedazos y que no da más beneficios que los escasos que le permiten ir tirando; una congregación compuesta de labradores empobrecidos y hombres de campo, gente taciturna con la que es imposible hablar más de dos palabras, y la vigilancia maternal y agobiante de Aldonza que le trata como a un niño, arrebatándole sin darse cuenta la imagen que tiene de sí mismo.

Cuando comenzó su carrera eclesiástica nunca imaginó que acabaría así. Había soñado con otra posición. Incluso, a veces, se había visto formando parte del cabildo catedralicio, tal vez con una canonjía, vestido con ropas buenas y viviendo en las casas arzobispales, donde los banquetes, tuvo oportunidad de verlo de lejos en más de una ocasión, eran dignos de un rey. Y el deseo de esa vida regalada no le parece a don Fermín vanidad ni egoísmo por su parte. Llevando esa vida solo cumpliría la ilusión de sus

padres, que habían luchado con esfuerzo para proporcionársela.

Le parece a don Fermín volver a verlos, a sus padres, insistiendo en que ellos, siendo cristianos viejos, sin raza de moros, judíos ni penitenciados, y estando casados y velados según lo ordena la Santa Madre Iglesia, tenían todo el derecho del mundo a dirigir a su hijo a la carrera eclesiástica. Lo poco que daba de sí la modesta hacienda que ambos poseían lo usaron para costear los estudios de Fermín, que estudió gramática en Talavera de la Reina. Les hubiera gustado mucho verlo marchar a la universidad de Alcalá a cursar teología y graduarse en doctrina, pero el padre murió antes de tiempo y los recursos quedaron bastante menguados. Aun así, su madre y su hermana pasaron mil penalidades para que él pudiera acabar los estudios y nunca le dijeron nada. Ni siquiera llegó a enterarse de que Aldonza había renunciado a su dote en su beneficio y de haberlo sabido tampoco se hubiera sentido culpable. Aldonza nunca mostró inclinación al matrimonio, o al menos eso suponía él, que nunca la vio tonteando con muchachos. A veces piensa que su hermana debería haber profesado en algún convento, tan rezadora ella y tan amiga de andar por la iglesia. No llega a preguntarse nunca por qué no lo hizo y ni siquiera se para a reflexionar que para profesar en un convento, igual que para casarse, una mujer necesita dote y ajuar. Por si fuera poco, en esos años en los que él estudiaba, Aldonza estaba muy ocupada cuidando de la madre de ambos, una mujer con una mala salud de hierro que consiguió llegar a vieja disfrutando sin pausa de la mayor parte de las enfermedades en las que uno es capaz de pensar.

Mientras su madre envejecía llena de enfermedades y Aldonza se marchitaba cuidándola y yendo a la iglesia cada vez con más asiduidad, él había luchado con los latines y las gramáticas sin obtener demasiados resultados. No fue por falta de capacidad, por supuesto, sino porque siempre le atrajo más el «Ars preadicandi», que no en vano era capaz de dar unos sermones brillantes por los cuales sus maestros solían felicitarle. Dios le había distinguido con una voz espléndida, que se cuidaba mucho con letuarios y otras medicinas, aunque más de una vez sus superiores le habían advertido de que no hiciera alarde de ella cayendo en el pecado de la vanidad. En cualquier caso, antes de poder terminar sus estudios y gracias a las previsiones de su padre que, antes de morir, usó como pudo todas sus influencias, consiguió que le concedieran la plaza de Escalonilla, atendiendo a que era su lugar de origen y dónde tenía asegurado un patrimonio, algo importante dada la poca cuantía del beneficio curado.

Y así había llegado a ser el cura de almas del pueblo. Al principio pensó que solo sería un paso para destinos de más merecimiento. Luego se acostumbró. Es cierto que iglesia se viene abajo y no consigue fondos con los que proceder a su arreglo, que la feligresía es inculta y bastante indisciplinada y que las rentas de las que puede disponer son muy escasas, pero don Fermín sabe, en el fondo de su alma, que él jamás podrá alcanzar puestos más destacados y que en Escalonilla, en cambio, sobresale sin

esfuerzo. Su vanidad, que durante los años de estudio en Talavera fue desafiada por maestros exigentes y compañeros insensibles, puede respirar tranquila. En Escalonilla nadie pone reparos a su latín torpe ni debate sus argumentos porque nadie los entiende. En realidad, ni siquiera los escuchan. En cualquier caso, él puede subirse al pulpito sin miedo y sin vergüenza y alzar su voz poderosa y grave cada domingo. Esa sensación de poder es un revulsivo que le llena de energía: las cabezas inclinadas de los parroquianos, el silencio y la penumbra del templo y él, allí subido, clamando sin que nadie ose ni siquiera mirarlo. A veces se deja llevar y el sermón se le alarga. Encadena argumentos, suelta latines, ruega, amenaza, anuncia y proclama hasta que la voz se le quiebra. Son sermones tan dignos, piensa don Fermín, que alguien de más luces que sus feligreses o que Aldonza sin duda los calificaría de brillantes. Incluso ha contemplado la idea de ponerlos por escrito para que los estudiantes puedan usarlos para formarse, igual que él tuvo que usar los libros de sermones de otros mientras se preparaba para su labor de cura de almas.

Con esta la idea en el pensamiento, junto con muchas otras, don Fermín, por fin, decide sentarse y ponerse a trabajar. Escribe con torpeza, mojando la pluma en el tintero de forma inquieta y dejando caer borrones de vez en cuando. Su mano siempre ha sido mucho más lenta que su cabeza. A pesar de todo, escribe, y en su sermón se juntan imágenes y palabras: Aldonza y el fin de la época de Adviento, el sacerdocio y el deber de la doctrina, Marina, la lujuria y la condenación eterna, la Navidad, tan próxima, el coro de niños que se ha quedado desbaratado, el aprendiz muerto y la violencia.

Y el forastero, por supuesto, cuya llegada resulta tan inoportuna que a don Fermín le produce una vaga y molesta inquietud. Con semejante mezcla, el sermón acaba siendo un tanto incoherente. No importa, hasta él mismo sabe que nadie lo escuchará con demasiada atención.

Hernán, el testigo

A Hernán, cuando oyó al cura decir lo del entierro, se le vinieron abajo todas las esperanzas, como si hasta ese momento hubiese creído que lo de Diego era una pesadilla de la que tarde o temprano terminaría por despertarse y las palabras del cura le sacaran del engaño. No, no era ninguna pesadilla, ni un engaño de sus sentidos, ni una equivocación. Todo era real.

—Así que ha habido un entierro esta mañana… —había preguntado don Alonso.

Y el cura, sin darle la mayor importancia, había contestado:

—Ah, sí. Pero no era nadie importante, solo un muchacho huérfano al que han matado la noche pasada.

Y a Hernán se le vino el mundo encima dándose cuenta definitivamente de que Diego estaba muerto. Sintió que la mano de don Alonso se posaba con suavidad en su hombro pidiéndole calma, o tal vez como protección, o puede que como advertencia, y él hizo un esfuerzo inmenso por calmarse, por no pensar. Otra vez por no pensar, por aferrarse al momento presente y ahuyentar las imágenes de su cabeza y no imaginar el futuro. Ni el pasado. Solo dejarse llevar.

Dejándose llevar estaba desde que don Alonso le prometió que él se haría cargo de todo. Desde ese momento, se limitaba a hacer lo que le iban diciendo. Al principio le mandaron a descansar. Don Alonso dijo que mientras él decidía qué era mejor hacer, le convenía dormir un poco y recuperarse. Le habían llevado a la cocina, habían intentado que comiera algo que no pudo ni siquiera tragar, y luego le habían dejado solo en un habitación oscura, echado en un jergón y tapado con una manta. Se había quedado dormido en el acto, con un sueño espeso y lleno de pesadillas que apenas había alcanzado para descansarle. Cuando le despertaron, le dolía la cabeza, con un dolor sordo y pertinaz, y los pensamientos se le habían vuelto espesos, pegajosos, y no lograba librarse de ellos lo que le llenaba de una inquietud sin nombre que parecía asfixiarle.

Fue entonces cuando don Alonso le dijo que a la mañana siguiente salía

para Escalonilla y que él podía quedarse en casa de Gabriel Vázquez hasta su vuelta. Se negó. Despreciando con un gesto convencido el miedo que le producía la idea de volver al sitio de sus pesadillas, se empeñó en acompañar al caballero. Eso desbarató algo los planes que ya estaban hechos, según pudo comprobar por el revuelo que armaron. Gabriel Vázquez le dio ánimos y una palmada en la espalda tan afectuosa y con tanto brío que casi le tira al suelo, don Alonso le sonrió aprobando su decisión, e Isabel, la joven hija de Gabriel Vázquez, protestó un poco y dijo que habría que buscarle ropas y adecentarlo, algo bastante absurdo teniendo en cuenta que se dirigían al lugar donde habían matado a su amigo a palos y no a una fiesta de la Corte.

El caso es que, a partir de ese momento, todo fue una locura. Le obligaron a darse un baño del que salió con la piel rojiza y tiritando, y le trajeron un montón de prendas que tuvo que ir probándose. Algunas de ellas no sabía ni cómo se ponían y tuvo que ayudarle el sirviente que solía asistir a don Alonso en su cámara. De toda aquella ropa que le venía grande, le escogieron una camisa tan blanca que parecía delito ponérsela sobre el cuerpo, unas calzas que se le enrollaban en las rodillas porque le quedaban grandes y un jubón que tuvo que ajustarse a la cintura con un cordón para que no pareciera una saya de mujer. Hernán tenía la sensación de que su aspecto debía ser bastante ridículo, pero todos insistían que si iba a acompañar a don Alonso debía tener un aspecto acorde a su rango. A él, mientras tanto, todo se le enredaban en la cabeza y hasta le costaba saber lo que sentía.

Al final, se agarró al hecho increíble de que había pasado a ser el sirviente de don Alonso. Ser sirviente de un gran señor era algo que jamás había entrado en el ámbito de sus posibilidades. Ni siquiera estaba seguro de saber con exactitud qué hacia un sirviente, lo que le tuvo intranquilo y preocupado durante un rato. Luego pensó que daba igual porque lo importante no era haberse convertido en sirviente, sino haber dejado de ser aprendiz. Ya nunca tendría que volver al taller de su maestro, el cardador Mateo Pérez. Ya nunca le vería. No tendría que hablar con él, ni volvería a estar en su mísera casa, ni tendría que trabajar en su hediondo taller. Y una alegría desmedida le rebotó en el pecho y se le juntó con la angustia de los últimos acontecimientos y ya hubiera sido incapaz de decir si estaba triste o alegre porque los dos sentimientos le abrumaban de igual modo.

Del camino hasta Escalonilla apenas recuerda nada, puesto que lo recorrió absorto en sus pensamientos. Además, la mayor parte del tiempo no pudo hacer nada que no fuera luchar con su miedo. Estaba volviendo al lugar terrorífico en el que habían matado a Diego, al mismo sitio del que había huido espantado el día anterior. Estaba atravesando otra vez la interminable llanura por la que había corrido de noche, perseguido por mil monstruos que su fantasía creaba en cada sombra, aterido, agotado, demasiado horrorizado por lo que había visto como para poder detenerse un

momento y recuperar el aliento. Le tranquilizó un poco comprobar que el campo, de día, montado en una mula y con la compañía de don Alonso y de dos criados, no tenía nada de amenazador ni de terrible. Y sin embargo, en cuanto cerraba los ojos un momento, volvía a asaltarle la imagen de Diego, roto y ensangrentado. Por eso, para conjurar la angustia y el miedo y las imágenes atroces de su amigo muerto, Hernán volvía a menudo los ojos hacia don Alonso que cabalgaba a su lado y que le devolvía la mirada con ojos serenos.

—Cuéntame algo de Diego —le había dicho el caballero con voz amable— ¿Cómo era?

¿Cómo era Diego? Hernán había suspirado con tristeza, porque la pregunta le había pillado desarmado. Diego era su amigo, su hermano, el compañero de fatigas, el cómplice necesario. Diego era la infancia compartida, la pobreza común, la injusticia de un destino que los hermanaba. Si echaba la vista atrás, podía verle a su lado desde siempre, desde que eran los dos unos renacuajos abandonados a sus propias fuerzas, vagando entre calles, hambre e inmundicia, mucho antes de que los recogiera Teresa Enríquez y los instalara en el Colegio de la Piedra, junto con otro montón de niños. Diego era la mano en la oscuridad cuando tenían miedo en el enorme dormitorio común en el que dormían. Era la mirada de apoyo fueran cuales fueses las circunstancias. Y era, sobre todo, la presencia inconmovible que estaba a su lado por descabellados que fueron los planes que su mente ideara.

Así al menos había sido hasta unos meses antes, cuando alguien decidió que los dos ya eran lo bastante mayores para volver al mundo real y empezar a ganarse la vida. Si Teresa Enríquez hubiese vivido, todavía hubiese amparado un poco más su infancia, que tiempo para trabajar y aprender, para ser adulto, había mucho por delante. Pero Teresa Enríquez había muerto y los niños de La Piedra se habían quedado huérfanos de su protección y de su apoyo. Los albaceas y herederos de la Señora parecían tener cierta urgencia por liberar el colegio de La Piedra de la presencia y las necesidades de tantos niños, y empezaron a colocarlos a toda prisa de aprendices, de mozos, de criados, aquí y allá, separándolos, alejándolos, desprotegiéndolos.

Diego fue asignado a un tejedor de Escalonilla, a legua y media de lo que hasta ese momento había sido su hogar, y a Hernán le mandaron a Gerindote con un cardador. Se les acabó de golpe la vida tranquila y pausada de huérfanos de La Piedra: las mañanas de números y canto con el preceptor, las misas en la Colegiata, las escapadas aquí y allá, trasteando, las regañinas y los castigos sin demasiada dureza, las charlas con los compañeros, las comidas calientes y abundantes, las noches de risas, susurrando de jergón a jergón, los sueños de aventuras… Todo se acabó con una contundencia que resultaba dolorosa.

Hernán se trasladó a casa de su nuevo amo y se encontró con un viejo

ceñudo y seco que le gritaba ordenes, con su mujer mal encarada, con golpes que le caían encima sin previo aviso, con trabajos que hubieran sido duros incluso para hombres hechos y derechos, con un mendrugo de paz y una sopa insípida por toda comida y con un rincón en el establo por toda cama al término de las jornadas insoportablemente largas. La desesperanza había golpeado a Hernán con tanta fuerza que se había hundido. Le habían dicho que era su gran oportunidad: aprender un oficio, convertirse en oficial, hacerse independiente y conseguir, por fin, tener una vida un poco menos trabajosa. Y Hernán lo único que podía ver era la condena que tenía por delante, años y años en aquel taller maloliente, con un amo taciturno y violento, con poca comida, mucho trabajo y ninguna esperanza.

—¿Ya no piensas en huir al Nuevo Mundo? —le había preguntado don Alonso, quizá recordando conversaciones de tiempos mejores.

Hernán había desviado los ojos, tristes ojos casi del color del trigo, buscando en su interior la antigua rebeldía.

—Sí, a veces… —había contestado.

Aunque no supo explicar que ya no disfrutaba imaginando la aventura, fantaseando con El Dorado, y que si pensaba en embarcarse sólo era por una necesidad perentoria de huir de un amo que le aterrorizaba y sin ninguna esperanza real de llegar a conseguirlo.

Hasta que un día, en el mercado de Torrijos, él y Diego se encontraron. Cada uno acompañaba a su amo, cada uno tenía asignadas un montón de tareas que no se hubieran atrevido a dejar pendientes y, a pesar de todo, los dos sonrieron, los dos se buscaron, los dos se abrazaron con alegría y se susurraron secretos y se entendieron.

—¿Qué secretos? —había preguntado don Alonso, siguiendo la historia mientras cabalgaba, interesado y atento.

Hernán se encogió de hombros.

—Ya sabéis, señor, esos pensamientos que uno tiene sobre el amo y que solo dice a los amigos.

—¿Solo eso?

Hernán había vacilado.

—No tuvimos tiempo de mucho más. Los amos nos vigilaban y había trabajo que hacer. Quedamos en vernos el domingo por la noche. Yo me escaparía de casa de mi maestro y nos reuniríamos en Escalonilla. Y eso hice. Salí de noche, cuando vi que el amo apagaba ya las luces. No me costó mucho, duermo en el establo.

—Y caminaste legua y media, de noche y con tormenta… —completó don Alonso impresionado.

—Sí —había reconocido Hernán.

Le hubiera gustado decir mucho más y no encontró el modo. Le hubiera gustado decir que cuando uno odiaba su vida tanto como él odiaba la suya, legua y media no parecía demasiado. Que atravesar de noche y con frío los caminos no era nada si al otro lado te esperaba un amigo, una vaga

esperanza, la calidez de un momento compartido, el desahogo de una conversación sin trabas. No encontró palabras para expresar que en aquella caminata de noche, buscaba el aliento del que se está ahogando y no encuentra aire.

Y cuando llegó a Escalonilla, cansado, helado, y encontró a Diego, no hubo tiempo de charlas, planes o esperanzas. Solo hubo horror.

Aun así, había decidido volver al lugar de sus pesadillas acompañando a don Alonso. Decidió volver, ahora lo entiende, porque en el fondo de su alma pensaba que lo que había ocurrido no podía ser verdad. Y el cura, con su frase intranscendente, sin darle importancia, acaba de confirmar que todo había sido real, que el horror seguía y que Diego, su amigo, no volvería más.

—Así que han estado de entierro esta mañana…

—Sí. Pero no era nadie importante, solo un muchacho huérfano al que han matado la noche pasada.

Fin de la esperanza.

A partir de ahí, lo que ocurre a su alrededor se difumina un poco en la mente de Hernán. No presta atención a la conversación de don Alonso y el cura, no se entera de lo que hablan ni de lo que deciden y los sigue como en un sueño.

Cuando se quiere dar cuenta se encuentra en una casa extraña, frente a una mujer joven que ríe con la facilidad de una niña. A su alrededor un patio amplio y luminoso, lleno de objetos y utensilios que se apilan en cualquier parte de forma desordenada. Hay candiles y lámparas, tenazas, badiles y fuelles, harneros de era, serones y escusas de esparto. También, fanegas, celemines y cuartillas, y romanas de plato y de barra; alcucillas y zafras para el aceite, cantareras y cántaros, botijos, cazos, almireces y orzas, vasijas y tinajas, peroles, cubas y artesas, cacerolas, pucheros, ollas, paletas, sartenes, parrillas y trébedes. Y junto a tanto cacharro, un millón de herramientas para el campo: escardillos, hoces, tajamatas, podones, azadas, rastrillos, piquetas, hachas, cuchillas de arar, horcas, trillos, guadañas, rastros, tozas, arados, bielgas, palas… En grandes pilas hay además sacos de diversos tamaños, llenos hasta los topes tal vez de semillas o de cualquier otro artículo que Hernán no puede ni imaginar, así como montones de leña cortada y apilada con cuidado. Al fondo, una escalerilla de madera sube hacia un segundo piso que se abre sin puerta ni cortina hacia el patio y que, por lo poco que se ve, está tan atiborrado como el piso de abajo.

Hernán lo mira todo asombrado. Está poco acostumbrado a las casas particulares puesto que desde que tiene memoria siempre ha vivido en el colegio de La Piedra, con la excepción, que prefiere no recordar, de los dos o tres meses que ha estado en el taller de Mateo Pérez, y por tanto no tiene elementos para juzgar.

Al poco, más que en la casa, Hernán se fija en otros detalles: la sonrisa

cálida de la Zumaquera, los juegos amigables de su hijo, o el perro grandote y tranquilo que los sigue a todas partes. En cuanto a don Alonso, si bien al principio, al ver el patio atiborrado de enseres campesinos, torció un poco el gesto, tras acompañar a la risueña Marina al interior, parece haber cambiado de opinión y encontrar la casa de su agrado.

La cocina, adonde los lleva la Zumaquera, es enorme, con un hogar en el que se guisa algo que llena el ambiente de un olor que, al menos a Hernán, le recuerda que hace ya mucho tiempo que se tomaron el desayuno. Frente al hogar, dos o tres asientos corridos de madera, de respaldo alto, que suavizan su rigidez con almohadones aplastados por el uso. A lo largo de las paredes, igual que ocurre en el patio, se amontonan utensilios, herramientas y víveres. A Hernán le cuesta imaginar para qué sirven la mayor parte de los objetos que ve, aunque otros sí le resultan familiares y le dan buena impresión, por ejemplo, la cantidad de faroles y bujías, limpios y engrasados, que indica que al llegar la noche la casa estará bien iluminada.

Marina, la Zumaquera, los conduce, atravesando la cocina, hasta una escalera que los lleva al piso de arriba. Tras una recia puerta de madera, la Zumaquera les enseña una estancia cuadrada, grande y bien arreglada, que resulta un poco desangelada por la escasez de muebles. Hay una cama grande, de buena madera, un par de arcones haciendo juego, una silla debajo de la ventana que tiene los postigos abiertos y un lavabo de madera, con su palangana y su jarra de porcelana. La Zumaquera lo enseña todo con orgullo y no deja ni un minuto de charlar por los codos. A Hernán le hace un guiño y le dice que le buscarán sitio en la cocina. Don Alonso declina la propuesta: necesita a su criado cerca para que le atienda. No sabe Hernán si eso es verdad, sobre todo teniendo en cuenta que poco sabe él de atender las necesidades de un caballero. En cualquier caso, la idea le conforta. Pensar en dormir solo, en la enorme cocina de un hogar extraño, situado en el centro del pueblo en el que asesinaron a su amigo, no le hacía ninguna gracia.

El acomodo de don Alonso les lleva todavía un rato y Hernán, mientras tanto, lo mira todo un poco apartado, sintiéndose algo tonto por no poder ser útil. No sabe qué tiene que hacer, cuáles son sus obligaciones o lo que se espera de él. Don Alonso no parece darle importancia y, sereno y relajado, da las órdenes precisas para su alojamiento. Así, al poco, los criados que los acompañaron desde Torrijos aparecen con el equipaje. Una vez que lo suben a la habitación, don Alonso los despide con el encargo de que trasmitan a su amigo Gabriel Vázquez que todo va bien y que están muy bien hospedados. Después, da instrucciones a Hernán, que parece perdido y desconcertado, para que arregle la cama y prepare lo que necesita para su uso cotidiano. Hernán aprende así que entre sus nuevas labores está la de subir agua para el aseo, cepillar la ropa y abrillantar zapatos.

Entre todas estas tareas llega un momento que a Hernán se le desatan

los pensamientos, que campan a sus anchas sin pedir permiso. Son pensamientos fragmentarios, deshilvanados, que saltan sin ton ni son dentro de su cabeza y que siempre siguen el mismo derrotero: Diego, Diego muerto, Diego enterrado, según ha dicho el cura, en algún lugar de la iglesia. Esa idea le acaba angustiando de tal modo que, sin poder evitarlo, se le llenan de pronto los ojos de lágrimas. Intenta reprimirlas como puede y se afana en sus labores con la cabeza gacha intentando pasar desapercibido. Ante su sorpresa, don Alonso se da cuenta enseguida.

—Tranquilo —le dice con esa forma suya de hablar, tan pausada—. No te angusties, Hernán, todo se resolverá

¿Todo se resolverá? A Hernán, la frase, le golpea como un látigo

—¿Todo se resolverá? —repite, y aunque no es su intención su voz refleja una ira con la que no es capaz de lidiar—. ¿Cómo? ¿De qué manera? ¿Van nuestras investigaciones a devolverle la vida a Diego?

No responde don Alonso. Por el contrario, se queda mirando a Hernán y en sus ojos hay tanta compresión que al muchacho el enfado se le diluye en el pecho.

—Disculpadme, señor —dice compungido—. Es que... —duda y levanta sus ojos almendrados buscando la mirada del de Oviedo—. ¿Habéis oído lo que ha dicho el cura? Ya lo han enterrado… y ni siquiera… Ni siquiera sé dónde descansa.

Asiente don Alonso y le sonríe con afecto.

—No te preocupes, me enteraré de dónde ha sido —luego, pensativo, pregunta—. ¿Crees que podrías reconocer al hombre que os atacó, el que os perseguía?

Hernán niega con la cabeza.

—Apenas lo vi. Era una noche muy oscura. Lo único que pude distinguir fue una silueta embozada en una capa. Era alto, eso sí, alto y grande…

Don Alonso no hace ningún comentario y Hernán se da cuenta de que ha acogido su descripción con escepticismo, pensando tal vez que cualquier sombra, y en especial una amenazadora, les parecería a dos muchachos asustados en medio de la noche, enorme y alta. Y hasta él mismo piensa que quizá tenga razón. ¿Era de verdad tan alta la persona que los perseguía? Porque Hernán tiene la impresión de que, en sus recuerdos, cada vez es más alta y más grande y más amenazadora y eso, por pura lógica, no puede ser cierto. El miedo, sin duda, juega malas pasadas.

Desmoralizado, Hernán suspira.

—¿Qué ocurre? —le pregunta don Alonso—. ¿Hay algo que te inquieta?

—Señor, es que no os he contado lo de la llave…

Don Alonso mira al muchacho sorprendido.

—Me olvidé de ello —se justifica Hernán, tal vez algo avergonzado—, y ni siquiera sé si es algo importante.

—¿De qué se trata?

Hernán rebusca entre sus ropas y saca de ellas una llave de latón, pequeña y oscura. La muestra en la palma de su mano, invitando a don Alonso a cogerla.

—La tenía Diego —explica¬—. Cuando me acerqué a él, pensando que… —traga saliva y sus ojos se oscurecen pero hace un esfuerzo visible por sobreponerse—. Se desmoronó sobre mí y… y la llave cayó de su mano. La cogí casi sin darme cuenta.

Don Alonso contempla con interés la pequeña llave, dándole vueltas entre los dedos.

—¿Por qué piensas que tiene algo que ver con lo que ocurrió?—dice—. Porque eso es lo que piensas, ¿no?

Hernán frunce el ceño, confuso, pensativo.

—Es que, señor… ¿Por qué iba Diego a llevar una llave en la mano si no fuera por algo importante? ¿Entendéis? La llevaba en la mano como si fuera a necesitarla…

—¿No te explicó nada? Intenta recordar. Quizá Diego dijo algo que en su momento te pasó desapercibido.

Hernán, que lleva dos días queriendo olvidar los detalles de aquella noche, ahora intenta hacer todo lo contrario. Se concentra en sus recuerdos. Deja de lado el horror y la muerte y se centra en los momentos anteriores. Se vuelve a ver agachado al lado de la fuente, esperando la llegada de Diego. Vuelve a sentir el frío y el desamparo, escucha de nuevo el ulular del viento. A su alrededor, la oscuridad, los nubarrones amenazadores que corrían por el cielo, el cansancio, el dolor de sus pies helados, la sensación de estar tiritando. Y de pronto, la voz de Diego desde la oscuridad de las casas, llamándole. Después, los ladridos estruendosos de un perro, una carrera, los dos abrazados, ocultos en una esquina. Y el miedo: la sombra, los pasos, la huída…

—No sé —concluye Hernán con un escalofrío—. No recuerdo nada en especial. Apenas tuvimos tiempo de hablar. Él dijo que le parecía haber visto a alguien y yo le pregunté si sería su amo…

—¿Por qué pensaste en su amo?

—Porque siempre es el amo el que… —se altera Hernán—. El amo es el que decide, el que manda, el que… Vos, señor, es que no sabéis nada —se indigna.

Don Alonso recibe la furia de Hernán en silencio. Igual que otras veces, parece sereno, capaz de absorber con toda tranquilidad los sentimientos desatados que Hernán le envía. Y como otras veces, esa actitud sosiega a Hernán, lo calma.

—Disculpad, señor, no quería decir que vos… —baja los ojos avergonzado—. No pretendía insultaros.

—Ya lo sé, no te preocupes.

—La verdad es que no sé porque pensé en su amo —intenta retomar

Hernán ya más tranquilo—. Sé que cuando oímos los pasos y vimos aquella sombra, los dos nos asustamos. Quién no se hubiera asustado tropezando con alguien en mitad de la noche…

—¿Y el día que os visteis en el mercado? —pregunta el de Oviedo—. Ese día hablasteis lo suficiente como para quedar en veros de nuevo y lo que hablasteis te llevó a escaparte de tu trabajo, recorriendo dos leguas de noche y con tormenta. ¿Qué fue tan importe como para eso?

Hernán, otra vez, aparta los ojos de don Alonso. Su mirada recorre inquieta la habitación en la que se hallan: la cama de cabecero oscuro, la silla bajo la ventana, las arcas de goznes brillantes, el brillo de la porcelana de la jofaina… No quiere mirar a don Alonso y el silencio se alarga hasta que Hernán no puede soportarlo.

—¿Qué queréis que os diga? —protesta furioso aunque don Alonso no ha insistido ni ha dicho nada—. Cuando nos vimos hablamos de la asquerosa vida que llevábamos. ¿O qué pensáis, señor? ¿Que nos pusimos a comentar sobre el tiempo como dos caballeros desocupados? Además, teníamos a los amos vigilando. Si nos hubiesen visto perdiendo el tiempo nos hubieran dado un buen empellón. Yo iba tirando de una carreta llena de lana que pesaba como si en vez de lana fueran piedras y tenía que llevar cuidado de no atropellar a nadie ni arrastrar nada sin darme cuenta y de no inclinarla para no perder la lana.

Hernán se calla. Hunde la cabeza y los hombros sintiendo el peso de la carreta, o tal vez lo que le pesa es la mirada de don Alonso. Acaba hablando por no escuchar el silencio.

El peso de la carreta, los músculos doloridos por el esfuerzo, el sudor que se desliza sobre sus ojos. Y de pronto, frente a él, Diego. Diego, con todo lo que significaba. Otra vida, la vida de niños, los dos juntos, aprendiendo las letras y los números, cantando en el coro, escapándose por los campos, soñando con abandonar La Piedra y enrolarse en un barco de grumetes, rumbo a la aventura, al Nuevo Mundo, donde se harían ricos, tan ricos que algún día volverían y comprarían Torrijos, con sus casas y su mercado y su colegio de niños huérfanos. Qué infantil, qué ingenuos parecían sus sueños vistos desde el esfuerzo de empujar una carreta llena, cansado y sin esperanza.

Diego le había cogido del brazo y le había zarandeado.

—Vamos, Hernán, ¿qué te pasa?

Él, agotado, había echado un vistazo a su alrededor, había confirmado que el amo se encontraba lejos, que estaba distraído y había contestado con amargura.

—Déjalo ya, Diego, no podemos hacer nada.

Diego se había quedado mirándole como un perrillo al que hubieran apaleado, con la mirada llena de reproches. Parecía estar pensando: «no eres tú, Hernán, el que me habla. No eres el Hernán que yo conozco, el que parece hecho de otra pasta y jamás se doblega, ni con gritos ni con

amenazas».

Pero Hernán, agobiado por el peso de la carreta que llevaba a la espalda, por el peso de una vida que no había escogido, se había encogido de hombros.

—No podemos hacer nada —había repetido.

La frase había tenido la contundencia de una condena. Diego había buscado sus ojos, y en su mirada Hernán vio un mudo ruego: «no me abandones, no te rindas». Ya ves, una mirada y de pronto el mundo agobiante en el que estaba encerrado, con su miedo y su asco y su desesperación y su carreta, explotó y allí estaba él otra vez, con unas ganas indomables de escapar, de liberarse, de no rendirse. Hicieron planes a toda prisa, mirando con temor a su alrededor por si volvían los amos, susurrando con rapidez, con nerviosismo. Y mientras lo hacían, algo renacía en el pecho de Hernán, algo que crecía y se hacía sólido y le ayudaba a respirar de nuevo y a arrastrar con más fuerza la carreta y su vida.

—¿De acuerdo, entonces?

— ¿El domingo?

—El domingo.

Y antes de que pudieran decir nada más ya estaba encima de ellos el maestro Mateo, su aliento asqueroso, su manotazo que no pudo esquivar.

—Tira ya, mozo, y déjate de charlas.

Y él había vuelto a tirar de la carreta y había dejado atrás a Diego, mirándole con ansia. «El domingo», le había susurrado otra vez, agarrándose con fiereza a la esperanza.

—Así que hicisteis planes de veros y Diego no llegó a contarte nada —resume don Alonso—. No te dijo que hubiera algo que le preocupara o que temiera. ¿No es eso?

—Solo hicimos planes para escaparnos. Iríamos hacia Talavera porque en Torrijos nos conocía demasiada gente. Por eso quedamos en que yo vendría hasta aquí y continuaríamos el camino juntos.

No pudo ser. Hernán siente que la frustración le ahoga y tiene que bebérsela a tragos como a veces hace con el aire que desde hace unos días no quiere llegarle al pecho.

El tiempo, en cualquier caso, sigue desplazándose con lentitud. La Zumaquera, alborotada y eficiente, les avisa de que ya está preparada la comida y bajan a la cocina. Su hijo, el pequeño Zumaquero, enreda por todas partes sin que eso parezca molestar a su madre en exceso, e incluso el perro se ha aposentado sin complejos en uno de los bancos de alto respaldo que hay frente al hogar, el que está más cerca del fuego. Don Alonso lo mira todo con un poco de aprensión y se sienta a la mesa que la mujer le indica sin decir nada. A Hernán casi le parece divertida la cara de don Alonso mirando un tanto alarmado como la mujer coge un cazo, lo hunde en la olla que hierve en el fuego y sirve en un plato hondo una mezcla de verduras y carnes que huele de maravilla. El pan, recién horneado, también

despide un olor que hace crujir las tripas de Hernán, lo mismo que la vista de otro plato de queso y embutidos que deja la Zumaquera ante don Alonso. Por último, la Zumaquera coloca sobre la mesa una jarra de barro y una botella de vino espeso y fuerte que a juzgar por cómo lo paladea el caballero debe casar bien con la comida. Come don Alonso con evidente agrado y a Hernán, viéndole, oliendo el aroma que sale de la olla, se le hace la boca agua. Eso le sorprende. Pensaba que nunca más tendría hambre, que la angustia y el miedo le atarían ya para siempre el estómago, igual que en casa del alcalde Gabriel Vázquez, donde fue incapaz de pasar bocado por mucho que le insistieron. Y ahora, ahí está, hambriento, sintiendo que la vida reclama su parte, que la sangre le corre, vigorosa y fuerte, por las venas.

Cuando el caballero se retira a su habitación, después de la comida, la Zumaquera le sonríe, le hace un gesto con la cabeza para que se siente y pone ante él, en la mesa, un plato aún más lleno que el que ha servido a don Alonso y un trozo de pan de enormes proporciones y hasta una jarra de cerveza. Le revuelve el pelo con afecto y le deja a su aire. Hernán devora la comida.

Gerena, el conseguidor

Carlos de Gerena siempre está en movimiento. Se levanta, camina unos pasos, mueve algún objeto del lugar en que se halla, se acomoda la ropa, vuelve a sentarse, tabletea con los dedos sobre el brazo de la silla, balancea una pierna cruzada sobre la otra, vuelve a levantarse…

No lo hace por nerviosismo. Solo se mueve, ocupa espacio, mucho espacio, lo que no deja de ser sorprendente en un hombre que ni es demasiado grueso ni es demasiado alto, aunque, eso sí, se las arregla para mirar a la gente desde arriba a pesar de todo. Y como a Gerena hay que seguirlo con los ojos, perseguirle con la vista mientras habla, o se sienta, o se levanta, o se aleja, o da la espalda, o se acerca tanto que obliga a su interlocutor a dar un paso atrás, o mueve las manos haciendo crujir los dedos, o coge y deja objetos… al final, todo parece estar lleno de la presencia de Gerena, de su sustancia, de su solidez indiscutible. Gerena, con su empaque, su voz grave y su autoridad.

Lo que nunca sospecha nadie es que a Gerena, muchas veces, le intimida la presencia de los demás. Por ejemplo, ahora, frente al regidor Bartolomé Pérez, insultantemente alto, de anchas espaldas, brazos que parecen troncos, ojos pequeños y duros y manos como zarpas. Gerena, además, no acaba de entender qué quiere Bartolomé, allí de pie, la gorra arrebujada entre las manos, con ese aspecto taciturno y obstinado. Le ha traído la noticia de la llegada del forastero, menuda novedad… Él ya tiene sus propios criados atentos a lo que pasa y que desde el preciso momento en que el visitante descendió de su caballo y dio sus primeros pasos en torno a la fuente, ya le informaron de lo que estaba ocurriendo. Y no porque considerasen que la llegada del caballero tuviera importancia, si no porque para eso les paga, para que le avisen de cualquier novedad, que no hay perro ni gato que se mueva en el pueblo sin que él lo acabe sabiendo.

En cualquier caso, Bartolomé ya ha cumplido con el objetivo que traía. Le ha dicho que ha llegado un forastero y que el cura le ha llevado a casa de los Zumaquero, y él se ha dado por enterado. Pero el hombre sigue allí, decidido a no moverse por algún motivo que él sabrá.

—Está bien. ¿Qué te preocupa? —acaba preguntándole.

Bartolomé se encoge de hombros, incapaz de poner en palabras sus pensamientos.

—¿Crees que ese recién llegado puede traernos problemas? —insiste Gerena—. Puede estar aquí por mil cuestiones que no tengan nada que ver con nosotros.

—¿Qué cuestiones? —pregunta el regidor.

¿Qué cuestiones? Gerena lo piensa un momento sin dejar de pasear de aquí para allá, las manos en la espalda. Se sorprende al darse cuenta de que es incapaz de imaginar nada que pueda llevar hasta el pueblo a un caballero desconocido.

—A lo mejor viene en nombre de don Gutierre de Guevara —apunta Bartolomé.

—¿Para qué tendría que enviar don Gutierre a nadie? Don Gutierre vendrá cuando tenga que venir y hará lo que le corresponde. No tiene porque hacer nada más.

Lo dice Gerena con convicción, como indicando que Gutierre de Guevara no hará nada que no tenga él ya previsto. Con todo, el dichoso Guevara, con sus idas y venidas, le pone de mal humor.

—Mucho presumir de realengo —rezonga por lo bajo—, de no depender de señor alguno, de tener libertad de elección, y en cuanto llega el gran personaje, todo el mundo de cabeza. Y ni siquiera se dan cuenta —piensa Gerena—. Ni siquiera son conscientes de la pleitesía con que lo esperan.

Gerena lo vio por primera vez hace muchos años y ya por entonces le sorprendió. Había llegado a Escalonilla por casualidad, tras unos negocios que no le salieron tan bien como pretendía.

—Aquellos malditos olivares… —sonríe para sus adentros Gerena al recordarlo.

Y se vuelve a ver a sí mismo negociando con el Conde de Orgaz. El hombre quería vender unos olivares con bastante premura y Gerena había deducido, sin equivocarse, que lo hacía por estar agobiado de deudas. Y no porque el Conde fuera pobre, que no lo era, ya se había ocupado Gerena de enterarse. No. Lo que ocurría es lo que le ocurre tantas veces a ese tipo de gentes: que mucha nobleza, mucha aristocracia y muchas tierras, aunque vinculadas a mayorazgos que los acaban atando de pies y manos. El caso es que él, que ni quería tierras ni tenía apenas dinero para pagarlas, se brindó a comprar los olivares y ofreció un precio casi simbólico por ellos, más que nada, como le dijo con toda frescura al Conde, por hacerle un favor. La noche anterior había coincidido con un judío —¿cómo se llamaba? Mosén Algo…— que le comentó que pretendía aumentar sus propiedades en la zona, y unir las necesidades del Conde y los deseos del judío le pareció a Gerena no solo sencillo sino una buena oportunidad de obtener beneficios sin ningún riesgo. Al de Orgaz le propuso quedarse con los olivares y al

Mosén se los ofreció por el doble sin decirle de donde procedían. De haber salido el negocio como tendría que haber salido, todos hubieran podido acabar contentos: el Conde con sus tierras vendidas, el judío con sus tierras compradas y él con el dinero de ambos.

Todo falló, recuerda pesaroso Gerena, cuando los implicados descubrieron que él solo hacía de intermediario. Mala suerte. A veces los negocios se tuercen. Lo malo fue que el Conde decidió ponerse estupendo y exigir a Gerena que cumpliese con lo comprometido y le pagase los olivares, algo que él se vio obligado a hacer aun sabiendo que el judío, indignado, había salido por piernas. Total, que se tuvo que quedar con unas tierras que, en realidad, no quería para nada y que le costaron el poco dinero que tenía. Eso sí, una vez que se le pasó el mal humor le hizo hasta gracia ser propietario de un pequeño trozo de la reseca y altiva Castilla. Los olivares, según pudo enterarse al firmar ante el escribano, estaban en Escalonilla, pueblo del que no había oído hablar jamás. Y allí que se fue, a inspeccionar sus tierras, un olivar mustio y de buen tamaño, perdido en mitad de la meseta castellana.

Escalonilla le pareció un pueblucho pequeño y árido, huraño, como le parecía todo desde que había salido de Andalucía. Un pueblo que, además, en las fechas en las que él llegó, andaba de cabeza por la elección anual de cargos municipales. Recuerda bien Gerena cuánto le sorprendió el asunto. En su tierra, en Gerena, municipio dependiente de Servilla, las elecciones eran poco más que una pantomima puesto que al alcalde principal, el que mandaba, lo nombraba el rey y lo hacía por el periodo que se le antojaba. Es cierto que luego, los habitantes, al menos los poderosos, se reunían y elegían un segundo alcalde, una figura decorativa que no tenía demasiado poder. En Escalonilla, en cambio, por lo que pudo ver, el rey no imponía nombramiento alguno y eran los propios cargos municipales los que se reunían una vez al año y elegían a sus sucesores. No tardó en ocurrírsele a Gerena que aquella forma de elección ofrecía muchas posibilidades. Así que prestó atención al proceso: participó en las discusiones, cábalas y previsiones que animaban los corrillos, se enteró de los requisitos que se exigían para poder ser elegido, como saber de letras o no tener deudas, y supo que los cargos solo duraban un año, plazo perfecto ni muy largo ni muy corto, para hacer maniobras y mover influencias.

Unos días más tarde pudo ver cómo se celebraba el concejo. Se hizo a campana tañida, con todo el pueblo convocado a la iglesia. El alcalde, los dos regidores, el mayordomo y el alguacil, en presencia del escribano, tras ser bendecidos por el cura y bajo la atenta mirada de los vecinos, procedieron a nombrar a quienes consideraban dignos de ser sus sucesores. También se designaron otros cargos, como el alcalde de la Hermandad o el cuadrillero. Todo ello, aun revestido de esa solemnidad hosca tan típica de los castellanos, fue de una simplicidad que dejó a Gerena maravillado.

Una vez elegidos los cargos, sin embargo, se enteró de que no serían

efectivos hasta la llegada de don Gutierre de Guevara. ¿Y quién era el tal don Gutierre? Lo descubrió cuando el de Guevara llegó al pueblo con sus aires de gran señor, bien asistido de criados y sirvientes, condescendiente y altivo, y con toda naturalidad, recogió juramentos, entregó varas de mando y dio por válidos los cambios en el ayuntamiento. A Gerena le resultó evidente que por mucha elección que hicieran los vecinos el poder no les pertenecía hasta que no se lo cedía el de Guevara. Lo hacía en nombre del rey, pero eso era lo de menos. Don Gutierre se sabía y se sentía dueño de la población y, de hecho, no era raro que se hiciera llamar Señor de Burujón, Escalonilla y Gramosilla, lugares todos ellos en los que poseía tierras y hacía los nombramientos.

En fin, piensa Gerena, aquello fue muchos años atrás. ¿Quién le iba a decir a él que veinte años después seguiría en Escalonilla, metido ya de lleno en los asuntos del pueblo? Y no le había ido tan mal. Es cierto que había muchos que no le tenían afecto, en especial el dichoso Germán Sánchez, que desde el principio le creó problemas. Incluso promovió contra él un pleito que casi le hizo dar con sus huesos en la cárcel. Había salido bien librado, por fortuna, y allí seguía. Y no porque el pueblo le gustara. Ahora, al observar lleno de impaciencia al regidor Bartolomé Pérez, que sigue ante él, taciturno y obstinado, se da cuenta de hasta qué punto aborrece el carácter castellano, estólido hasta la exasperación, tan distinto del aire amable de sus tierras de nacimiento. ¡Ah, Sevilla! Con cuánto placer volvería a pasearse por sus estrechas calles y a escuchar el dulce acento de sus gentes. Quizá algún día se decida a volver. Mientras tanto tendrá que conformarse con los hoscos toledanos.

—No —retoma la conversación con el regidor—, no creo que Gutierre de Guevara tenga nada que ver con ese forastero recién llegado. Los nombramientos se llevan haciendo igual desde hace mil años y nunca ha habido necesidad de enviar antes a ningún caballero.

—No me gusta nada que haya un extraño metiendo las narices por aquí ——se obstina Bartolomé con esa expresión suya, cerrada e inamovible—. Porque además está lo del aprendiz —añade.

Lo del aprendiz. No tiene que preguntar Gerena para saber a qué se refiere el regidor. Y al pensarlo, un suspiro de impaciencia se le escapa.

—¿Qué tiene que ver ese pobre chico con los cargos del ayuntamiento o con Gutierre de Guevara?

—No sé —contesta el regidor—. El chico estaba siempre rondando cerca cuando nos reuníamos.

—Sí, lo recuerdo. Un muchacho simpático. Y bien dispuesto —Gerena contempla a Bartolomé con detenimiento—. ¿Y qué?

—Y nada —Bartolomé se encoge de hombros, con la actitud del que ya ha dicho todo lo que tenía intención de decir.

A Gerena tener que estar arrancándole las palabras al regidor una a una le acaba sacando de quicio. Tabletea con los dedos sobre la mesa a la que

se ha sentado hasta que, impaciente, se levanta empujando la silla tras él.

—Y a todo esto —dice furioso—, ¿dónde diablos se mete el alcalde? Porque no he conseguido verle desde hace semanas.

—Se marchó a sus tierras al acabar el entierro. La Sacristana envió a un chico a buscarlo.

—¿Para qué? —se sorprende Gerena.

Bartolomé no lo sabe. De nuevo se encoge de hombros y de nuevo Gerena siente que la impaciencia se le desata. Aquellos malditos aldeanos, con sus silencios taciturnos, consiguen acabar con su proverbial buen humor. No los entiende. No entiende su forma de ser, hosca, huraña, desconfiada. Al final conseguirán mandar todo al traste. O lo mandará él mismo y que se apañen. Al cuerno Escalonilla. Él volverá a Sevilla, con sus calles bulliciosas, sus gentes amables y su alegría. Aunque esto último, suele quedarse en meras palabras. Es cierto que echa de menos Sevilla, cuyo recuerdo, con los años, se ha ido engrandeciendo y quedándose sin aristas, y aun así, hablar de volver es, nada más, un recurso hueco para cuando está harto, «ahora voy y me largo». En realidad, nunca lo hará. En Escalonilla tiene negocios fáciles y con buenos beneficios y se ha acostumbrado al pueblo. Sí, tiene que lidiar con personas tan incomprensibles como el regidor Bartolomé Pérez o el esquivo Juan Moreno, pero, una vez pasadas las elecciones todo fluye más fácilmente, con solo unas cuantas indicaciones por su parte. Gerena sonríe con algo de cinismo.

—Hay que ver —piensa—, lo rápido que aprenden estos aldeanos.

A los pocos meses ya le tienen cogido el truco al negocio y ni siquiera se acuerdan de ir a consultarle. Así que, paciencia.

Gerena se acerca al regidor y le pasa una mano por los hombros.

—Tranquilo, hombre, que no pasa nada. Tú vete a buscar a Juan Moreno y dile que venga a verme. Los nombres ya los tenemos pensados. En unos días, todo resuelto, y aquí paz y después gloria.

El regidor se marcha mientras él le mira con gesto pensativo. Se ha quedado con las ganas de preguntarle el por qué de su insistencia con lo del muchacho. ¿Quería advertirle de algo? Y si es así, ¿por qué no lo ha dicho con claridad? Es absurdo andar con medias palabras en un momento en el que se juegan tanto. Tan absurdo como la conducta del alcalde, ese idiota de Juan Moreno que nunca está donde debe, en el lugar que le exige su cargo, haciendo frente a las habladurías y al miedo de los vecinos.

Porque tienen miedo, eso es innegable, y no porque a ninguno de ellos vaya a asustarle un poco de sangre. No, los de Escalonilla, por mal que él los entienda, son muy capaces de hacer frente a la violencia.

Sin esfuerzo, Gerena se acuerda de las guerras que llamaron de las Comunidades, que llenaron los campos de partidas de comuneros, o tal vez no eran comuneros, solo partidas de hombres de los que viven al margen, siempre dispuestos a obtener ganancia en ríos revueltos. A Escalonilla

llegaron embrutecidos, borrachos de violencia, arrasando cuánto hallaban a su paso. Y él vio con sus propios ojos cómo los pacíficos vecinos de Escalonilla se organizaban y les hacían frente. A su manera hosca y de pocas palabras, tan crueles con la barbarie como la barbarie había pretendido serlo con ellos.

No, no es la violencia lo que los asusta. No es el hecho en sí de ver a un niño descalabrado lo que tiene al pueblo con ojos temerosos y alerta mirando por encima del hombro. Es el no saber, el misterio que envuelve esa muerte, su falta de sentido. Piensa Gerena que con un culpable todo sería distinto: ¿que el fulano le ha roto la crisma al aprendiz y lo ha matado? Pues se coge al fulano y se le entrega a la justicia. Y en el caso de que el muchacho hubiese sido hijo, nieto o hermano de alguien, puede que hasta se hubieran tomado la justicia por su mano. En cualquier caso, santas pascuas.

El problema es que, sin culpable a quién prender, se observan unos a otros con desconfianza. En especial, las mujeres. ¿Quién puede reprochárselo? Las mujeres, en eso, actúan como perras, que por dóciles que sean te enseñan los dientes si te acercas a sus cachorros.

Y al pensarlo, a la cabeza de Gerena vuelve la imagen de la Batanera, en jarras, fiera, echándoles en cara haber dejado al chico muerto sin amortajar y lavándolo con sus propia manos.

—¡Qué mujer! —se admira ante el recuerdo.

Tan recia, con esos pechos llenos y generosos y esos brazos blancos y esas piernas que parecen columnas aferradas a la tierra. Él, que tanto ha echado de menos a las mujeres de Sevilla, cálidas y amables, dulces como el terciopelo, las olvida cuando está cerca la Batanera. Uno no puede pensar en nada cuando la tiene delante, porque la Batanera vacía de pensamientos la cabeza de un hombre, solo con estar presente.

Se ríe Gerena con la idea.

—Ay, si yo fuera más joven…

Si la hubiera pillado unos años antes, cuando llegó al pueblo y no encontró mujer alguna que mereciera la pena…

Bueno, miente, estaba la Sacristana que por aquel entonces no era la Sacristana, sino una muchacha espigada y de mirada intensa. Luego se secó, igual que se seca todo en las resecas tierras castellanas, igual que se han secado las otras mujeres, todas ellas flacas, ariscas, rectas. Gerena no podría salvar ni a una. La Batanera y punto. Y tal vez la Zumaquera. El resto, nada.

—Algunas serían aprovechables si se quitaran el pañolón negro de la cabeza y sonrieran de vez en cuando…

Ahí está la Inés, por ejemplo, la mujer del tejedor Pedro de Hinojosa, que de joven era una moza imponente, tal vez algo entrada en carnes, pero cuándo fue eso un problema. Y tras casarse, se mustió como una flor sin agua. Lo mismo les pasará a esas crías espigadas, piensa Gerena, que

todavía corren con la infancia pegada a la espalda. Qué pena. La Sacristana era así cuando él llegó al pueblo, jugosa y libre, dorada como una espiga de trigo… y altiva como el diablo. Eso, a él, incluso le gustaba:

—La mejor yegua es la que más veces te tira al suelo cuando la domas —se dice convencido.

Lo malo es que a la Sacristana la domó la vida antes que él tuviera tiempo de nada. Viéndola ahora, quién diría que hasta llegó a pensar en pedir permiso a los padres para cortejarla. Si no lo hizo fue porque, en aquellos tiempos, él estaba demasiado ocupado con sus negocios. Y también porque la Sacristana, ante sus requiebros, se quedaba mirándolo con esa mirada suya que parecía que estuviera al tanto de todos sus secretos y sus vergüenzas, y eso, la verdad, no es agradable. Y ahora, ahí está, convertida en una vieja rezadora y beata, aunque no ha perdido la mirada de saberlo todo. ¿Y qué puede saber? ¿Qué puede saber una vieja que se pasa las horas hablando con los santos?

Gerena, pensativo, se asoma a la ventana. Poco se ve desde ella: una calle estrecha, el lateral de la fachada del matadero y, al fondo, sobre los tejados de dos o tres viviendas, la silueta de la torre de la iglesia, tan chata y estropeada, con sus dos campanas oscuras y el nido de una cigüeña como corona. No, desde donde está no puede ver la plaza. No le cuesta imaginarla: el portón de la iglesia entornado, la explanada deshabitada, la Casa de Justicia, con su piso alto bien cerrado custodiando el trigo… Andará por allí Bartolomé Pérez buscando al alcalde, correrán dos o tres chiquillos alborotando, habrá algún viejo sentado al sol, apoyado en su garrota, esperando con paciencia que llegue alguien con quien poder pegar la hebra, y un par de mujeres, bien arrebujadas en sus mantos, el cántaro a la cadera, hablarán de sus asuntos. Todos ellos tan a lo suyo, que se diría que viven en otro mundo.

A veces Gerena se pregunta si son tan ingenuos como aparentan y acaba contestándose que, de ingenuos, nada. Todos ellos saben, desde hace mucho, lo que les conviene. Tanto, que ya no tiene ningún problema con los nombramientos. Al contrario. Son ellos los que le buscan, van a su casa, se ofrecen para lo que sea.

—Gerena, a ver si me consigues un préstamo.

—Gerena, necesito vender la cosecha.

—Gerena, si me incluyes para los cargos de este año te daré una parte…

Y él les consigue el préstamo, y les vende la cosecha y les promete que en cuanto pueda les conseguirá un cargo y, a partir de ese momento, todo va como la seda.

Claro que siempre hay algunos que se mantienen alejados y ponen problemas. Ahí está Germán el Viejo, insobornable. Y el tejedor, Pedro de Hinojosa, por más que ha intentado tentarlo. Y el propio Zumaquero, que muchas risas y muchas palmadas en el hombro, pero no acaba de plegarse.

La mayor parte de ellos, sin embargo, saben lo que les conviene. Empezando por el propio Juan Moreno, el alcalde, por mucho que ahora tuerza el gesto.

Él, si tiene que ser sincero, nunca vio clara la elección de Juan Moreno. Desde el primero momento pensó que le traería problemas. Y acertó. Juan Moreno nunca ha sido fácil. Eso sí, trajo a Bartolomé Pérez, su amigo de la infancia, que, lo que es la vida, ahora parece fiarse muy poco de él. El caso es que Juan Moreno ha acabado yendo por libre. Menos mal que solo quedan unos días para las nuevas elecciones y podrá perderlo de vista. Aunque, antes, por la cuenta que les tiene, tendrá que conseguir que atienda a razones.

Gerena, al pensarlo, endurece el gesto. No puede permitir que se le escapen las riendas de las manos y ese Juan Moreno, el alcalde, puede acabar resultando un verdadero incordio. De hecho, ya lo es. Y encima anda rehuyéndole. ¡A él, a Gerena! Al hombre que le consiguió el cargo y gracias al cual un simple azadonero puede ir presumiendo de tierras.

Tendrá que recordarle quien es el que manda, por desagradable que sea hacerlo. No es su estilo. Él prefiere arreglar las cuestiones pendientes de otra manera.

¿Y Bartolomé Pérez?

—¿Por qué diablos estará tan preocupado por lo del forastero? —se pregunta Gerena intranquilo.

¿No será que hay algo que se le está escapando?

Pedro de Hinojosa, el tejedor

Pedro de Hinojosa es alto, nervudo, con un pelo, espeso y fuerte, que le clarea ya en las sienes. Tiene unas manos grandes, de dedos planos, ásperos y encallecidos por el roce del estambre. Unas manos que parecen tener vida propia, que se mueven con precisión y rapidez incluso cuando no están trabajando, algo que ocurre pocas veces porque Pedro de Hinojosa trabaja desde que sale el sol hasta que se pone. Su mujer, Inés, también pasa muchas horas en el taller y realiza sus tareas con idéntica precisión que él. Ninguno de los dos necesita demasiadas palabras para entenderse y los oficiales que tienen a su lado tampoco. Todos ellos están acostumbrados al trabajo y lo hacen casi de forma mecánica.

Hoy, no obstante, Pedro de Hinojosa está más pendiente de los ruidos de la calle que de la lana y, a pesar de no haberse movido del taller, está al tanto de las novedades. Sabe que ha llegado un forastero, que es alguien importante, que se hace acompañar de un joven criado que le sigue como una sombra y que ha buscado dónde alojarse con intención de permanecer en el pueblo. Y a él, sin saber por qué, se le ha metido en la cabeza la idea de que aquel hombre terminará por ir a verle.

Cuando se lo comentó a Inés, ella despreció la posibilidad con un gesto impaciente.

—¡Ya ves tú, no tendrá el caballero nada mejor que hacer!

Y sí, seguro que aquel señor tiene asuntos más interesantes de los que ocuparse, él no lo niega, pero eso no cambia su convencimiento.

—Cómo si no tuviéramos bastantes agobios sin necesidad de forasteros —remató su mujer refunfuñando.

Y es que en los últimos tiempos todo son problemas, aunque a veces el tejedor reflexiona y acaba dándose cuenta de que preocupaciones las han tenido toda la vida y que lo único que pasa es que él ahora tiene menos ganas o menos fuerzas para hacerles frente.

—Me estoy haciendo viejo —se dice medio en broma.

Y la prueba es que no hace tanto, al llegar la noche, él se dejaba caer en el catre y se dormía tan rápido que parecía que más que dormir perdía el

conocimiento. Ahora, por el contrario, no hay noche que no se le haga demasiado larga. Si no es por las contrariedades en el trabajo es porque le duele la espalda de tanta cama, o porque no puede quitarse de la cabeza algún pensamiento, o porque se le ocurre que hay algo ineludible que ha olvidado hacer. Así que cada vez se acuesta más tarde y se levanta más pronto, con gran desesperación de Inés que gruñe porque no la deja dormir.

Ella, o no se está haciendo vieja, o ha encontrado el modo de que los problemas no le quiten el sueño. Bien es verdad que él tiene más responsabilidades. Y no es que quiera quitarle el mérito a Inés. Ella trabaja como una burra y no se queja. Se ocupa de la casa, de los hijos, de la huerta, de los animales, de la colada, de la comida y de otras mil tareas más que él ni imagina y, por si fuera poco, aún encuentra tiempo para echar una mano en los telares.

Ahora bien, seamos sinceros, poner a cocer verduras en una olla, tirar cuatro granos a las gallinas o tender la ropa al sol no son cuestiones que puedan llegar a quitar el sueño a nadie. El sueño te lo quita tener que lidiar con el trabajo del taller, con oficiales y peones que, si les quitas la vista de encima, se duermen en los laureles; con mercaderes prestos a pagar por debajo de lo que deben; con recaudadores que acechan como aves de rapiña; con proveedores de materiales para el obraje y, sobre todo, con los cambios de criterio de los veedores que en los últimos tiempos le están volviendo loco.

No, la vida ya no es como era antes, en tiempos de su padre. Su padre siempre fue un gran trabajador y pronto las estameñas salidas de su taller tuvieron justa fama.

—Claro que él nunca tuvo que preocuparse de nada que no fuera inclinarse sobre la urdimbre hasta conseguir el paño más perfecto posible —reflexiona Hinojosa—. No tenía que luchar con todo lo que ahora tenemos encima…

Veedores inhábiles, ordenanzas extrañas, mercaderes avariciosos que no han visto un telar en su vida, normas cada vez más estrictas que regulan las medidas de la pieza, el número de hilos de cada una de ellas, el grosor, la textura, el color…

—Como si cada paño que sale de la fábrica no tuviera ya que llevar un sinfín de sellos y marcas encima…

Sellos para indicar la variedad y el peso de la tela, el número de hilos de la trama, la localidad en la que se ha hecho, el taller de donde proviene, e incluso la marca del propio artesano. Todo eso sin contar con que, al salir del telar, cada paño labrado tiene que pasar al veedor para que le ponga su señal indicando que está hecho según corresponde.

Y es que lo de los veedores tiene lo suyo, y Pedro de Hinojosa sabe de lo que habla porque ha sido veedor del gremio en varias ocasiones. Hay veedores que por unas cuantas monedas dan el visto bueno a cualquier

paño. También dan títulos de maestría a cambio de dinero o hacen la vista gorda con algunos oficiales que solo lo son de palabra y que nunca se han examinado. Y con él, que cumple escrupulosamente las normas y las ordenanzas, se ponen exigentes y le rechazan las telas cada vez más a menudo, negándose a ponerle el sello que garantice la calidad del paño.

—Una estupidez —piensa Hinojosa—, porque la calidad, por mucho sello que lleve el género, solo la conoce uno teniendo la tela entre las manos.

Tocándola, viéndola, oliéndola, comprobando su caída, volviéndola del revés y del derecho. Solo así sabe uno si es una estameña casera de dos estambres, con la hilaza pasada por peines ordinarios, o si se trata, por el contrario, de una estameña con estambres hechos a rueca o torno pequeño, pasada por peines finos.

—¡Y eso no hay veedor que lo cambie, por muchos sellos oficiales que pongan!

Pedro de Hinojosa tiene la impresión de que, últimamente, los veedores no están jugando limpio. ¿No le han rechazado a él tejidos de gran merecimiento? ¿No han aceptado en cambio paños toscos y mal labrados solo por venir de quien venían? Al recordarlo, siente la rabia burbujeando en su interior. ¡Rechazarle a él las telas! ¡A él, que se precia de tener el mejor taller de todo Toledo!

También tiene los mejores tejedores. Unos oficiales muy competentes que han aprendido con él, despacio, desde el principio. Y que trabajan con unos telares sólidos y fiables, algunos de la época de su padre, todavía en buen estado y que aún hacen unas magníficas estameñas. Inés dice que deberían comprar telares nuevos como ha hecho su vecino, Fernando Fernández, que ha montado un taller en el que, en una semana, labra más varas de las que él es capaz de hacer en un mes. Lo que no ve Inés es que el vecino compró los telares por medio de Gerena, y Gerena, tarde o temprano, querrá que le pague en favores. Y además, ¿de qué le sirve a Fernando tanto telar si no tiene suficientes manos expertas para manejarlos?

No, él prefiere seguir así, con sus telares antiguos y resistentes y sus oficiales bien formados y su independencia. Fernando Fernández tendrá telares nuevos, ¿y qué? Tiene que tirarse por los suelos cada vez que asoma el hocico Gerena, y él, por el contrario, puede ir con la cabeza bien alta.

—Bien alta y bien arruinada —le regaña Inés—, y con los veedores deseando cobrársela como si fuera una pieza de caza mayor.

Pues sí, y a mucha honra.

Le preocupa más lo de Alonso, su hijo, a quien parece importarle poco llevar la cabeza alta o baja, o que esté o no arruinada, que se diría que lo que es la cabeza la ha perdido y no puede pensar en nada que no sea abandonarlos. Su hijo, que iba a ser el continuador de la estirpe de tejedores que fundó su padre y que reniega de su herencia. Y es que Alonso parece

embrujado y no habla nada más que del Nuevo Mundo.

— En el Nuevo Mundo —les ha explicado Alonso, con ojos soñadores —, cualquier hombre tiene al alcance de su mano todas las posibilidades sin importar cuál haya sido su cuna. Los privilegios no se heredan, se ganan con esfuerzo, y uno puede arrancarle a la suerte el mejor de los destinos.

Y Alonso, su Alonso, está dispuesto a intentarlo.

Inés se enfurece cuando lo oye.

—También en el Nuevo Mundo los hombres mueren como chinches y enferman y se pierden y sus familias no vuelven a saber de ellos.

Piensa Inés que los que así desaparecen se lo tienen merecido, porque Dios castiga, y con razón, a los que abandonan el sitio que Él les ha asignado dentro de su Creación.

—Si Dios te hubiera querido en el Nuevo Mundo te habría hecho indio —concluye Inés mirando a su hijo con enfado.

Y luego le mira a él esperando que haga entrar en razón al chico, solo que él no es capaz de hacerlo. No encuentra palabras que no suenen a derrota, a rendición. ¿Qué podría decirle?: «Olvida, Alonso, tus sueños, cambia las posibilidades de fortuna por los telares, renuncia a los horizontes infinitos del Nuevo Mundo y confórmate con los paisajes resecos de nuestra tierra. De esta tierra que nunca va a pertenecerte».

No, Pedro de Hinojosa no encuentra las palabras. Porque, aunque eso nunca se lo confesará a Inés, a veces hasta él mismo tiene ganas de romper con todo y marcharse. Cruzar el océano y dejar atrás los estrechos horizontes en los que se mueve.

Pedro de Hinojosa suspira al pensarlo. ¿A quién quiere engañar? Él nunca se irá a ningún sitio. Está demasiado apegado a su tierra, a su pueblo, a su fábrica de estameñas. Está demasiado apegado a la herencia que le dejó su padre, una herencia intangible de trabajo bien hecho. Si ahora piensa en marcharse lejos, igual que hace su hijo, no es por afán de aventuras ni por esa avidez por la vida que hay en los ojos de Alonso, sino por todo lo contrario. Porque le asusta la vida. Porque teme no tener fuerzas para afrontarla. Porque está cansado de problemas. Porque el presente se ha vuelto oscuro y lleno de sombras y eso le angustia y le mantiene despierto en la cama cada noche.

Inés le regaña y le dice que está tonto y que se deje de dar vueltas a la cabeza, que eso no arregla nada. Y tal vez tenga razón…

Lo que ocurre es que no es tan fácil dejar de dar vueltas a los pensamientos. Él piensa en los ojos tristes de la pequeña Maria, su hija, y le duele el corazón, porque durante un tiempo tuvo la esperanza de verla feliz y ahora la ve desgraciada sin poder hacer nada para cambiarlo. Y también le duele el corazón cuando piensa en los ojos esperanzados de su hijo Alonso, porque le faltan manos en el taller y aun así se siente incapaz de cortarle las alas, incluso sabiendo que no cortárselas puede significar perderlo. Y por último, piensa en Inés, su Inés, su compañera, tan

trabajadora, tan dura, que jamás protesta por las privaciones ni por los problemas, y todo, para nada, porque a la hora de la verdad, él no puede retenerle a los hijos.

—Los hijos siempre levantan el vuelo, Inés, siempre, cuando la vida los llama.

Sí, seguramente Inés tiene razón y él solo es un viejo tonto que se pasa el día dándole vueltas a la cabeza. ¿Y cómo no darlas? ¿Cómo no sentirse responsable de lo que está pasando? ¿Quién dio permiso a su hijo para que dejara de trabajar en la estameña y alentó sus sueños de aventura? ¿Quién decidió buscarse un aprendiz que hiciera los trabajos más duros y con ello insufló nueva vida a la pequeña María? Él. Y él, por tanto, es el único responsable de que Alonso se les pierda en el Nuevo Mundo, y de que el aprendiz ahora esté muerto, molido a palos como una alimaña, y de que María haya vuelto a hundirse en la desesperanza y llore hasta quedarse dormida.

De todo, lo del aprendiz es lo peor, lo más irremediable.

—Tratamos bien al chico, ¿no es cierto? —le dice Inés indignada descartando cualquier responsabilidad por su parte.

Y sí, le trataron bien. Le metieron en su casa, le dieron ropa y comida e hicieron lo posible para que se sintiera a gusto.

—¿No le dábamos permiso los domingos para que ayudara en las misas? ¿No permitíamos que faltara al trabajo con el asunto del coro? ¿No aligerábamos sus tareas para que dispusiera de tiempo? Pues eso, más no pudimos hacer.

Pedro de Hinojosa sabe que su mujer tiene razón. Lo que le duele es que no reconozca que el muchacho se ganó con creces lo que hicieron por él. Era trabajador y estaba dispuesto a echar una mano en cuanto se lo pedían. Él mismo le utilizó más de una vez para tareas que no tenían nada que ver con las estameñas, porque el chico era listo y sabía de números.

Sonríe Pedro de Hinojosa al recordar cómo se dieron cuenta.

Fue una noche, durante la cena. El discutía con Inés sobre el precio de la lana: que si la peligorda, que si la entrefina, que cuál era el mejor estambre para la trama, que si el mercader había dicho que compraran las madejas sueltas y así las probaban…

Ninguno de los dos reparó en el aprendiz que, como todos los días después del trabajo, trajinaba de aquí para allá haciendo las tareas que tenía encomendadas. Hasta que de pronto los interrumpió y, allí estaba, con una sonrisa tímida en la boca, casi pidiendo perdón: que no, que el mercader les engañaba porque las sacas salían más baratas que las madejas sueltas. Y ante su asombro, se puso a hacer las cuentas.

Total, que gracias a él se ahorraron buenos dineros.

Así que se acostumbraron al muchacho. Todos. Inés a mandarle a los recados, el cura a tenerle de ayudante en la misa, la hermana del párroco y las otras mujeres a tenerle organizando los cánticos, y, por contar con él,

hasta el escribano contaba, que más de una vez le pidió prestado al chico para que, con su letra redonda y clara, le copiara alguna escritura de esas que los escribanos emborronan a todas horas.

Y su hija pequeña, María, tan sola siempre, siempre con los ojos tan tristes, encerrada en su silencio, de pronto, con el chico, reía. Y el chico no le hacía ascos a andar despacio a su lado, ni ponía pegas a su torpeza y hablaba con ella como se habla con cualquier niña.

Inés, tan brusca, tan acostumbrada a que se metieran con su hija, vigilaba de lejos al muchacho. El chico se acercaba a María sin maldad y se sentaba con ella a hablar sabe Dios de qué. Hasta le hizo, con sus propias manos, una muñequita de trapo con restos de lana del taller. ¡Cómo brillaron los ojos de María con aquella muñeca! La llevaba de aquí para allá y le hablaba al oído mientras esperaba, sentada a las puertas del taller, que llegara la hora de la cena y él y el aprendiz dejaran el trabajo y volvieran a casa. Pedro de Hinojosa, entonces, levantaba a la niña en volandas y decía que tenía tanta hambre que podría comérsela y ella, bendita inocencia, protestaba diciendo que las niñas no se comen.

—Claro que se comen, solo hay que tener bastante hambre. ¿Qué dices, Diego, nos la comemos?

El aprendiz se reía y la pequeña se cogía de su mano y los dos huían de él, fingiendo que le tenían miedo.

Inés, a la puerta de casa, con los brazos cruzados sobre el pecho, los veía llegar con el ceño fruncido.

—Deja a la niña, que vas a asustarla. Y tú, rufián, vete a lavarte un poco, que ya está la cena.

Y el aprendiz sonreía y esquivaba el manotazo blando de Inés. María le seguía como un perrillo sin amo y al rato ya estaban los dos en algún rincón hablando y riendo. ¿Sería posible? María, su pobre hija, comportándose como cualquier otra niña.

¿Cómo iba a sospechar, cuando le llamaron diciendo que había ocurrido una desgracia, que vería a ese mismo chico que hablaba con María, tendido en el suelo de la iglesia, lleno de sangre, con los miembros crispados y un rictus de espanto en la cara? Fue verlo y Pedro de Hinojosa sintió que la sangre le huía del rostro y las rodillas se le aflojaban. Sintió horror ante lo que veía, sintió pena por el muchacho, sintió preocupación porque otra vez se encontraba sin aprendiz, en un momento en que tenía tanto trabajo, sintió culpabilidad por pensar en el trabajo ante la tremenda realidad de la muerte, sintió miedo por el destino que la muerte le había reservado al chico, sintió que se le partía el corazón al pensar en su hija. Y sintió miedo. Él era el tutor del muchacho, su patrón, su maestro, el responsable de su seguridad y su bienestar, y el chico estaba muerto. ¿Le pedirían cuentas por ello? Seguro que sí. Tal vez la justicia. Tal vez incluso Dios. Pero sobre todo, le pediría cuentas María y él no sabría qué decirle.

Más tarde, sin la impresión de tener delante el pobre cuerpo golpeado y

muerto del aprendiz, Inés le hizo pensar en otras cuestiones. Que si van a querer que tú te hagas cargo, que tú no tienes obligación ninguna, que si al muchacho lo encontró la muerte de noche y fuera de casa, sería porque no hacía nada bueno…

—Lo mantuvimos, y con mucha dignidad, mientras se comportó —se justifica Inés—. ¿Qué culpa tenemos nosotros si de pronto el chico decidió marcharse y perderse por esos campos donde encontró la muerte?

Y tal vez Inés tuviera razón. Así se lo dijo a don Fermín, que lo aceptó de bastante buen grado. Lo malo es que Pedro de Hinojosa, en el fondo de su alma, se teme que los problemas no han acabado. Le pedirán responsabilidades. Se las pedirán tarde o temprano. Y cuando oyó que acababa de llegar al pueblo un forastero, y que era un hombre importante, Pedro de Hinojosa supo, en lo más hondo de su conciencia, que ese caballero vendría a verle y le pediría cuentas.

Por eso, nervioso, ha dejado pasar el tiempo mirando cada poco hacia la calle.

A primera hora de la tarde, por fin, ve venir al forastero, bien abrigado en su lujoso sobretodo, con las botas brillantes y el sombrero bien calado, acompañado de su mozo.

Pedro de Hinojosa suspira resignado. No se equivocaba.

Abandona con parsimonia sus telas, se acerca a la puerta, la abre y se queda allí, de pie, esperando.

Don Alonso de Oviedo, el pesquisidor

El sol, que les había parecido tan cálido hace un rato, apenas alcanza a calentarlos. El paisaje entero huele a frío y a silencio. Es un paisaje ancho y solitario que se extiende ante ellos con una belleza sombría.

Alonso de Oviedo contempla apenado la figura menuda de Hernán que se ha adelantado unos pasos. Observa sus hombros caídos, la cabeza inclinada, el aire entero de abatimiento. Quisiera encontrar palabras para confortar al chico, ser más diestro en el arte del consuelo, pero después de años de refrenar sus sentimientos, de aprender a ser impasible y comedido, ahora no sabe cómo hacerlo.

Lo único que se le ocurre es seguir acompañando con su presencia la pena de Hernán, aunque sea incapaz de romper el silencio. Porque hay, en todo el camino que va a la Alamedilla, un silencio intenso, apenas roto por el canto de algún pájaro, por el balido lejano de alguna oveja, por el crujir de las hojas secas caídas en el suelo y por el susurro del viento meciendo apenas las ramas deshabitadas de los árboles.

Apesadumbrado, don Alonso aparta los ojos de la espalda de Hernán y deja vagar la vista por lo que le rodea. El camino está medio abandonado, lleno de matojos quebrados y ramas caídas. Un poco más allá se divisan las tierras llanas y onduladas de siempre, ese manto interminable de campos trabajados que a don Alonso le fascina, porque representan algo esencial a lo que es incapaz de sustraerse. Hoy, sin embargo, no encuentra paz en la vista de aquellos campos inmensos sino una confirmación de la dureza y el dolor que acogen desde tiempo inmemorial. Son tierras duras, como sus habitantes, tierras sobrias e inmutables.

—Tal vez —murmura el de Oviedo—, no haya sido buena idea venir hasta aquí…

Hernán, a unos pasos de él, con la cabeza baja y los hombros inclinados, es una imagen precisa y exacta de la desolación. No, no debió dejar que el muchacho lo acompañara, debió dejarlo en casa de los Zumaquero al cuidado de la maternal y solícita Marina. Tendría que haber imaginado, cuando se pusieron en marcha para ir a entrevistarse con Pedro

de Hinojosa, que la tarde iba a ser dura….

Ni siquiera lo sospecharon porque al salir se habían visto sorprendidos por un sol espléndido, por un cielo muy azul y por la ausencia de viento. Hacía frío, por supuesto, un frío pacífico, sin restos siquiera del vendaval desapacible y tormentoso con el que habían viajado por la mañana.

Agradablemente impresionados, se habían quedado ambos parados, mirando a su alrededor. Frente a ellos, la mole oscura y maciza de la iglesia, con el tejado abombado por la humedad y las tejas oscurecidas y medio levantadas, y con su torre, cuadrada y chata, destacándose contra el cielo gris. A la derecha del templo, otro edificio de aspecto abandonado. Supuso en ese momento don Alonso, que se trataba del hospital para pobres del pueblo, un edificio tan estropeado y poco cuidado que parecía imposible que pudiera prestar ningún servicio. Adosado al hospital, otra construcción que, no costaba deducirlo, debía de ser el matadero. Y un poco más allá, la fragua del herrero que dejaba oír, de vez en cuando, la voz cantarina del yunque.

Las otras edificaciones que cerraban la plaza le habían parecido casas sencillas y de buen aspecto. Casi todas tenían un único piso, tejado plano y fachada encalada con más o menos fortuna, y los corrales y establos estaban tan pegados a ellas que se hubiera dicho que viviendas y corrales eran todo lo mismo. Algunas de esas viviendas tenían un poco más de relevancia, como la de los Zumaquero, con su sobrado y su patio enorme y su portón de madera. Tal vez la más grande de todas, había pensado don Alonso, fuera la de Lorenzo Suárez de Figueroa, el único hidalgo que, por lo visto, residía en el lugar.

Don Alonso y Hernán comenzaron a caminar despacio, dándose cuenta de que el pueblo respiraba quietud. El aire olía al humo de la leña que se quemaba en los distintos hogares, y a ganado. El silencio recorría las estrechas callejas irregulares que separaban unas casas de otras y en él resonaban algunos sonidos sueltos: el piar de algún pájaro que surcaba el cielo, el balido perdido de alguna oveja lejana, algún que otro ladrido… Por lo demás, silencio por todas partes. Y soledad. Los pocos vecinos que habían visto a su llegada al pueblo, por la mañana, habían desaparecido. Ni siquiera en torno a la fuente, a la que llegaron rodeando la iglesia, encontraron a nadie. Ninguna mujer con su cántaro, ningún pastor con sus animales, ningún viejo viendo pasar la tarde.

—Aquí es donde nos encontramos Diego y yo —había dicho con voz queda Hernán señalando la esquina de una de las casas más cercanas a la fuente.

—¿Ya estaba aquí cuando tú llegaste?

—No. Tuve que esperar mucho rato. Estuve acurrucado ahí —había explicado el chico señalando el cuenco medio roto de la fuente—. Tenía tanto frío que creí que moriría congelado antes de que Diego llegara. Y luego, fue todo tan rápido… Tuvimos que salir corriendo, ocultándonos.

—¿Por donde apareció la figura que os persiguió?

Hernán había señalado a una de las calles cercanas. Vio don Alonso cómo el muchacho se estremecía con el recuerdo y cómo, en el acto, hacía un esfuerzo para sobreponerse y seguir explicando. Aun así no se le escapó al de Oviedo que, sin darse cuenta, Hernán se acercaba cada vez más a él mientras caminaban, buscando, supuso, la seguridad que podía proporcionarle su cercanía.

—Corrimos por aquella calle y nos metimos por allí —Hernán había señalado la parte más baja de la plaza, a la izquierda de la fuente, donde apenas había un puñado de cobertizos—. ¿Veis aquel montón de leña? Nos escondimos detrás, y si no llega a ser porque empujamos los troncos sin darnos cuenta, el hombre no nos habría descubierto…

Don Alonso había observado todo con interés. El pilar que sostenía la fuente estaba en bastante mal estado, derruido y desgastado en varios sitios. El agua rebosaba el cuenco y se escurría por los lados dejando el suelo cercano empapado y lleno de barro. El regato resultante se escurría hasta un desnivel bastante acusado muy cerca del lugar donde, según Hernán, él y su amigo Diego estuvieron escondidos. Esa especie de barranquilla o desaguadero parecía delimitar el pueblo por ese lado, como Hernán le había explicado a don Alonso.

—Ahí se acaba el pueblo. Creo que un poco más adelante hay un molino de aceite, y el camino ya va por despoblado hasta una alameda que llaman La Huerta del Rey. Al inicio de ese camino es dónde… ya sabéis, dónde ocurrió todo.

El camino se habían decidido a recorrerlo tras haberse entrevistado con Pedro de Hinojosa. Tal vez porque habían salido del taller con la mente llena del recuerdo de Diego, convocado por las historias del tejedor, acaso porque les había llamado el sol, con su dorada calidez, atrayéndolos hacia él. O quizá, porque ambos sabían que era un recorrido que tarde o temprano tendrían que hacer y aquel momento, perdido en medio de la tarde, parecía tan bueno como cualquier otro.

Habían caminado en silencio, rumiando cada uno por su cuenta lo que les había contado el tejedor. Hernán, algo adelantado, parecía perdido en sus pensamientos y, al verlo, don Alonso se había preguntado, una vez más, por qué le dolía tanto ese muchacho, por qué le afectaba tanto su desamparo. Desde el primer momento, sin dudarlo, había sentido el impulso de protegerle y eso que su amigo Gabriel Vázquez ya se había encargado de indicarle hasta dónde podía alcanzar su responsabilidad.

—Os dais cuenta, ¿no? —le había dicho—. Hernán tiene la obligación de volver con su amo, que a estas alturas se estará preguntando dónde anda el muchacho y por qué no ha acudido a su trabajo. ¿Sabéis que ese hombre, sea quien sea, tiene todo el derecho del mundo a reclamar a su pupilo y a llevárselo incluso por la fuerza?

Pero él ni siquiera había contemplado la posibilidad de hacer que

Hernán volviera a su trabajo.

—¿Creéis que sería posible romper el contrato de aprendizaje del muchacho dando a su maestro una compensación económica? —había preguntado.

Y el alcalde le había mirado con auténtico asombro.

—¿Hasta ese punto pensáis implicaros? Pensad que tendréis que pagar no solo lo que el maestro haya gastado en la manutención del muchacho, sino también por el tiempo y el esfuerzo invertido en enseñarle. Además, si liberáis al chico de su contrato, se quedará sin acomodo. ¿Lo vais a tomar a vuestro cargo?

La respuesta, naturalmente, había sido que sí. Gabriel Vázquez había refunfuñado y había expresado entre dientes que don Alonso se estaba comportando, desde que había comenzado el asunto, de un modo irresponsable. Más tarde, así era su amigo Gabriel Vázquez, le había acompañado hasta el taller del maestro de Hernán, aduciendo que en caso de que el hombre creara problemas, él, como justicia del pueblo, tendría mucha mayor facilidad para hallar una solución.

El recuerdo del maestro de Hernán hace estremecer a don Alonso. No había vuelto a pensar en aquella visita y ahora, al hacerlo, la sensación de malestar retorna como una oleada.

El amo de Hernán, tal y como les había contado el propio muchacho, era el cardador Mateo Pérez y tenía su taller en Gerindote, un diminuto pueblo casi pegado a Torrijos. A pesar de que Gerindote apenas tenía cuatro casas y de las explicaciones de Hernán, les costó encontrar el taller. Tuvieron que preguntar varias veces y aunque todo el mundo parecía conocer al cardador, las indicaciones que les daban en ningún caso eran demasiado precisas. El taller, como al final descubrieron, estaba en las afueras del pueblo, escondido en un recodo del camino, entre almendros descuidados y matorrales. Si llegaron a encontrarlo, sorprendidos por su insignificancia y su aspecto de lugar abandonado, fue por el olor. Un olor penetrante y pestilente que se extendía por el camino y que se notaba ya a varios metros. Don Alonso, asqueado, sacó de entre sus ropas un pañuelo perfumado para llevárselo a la nariz.

Cuando se encontraron ante las míseras construcciones, ambos, don Alonso y Gabriel Vázquez, tiraron de las riendas de sus monturas para detenerlas y recorrieron con la mirada todo lo que se hallaba a su vista: varios cobertizos de aspecto endeble, algunos de ellos sin paredes, apenas techados sostenidos por cuatro palos, lana de oveja por todas partes en diversas fases de su tratamiento, tenderetes de los que colgaban las madejas ya lavadas para secarse, o amontonadas para proceder a su bataneo o su cardado, barriles o cubetas de madera con lana sumergida en algún líquido grisáceo de olor sofocante, herramientas extrañas abandonadas aquí o allá. Un perro pequeño y sucio ladraba con fuerza tirando de la cuerda con la que estaba atado. Al fondo, una casucha de tejado combado con la puerta

entreabierta y otra edificación medio ruinosa, esta sí, con paredes, que don Alonso supuso que sería el establo en el que dormía Hernán. Movió la cabeza de un lado a otro con pesadumbre.

Alertado por los ladridos del perro, un hombre envejecido y de aspecto mísero emergió de detrás de unas pilas de lana. Los calzones le colgaban apenas de las caderas sujetos por una cuerda, la camisa la llevaba sin ceñir y sobre ella un sayo deformado, sucio y roto por varios sitios. Iba calzado con unas botas desgastadas que le venían grandes y que se le iban saliendo mientras andaba, y se cubría la cabeza con un sombrero informe y sudado que le sombreaba los ojos. Parecía tosco y taciturno.

—¿Qué quieren? —había preguntado con malhumor.

La conversación fue difícil. Mateo Pérez los observó con desconfianza desde el primer momento, y ellos no se decidieron a bajar de su montura y hundir los pies en el barrizal apestoso que los rodeaba. Ante cada pregunta que le hacían, el cardador rumiaba la respuesta. Tenía una voz quebrada y nasal y sorbía una y otra vez por la nariz, limpiándosela de vez en cuando con la manga en un gesto brusco y nervioso que parecía subrayar cada una de sus palabras. Pensó don Alonso que el intenso olor a amoniaco que allí se respiraba, procedente de las cubas en las que se trataba la lana, había destrozado las narices del maestro. Eso sin contar que el hombre parecía poco sobrio y refunfuñaba por lo bajo sin que acertasen a entender qué murmuraba. Sin embargo, en cuanto don Alonso nombró a Hernán, el cardador pareció perder la vaguedad en la que estaba inmerso.

—Maldito chico, cuando le pille le voy a romper todas las cardas en las costillas.

A continuación refunfuñó que el muchacho era su aprendiz y, por si había alguna duda, que estaba en su derecho de hacer con él lo que le viniera en gana. Y de ahí ya no hubo forma de sacarlo. Por más que argumentó don Alonso, el maestro siguió aferrado a la única idea que parecía dominar sus pensamientos de forma obsesiva: Hernán, le pertenecía y no había más que hablar. Pero don Alonso tampoco quería rendirse. Ofreció una cantidad más que generosa para cubrir los gastos de mantenimiento que el chico hubiese ocasionado, más otro pequeño montante para indemnizar al cardador por el esfuerzo de enseñarle.

—Muchachos que quieran aprender el oficio hay muchos y no tendréis problema en contratar a otro cualquiera —le dijo.

El cardador no dio la más mínima muestra de estar dispuesto a ceder. Gabriel Vázquez, entonces, le explicó que Hernán les era necesario para llevar a cabo una investigación. Incluso exageró un poco diciendo que oponiéndose al acuerdo se estaba oponiendo a la Justicia. El maestro siguió sin querer entrar en razón. Parecía tener muy claro que Hernán estaba ligado a él por un contrato que, conforme a la ley, nadie tenía derecho a obligarle a romper.

Estrellado contra la negativa del cardador, don Alonso buscaba en su

cabeza alguna solución e intentaba refrenar el impulso de darle un buen golpe con la fusta que llevaba en la mano. El hombre le resultaba ofensivo y desagradable. Le repugnaba no solo su olor y su aspecto sino también su estúpida obstinación.

—El muchacho me pertenece —mascullaba sin mirar de frente a don Alonso y sin ninguna intención de dar su brazo a torcer.

La solución vino de donde menos esperaban. En algún momento y sin que ellos se percataran, una mujer, tan avejentada como el maestro, había salido de la pequeña casa de techo combado. Greñas grisáceas le caían a ambos lados de la cara, escapadas de la cofia mal atada a la cabeza, y el mandil que rodeaba su ancha cintura y su prominente barriga estaba sucio y medio roto. Sobre sus hombros estrechos, un raído mantón de lana de color indefinible que la mujer intentaba ceñir a su cuerpo para protegerse de la fina lluvia que había empezado a caer.

No saludó ni preguntó qué pasaba. Quizá había estado escuchando desde el quicio de la puerta por la que había salido. Supuso el de Oviedo que era la esposa del maestro y quiso explicarle la situación pensando que tal vez la mujer se pusiese de su parte. Ella no le prestó atención. Deteniéndose, se quedó mirando al cardador. Una mirada lenta y llena de desprecio.

—El chico se va —dijo.

Su voz fue seca y con un ligero tono de amenaza. El maestro movió inquieto los pies, se subió los calzones, se restregó la nariz con la manga, e intento mantenerse en sus trece.

—No se va. Es mío —murmuró obstinado.

—¿Dónde está el dinero? —le ignoró la mujer volviendo sus pequeños ojos hacia don Alonso.

El de Oviedo sacó una bolsa y se inclinó sobre el caballo para dársela. Ella la cogió. No dio las gracias ni hizo ademán de contar las monedas. Se volvió y, con el mismo desprecio que había habido en todos sus actos hasta ese momento, le lanzó la bolsa al maestro, con asco, como quien tira una piedra a una alimaña. El cardador no acertó a cogerla. El sonido de la bolsa chocando, primero contra el pecho del hombre y luego contra el barro, fue el único ruido que durante un momento rompió el silencio. Hasta el perruco atado a la valla parecía haberse quedado mudo. La mujer no se molestó en decir nada. Dio media vuelta y, ciñéndose el viejo y descolorido manto a su cuerpo, se alejó hundiéndose en la oscura casa.

Todo esto le viene a la cabeza al de Oviedo mientras contempla la triste silueta de Hernán que vaga a unos pasos de él. No tiene que preguntar para saber que lo que busca el muchacho es el lugar exacto donde mataron a su amigo. También él siente la necesidad de encontrarlo, de verlo con sus propios ojos, como si así fuera a entender el motivo de su muerte. Porque ese motivo, piensa don Alonso, dista mucho de ser evidente. Quizá influenciado por lo que le había ido contando Hernán y por el recuerdo del

taller del cardador Mateo Pérez, el de Oviedo, sin darse cuenta, había dado por hecho que Diego había estado viviendo una vida tan sórdida y miserable como la del propio Hernán, una vida en la que habría encajado sin esfuerzo una muerte a palos.

Ahora, Alonso de Oviedo ya no está tan seguro. Han estado con el maestro de Diego, el tejedor Pedro de Hinojosa, han hablado con él y todo lo que han visto, todo lo que han escuchado contradice la idea que se habían hecho. No. Diego no había vivido una vida mísera y despreciable, ni había sido maltratado ni, aparentemente, había tenido ningún motivo para desear huir. Todas sus suposiciones estaban equivocadas.

Se dieron cuenta nada más llegar al taller de Pedro de Hinojosa.

Los grandes telares de madera, con sus estambres bien tensados, las madejas de lana por todas partes, los rollos de telas ya tejidos que se apilaban junto a las paredes, el ruido del huso pasando de lado a lado, el murmullo de las ruedas al deslizarse… Hernán se había quedado mirándolo todo con los ojos muy abiertos. Supuso don Alonso que estaba comparando lo que veía con el taller del cardador Mateo Pérez en el que él había trabajado. Lo cierto es que ambos talleres no se parecían en nada. El taller de Pedro de Hinojosa, aunque era angosto y con señales de llevar en funcionamiento muchísimos años, tenía un aspecto cuidado. Había lana por todas partes, por supuesto, y don Alonso, al verlo, había contraído la nariz ante el temor de ser asaltado por el terrible hedor a orines viejos que casi le asfixia en el taller de Mateo Pérez. Sin embargo, solo pudo oler a lana limpia, un olor incluso agradable. La razón la descubrió poco después, cuando vio unas tinas con agua jabonosa en las que, de vez en cuando, alguno de los oficiales metía una muestra de lana y la presionaba con las manos, apretándola hasta convertirla en un trozo de fieltro húmedo y oloroso que miraba y remiraba hasta asegurarse de que tenía la textura y el color adecuado.

El maestro de Diego, el tejedor Pedro de Hinojosa, los recibió en la puerta. Era un hombretón de aspecto recio que se movía y hablaba con una energía y una vitalidad que no casaban demasiado con su rostro surcado de arrugas y su pelo grisáceo. Había observado don Alonso que Hernán miraba al tejedor con miedo y no le costó adivinar sus pensamientos. Ese hombre grande, corpulento, podría muy bien ser la sombra con capa que los persiguió la noche que mataron a Diego. ¿Fue el tejedor quién empuñó un palo y se lio a golpes con el aprendiz hasta matarlo? Se había negado el de Oviedo a llegar a una conclusión tan precipitada, sin más pruebas que el estremecimiento de temor de un muchacho asustado. Se dispuso, en cambio, a intentar sonsacar al tejedor toda la información posible, fingiendo ser un ocioso caballero dispuesto a gastarse buenos dineros en comprar paños. Y así lo había aceptado Pedro de Hinojosa, sin reservas, extendiendo ante él tejidos y paños, enseñándole el funcionamiento del taller y discutiendo con calma precios y medidas. Hasta que, al reconocer el

tejedor que no podría aceptar un pedido tan grande como el que don Alonso pretendía, terminó saliendo a relucir el aprendiz muerto.

—En el espacio de un par de semanas me he quedado sin varios trabajadores —se había excusado Pedro de Hinojosa—. Mi hijo, que estaba a punto de obtener el título de maestría, ha decidido dejarnos. Dice que quiere irse al Nuevo Mundo, así, sin más, como si el Nuevo Mundo estuviera a la vuelta de la esquina. Es un muchacho obcecado y si ha decidido irse, se irá.

Don Alonso había sonreído comprensivo.

—Pero sin duda, la falta de vuestro hijo, por triste que sea para vos, no tendrá tanta repercusión en la fábrica, ¿no?

El tejedor, pesaroso, había explicado que, además del hijo aventurero, el taller había tenido que prescindir de otro de sus oficiales, algo que, por lo que pudo ver don Alonso, le tenía muy enfadado.

—El oficial al que me refiero, Juan Sánchez, lleva tres años sin confesión y el muy cabezota acabará teniendo problemas con la Inquisición.

—¿Tres años sin confesión? —se había escandalizado don Alonso— ¡Ese hombre es un hereje!

—¡No! No, por Dios, debéis creedme. Es solo un hombre obstinado. Hace unos años el párroco le regañó por su conducta. Lo hizo en público, durante un sermón, y Juan se sintió indignado porque, según él, eso suponía romper el secreto de confesión. El caso es que se pelearon. Juan dijo que nunca más volvería a confiar en el párroco y don Fermín, al ver que mantiene su promesa y que no ha vuelto a confesarse, le ha amenazado con denunciarlo al Santo Tribunal. ¡Y a mí también, si le seguía empleando! Así que he tenido que prescindir de él.

—Ya veo. Y con este ya son dos...

—Exacto. Dos oficiales son mucho para una fábrica pequeña como esta. Y, encima, me he quedado sin aprendiz.

Esta última frase había provocado el sobresalto de Hernán. Don Alonso había dejado caer su mano sobre el hombro del muchacho para tranquilizarlo, pues había temido que sus reacciones dieran al traste con la conversación. No había sido así y Pedro de Hinojosa, preocupado, había seguido hablando.

—A mí aprendiz lo mataron hace apenas dos días.

Don Alonso había puesto la conveniente cara de susto.

—¿Cómo que lo han matado? ¿Quién?

—No lo sé. El muchacho apareció muerto en el camino que va a la Huerta del Rey, cerca de aquí. Lo encontró un pastor a primeras horas del día. No me preguntéis qué hacía allí porque no lo sé. Se supone que tenía que estar durmiendo en su cama. Vete a saber… tal vez quiso escaparse en busca de una vida más fácil.

—¿Es que no estaba contento en el trabajo?

Pedro de Hinojosa le había mirado con franqueza y él pudo ver en sus ojos la angustia que le provocaba el asunto.

—Yo hubiera jurado que sí. Era un muchacho muy agradable, siempre sonriendo. Llevaba poco tiempo aquí y enseguida se hizo querer de todo el mundo. Ayudaba al cura en la iglesia, cantaba en el coro, hacia recados… Nunca me pareció que fuera desgraciado. Ahora bien… ¿quién sabe qué pasa por la cabeza de esos chicos?

—¿Qué chicos? —había preguntó don Alonso extrañado por el plural —, ¿los aprendices?

—No, me refiero… Veréis, el muchacho era un expósito del orfanato de Torrijos. Un niño de La Piedra, ya me entendéis.

—No, no os entiendo… ¬—había contestado don Alonso sin cruzar siquiera una rápida mirada con Hernán, que escuchaba en silencio—. ¿No son los huérfanos La Piedra iguales que el resto de los niños?

Pedro de Hinojosa, perdido en sus pensamientos, ni siquiera pareció escucharle.

—Si os digo la verdad, no sé qué pensar. Mi mujer dice que los chicos de La Piedra son unos desgraciados, condenados a andar dando tumbos de un lado a otro para pagar la indignidad de su nacimiento. A mí me cuesta creerlo... Y en cualquier caso, mi aprendiz, Diego, era un buen muchacho. Trabajaba bien y aprendía rápido. Quizá sus intereses estaban en otras cuestiones distintas a las de la lana. Eso no quiere decir que no se esforzara, que se esforzaba y mucho, pero se le iluminaba el rostro cuando alguien lo reclamaba para otros quehaceres. Le gustaba cantar y ayudar en las misas. También ayudaba al escribano en ocasiones.

—¿Le trajo eso problemas? Tal vez los otros trabajadores no vieron con agrado que el muchacho se ausentara de su trabajo

Pedro de Hinojosa había negado con la cabeza. Mantenía el ceño fruncido y parecía incapaz de dejar de pensar en el aprendiz, hasta el punto de que no reparaba en el hecho de que estaba exponiendo sus preocupaciones, sin ninguna reserva, ante un caballero desconocido.

—Que yo sepa, nadie puso objeciones a eso, y tampoco es que faltara tanto al trabajo. Además, lo compensaba con creces cuando se incorporaba. Era un muchacho diligente. Por las noches, después de la jornada, el chico y yo nos quedábamos hasta tarde haciendo las cuentas. Él me echaba una mano porque, como os he dicho, era hábil con números y letras. Resultaba una gran ayuda.

La voz de Pedro de Hinojosa se había ido atenuando hasta quedarse en silencio con la mirada perdida y don Alonso se había sentido un poco avergonzado por estar haciéndole hablar con engaños. El tejedor, era obvio, lamentaba con sinceridad la muerte de su pupilo y lo recordaba con afecto. Así que, sin tener que insistir, les siguió contando: el chico siempre estaba dispuesto a echar una mano a quién lo pidiera y tal vez por eso casi todo el mundo le reclamaba para esto y para lo otro. Los compañeros del taller le

gastaban bromas y se burlaban cuando le veían correr de la iglesia al telar y del telar a la Casa de Justicia:

—Algún día te confundirás y le darás lana al cura en vez de la patena, o tocarás la campanilla en el telar, o cantarás en el coro las cuentas del procurador… —le decían.

La que más había protestado por esta situación había sido la mujer del tejedor, que a veces se quedaba con la casa sin barrer o sin ayuda en los establos o tenía que ir ella misma a la fuente con los cántaros.

—Las mujeres son así —la había disculpado el tejedor—, se enfadan y refunfuñan. Que si a ellas nunca las ayuda nadie, que si todo recae sobre sus espaldas… Al final, el chico se llevaba a veces un par de coscorrones de más.

Si la mujer del tejedor acabó rindiéndose al aprendiz fue por su amistad con la niña, la hija de Pedro de Hinojosa, que desde que nació fue distinta. Habían sufrido mucho con ella porque los otros niños no la querían. Los niños son a veces tan crueles… Pero el aprendiz hizo buenas migas con ella desde el primer día. La trataba con paciencia, escuchaba sus pequeñas historias y hasta hacía para ella muñecos con los restos de la lana del taller.

—Era muy hábil, cogía un palo y unos pocos mechones de lana, los retorcía no sé cómo… y, allí estaba, una muñequita de cara linda, o un perrito, o un caballo…—al oírlo, Hernán se había puesto pálido y había tragado varias veces con dificultad. El tejedor ni siquiera se dio cuenta, perdido en sus pensamientos—. Ahora la niña no tiene consuelo —había añadido.

Y parecía tan triste, tan apesadumbrado que ni don Alonso supo qué decir.

Sí, el tejedor les había llenado la mente de la presencia de Diego. Lo tenían a su lado mientras andaban en silencio, enfilando el camino de la Alamedilla, dejando atrás la plaza del Caño.

Y en ese camino, de pronto, Hernán deja salir todo lo que piensa.

—¡Esos chicos! —dice furioso, remedando la expresión y el tono que había utilizado, poco antes, el tejedor—. ¡Ya nos ha condenado de antemano!

Esos chicos, los expósitos, los que son abandonados… Esos chicos, marcados de por vida por el estigma de su nacimiento. ¿Eran sus padres unos criminales, unos bandidos, unos perdidos? ¿Y estaban ellos obligados por el destino a ser como aquellos padres desconocidos que una vez los dejaron a su suerte? ¿El mero hecho de haber sido abandonados no era suficiente castigo? ¿Tenían, además, que vivir con la cruz de su origen a cuestas?

No dice nada don Alonso. Deja hablar a Hernán, le deja desahogarse, soltar la furia que lleva dentro.

Y Hernán se indigna ante la imagen de Diego recibiendo esos coscorrones atizados por el ama.

—Y lo dice así, con toda tranquilidad. ¿Es que piensa que a nosotros no nos duelen los golpes?

Claro que duelen. Hernán lo sabe de buena tinta porque recibió muchos en casa de Mateo Perez. Llegaba cansado, después de todo un día de remover enormes palas sobre los bargueños llenos del maloliente enjuague de la carda, con las manos llenas de ampollas y los brazos y los hombros doloridos, y la mujer del maestro le tiraba de mala manera el cántaro para que fuera a la fuente y tenía que ir y venir un par de veces arrastrando el agua. Se le mojaban los pies y se le quedaban helados, y la espalda le dolía como si fuera a quebrársele, y cuando llegaba, la mujer del cardador le soltaba un par de bofetones y le gritaba porque no había barrido o porque le había seguido el perruco al interior de la casa sin que él se diera cuenta. Sentado cerca del fuego, el maestro Mateo se llevaba a la boca, sorbiendo ruidosamente, el caldo que acababa de servirle su mujer. No apartaba los ojos de Hernán. Esa mirada oscura, maligna, le perseguía desde que se levantaba hasta el último minuto del día y la media sonrisa desdentada y negra del cardador, cuando su mujer le zurraba, le llenaba de un odio tan intenso que acababa temblando. La mujer del cardador, a veces, se apiadaba de él y le metía un empellón para que se acercara al fuego, dando por hecho que si temblaba era de frío, sin notar que más que frío era miedo y odio y repugnancia. Y allí se quedaba, acurrucado junto al fuego, royendo el mendrugo de pan que le tiraba la mujer del cardador y sorbiendo el tazón de sopa en el que nunca tenía la suerte de que cayera uno de los pedazos de carne que parecía que abundaban en la sopa del maestro, a juzgar por el mucho ruido que hacía al masticarlos.

¿Había sido así también el día a día de Diego?, se pregunta Hernán. Admite que Pedro de Hinojosa, el tejedor, parece mucho más tratable de lo que nunca fue su propio amo, pero eso no quiere decir nada. Tras las cuatro paredes del taller o de la casa o del establo o de cualquier cobertizo, un hombre puede convertirse en un ser sórdido y repugnante. Hernán lo sabe. Lo sabe tan bien que un estremecimiento recorre su cuerpo flaco.

—Vos no podéis imaginarlo ¬—le dice a don Alonso con amargura.

Él, sí. Él puede imaginar a Diego temblando en una esquina y la sombra oscura del maestro acercándose. Puede imaginar su asco ante el aliento fétido del amo y la urgencia por escapar y la sensación de impotencia y la desesperación. Puede imaginarlo porque conoce muy bien ese miedo visceral y primario, de animal acosado, ese miedo que puede olerse y casi palparse y que al ser repugnante que lo arrincona le hace jadear de anticipación.

—Hernán.

Don Alonso ha pronunciado el nombre de una forma clara y precisa, no demasiado alto, solo lo suficiente para hacer volver al chico a la realidad. Hernán le mira desconcertado y luego mira a su alrededor. Se diría que, durante unos instantes, ni siquiera sabe dónde está. Suspira cansado.

No, no ha sido buena idea llegar hasta la Alamedilla, piensa don Alonso.

—Será mejor que nos vayamos ya o la oscuridad no nos dejara encontrar el camino de regreso —le dice a un Hernán hundido por unos sentimientos que no sabe controlar.

Y, en ese momento, lo vieron: las ramas quebradas, las hojas revueltas, el matorral aplastado, los restos de sangre… Se quedaron los dos quietos, en silencio, mirando ante ellos.

—Aquí fue…

—Sí… —asiente el caballero sin saber qué más decir.

Ojalá pudiera aliviar el dolor del muchacho. Hernán, a unos pasos de él, con la cabeza baja y los hombros inclinados, rehúye su mirada. De pronto, se pone tenso. Don Alonso le ve agacharse y coger algo de entre las ramas.

Al darse la vuelta, Hernán levanta los ojos y le suplica con la mirada respuestas que no tiene. En el cuenco de su mano, un ramito de flores mal atadas y un monigote de lana evocan el gesto de despedida de una niña sin consuelo.

Los sollozos, cuando al fin Hernán se rompe, ruedan en silencio por la alameda jugando a esconderse entre los restos tristes de tanto abandono.

Antón García Zumaquero, el comerciante

Antón se echa hacia atrás satisfecho. La cena ha sido espléndida y Marina ha puesto su mejor voluntad al servirla. Han comido un guisado que sabía a gloria, con carne tierna y patatas jugosas y una salsa espesa en la que han mojado casi una hogaza entera de pan. Han bebido en abundancia el vino sabroso de la tierra porque Marina, que no ha dejado ni un momento de girar en torno a ellos pendiente de servirlos, ha cuidado de que las jarras estuvieran siempre llenas. De postre, él mismo ha partido con su navaja unas buenas tajadas de queso del que hacen en el pueblo, queso de oveja, como debe ser, fuerte y bien curado, y lo han acompañado de las castañas que Marina ha tenido asando cerca del fogón mientras comían, dejándolas en el plato calientes y churruscadas, como a él le gustan, para poderlas ir pelando con los dedos un poco a trompicones para no quemarse, y sentirlas en la boca deshaciéndose, pastosas y calientes.

Piensa Antón que el caballero que tienen hospedado, ese don Alonso que parece tan estirado, en realidad es agradable. Ha comido con ganas, sin hacer ningún aspaviento ni ningún melindre, y ha participado de la conversación que ha transcurrido un poco a saltos, sobre todo por la torpeza de Agustín González, el procurador, que a veces se atasca con las palabras y repite las frases varias veces, tal vez porque teme que sus palabras pasen desapercibidas o por cualquier otra razón que él sabrá. El procurador, además, ha estado torpe e inoportuno, poniéndose tan pronto pálido como sonrojado y hablando demasiado alto para su gusto, o quizá es que su voz, un poco estridente, acaba agotando hasta al oído más servicial.

También es verdad que la conversación, al menos al principio, no había sido muy agradable. No casa mucho con una buena cena hablar de muertos y de crímenes. Si por él hubiera sido, la tertulia hubiera tratado de cuestiones más interesantes. Se siente un poco harto del aprendiz muerto y de las murmuraciones de los vecinos. Es cierto que el caso es terrible. Pobre muchacho, muerto tan joven, y encima muerto de forma violenta que

a saber por qué lo mataron y si no le condenaron por ello a un purgatorio eterno o a un infierno ineludible, lo que sería mucho peor. La violencia tiene un precio, por supuesto, no le va a ir uno enmendando la plana al propio Dios.

En fin, que si no cortó la conversación para hablar de algo más amable fue porque su huésped, parecía interesado en los hechos. Se había enterado, les dijo, por el tejedor Pedro de Hinojosa, a quien había conocido unas horas antes. Agustín González, al oírlo, se puso nervioso, pero es que el procurador se ponía nervioso por cualquier motivo. Y por lo que a él respecta, aun no interesándole la cuestión, no pudo por menos que entrar al trapo ya que el comentario de su invitado no era posible dejarlo pasar sin explicación.

—¿Es que es habitual que se produzcan sucesos como el del aprendiz? —había preguntado don Alonso.

Y el Zumaquero se había visto obligado a salir en defensa del pueblo, asegurando que un asesinato no era, ni mucho menos, algo a lo que estuvieran acostumbrados.

—Podéis creedme, don Alonso, Escalonilla es un pueblo pacífico. Hay algunas discusiones entre vecinos que a veces pueden salirse un poco de madre, y poco más.

—¿Poco más? —preguntó don Alonso enarcando una ceja.

—Disputas sin importancia, os lo aseguro: el ganado de uno que ha pisado el huerto del otro, peleas entre mujeres, muchas veces a causa de los críos, comentarios impertinentes o indiscretos que pueden ofender… Nada que no sea habitual en una comunidad tan pequeña, ni que requiera la intervención de la autoridad.

—¿No hay nadie violento o que cree problemas? En muchos lugares hay personas de carácter pendenciero…

—No, nadie. Ya os he dicho que somos un pueblo pacífico ——había asegurado él, negando con la cabeza.

—Te estás olvidando del herrero —interrumpió el procurador, Agustín González, con su voz aflautada.

Y él se había sentido un poco molesto. No parecía oportuno andar con chismes delante de un forastero.

—El herrero, Alejandro, es un buen chico, un tanto peleador…—había querido él disculpar.

—No hace aún ni dos semanas que se lió a puñetazos con el propio alcalde ¿o es que no lo recuerdas, Antón? —interrumpió Agustín González. Y ante el interés del caballero, continuó explicando—. El ayuntamiento está considerando poner fragua propia y contratar un herrero con los caudales públicos, porque Alejandro no nos da más que problemas. Recibimos continuas quejas de su trabajo. Pues bien, cuando el alcalde y uno de los regidores del cabildo, Bartolomé Pérez, fueron a comunicárselo,

tuvieron que acabar defendiéndose a golpes de su ira. Y no es la primera vez. El herrero es un hombre ingobernable.

—No exageres, Agustín. Tiene mal carácter, nada más. Ya lo irá templando con los años. Tal y como hablas, y más en este momento, cualquiera diría que lo consideras culpable de lo del aprendiz.

—Yo no he dicho eso…

— No hagáis caso, señor —rogó él volviéndose hacia su invitado que escuchaba en silencio—. Conozco al herrero desde que era un crío y sería incapaz de matar ni a una mosca. Pendenciero es, no lo niego, si bien toda la fuerza se le va por la boca. Ya sabéis lo que dicen del perro ladrador…

Don Alonso había sonreído.

—Absolvamos entonces al herrero —había dicho—, que sin duda tiene un buen defensor —y luego había añadido con suavidad—. ¿Y vos, señor procurador, qué decís? ¿Algún otro acusado?

Agustín, molesto, no había querido seguir el juego.

—No, por Dios. Aunque me parece que los hechos no son para tomárselos a la ligera.

—Tampoco a la ligera puede señalarse a alguien en un asunto así, Agustín —había contestado él, enfadado.

Durante un momento, el silencio había sido tenso. Antón frunce el ceño al recordarlo. ¿A quién se le ocurre ponerse a señalar con nombres y apellidos a alguien del pueblo delante de un extraño? A veces Agustín le saca de quicio. Menos mal que su huésped había cambiado con delicadeza de conversación.

— La fábrica de estameñas que he visitado esta tarde me ha dejado admirado —había dicho—. ¿Es esa la actividad fundamental del pueblo?

—No, no, que va —contestó él—. Aquí lo fundamental sigue siendo el trabajo del campo, si bien la mayor parte de los campesinos no son dueños de la tierra. La trabajan en arriendo.

No había mostrado extrañeza don Alonso ante esto último y Antón piensa que todos los caballeros, al final, son iguales. Seguro que el forastero, allá lejos, en Oviedo, también es dueño del campo y también lo arrienda a algún pobre campesino que se mata a trabajar para sacar apenas para su sustento. A Antón aquello le parece injusto y fue uno de los motivos por los que no siguió el ejemplo de su padre y dejó de ser campesino. No se arrepiente. Ha visto a hombres como su padre o su propio suegro, que después de toda una vida agachados sobre la tierra y cuando ya son viejos, se encuentran sin nada que legarle a sus hijos si no es hambre, sin nada que esperar de la vida sino es miseria. Eso sí, los propietarios, tan felices, porque siempre habrá un nuevo arrendatario, todavía joven, todavía con esperanza, dispuesto a pagar por romperse la espalda sobre los surcos.

Todo esto no se lo dijo a don Alonso. A él se limitaron a contarle, tanto

él como el procurador, que en Escalonilla la mayor parte de las tierras estaban en manos de grandes señores que vivían en Toledo, o eran posesiones de algún monasterio o de algún convento. Había, eso sí, alguna excepción que otra. Por ejemplo, el alcalde, Juan Moreno, y su regidor, Bartolomé Pérez, habían logrado, con mucho trabajo, ir comprando algunas tierras. En cualquier caso, arrendatarios y dueños, tenían que matarse para arrancar algún fruto de aquellos campos tan pobres, aptos para cebada más que para trigo y en los que no había grandes olivares, como en Torrijos, ni frutales como en la Puebla de Montalbán.

—¿Y vos? —había preguntado don Alonso dirigiéndose a él—. ¿Sois agricultor o comerciante? Debéis disculpar mi curiosidad pero no lo tengo muy claro.

A Antón el Zumaquero le había hecho gracia el desconcierto de don Alonso.

—Yo soy un poco de todo —le explicó¬—. Empecé siendo campesino. Trabajaba con mi padre en unas tierras que arrendábamos al conde de Montalbán. Un trabajo duro del que apenas obteníamos fruto suficiente para no morirnos de hambre. Como las estameñas ya estaban creciendo en el pueblo y a mí me resultaba difícil estar atado a los campos, puse mis mulas al servicio de los tejedores para traer y llevar el género. Así comencé.

Sí, así comenzó. Si lo piensa, al Zumaquero le parece que fue ayer cuando un día se levantó, lleno de expectativas, puso los arreos a sus mulas y se marchó dando la espalda al arado. Recuerda, con una sonrisa, el enfado de su padre:

—¡Acabarás convertido en un vagabundo bueno para nada! —le gritó

Él no hizo caso y con el ánimo ligero puso rumbo a la Puebla, o a Torrijos o a cualquier otro lugar, ya no se acuerda cuál. Lo que sí recuerda es la sensación de libertad, de alivio. Él no envejecería atado a la tierra, él no acabaría con la espalda doblada y las manos vacías. Al principio no fue fácil, por supuesto. Iba en busca de estambres e hilos para los telares o llevaba tejidos a los mercados. Más tarde empezó a traer, por su cuenta, lo que pensaba que podía hacer falta en el pueblo: útiles agrícolas, semillas, objetos de uso cotidiano… Resultó un buen negocio. La gente prefería comprarle a él y ahorrarse el viaje a los pueblos cercanos. No tardaron en encargarle lo que necesitaban y, además, cargarle el carro de productos para que los vendiera en cualquiera de los mercados que visitaba. Total, que nunca iba de balde: de ida llevaba lo que le encargaban vender y a la vuelta traía las compras que le habían encomendado. Pasaba pocos días en casa. Y no le importaba demasiado. Le gustaba la soledad de los caminos. Cuántos días con los ojos fijos en horizontes abiertos y lejanos y el pensamiento puesto en sus negocios. Y qué maravilla la sensación de no depender de nadie, de no tener que hacer nada más que lo que él mismo decidía. Todavía es hoy, tras tantos años, y cada vez que se sube al carro y

arrea a las mulas sigue sintiendo el placer de no ser esclavo de la tarea monótona y agotadora del campo.

A cambio, eso sí, tuvo que hacer algunas renuncias. Al principio, sobre todo, al bienestar de la familia. Sus padres nunca lo entendieron:

—Pareces un vagabundo —se quejaba su padre.

—Cualquier día te roban por esos caminos —se preocupaba su madre.

—Nunca podrás encontrar una moza y formar un hogar —temían los dos.

¿Y qué?, pensaba él. Era mucho más gratificante viajar, parar aquí y allá, conocer cada día hombres distintos, y también, por qué no decirlo, mujeres de risas sueltas y ojos brillantes, mucho más alegres que las mujeres del pueblo, siempre tan secas.

Luego, con los años, tiene que reconocerlo, empezó a pensar cada vez más a menudo en casarse y tener hijos. Los negocios iban bien, tenía una casa a su gusto, grande, luminosa, con un gran patio para poder guardar el género que traía de aquí y de allá. Y la casa, inexplicablemente, cada vez le parecía más vacía. Cuando llegaba de sus viajes y descargaba sus mulas, después de recibir a los campesinos o a los tejedores y hacer tratos con ellos, cuando al caer la noche se quedaba solo, le resonaban en la cabeza las palabras de sus padres: «Así nunca encontrarás una buena moza…»

Pero la encontró. La encontró.

La mirada de Antón el Zumaquero se demora complaciente en la figura de Marina, atareada en servirles la comida. Marina y su risa. Marina y sus brazos acogedores. Marina que comparte con él planes y sueños. Marina.

La voz del procurador, algo estridente, vacilante, saca a Antón el Zumaquero de sus ensueños.

—Yo más bien soy un hombre de letras, señor —está diciendo el procurador—. Nunca se me han dado bien las labores del campo.

—¿Y hay trabajo aquí para un hombre de letras? —se asombra don Alonso—. Creí que me habíais explicado que en Escalonilla no hay otra forma de vida que no sea las que ya hemos nombrado, labrador, tejedor o comerciante.

Agustín se remueve inquieto en su silla y sus ojos nerviosos y algo miopes, vagan de aquí para allá, sin llegar a fijarse con tranquilidad en los de don Alonso.

—Al decir que soy un hombre de letras me refería a una inclinación personal. Yo no necesito… bueno, me refiero a que tengo algunas rentas que me permiten vivir con desahogo.

—¿Sin trabajar? —dice con suave ironía el de Oviedo¬—. Bien podemos decir, entonces, que sois un caballero.

El procurador no parece captar la ironía y Antón el Zumaquero, aunque no le tiene especial simpatía, se apiada de él e interviene en la conversación intentando desviar la atención de don Alonso hacia cuestiones menos personales.

—Aquí, para ocuparse de las letras ya tenemos al escribano ——dice sirviendo más vino a su invitado—, que tiene trabajo más que de sobra, ¿verdad, Agustín? El pobre Francisco a veces no da abasto.

—Es cierto — corrobora el procurador.

—Por eso estaba tan contento con el aprendiz del tejedor. El chico sabía escribir muy bien y era diligente y trabajador. Francisco, más de una vez, se lo pidió prestado a Hinojosa para que le echara una mano.

—Y el chico, encantado. Así podía enterarse de cuestiones que no eran de su incumbencia —murmura Agustín González.

Hasta Antón el Zumaquero se da cuenta de la sequedad del comentario que se queda ahí, como flotando sobre la mesa, mientras don Alonso contempla pensativo al procurador.

—¿De verdad? —pregunta el caballero—. Qué extraño. Uno esperaría de alguien tan joven que sus intereses fuesen otros. Así que era curioso…

—Era un entrometido —dice con sequedad el procurador.

—Puede que al muchacho —intenta suavizar el Zumaquero—, le gustara más el trabajo de escribano que el de tejedor. Supongo que nadie le preguntó su opinión

—También ayudaba en las misas, ¿no?

—Sí, en las misas, en las cuentas, en los recados... No podía uno dar dos pasos sin tropezarse con él.

—Parece que el aprendiz no era de vuestro agrado —dice don Alonso con toda suavidad.

Agustín González se sonroja y el Zumaquero le mira con impaciencia.

—¿Pero qué le pasa al procurador hoy? —se pregunta enfadado.

Tan quisquilloso, soltando acusaciones sin sentido sobre unos y otros. Antón tiene que reconocer que Agustín siempre acaba poniéndole de malhumor. Si mantiene la amistad con él no es porque le guste, sino porque, como buen comerciante, no está dispuesto a arriesgar sus beneficios por una cuestión de simpatía personal. Por fortuna, en ese momento, el procurador decide dar por terminada su visita y se despide muy estirado. Después de acompañarlo hasta el portón de salida, el Zumaquero regresa a la mesa y encuentra a don Alonso con la jarra de vino en la mano, la mirada perdida y muy pensativo.

—Debéis disculpadme, señor —dice él sentándose de nuevo—, me gustaría rogaros que no tuvierais en cuenta los comentarios del procurador. Tiene tendencia a sentirse ofendido por cualquier motivo.

—¿De veras? —se sorprende el caballero¬—. No creo haber dicho nada que pudiera ofenderle…

—No habéis sido vos, señor. Me refería a que siempre parece tener algo en contra de unos y otros. Ya habéis oído sus comentarios.

—Ah, eso… —don Alonso sonríe— No os preocupéis, ya me he dado cuenta de que es un hombre receloso.

—Desde luego —asiente él con convencimiento—. Si os digo la verdad, ni siquiera tengo con él demasiada relación. Si ha venido a cenar es porque me lo pidió como un favor personal. Para mí que tenía interés en conoceros. Vuestra presencia ha despertado mucha curiosidad.

—Ya lo imagino —don Alonso se incorpora—. A mí también me interesa el pueblo. Hoy he conocido a un tejedor de mucho mérito, a un procurador susceptible y a un comerciante… un tanto soñador —don Alonso sonríe—. Además he oído hablar de un herrero con malas pulgas y de un pobre aprendiz de trágico destino. Tendréis que reconocer que no está mal para ser mi primer día aquí.

Antón se ríe de buena gana.

—Es más interesante como lo contáis vos, señor, de lo que es en realidad.

—¿Y cómo es la realidad entonces…?—le alienta don Alonso¬—. Contadme.

Antón sonríe. ¿Qué podría contarle a un extraño que no tiene ninguna idea previa ni del pueblo ni de sus gentes? Cuando se decide a hablar, ni siquiera está seguro de qué va a decir. Y por empezar por algún sitio, habla de esas tierras que parecen ser siempre el centro y que están en manos ajenas, personas que nunca han pisado los campos ni tienen intención de hacerlo, y de los campesinos que las arriendan, que se dejan las espaldas para conseguir tristes cosechas con las que nunca cubren los gastos de tanto impuesto.

—Esta tierra no es fácil, señor, y hay que trabajar duro para arrancarle el sustento.

Algunos, para salir de la pobreza, idearon otras formas y otros trabajos. Por eso se dedicaron a las estameñas. Al principio, sin saber nada, solo con voluntad y esfuerzo hasta conseguir que los telares de Escalonilla fueran reconocidos como los mejores. Pero no por eso dieron la espalda a la tierra. Muchos de los tejedores siguen teniendo campos que aran cuando pueden. Por eso, el transcurrir del tiempo sigue siendo el mismo para todos, el que marca el cielo, con sus lluvias y sus sequías, con el calor tórrido del verano que quema los campos o el frío intenso del invierno que los hiela.

—Tal vez es que la tierra nos iguala —concluye Antón con una sonrisa —, y no hay grandes diferencias entre un campesino y un tejedor.

—¿Y entre un procurador y un comerciante? ¬—bromea don Alonso con algo de sorna, quizá comparando la suspicacia del Agustín González con el trato amable de Antón.

El Zumaquero mueve la cabeza apesadumbrado.

—Sentiría, señor, que os quedarais con una mala opinión sobre Agustín González. Es un hombre que ha tenido una vida difícil.

—¿De veras? —se extraña el de Oviedo—. Tenía la impresión de lo contrario.

El Zumaquero se queda pensativo. Es cierto que el procurador ha vivido siempre mejor que cualquier otra persona de las que él conoce. Su familia tenía una buena hacienda y eran dueños de la mayor parte de los rebaños del pueblo. Antón no recuerda a la madre, que murió hace ya muchísimos años. Recuerda en cambio al padre, el tío Emeterio, un viejo agrio y dominante que llevaba las riendas de su casa con mano de hierro. También recuerda a Agustín desde que ambos eran unos críos. Era un niño pálido que solía actuar como si se creyera más que los otros. ¿Eso era una vida dura? ¿Más dura que su propia vida, trabajando primero en el campo y más tarde por esos caminos?

—Puede que no fuera una vida dura —admite ante don Alonso¬—, sino triste.

—¿Tiene esposa?

—No. Durante años el padre quiso casarlo y anduvo examinando para ello a todas las mozas del pueblo —contesta Antón a media voz, con un tenue deje de compasión—. Ninguna le pareció lo bastante buena y el hijo se quedó soltero. Después el padre murió y la hacienda se fue arruinando... Él sigue aferrado a una posición que quizá no le corresponde.

—Ya veo. En esas circunstancias, habrá sido un alivio para él poder desempeñar el cargo de procurador.

—No creáis. Él hubiera querido ser alcalde y Gerena le hizo creer que tenía posibilidades. Pero no lo eligieron.

—¿Quién es entonces el alcalde?

—Juan Moreno. Un hombre despierto y trabajador.

La alabanza le ha salido a Antón con tanta rapidez que a él mismo le sorprende.

—Aunque —añade pensativo—, eso ya da igual porque dentro de unos días se eligen nuevos cargos. Y Juan Moreno, Agustín González y todos los demás tendrán que dejar sus puestos.

Asiente don Alonso. Antón le observa servirse un poco más de vino y acomodarse en su asiento.

—Contadme algo más —dice— ¿Qué otras personas hay en el pueblo?

Antón el Zumaquero sonríe. Don Alonso es un buen oyente, interesado y atento. Consigue, con su mirada serena y sus gestos pausados, que el que habla se sienta cómodo. Marina hace rato ya que ha abandonado la cocina dejándolos solos, y el mozo del caballero, sentado en una esquina, parece distraído afilando un palo con su pequeña navaja. El hogar tiene un buen fuego que caldea el ambiente y a mano tienen buen vino para calentar el alma. Se diría que tuvieran ante ellos todo el tiempo del mundo.

Antón, poco a poco, primero algo vacilante y luego ya con más convencimiento, va pasando revista a los vecinos y presentándoselos a don Alonso.

El párroco, don Fermín, es buena persona, demasiado joven quizá para

ser cura de almas, sobre todo porque uno suele buscar en el cargo la venerable presencia de un hombre de más edad. La que lleva la iglesia, en realidad, y eso no es ningún secreto, es Aldonza, su hermana. Una mujer rara, la Sacristana, lista como el hambre, si bien algunos dicen que un poco loca. Gerena es todo un personaje. Vino de Sevilla hace ya mil años y tiene diversos negocios en la comarca. Es algo trapacero. Nunca se le ha podido probar nada y no será porque no hubo quién lo intentó con ganas. Germán el Viejo, por ejemplo, que fue regidor hace muchos años. El Viejo dejó muy buen recuerdo. Ahora es su hijo, Germán el Mozo, el que lleva la voz cantante, un joven de una pieza con el mismo empuje que tenía su padre. También, por supuesto, tienen de vecino a un hidalgo, un gran señor, de la familia de los condes de Feria. Don Lorenzo Suárez de Figueroa, se llama. Tiene una gran casa en la plaza, justo enfrente de la iglesia, y suele venir por las Navidades, tal vez porque le interesa saber quién gana los cargos del ayuntamiento cada año.

—Según las malas lenguas, Gerena baila al son que le toca el hidalgo —dice el Zumaquero sonriendo—, pero mi opinión es justo la contraria, que es Gerena el que toca y don Lorenzo el que baila…

¿Quién más? Al representante de los tejedores, a Pedro de Hinojosa, don Alonso ya lo conoce. Pedro de Hinojosa heredó el oficio de su padre, que era uno de los mejores. Otro taller de importancia es el de Fernando Fernández y sus tres hijos, y hay alguno más. Todos, con excepción de Pedro de Hinojosa y Fernando Fernández, labran tanto la tierra como la lana. Conseguir una fábrica que dé lo suficiente para el sustento de una familia no es fácil y no todos pueden dedicarle el suficiente tiempo o invertir en hilos y telares.

— Del herrero ya habéis oído hablar —sonríe el Zumaquero—. A decir verdad, Agustín González tiene razón, es un hombre bastante intratable. Tiene negocio a medias con su hermano, Luis el Carretero. Alejandro lleva la fragua y Luis las carretas. Las carretas las arreglan entre los dos, y Luis, además, se encarga de llevar y traer los tejidos al batán. Su madre fue durante muchos años la batanera de Gramosilla y la siguen llamando así, la Batanera. Y para ser precisos, tampoco es la madre de los dos chicos, sino la segunda esposa de su padre, que murió hace años.

—Una familia singular —comenta don Alonso.

—Desde luego. La Batanera, si me permitís la expresión, señor, es una real hembra, aunque con un carácter que ni siquiera el herrero, con toda su fama, se atreve a plantarle cara.

También está don Gabino, el médico, muy viejo ya y muy querido en el pueblo porque es amable y tiene muchos conocimientos. Y Gregorio Vela, el molinero, que dicen que ahora se ha metido en tratos con Gerena y que, por tanto, saldrá para los próximos cargos del ayuntamiento.

—¿Es Gerena quien otorga los nombramientos? —interrumpe

extrañado don Alonso—. Creí haberos entendido que pronto serían las elecciones.

Antón carraspea y aparta los ojos.

—Así es, señor, el día 28 de diciembre las celebramos cada año. Pero Gerena… Es algo complicado de explicar.

Don Alonso se acomoda, deja que Antón le llene la jarra y da un trago sin prisas.

—Pues adelante, explicadme. Dispongo de mucho tiempo.

Escalonilla, 24 de diciembre de 1535

Juan Moreno, el alcalde

Juan Moreno ha llegado temprano a la Casa de Justicia. Ha tenido que abrir con su propia llave puesto que el día previo a la Navidad nunca se celebra audiencia. Si por un lado eso es un alivio —no está de humor para pasarse media mañana solucionando disputas absurdas—, por otro desearía que aquel fuera un día común y corriente para no tener que enfrentarse a los problemas. Son demasiados ya los que va dejando pendientes, con lo de la muerte del aprendiz, la llegada del forastero y Gerena buscándole por todas partes. Lo de Gerena, se lo esperaba. Quedan cuatro días para las elecciones y hay que ultimar los detalles y ponerse de acuerdo en los nombres de los que saldrán elegidos. Bartolomé, el día anterior, ya le apuntó algunos. Se había encontrado al regidor esperándole en la plaza y ya no había habido medio de quitárselo de encima. Que si Gerena le buscaba, que si dónde se había metido, que sí no podía desaparecer y quedarse tan tranquilo, que si esto y que si lo otro. A Juan Moreno le sorprendió tanta palabrería. Bartolomé era un hombre parco, que solía limitarse a asentir o a negar con la cabeza. Y, allí estaba, esperándole con la boca llena de consejos y de advertencias. A él se le agrió el gesto, aunque se teme que Bartolomé ni siquiera lo notó y siguió con lo que tenía el encargo de decirle. Porque ese venía por encargo, Juan Moreno no se engaña. Y el que estaba detrás, como siempre, no tenía ninguna duda, era Gerena.

A pesar de todo, estuvieron hablando un buen rato. Salieron a relucir los nombres que habían pensado para los nuevos cargos y él, al escucharlo, sintió una angustia enorme, una mezcla de amargura e impotencia.

—Fernando Fernández, el tejedor, es uno de ellos —le dijo Bartolomé —. Gerena, a lo que parece, por fin ha conseguido meter mano en los telares. También tenemos a Gregorio Vela, el molinero. Y a Alejandro.

— ¿El herrero? —había preguntado él con asombro — ¿Os habéis vuelto locos?

Porque pretender meter en el gobierno a Alejandro era como para pensar que estaban perdiendo el norte. Más tarde, cuando lo consideró con detenimiento, se dio cuenta de que razones para el nombramiento había

muchas, la principal, por supuesto, que Alejandro era hijo de la Batanera que se moría por meter baza en las cuestiones municipales. Aun así, Alejandro era tan ingobernable que se preguntaba Juan Moreno cómo ni siquiera la Batanera podía contemplar en serio la posibilidad de incluirle en el cabildo. ¿Qué puesto podría desempeñar? ¿El de alguacil? ¿Iban a poner al herrero como encargado de mantener el orden?

Bartolomé, ajeno a sus pensamientos, había seguido hablando. Y en algún momento, sin saber por qué ni cómo, algo cambió entre los dos y a Juan Moreno le pareció volver a reconocer en los ojos duros del regidor al Bartolomé de su infancia, más humano y asequible de lo que había sido nunca en los últimos tiempos.

—Vamos, Juan —le había dicho poniendo una de sus enormes manos sobre su hombro—, solo quedan unos días…

La frase había sido inocente, muy al hilo de lo que hablaban: solo quedan unos días para las elecciones, había que ir decidiéndose, terminar de prepararlo todo, cerrar asuntos pendientes. Y sin embargo, Juan Moreno notó algo, un tono distinto en la voz, un ligero destello en la mirada, una flexión en los hombros, o en la fuerza de la mano que se apoyaba en su espalda, que hizo que mirara a los ojos al regidor y le pareciera ver en ellos a su antiguo amigo de la infancia. Y entonces, aquella frase, «solo quedan unos días», se volvió asequible y cercana: solo quedan unos días de esta pesadilla, solo quedan unos días y volveremos a ser los de siempre, solo quedan unos días y podremos olvidarnos de Gerena y del ayuntamiento, solo quedan unos días y seremos libres… Y durante un segundo, Juan Moreno sintió la tentación de hablar con Bartolomé como hablaba antes, con confianza, de hombre a hombre, olvidando los cargos, y las obligaciones.

Solo que no era tan fácil.

—Ah, y dice Gerena que a ver si te enteras de quién es el forastero y a qué ha venido al pueblo.

Y al oír el nombre de Gerena, todo volvió a ser como era: él, agobiado por las dudas; Bartolomé, lejano y taciturno, y Gerena, gobernando el pueblo. Juan Moreno, al pensarlo, siente que en su interior burbujea la rabia. Odia esa sensación de vulnerabilidad, de estar en manos de otros. Odia la sensación de temor. ¿Cuándo empezó aquello, cuándo se dejó arrastrar a esa situación, cuándo se puso, como está ahora, en manos de gente como Gerena? No tiene respuesta. O sí. En el fondo de su corazón quizá no sepa exactamente cuándo, pero sí sabe cómo y sabe por qué y eso es lo que le pone furioso. Furioso consigo mismo.

Y, encima, el forastero parecía estar esquivándole. El día anterior, él ya tuvo que bajar a toda prisa al pueblo, después de que Rubén, el chico del zapatero, le llevara recado del cura. O de la Sacristana, que viene a ser igual. Por ella supo que el recién llegado se llamaba Alfonso de Navia o Antonio de Asturias o algún otro nombre similar. Se había quedado

hospedado con los Zumaquero y no había dado razón alguna para justificar su presencia en el pueblo. Juan Moreno se dirigió con pasos rápidos e impacientes a casa de los Zumaquero. Empujó la puerta y dio un par de voces. Salió Marina asustada a ver lo que pasaba y contestó con asombro a sus preguntas: no, el forastero no estaba, había salido un rato antes con su mozo. No, no le había dicho a dónde iba. Tal vez a ver a alguno de los tejedores porque había estado preguntándole por ellos. ¿Qué para qué? Querría comprar paños, para qué iba a ser si no…

Juan Moreno, en esos momentos, ya estaba de un humor de perros, con la sensación de ser una marioneta de cuyos hilos tiraban unos y otros, y con la rabia burbujeándole en el estómago. Lo bueno es que esa rabia le dio fuerzas, y hasta ganas, y por una vez se portó como lo que era, el alcalde, la autoridad, el que manda. Le dejó a Marina el recado, o la orden más bien, de que el forastero se presentara en la Casa de Justicia al día siguiente, a primeras horas de la mañana. Se negó a seguir persiguiéndole de un lado a otro, aun sabiendo que estaba en el barrio de los tejedores. ¿No era él el alcalde? ¿No era él la autoridad? Pues que el visitante espabilara y se presentara ante él. En la Casa de la Justicia, como debía de ser.

Así que ahí está, esperando al dichoso forastero. Preguntándose quién será y a qué ha venido y qué le dirá. Lo de que el día anterior se hubiera ido a ver a los tejedores no le da buena espina y está por asegurar que al único tejedor que ha ido a ver es a Pedro de Hinojosa, el amo del chico muerto en la Alamedilla. ¿Por qué? ¿Qué tiene que ver un señor, a todas luces importante, con la muerte sórdida y triste de un aprendiz? El chico, que él supiera, procedía del orfanato de Torrijos, no tenía por tanto familia. ¿O sí? Juan Moreno contempla la posibilidad que acaba de ocurrírsele con detenimiento. Tal vez el chico era un bastardo, el hijo no deseado de alguien de importancia, quizá del propio caballero. No está tan desconectado Juan Moreno del mundo como para no saber que eso pasa: hijos no deseados, ilegítimos, habidos fuera del matrimonio, estorbos que se quitan del medio sin dar cuartos al pregonero, de forma discreta. Sin ir más lejos, ahí está la Batanera, cuyo caso conoce bien todo el pueblo aunque nunca se hable de ello en voz demasiado alta. La Batanera, en los tiempos en los que aún estaba en el batán de Gramosilla, viuda ya del batanero, se había quedado preñada. Lo sabía todo el mundo excepto el tonto de Luis el Carretero, que se encaprichó con ella. El Carretero, un viudo medio amargado y de posición desahogada, quería una mujer joven en su cama, una madre para los hijos que se le habían quedado huérfanos y dos manos más para la casa. Estaba en su derecho. También estaba en su derecho la Batanera, claro, de aprovechar la oportunidad. Solo que Luis el Carretero, por tonto que fuera, jamás hubiera tragado con el niño que ella ya llevaba en la barriga. Y como la Batanera debía de saberlo, le dio largas al Carretero, desapareció una temporada y volvió al tiempo ya sin barriga y, por supuesto, sin niño. Se decía que lo había dejado en el torno de un

convento de Toledo, y muchos se preguntaban que por qué irse tan lejos cuando a una legua escasa estaba el orfanato de La Piedra tan bien atendido por la Señora de Torrijos. A saber. El caso es que la Batanera consiguió lo que quería a costa de deshacerse de su pequeño, y, total, para que el Carretero le durara menos de año y medio. Pero la cuestión es esa, que hay mujeres que tienen que deshacerse de un hijo. Y si hay un hijo, habrá un padre, por más que, en estos casos, los padres suelan desentenderse.

Lo que no sabe Juan Moreno es si los poderosos tienen estos mismos problemas. Piensa él que sí, porque, al fin y al cabo, para ellos, tan preocupados siempre de sus herencias y sus títulos y sus mayorazgos, la sangre que llevan los vástagos en sus venas es una cuestión primordial, no vaya a ser que termine por heredar quien no debe. Ahora bien… ¿abandonan a sus hijos de cualquier manera, en cualquier lado, como hacen los pobres? Parecería lógico que les buscaran mejor acomodo que el orfanato de La Piedra, tal vez con familiares lejanos y venidos a menos… Pero qué sabe él de cómo se comportan en la intimidad esas gentes. Lo que sí sabe es que él jamás abandonaría a un hijo. Piensa en Lope y en Juan, ya casi hombres, y en Catalina que es como una copia en pequeño de su madre, y en Fuencisla, que ya las imita a las dos, y en el último, enganchado todavía a la teta. Piensa en las noches velándolos, en los trabajos para ponerles comida en el plato, en el tiempo invertido en llevarlos de la mano y se estremece. No, no podría abandonarlos.

¿Y si alguien se los matara? ¿Si alguno de de sus hijos apareciera muerto a palos, tirado entre sangre y hojas secas, como el aprendiz? Juan Moreno siente que se le retuercen las tripas. Si le mataran a uno de sus hijos, él clamaría venganza, iría a donde hiciera falta, removería hasta la última piedra para que el responsable pagara el crimen con su vida.

¿Eso es lo que ha venido a hacer el forastero?

Juan Moreno mueve la cabeza, molesto, intentando sacudirse las dudas. ¿Por qué tiene que dar por hecho que la llegada del forastero tiene algo que ver con los asuntos del pueblo? Tal vez solo quiera adquirir tejidos…

No tiene oportunidad Juan Moreno de seguir dando vueltas a sus pensamientos porque le interrumpe, por fin, aquel que está esperando: parco de carnes, alto, elegante, vestido de negro y con un respirar algo jadeante, como si hubiera venido con prisas, si bien pronto observa Juan Moreno que lo que son prisas, el hombre no tiene. Al contrario, parece disponer de todo el tiempo y de toda la tranquilidad y el sosiego necesarios para pasar el rato hablando. Se presenta como Alonso de Oviedo e incluso tiene la deferencia de darle una carta de presentación firmada por Gabriel Vázquez, alcalde ordinario de Torrijos.

Juan Moreno lee la carta con lentitud, frunciendo el ceño mientras lo hace: el honorable Gabriel Vázquez le solicita que haga lo posible para que la estancia en Escalonilla le sea grata a don Alonso de Oviedo, miembro del Consejo de Su Majestad, que está haciendo un viaje por los diversos

pueblos de la comarca dependientes del rey. No cambia de expresión Juan Moreno ante esto. Lleva tanto tiempo controlando sus gestos, intentando que no se le noten sus verdaderos sentimientos, que mantenerse impasible ya es algo que hace sin darse cuenta. En cualquier caso, al caballero no parece agradarle su silencio.

— Bien —dice con la voz profunda y autoritaria de los acostumbrados a la pleitesía—. ¿Debo entender por vuestra actitud que no os agrada mi presencia en el pueblo?

El alcalde siente la tentación de decir que, en efecto, no le agrada. Haciendo un esfuerzo, dulcifica un poco sus palabras.

—No entiendo qué interés puede tener en Escalonilla alguien como vos.

—Ninguno en particular. Conocerlo.

—¿Y por qué este pueblo? —pregunta con curiosidad Juan Moreno—. ¿No hay lugares más interesantes para un miembro del Consejo Real?

—Es posible —reconoce con sencillez el forastero—. Aunque eso nunca puede saberlo uno de antemano.

—¿Pensáis pasar aquí mucho tiempo?

Don Alonso se encoge de hombros.

—Eso depende…

—¿De qué?

— De vos.

Esta vez la respuesta sorprende a Juan Moreno lo suficiente para que se le note en la cara.

—¿De mí? ¿Qué tengo que ver yo con eso?

Don Alonso, con una sonrisa amable, mira a su alrededor, elige una silla de las varias que hay en la estancia y se sienta.

—Veréis, señor alcalde, soy muy respetuoso con las instituciones, tanto, que no me gusta que nadie las fuerce. Ni siquiera yo. Por ese motivo, no me quedaré aquí si vos no estáis de acuerdo.

Observa Juan Moreno que la mirada del forastero es franca y, además, le gusta su acto de deferencia, el hecho de que reconozca sin reservas, como acaba de hacer, su autoridad. Se ablanda lo suficiente como para tomar asiento, al otro lado de la mesa, enfrente de don Alonso.

—Mi amigo, Gabriel Vázquez —dice el caballero señalando la carta que el alcalde todavía mantiene en la mano—, me ha hablado muy bien de vuestro pueblo. De vuestras estameñas dice maravillas y me ha explicado que son reconocidas en todo el reino.

—Así es —reconoce el alcalde, casi con renuencia—. Nuestros tejedores son los mejores del gremio.

—Estoy interesado en el comercio de la lana y también quisiera adquirir buenos paños para mi casa. ¿A quién me recomendáis?

Vacila Juan Moreno antes de contestar, calibrando cuál será la mejor respuesta.

—¿Por qué lo preguntáis? Tengo entendido que ayer ya visitasteis a los

tejedores.

—Solo a uno. Estuve en el taller de un tal Pedro de Hinojosa y salí gratamente sorprendido. Sus paños son una maravilla y el tejedor me pareció cumplidor y serio. Si bien me comentó que tenía ciertos problemas con sus trabajadores, de modo que le resultaba difícil aceptar pedidos importantes. Incluso me contó, con preocupación, que su aprendiz había muerto…

El alcalde, al oír esto, endurece de nuevo el gesto. «Ahí está —piensa —, el aprendiz…»

—¿Sabéis ya quién cometió semejante felonía? —pregunta el caballero.

—¿Tenéis algún interés particular en saberlo? —se atreve a preguntar a su vez Juan Moreno procurando que su mirada no exprese nada.

—Por Dios, no. ¿Por qué habría de tenerlo?

Se encoge de hombros Juan Moreno y el visitante se ríe con suavidad.

—Es un interés natural, en cualquier caso, no os lo toméis a mal. Conocer las historias de los lugares que visito me hace apreciarlos en su justa medida.

Juan Moreno se levanta de su asiento.

—Escalonilla no tiene historia, señor, ni ningún hecho relevante que a vos pudiera interesaros. Aquí solo somos gente humilde dedicada al trabajo del campo, así que debierais seguir vuestro camino —y como buscando suavizar una frase que le ha salido más arisca de lo que quizá había pretendido, añade—. A un par de leguas de aquí tenéis el castillo de Montalbán y la ermita de Melque que, como ya sabréis, pertenecieron a los templarios. Si lo que buscáis es historia, allí la encontraréis con mucha mayor facilidad.

El de Oviedo no se da por aludido. Más bien al contrario.

—Vamos, señor alcalde, debéis tratar a vuestro pueblo con un poco más de orgullo. Todos los lugares tienen historia y Escalonilla no va a ser menos. Por lo que llevo visto, es un pueblo muy agradable. Me extraña que ninguno de los grandes señores de la comarca haya tenido interés en hacerlo suyo.

—Lo han tenido –reconoce Juan Moreno con cierto orgullo—. Algunos señores de heredamientos han pretendido hacerse propietarios de este lugar y hemos tenido que hacer grandes gastos en la Chancillería de Valladolid para defender nuestro término. Como resultado —insiste sin dejarse desviar a otros asuntos—, ni siquiera tenemos por aquí grandes casas de encomiendas ni cortijos ni nada que pudiera interesaros.

—¿De veras? Tenía entendido que don Lorenzo Suárez de Figueroa era vecino vuestro.

—Tiene casa aquí, pero reside en Toledo ¿Es que lo conocéis?

—No en persona. Había pensado presentarle mis respetos.

Juan Moreno se encoge de hombros, indicando que eso no es algo que le concierna. Antes de que pueda decir nada, sin embargo, el caballero se

levanta. Durante toda la conversación ha estado dejando vagar los ojos por la estancia como haciendo inventario, hasta el punto de que Juan Moreno, varias veces, ha seguido su mirada para intentar descubrir qué parece interesarle tanto. Nada en la habitación tiene la suficiente importancia como para despertar esa atención: la mesa a la que han estado sentados, unas cuantas sillas, unos anaqueles desnivelados y precarios con los papeles y legajos que va dejando por allí el escribano, algunos útiles de medida que a veces utilizan para dirimir disputas como celemines, cuartillas y balanzas, unas cuantas varas en un rincón… Don Alonso, no obstante, parece interesado en algo.

—Tendréis que perdonar mi curiosidad —dice de pronto—. ¿No tiene el ayuntamiento un arca de los privilegios?

—Por supuesto –contesta él extrañado ante tan brusco cambio de tema —. Todos los concejos la tienen o al menos, deberían tenerla. Está establecido así por las leyes desde hace mucho tiempo.

El caballero, de forma ostensible, vuelve a recorrer la estancia con la mirada.

—¿Y dónde está la vuestra? No la veo.

—No está aquí —responde Juan Moreno—. Siempre ha estado custodiada en la iglesia, en la capilla de san Germán. La iglesia tiene puertas fuertes y con buenos cerrojos y, además, la capilla del Santo cuenta con su propia reja de hierro.

—¿Tantos cuidados para custodiar los documentos municipales?

—En el arca también guardamos los caudales del pósito y los dineros de las alcabalas. ¿Puedo preguntaros por qué os interesa tanto?

Don Alonso sonríe.

—Esas arcas siempre me han gustado —dice casi como disculpándose —. En muchas dependencias del Consejo Real se utilizan para distintos fines y a lo largo de mis viajes he visto muchas, algunas de ellas de gran belleza y mucho merecimiento. ¿Podríais enseñarme la vuestra?

Juan Moreno se remueve inquieto. La curiosidad del caballero le impacienta. No encuentra en su cabeza ningún motivo para negarse a una petición tan directa y, a la vez, estar tan presto a acceder a su solicitud, a pesar de no tener ni tiempo ni ganas de hacerlo, le pone de mal humor. ¿Será que obedecer a los señores, por ridículas o inoportunas que sean sus demandas, es algo que la gente como él lleva en la sangre?

—Está bien. Si ese es vuestro deseo… —dice odiándose por ser tan complaciente.

Solo tienen que cruzar la plaza para llegar a la iglesia. Juan Moreno lo hace a paso rápido como deseando terminar cuanto antes con aquella cuestión. Le siguen en silencio el caballero y su mozo. Al pasar, les miran los dos o tres viejos que, como todas las mañanas, intentan calentarse al sol, sentados en el poyo de piedra que delimita la explanada. Juan Moreno observa que, entre ellos, está Germán el Viejo que se levanta al verlos.

Los portones de la iglesia están entornados. Los empujan para entrar y los tres se quedan un momento parados, intentando acostumbrar sus ojos a la penumbra del interior. La Sacristana, ocupada en sus limpiezas y sus rezos, los mira entrar en silencio y contesta a sus saludos con un gesto de la cabeza. Juan Moreno la conoce la suficiente como para saber que no los quitará el ojo de encima y que no perderá detalle de todo lo que hagan.

—Disculpadme un momento —dice el alcalde ante la capilla del Santo —. Tengo que ir a por la llave.

Cuando regresa, se encuentra a Don Alonso, muy interesado, mirando a través de las rejas.

—San Germán—dice el alcalde— es el patrón del pueblo. Le tenemos mucha devoción.

Asiente el caballero mientras mira con atención cómo Juan Moreno abre la capilla.

—¿La llave la custodia el párroco? —pregunta.

—Podríamos decir que sí… La guardamos en la sacristía, junto con las llaves de otras dependencias.

La pequeña capilla, tan vieja como el resto de la iglesia, está limpia y bien cuidada. Juan Moreno sabe que la Sacristana no permitiría que en ningún rincón, y mucho menos sobre la figura del Santo, se acumulara ni una gota de polvo. En cualquier caso, el caballero solo se detiene ante la imagen el tiempo imprescindible para santiguarse y se dirige sin vacilar hacia el arca, observándola con detenimiento. El arca, un mueble recio y pesado, está adosada a la pared, a la izquierda del altar. No acaba de entender Juan Moreno tanto interés por un objeto que él siempre ha considerado de lo más vulgar aunque, a tenor de lo que dice el forastero, no debe ser así.

—Es un arca de mucho merecimiento. ¿La han construido artesanos de la localidad?

Juan Moreno lo ignora.

—De haberla construido alguien del pueblo —contesta—, tuvo que ser un artesano de la época de mis padres, o incluso de mis abuelos, porque el arca lleva aquí una eternidad.

— ¿En serio? —se asombra don Alonso. Se inclina para examinar las cerraduras—. Tres llaves… ¿Quiénes las custodian?

—Uno de mis regidores, el escribano y yo mismo —contesta Juan Moreno¬ con impaciencia—. La verdad, señor, no sé qué interés encontráis en ello. Todos los concejos tienen una caja como esta.

—Lo sé —reconoce el caballero. Después de haber examinado el arca a su gusto, se ha enderezado y ha cruzado las manos a la espalda—. El problema es que no parece muy segura, en especial si guardáis en ella, como me habéis dicho, los caudales municipales —y mirando al alcalde le solicita con suavidad—. ¿Podéis enseñarme vuestra llave?

Juan Moreno, enfadado, impaciente, vuelve a sentirse incapaz de

negarse. Busca entre sus ropas y saca la llave.

Don Alonso no hace ningún ademán de cogerla. Se limita a contemplarla durante unos segundos.

—¿Me permitís que intente abrir el arca? —pregunta.

—¿Para qué? No podréis hacerlo sin las otras dos llaves — y ante el silencio con que es acogida su afirmación, Juan Moreno se rinde resignado —. Como gustéis. Intentadlo —dice alargándole la llave que tiene en la mano.

Pero el caballero se aleja dejando al alcalde desconcertado. En silencio, saca de entre sus ropas otra llave. Juan Moreno puede observar que es casi idéntica a la que él tiene. Don Alonso, con ella en la mano, se acerca al arca y, con gestos suaves, la introduce en una de las cerraduras que, tras un par de giros un poco chirriantes, se abre. El alcalde lo contempla asombrado. No puede comprender cómo es posible que el forastero tenga una de las llaves del arca ni encuentra palabras para expresar su sorpresa. Tampoco tiene oportunidad de hacerlo. Don Alonso saca la llave de la primera cerradura y la introduce en la segunda, abriéndola con igual facilidad y, tras una pequeña pausa para asegurarse de que tiene la atención del alcalde, abre también la tercera. Luego, con sus gestos delicados y tranquilos, levanta las lengüetas y alza la tapa. Tanto Juan Moreno como el propio caballero, e incluso su joven sirviente que, con los ojos asombrados y los labios entreabiertos se ha acercado hasta ellos, contemplan los documentos, monedas, papeles y legajos que han quedado al descubierto en el interior del arca.

Germán Sánchez, el Viejo

Vuelve siempre a Casas Albas. Vuelve siempre. Le llevan sus pasos sin darse cuenta, cuando sale de mañana con el propósito de estirar un poco las piernas y acortar, en cambio, las largas horas del día, de alejarse de la casa donde parece que estorba porque la nuera, con sus gestos afilados, tan cortantes como los ángulos secos de su cuerpo flaco, le da a entender que molesta, que interfiere con su trabajo cotidiano. La nuera abre ventanas para ventilar, levanta polvo con la escoba y él se va quedando helado, sin sitio donde sentarse, hasta que murmura: «voy a dar una vuelta». Y la nuera ni contesta, y él abre el portón y coge el cayado y tira a andar sin saber hacia dónde y acaba arrastrando los pies hacia Casas Albas.

El camino es largo. A él, que es viejo, no es extraño que las piernas se le resientan. Lo sorprendente es que a alguien tan joven como don Alonso, el camino le deje sin aliento.

—Tengo mal los pulmones —explica el caballero, y Germán Sánchez se siente culpable de hacerle andar tanto—. No os preocupéis. Idme contando —pide don Alonso.

Y él, que no sabe por dónde empezar, se limita a señalar a lo lejos.

—Allí está la iglesia, lo único que todavía queda en pie.

Recortada contra el cielo puede verse la silueta de la torre. Una silueta cada vez más difuminada porque la iglesia se está desmoronando con toda lentitud, perdiendo poco a poco su consistencia, la nitidez de lo real. La iglesia de Casas Albas respira abandono, como el resto del pueblo.

Cuando se acercan, el caballero contempla sorprendido la ruina que se ofrece a su vista: muros desplomados, techumbres hundidas, rastro de calles que apenas se adivinan bajo la maleza y el rastrojo, montones de adobes deshaciéndose poco a poco, restos de pequeños troncos que alguna vez formaron parte de una valla, piedras diseminadas y oscurecidas de hogares que ya no existen… A Germán Sánchez, sin embargo, ya no le daña el lento deterioro del que fue su pueblo. Porque el pueblo, tal y como fue, lo conserva intacto en su memoria. Si cierra los ojos puede volver a verlo, blanco, bello, rodeado de campos fértiles y bien trabajados. Se

recuerda de niño corriendo por aquellos campos, con el pueblo a la vista, y le parece volver a sentir el azote de las espigas en su rostro mientras corría. El azote de las espigas en su rostro… eso le da una idea de lo pequeño que era, porque las espigas nunca han crecido más que la altura de su cintura de hombre adulto. Pero de crío, de crío los campos de espigas eran el mundo: un bosque en el que él se perdía, un mar que él navegaba, tierra de moros, las Indias, Tierra Santa… a veces con bandidos crueles, a veces con dragones, con animales peligrosos que le acechaban, con brujas, magos, traidores, infieles… Hasta que el hambre y la sed lo acosaban y volvía a la realidad, y allí estaba el pueblo, con sus casas blancas y sus mujeres en la fuente y sus labradores diseminados por el campo y su iglesia pequeña y hermosa, nítida, consistente, recortada contra el horizonte.

Todo eso fue antes de la peste. Porque luego… luego se murió Casas Albas.

Fue en 1495. Lo recuerda bien Germán, que en esa fecha ya no era ningún crío. Era un mozo casado y con hijos. Hijos. Hijos muertos, como el pueblo. Hijos a los que mató la peste, como a Casas Albas.

Al principio fue un rumor al que no prestaron demasiada atención. Siempre hay rumores de esto y lo otro. Si uno viviera pendiente de ellos no habría suficiente valor en el mundo para afrontar la vida: que hay peste en tal sitio, que ataca la langosta en tal otro, que hay bandidos, que hay razias, que hay temor, que hay muerte… Solo que en aquella ocasión era verdad: la peste se acercaba como un animal hambriento. Las noticias hablaban, al principio, de lugares lejanos, de Ávila, de Segovia… Según pasaban los días, los lugares cada vez eran más próximos. Cuando oyeron que la pestilencia causaba estragos en Toledo, pensaron que allí se pararía, que en Toledo la peste encontraría suficiente alimento. No fue así. La peste, insaciable, continuó su camino. Llegó a La Puebla, alcanzó Burujón y el miedo los hizo volverse hacia el cielo. Rezaron: hicieron rogativas, sacaron a San Blas en procesión, celebraron misas diarias, desgranaron salves y rosarios. A Germán Sánchez le parece volver a ver a su padre, ya anciano, murmurando sus rezos durante horas interminables. No le rezaba a san Blas, sino a su santo, a san Germán, al que su familia honraba poniendo su nombre al primogénito desde que tenían memoria: Germán había sido su abuelo, Germán fue su padre, Germán era él, Germán era su hijo… Y el Santo, a cambio, respondía a sus plegarias.

Germán Sánchez recuerda también las reuniones con los vecinos, las caras de preocupación del alcalde y los regidores, entre los que él se contaba, las propuestas del boticario, los consejos del cura. Recuerda que se acordaron medidas y se pusieron en marcha: se prohibió la entrada de extraños en el pueblo y también la de abastos y mercancías. Nada que viniera de fuera podía entrar en Casas Albas porque cualquier cosa podía traer consigo la pestilencia. El que se atrevía a salir del pueblo por alguna causa, al volver debía quedarse dos días acampado en las afueras, hasta que

los de dentro se aseguraban de que no venía enfermo. Todo era sospechoso, todo venía envuelto en miedo.

Durante un tiempo mantuvieron la esperanza de que el mal pasara de largo. La peste era caprichosa y golpeaba aquí o allá, sin ninguna lógica, y a veces una población se salvaba mientras todas las de alrededor se veían afectadas. ¿Cuál era la razón? ¿La pura suerte? ¿Un castigo de Dios? ¿Se lo merecían más unos lugares que otros? Y si así era, se pregunta Germán Sánchez, ¿entonces ellos qué hicieron? ¿Cuál fue su terrible pecado para que la peste cayera sobre el pueblo con toda su rabia?

Llegó de forma silenciosa, a traición. Un anciano y un niño, miembros los dos de la misma familia, enfermaron y murieron. Con el miedo en el cuerpo escucharon cómo el médico confirmaba que se trataba de la peste. Y empezó el horror.

Se quemaron todas las ropas y los enseres de la familia enferma. Se hicieron alrededor de su casa hogueras de cantueso, tomillo y enebro, llenando el aire con su humo oloroso y purificador. Se rociaron las paredes y los suelos con vinagre. A los muertos se los enterró lejos del pueblo, bien profundo. El alcalde dio orden de que se alejaran los unos de los otros. Diez pasos, esa era la distancia. Y a diez pasos, incluso a veinte si era de la familia de los muertos, se mantuvieron todos. Qué duro. Qué duro dar el pésame desde lejos, no abrazar al hijo, negar la mano al amigo… hasta que, por vergüenza, la distancia se impuso también a las miradas. Ya nadie se miraba a los ojos, todos parapetados tras su miedo.

Fue inútil. Al día siguiente otras dos familias, cada una en un extremo del pueblo, tenían enfermos que cuidar. Y al otro día, eran tres más. Y al otro, ocho… Las hogueras de romero, tomillo y enebro tenían al pueblo envuelto en humo. Un pueblo más blanco que nunca pues lo encalaban una y otra vez. Grandes cantidades de cal que se echaban en los caminos y en las calles y en las fachadas y dentro de las casas de los que iban muriendo. Y vinagre. Aquí y allá, en todas partes. Olor a humo, a cal, a enfermedad, a angustia, a dolor… Y la peste, indiferente, siguió avanzando.

El médico, agotado, repartía ungüentos, pócimas y jarabes. Los enfermos, muchas veces sin familia ya que los cuidara, esperaban solos la muerte. En las calles vacías resonaba el llanto de una madre, el lamento de un enfermo, el grito de desesperación de una esposa... y el ruido más ensordecedor, el más terrible: el traquetear del carro que sacaba a los muertos del pueblo y los llevaba lejos, sin rituales ni despedidas. Familias enteras morían sin que quedara nadie para enterrarlas y los pocos que quedaban sanos estaban tan llenos de dolor, con los ojos tan ahogados por la muerte que veían por todas partes, tan extenuados, que vagaban como fantasmas por las calles del pueblo haciendo lo que, a pesar del sufrimiento, había que seguir haciendo: prender fuego a las casas deshabitadas de los muertos, echar cal en las calles al amanecer, al atardecer, al mediodía, resistir al hedor, al dolor tremendo de unas Casas

Albas que se moría.

Germán Sánchez sacude la cabeza, ahuyenta los recuerdos y deja vagar la mirada por lo que queda de Casas Albas: la iglesia, esa iglesia chiquita que parece haberse ido difuminando con los años, los cobertizos medio derrumbados, los hogares de techos hundidos, sin puertas ni ventanas.

—Cuando la peste pasó —le cuenta a don Alonso—, los pocos que quedaban no quisieron seguir en el pueblo.

Muchos se fueron lejos y nunca volvieron. Otros, como él, fueron incapaces de alejarse demasiado y se quedaron en Escalonilla. Porque bajo el cielo de Casas Albas quedaron durmiendo para siempre los suyos: su padre, que se murió rezando; su mujer, Elvira, a quién recuerda joven y alegre, tan joven y alegre que a veces, en su cabeza, adquiere el rostro de esa nieta que lleva el mismo nombre. Elvira se había llamado también aquella hija que se le murió en los brazos. Y perdió además tres chicos, el pequeño de apenas unos meses. Solo le quedó el hijo mayor, alto y derecho como un junco: Germán Sánchez, como él, a quien llaman el Mozo, su orgullo, un joven cabal al que no se le puede poner un pero… sino es esa mujer angulosa con la que se ha casado, la que le echa todas las mañanas de casa y le manda allá, al despoblado de Casas Albas, a reencontrarse con sus recuerdos.

Es por ese hijo por lo que Germán el Viejo, muy de mañana, se fue en busca del forastero e insistió en hablar con él. Y todo porque había oído lo que se decía en el pueblo, que era un hombre importante, miembro del Consejo Real. Don Alonso de Oviedo, nada menos, nombre que Germán el Viejo, desde que lo oyó, paladeó en su pensamiento porque le evocaba lejanas tierras del norte y arrastraba consigo un cierto aire de reyes antiguos. El nombre le sentaba bien al caballero, con un aspecto tan elegante, erguido, vestido de negro, aunque sorprendentemente joven y con unos ojos serenos que a Germán el Viejo le dieron confianza.

Le había estado esperando en la plaza desde muy temprano, vigilando el portón de los Zumaquero donde se alojaba, y cuando lo vio salir, acompañado de su criado, se levantó del poyo donde estaba sentado y le cortó el paso. Su «buenos días nos de Dios» fue recibido con el alzamiento sorprendido de una ceja y con una sonrisa educada. Así se distingue a los señores, piensa Germán, en ese comedimiento cortés que saben imprimir a sus actos.

—Es necesario que hable con vos, señor, de una cuestión importante.

Pero no en medio de la calle, rodeados del frío mañanero y ante los ojos chismosos de los que pasaban.

El caballero, cortés, se excusó señalando ante él.

—Me esperan en la Casa del Concejo.

—No importa, señor, yo también puedo esperaros.

El caballero, antes de entrar en la Casa de Justicia, se volvió un momento a mirarle. Tal vez se estaría preguntando qué tendría que hablar

con él un viejo campesino tan envuelto en trapos y bufandas que apenas se le veían los ojos. Unos ojos grises, desteñidos por los años, que le mantuvieron la mirada.

Y Germán el Viejo esperó. Se sentó en la esquina donde suelen sentarse los viejos a ver pasar la mañana y levantó el rostro buscando la caricia del pálido sol de invierno. Esperó pensando en ese hijo que trabaja como un animal de sol a sol, que lucha con valentía. Ese hijo que se hunde sin remedio.

—Un hombre no puede bregar solo contra todo y contra todos —le dijo un día.

Y Germán el Viejo sintió que la angustia se le agarraba a las tripas como un animal hambriento. Porque su hijo no hubiese dicho nada si, tras arar los campos hasta la extenuación, una granizada repentina o una sequía interminable hubiese arrasado la cosecha; o si, después de alimentar a los animales durante el invierno, un rayo soltado por cualquier tormenta se los hubiese matado. No hubiese dicho nada porque su hijo, como él, como cualquiera, sabe que esas desgracias pasan, que son designios de Dios, caprichos de una naturaleza siempre imprevisible y violenta. Uno lo acepta y ya está. Pero lo que está hundiendo a su hijo es que sus cosechas crecen para nada porque se las compran al precio más bajo, y sus animales sobreviven a las tormentas para tener que conformarse con los pastos peores y los más caros. Lo que está hundiendo a su hijo es que sus tierras son las más gravadas, sus impuestos los más altos, sus pujas las que nunca se oyen y sus pleitos los que nunca se ganan. Y nada de eso es voluntad de Dios ni de la naturaleza, sino de los mezquinos que no le perdonan ser hijo de quien es ni aceptan que piense como piensa.

Por eso, Germán el Viejo tiene la angustia agarrada a las tripas y pasa las noches despierto dando vueltas a la cabeza. Y por eso, por ese hijo, se fue a buscar al forastero, que pertenecía al Consejo Real y sin duda podría ayudarlos. Y por eso dijo que le esperaría. Y por eso le estuvo esperando.

El caballero no estuvo mucho rato en la Casa de la Justicia. Salió acompañado del alcalde, cruzó la plaza y se metió en la iglesia. Germán el Viejo, que se había levantado al verlos, volvió a sentarse. Estaba dispuesto a esperar toda la eternidad si fuese necesario, aunque la espera de nuevo fue corta. El caballero, esta vez sin el alcalde, no tardó en volver a aparecer. Tenía los ojos brillantes y una sonrisa en los labios, y el mozo que le acompañaba parecía excitado. Germán el Viejo pensó que sus asuntos, fuera cuales fuesen, debían marchar conforme a sus deseos. Se alegró, imaginando que así estaría más inclinado a escucharlo. No se equivocó.

—Está bien… —dijo acercándose hasta donde él esperaba—, ¿qué queríais decirme?

—No, aquí no, no en medio de la calle…

—Demos un paseo —propuso entonces el caballero—. Llevadme a ese

lugar del que me habéis hablado.

Porque él, al presentarse por la mañana, le había explicado que había sido regidor del pueblo muchos años antes y, antes de ese antes, regidor de Casas Albas. Y hacia Casas Albas echaron a andar.

Ahora, paseando entre las ruinas de un lugar que ya no es, Germán el Viejo busca las palabras para contar lo que tiene en el pensamiento.

—Tienen secuestrado al pueblo.

Y no se refiere a Casas Albas sino a Escalonilla. Germán el Viejo se explica.

—Ya va para años que los cargos municipales poco tienen de electos. Se pactan antes de las elecciones y se reparten entre unos cuantos.

Esos cuantos se han hecho dueños del concejo, le explica Germán Sánchez a don Alonso, y lo usan como su propia casa: traen sus ganados por los cotos, sobornan a los abastecedores, ponen los precios, venden grano malo por bueno, usurpan los propios, ocupan los baldíos, cogen dinero del pósito y no lo devuelven o se quedan con los arbitrios, y todo ello sin temor de la justicia porque la justicia es de ellos.

—El que está detrás, el que lo organiza y lo distribuye todo a su gusto es Carlos de Gerena, un forastero, un hombre que vino, ya hace muchos años, de Andalucía y se asentó en el pueblo.

Al principio, Germán el Viejo, que por aquellos tiempos era uno de los regidores, y otros pocos que lo apoyaron, consiguieron promoverle un pleito que casi logra llevarle a la cárcel. No lo consiguieron y Gerena y los suyos se hicieron fuertes en el pueblo, alternándose en los cargos del concejo para asegurarse el control y poder actuar a su antojo.

—Están llevando el pueblo a la ruina —se desespera Germán el Viejo —. No se reparan los muros que se hunden, ni se alzan los puentes que se quiebran, ni se limpian los caminos. No se cuida ni se repara la casa del juzgado ni el pósito, que se caen de viejos, ni las fuentes o las albercas que tienen que asegurar agua al pueblo, ni las acequias que riegan las heredades. No se desbrozan campos para que puedan cultivarse, ni se cuidan los caminos reales para que se pueda andar sin atolladeros. No hay pan ni grano en el pósito por si vienen malos tiempos… ¿Entendéis, señor? Todos los gastos y expensas de los propios del concejo, o del común de ciudad y tierra, lo usan unos cuantos para su propio privilegio.

Don Alonso de Oviedo asiente pensativo. Mucho de lo que está oyendo, por sorprendente que sea, ya lo había oído el día anterior. Se lo había contado el Zumaquero, también con un deje de impotencia en la voz.

—¿Habéis pensado en llevar el caso ante el alcalde mayor de Toledo? —pregunta don Alonso a Germán Sánchez —. O tal vez ante el propio corregidor de la ciudad.… A ellos es a quienes corresponde un asunto como el que me estáis contando.

Germán el Viejo deniega con la cabeza.

—¿Y cómo podría demostrarlo? Gerena jamás ostenta ninguno de los

cargos, se limita a poner en ellos a personas de su confianza que son los que, a una palabra suya, pueden conceder o negar préstamos sobre las cosechas, o hacer que suban o bajen los precios, o negar arriendos, o que un pleito quede en nada, o que se alargue y se complique hasta la ruina. ¿Entendéis, señor? El que está con Gerena se asegura una vida más fácil: mejores dehesas en el invierno, mejores precios por la cosecha, menos intereses en los préstamos, mejores testigos en los pleitos. En cambio, si te enfrentas a él…

—¿Es vuestro caso? ¿Os está perjudicando ese hombre, Gerena, a vos personalmente?

—Yo ya no cuento, señor, yo soy solo un viejo. Pero está perjudicando a otros. Hablad con ellos si no me creéis. Hablad con mi hijo, que es joven, Él podrá contaros que no exagero Hablad con Juan Sánchez «el Condenao», a quién han arrebatado su trabajo y a quien tienen amenazado con la Inquisición. Hablad con su maestro, el tejedor Pedro de Hinojosa, que se ha visto obligado a prescindir de él y a quien exigen cánones que no pagan otros tejedores…

—A Pedro de Hinojosa lo conozco —interrumpe el caballero¬—. Estuve hablando con él ayer. ¬ Me contó que hace unos días mataron a su aprendiz —y, sorprendido, añade—. ¿Eso también tiene que ver con lo que me estáis contando?

Germán mueve apesadumbrado la cabeza.

—Matar a un muchacho como han matado a ese aprendiz es una violencia que nunca se vio antes en este pueblo — Germán el viejo mira al frente, sus ojos desteñidos por los años, llenos de tristeza—. No lo sé, señor. Lo que sé es que, de no remediarlo, Escalonilla acabará muriendo como murió Casas Albas.

Agustín González, el procurador

Le dieron el recado muy de mañana diciendo que fuera de inmediato a la iglesia que lo mandaba el alcalde Juan Moreno, y a Agustín González se le vinieron encima, de golpe, todos los temores que llevaba esquivando desde hacía meses. Una orden semejante en el día del nacimiento de Nuestro Señor, cuando se supone que no hay audiencias ni otras labores propias del concejo, le daba mala espina. Llevado por esos temores, su primer impulso fue negarse a ir, huir, esconderse, abandonar. Por su cabeza pasaron mil posibilidades absurdas: no haría caso a la orden, diría que estaba enfermo, se metería en cama y haría venir al médico. O se escondería sin responder cuando llamaran a su puerta, fingiendo que se había marchado. O se iría de veras, cogería cuatro bártulos, el capote más grueso, una mula del establo y se marcharía. O buscaría a Gerena y le pediría amparo. O se refugiaría en la Batanera, rompiendo la regla no escrita de no verla nunca de día, y se dejaría llevar, lloraría en su regazo cálido y maternal, acogido por sus brazos. La Batanera lo consolaría, olvidando su enfado, y le daría fuerzas e incluso saldría a dar la cara por él, aquellos brazos maternales puestos en jarras, la mandíbula alzada, retadora y hermosa, como la real hembra que es.

Luego, casi tan rápido como habían venido, esos pensamientos absurdos le dejaron. Imperturbable, haciendo ver que no le importaba, contestó al mensajero:

—Iré tan pronto como pueda.

Una respuesta digna con la que pretendía poner de relieve, sin palabras, lo que pensaba:

—Iré, por supuesto, pero no porque me lo mande nadie. Iré porque es mi obligación y yo cumplo siempre con mis deberes sin ningún reparo, aunque ello suponga dejar en suspenso quehaceres mucho más importantes.

Sin embargo, lo que resultó fácil de decir a primera hora de la mañana, a Agustín González se le atraganta en el momento de tener que hacerlo. Según se va acercando a la iglesia, la aprensión se le agarra a la garganta y tiene que poner todo su empeño en mantenerse firme. Nada más entrar, ve

que hay reunión en la capilla del Santo. Al acercarse, repara en el rostro ensombrecido de Juan Moreno y, tras él, las caras desconcertadas de los dos regidores y del alguacil. Eso le demuestra que, tal como pensaba, la reunión ni estaba prevista ni tiene precedentes y por tanto no augura nada bueno. Aun así, dispuesto a apurar el cáliz hasta la última gota, pregunta con una voz que le sale más aguda de lo esperado:

—¿Qué ocurre? ¿A qué viene una reunión con tantas prisas y en un día que debería ser sagrado?

El alcalde contesta con malos modos:

—Hablaremos en cuanto lleguen los demás.

—¿Los demás?

—Faltan el escribano y el alcalde de la Hermandad.

Agustín González asiente sin decir nada, aunque su temor aumenta. Si la reunión requiere al escribano y al de la Hermandad es que la cosa es muy seria. Nervioso, se pone a pasear, entrando y saliendo de la capilla, mientras intenta mantener la dignidad y que no se le note que está asustado. También pasea Juan Moreno, sin mirar a nadie, con el ceño fruncido y los labios apretados. Bartolomé Pérez, estólido, se apoya en una columna al lado del altar y se mantiene silencioso. En su quietud y en su silencio hay una energía contenida que da la impresión de que puede explotar en cualquier momento y esa sensación a Agustín González lo atemoriza. En cuanto al alguacil, parlotea de esto y de lo otro y mira a los demás con ojillos de cordero degollado, igual que el segundo regidor, Antonio Vázquez, que según su costumbre se limita a dar la razón al primero que hable.

La espera se alarga y a Agustín González se le hace interminable. Piensa, como ha venido haciendo a menudo en los últimos tiempos, en el cúmulo de circunstancias que le han llevado hasta la situación en la que se encuentra. Tiene la impresión de que los hados se han conjurado para complicarle la existencia. No hace tanto, él tenía la vida solucionada. Luego murió su padre y la hacienda empezó a ir cada vez peor, aunque él siempre había tenido el convencimiento de que ocuparse de unos cientos de ovejas no podía ser tan complicado. Los rebaños, al fin y al cabo, crecían y se apareaban solos y lo único que había que hacer era llevarlos a los pastos. Para eso estaban los pastores, unos seres en los que jamás había pensado y que resultaron una eterna fuente de conflictos. La culpa era de su padre, que los había tenido muy mal acostumbrados, con ventajas y cuidados que más que pastores se hubiera dicho que eran grandes señores dedicados a apacentar ovejas por afición. Cuando él los quiso poner en su sitio, como no podía ser menos, se marcharon. Le costó encontrar otros porque todos tenían unas exigencias desmedidas, como si fueran pastores de la Mesta y él un gran propietario. Y la realidad es que él solo tenía unas cuantas cabezas y solo quería un muchacho algo espabilado que las llevara a los baldíos durante el día y las encerrara de noche en los establos. Un trabajo

que era casi un lujo, a su modo de ver, porque, en definitiva, ¿qué es lo que hacen los pastores? Estar todo el día paseando, echar la siesta bajo las ramas de cualquier árbol y beber leche de oveja cuándo así les place, porque no hay forma de que a esos zánganos les entre en la cabeza que no pueden coger lo que no les pertenece, y no será porque él no se lo haya dicho mil veces.

Terminó por coger a un par de chicos, los hijos de la Felipa, para hacer el trabajo. Los chicos eran unos inútiles sin ninguna experiencia que le dejaban el rebaño desatendido en cuanto se descuidaba. Eso lo supone Agustín González, porque no es que él fuera detrás de los pastores, ni mucho menos, pero si las ovejas dejaron de parir como antes parían, daban una lana que no servía para nada y muchas de ellas se morían, tuvo que ser por algo. En cualquier caso, él quiso solucionarlo y, excepto salir en persona a convencer a las ovejas de que crecieran y engordaran como antes hacían, lo intentó todo. Conseguir mejores pastos a un precio bajo no fue difícil. Ser procurador del concejo, en eso, tenía sus ventajas. Solo en eso, porque por lo demás se encontró en todo momento con la oposición de Juan Moreno y Bartolomé Pérez que, como eran agricultores, se negaban a cualquier medida a favor de los rebaños y en cambio no hacían nada en contra de los que roturaban las cañadas o de los que armaban la de Dios es Cristo si los rebaños invadían los sembrados. Como si uno pudiera llevar a las ovejas volando de un lugar a otro. No, las ovejas, como se ha hecho toda la vida, van andando, a su aire, y si por el camino comen y pisan, pues mala suerte, haber sembrado en otra parte.

El caso es que, entre la disminución de los rebaños, la lana que no había quién vendiera, lo que tenía que pagar a los pastores, el arrendamiento de los pastos por bajo que fuera y otros mil gastos, tuvo que asumir que la ruina le acechaba sin remedio. La casa, su casa, la de la familia, estaba vieja y se caía a trozos, y había tenido que ir desprendiéndose de los criados y apañarse solo con la vieja ama que no daba abasto con el trabajo. Y por si fuera poco esa angustia, tuvo que aguantar encima las reconvenciones de su hermano que desde la comodidad de su vida en el ejército, allá en los Tercios o en Nápoles o en Orán, o donde quiera que estuviera en ese momento, que ni lo sabía ni le importaba, le reprochaba casi en cada carta que no hubiese sido capaz de conservar la herencia de sus padres. Qué fácil decirlo. Que se hubiera hecho cargo él de la hacienda ruinosa y empobrecida, en vez de irse por ahí a disfrutar de la vida. Y lo mismo podía decirse de su hermana, que le salió de pronto con lo del convento y exigió lo poco que quedaba para la dote y el ajuar. Y todavía ambos se creían con derecho a protestar sin molestarse en saber de los problemas que él tenía.

En esta situación, llegar a un acuerdo con Gerena no le había parecido tan malo. Es verdad que Gerena era un advenedizo, sin sangre ni linaje conocido, pero le había prometido la alcaldía, lo único que le pareció que

podría salvarle de la ruina, y a cuenta de esa promesa se dejó someter. Y todo para encontrarse, el día de las elecciones, que a quien votaban como alcalde era a Juan Moreno.

Agustín González, al recordarlo, siente otra vez la vergüenza que sintió ese día. Había ido a la iglesia con el corazón alborotado como las campanas que convocaban a concejo. Estaba tan convencido de que iba a oír su nombre, tan preparado para ello, que incluso se había vestido con esmero para la ocasión y hasta había preparado un pequeño discurso para celebrar el momento.

Cinco voces. Cinco voces y ninguna de ellas dijo su nombre.

—Juan Moreno para alcalde.

Ese fue el voto unánime con que a él lo condenaron.

Rodeado por sus vecinos, con el rostro desencajado y una sonrisa que se le había quedado helada en los labios, tuvo que escuchar cómo se ejecutaba la traición: cinco voces nombrando a Juan Moreno, cinco voces condenándole a la ruina, cinco voces dejándole postergado al cargo de procurador.

El mundo se hundió a su alrededor.

Esa noche no logró dormir. Ni las siguientes. La humillación le había parecido tan insoportable que hasta pensó en la muerte como una liberación. Porque ¿qué le esperaba después de aquello? La pobreza, la conmiseración de sus vecinos, la vergüenza… Lo había perdido todo, hasta el orgullo, porque a cuenta de un nombramiento que no se había producido había cedido a demasiadas demandas y había prestado favores pensando en cobrárselos cuando fuera alcalde. ¡Cuando fuera alcalde! Cómo se había pavoneado al decirlo, con qué seguridad: cuando yo sea alcalde esto, cuando yo sea alcalde lo otro… Solo recordarlo dolía.

Aferrándose a los girones de dignidad que le quedaban se negó a aceptar el cargo de procurador para el que le habían nombrado. Con la negativa quiso resarcirse de la vergüenza. No sería juguete de Gerena por tan poco. Y se negó, se negó hasta la obstinación. Se aferró a la negativa hasta que el propio Gerena se vio obligado a ir a verlo. Lo recibió en su casa, digno, ofendido, agraviado y se hubiera mantenido en sus trece sino llega a ser porque Gerena tuvo la habilidad suficiente para echar bálsamo en su herida:

—¿No te das cuenta, Agustín? Para ser alcalde las pocas luces de Juan Moreno bastan y sobran. En cambio, para ser procurador, el mayordomo del concejo, el que administra los gastos municipales y maneja los caudales del erario, hacen falta inteligencia y conocimientos.

Se dejó convencer. ¿Qué otra alternativa tenía?, piensa ahora apesadumbrado, entrando y saliendo de la capilla del Santo y viendo a Juan Moreno, el que manda, andar de un lado a otro con impaciencia y cara de enfado.

Porque eso es lo que cuenta, se dice Agustín González, que Juan

Moreno es el que manda. Cada vez que se han reunido en concejo, al menos una vez a la semana durante el larguísimo año que ha transcurrido desde las elecciones, Agustín González ha tenido que tragarse la bilis que le provoca ver a Juan Moreno presidiendo el cabildo.

Juan Moreno, un gañán sin tiento ni conocimiento, al que lo único que parece quitarle el sueño son sus tierras y sus cosechas. ¿Y los regidores? Ese Bartolomé Pérez, al que hay que sacarle las palabras una a una, tan taciturno que da hasta miedo; y el segundo regidor, Antonio Vázquez, una nulidad que lo único que sabe hacer es asentir a lo que dicen los demás; y el alguacil, Benito Díaz, un pastor ignorante. ¡Un pastor! Ha tenido que estar un año entero reuniéndose con un labrador, un par de azadoneros y un pastor como los que él mismo contrata para que lleven los rebaños a las dehesas. Y ni siquiera la ignorancia de aquellos cuatro ha estado a su favor, como pensó al principio, porque Juan Moreno fue lo bastante listo como para conseguir que nombraran escribano a su propio cuñado, un acto de desconfianza que Agustín González no perdona. Le han tenido siempre fiscalizado, con el escribano pendiente de sus movimientos. ¿Y todo para qué? Los negocios se han hecho igual y el escribano solo ha tomado nota de lo que él le decía. Porque Juan Moreno, por muy alcalde que sea, no sabe de leyes, ni de números y letras, ni saben ninguno de los dos regidores, ni sabe el alguacil, así que nadie puede chistar cuando él dice blanco aunque sea negro o al revés.

En fin, un año muy largo que por fortuna ya está a punto de acabar. Lo único que queda es cuadrar los libros de cuentas, los del pósito y los del concejo, y ese es el problema que le ha tenido semanas sin poder dormir. La Batanera quiso hacerle ver la ironía de todo ello:

—En sentido estricto, los libros son tarea del escribano. Si falta alguna anotación la culpa es suya, así que Juan Moreno y su cuñado tendrán que fastidiarse y cargar con las consecuencias.

Claro que decir algo así es muy fácil. Lo difícil es mantener luego el tipo y a él, sin poder remediarlo, le tiemblan las canillas pensando que lo que parecía atado y bien atado se le está escapando de las manos. Y encima, el asunto del aprendiz pendiente sobre su cabeza.

Pero en el aprendiz no quiere pensar y en realidad tampoco tiene tiempo porque Juan Moreno, irguiéndose, toma la palabra:

—Ya estamos todos.

En efecto, de pie, en medio de la capilla, están los dos regidores, el alguacil, y también, por fin, Marcial López, el alcalde de la Hermandad, y el dichoso escribano, con su aire melifluo, sus plumas y sus tinteros.

No hay cortesías, ni preámbulos.

—Esta es mi llave del arca de los privilegios —dice Juan Moreno poniéndola sobre el altar del Santo de un golpe seco— ¿Dónde están las otras dos?

A Agustín González se le para el corazón durante un segundo. Lo que

temía, lo que esperaba, ya ha llegado.

—¿A qué viene esto? —pregunta para ganar tiempo.

—¿Tienes tu llave o no? —se le encara Juan Moreno.

—Por supuesto —dice muy digno— Aquí está.

Con suavidad, la deja en el altar al lado de la de Juan Moreno. Falta la tercera.

—Francisco, ¿y la tuya?

El escribano abre la bolsa de cuero en que suele llevar sus plumas y tinteros y rebusca en ella. No tarda en sacar la tercera llave y la deja con las otras dos. Todos se quedan en silencio.

Juan Moreno se acerca al arca de los privilegios. No ha cogido ninguna de las llaves y no obstante, de un solo gesto, levanta las fallebas y alza la tapa. El escribano da un pequeño grito asombrado.

—¿Cómo es posible? —exclama.

Bartolomé Pérez se ha incorporado, sin llegar a decir nada, Antonio Vázquez mira a su alrededor con cara de no comprender lo que está pasando y el alcalde de la Hermandad frunce el ceño. Juan Moreno no da ninguna explicación.

—Francisco —dice secamente—, comprueba si falta algo.

Durante los minutos siguientes, en un silencio desconcertado, contemplan cómo el escribano va sacando lo que contiene el arca y dejándolo sobre el altar. Son grandes paquetes envueltos en pergamino, cada uno de ellos con su título: censos y tributos, privilegios, escrituras. A continuación, los libros con las leyes del reino: las Siete Partidas, el libro de Pragmáticas, el libro de Fueros, las Ordenanzas Reales. En otra pila, el escribano va dejando los libros de acuerdos del concejo, cada uno de ellos rotulado con sus fechas. Cuando, por último, saca la bolsa del dinero y el libro del pósito y el de tercios y alcabalas, todos se acercan para poder seguir con atención las comprobaciones. El escribano se toma su tiempo. Su cara se va oscureciendo, menea la cabeza preocupado y hasta murmura por lo bajo.

Agustín González tiembla esperando el momento en el que acabe y tenga que oír en voz alta lo que ya sabe que va a decir: las cuentas no cuadran. Oye la frase en su cabeza con anticipación y anticipa también lo que dirán los otros, sus expresiones de enfado y de asombro, sus preguntas inquietas, más o menos retóricas, cómo es posible, qué ha pasado, cómo puede ser esto. La mente de Agustín González repasa a toda velocidad su posible respuesta. No hay nada que le ligue a él con lo que está a punto de pasar. Nadie puede acusarle de nada. Es cierto que una de las llaves estaba en su poder, pero las otras dos seguían en manos de sus custodios. Agustín González, temblando, formula al alcalde, en voz alta, la pregunta que sabe que todos se están haciendo:

—¿Cómo has abierto el arca sin haber usado ninguna de las tres llaves?

Los ojos se vuelven hacia Juan Moreno que les devuelve, impertérrito,

la mirada.

—Con esto.

Y deja sobre el altar, al lado de las tres llaves, una cuarta, muy similar de aspecto y de tamaño. Agustín González no tiene que preguntar porque sabe bien lo que es: una llave maestra. La misma que no hace mucho él mismo había dejado en manos del aprendiz del tejedor.

Mari Garrido, la Batanera

Arropándose con un manto que recoge de detrás de la puerta, Mari Garrido, la Batanera, sale de casa. Es una mujer alta, recia, de ojos y cabellos oscuros. Sus movimientos, al caminar, son firmes, como lo es su porte, con la barbilla alzada y la mirada directa. Mari la Batanera es de una feminidad vigorosa y contundente que se trasluce en el ligero contoneo de sus anchas caderas, en la forma en que se arropa en su manto, en el gesto displicente y descarado con el que se da por enterada de las miradas que la siguen, y en el ademán con que saluda a unas vecinas que se quedan calladas mientras pasa. No hace caso Mari Garrido. Está acostumbrada a que la miren, tanto los hombres como las mujeres. Está acostumbrada a que se haga el silencio a su paso y a las miradas que se le pegan a la espalda y a los cuchicheos. Al principio, hace mucho tiempo ya, cuando era más joven, le molestaba e incluso a veces, con ese carácter que le cuesta tanto refrenar, llegó a volverse, la barbilla alzada, las manos en jarras, interpelando a los que la contemplaban con tanto descaro.

—¿Qué pasa?

Ante su desafío, los cuchicheos se arrugaban y se arrugaban las miradas.

—Qué va a pasar, mujer… nada.

Y apenas dada media vuelta volvían a lo mismo. Así que, con el tiempo, dejó de prestar atención. Si querían mirarla al pasar, que miraran. Total, las miradas nunca hicieron mal a nadie. Los comentarios sí, esas palabras dichas a media voz, sin fundamento, esas murmuraciones que se extienden como el agua al rebosar un cuenco, eso sí puede hacer daño, aunque la Batanera ya tiene suficiente edad y suficiente experiencia como para saber que contra las habladurías no valen desplantes.

Esta mañana, Mari Garrido camina a paso rápido y ni siquiera se fija demasiado si la miran o la dejan de mirar. Atraviesa un par de calles y acaba entrando en un cobertizo cercano. Se detiene en seco al ver a su hijo Luis acarreando fardos de un lado a otro.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta sorprendida.

—Cargando.

—No hace ni dos días que te llevaste una carreta entera.

—Ya, pero…

La Batanera, impaciente, le interrumpe.

—No hay pero que valga. El batán lleva su tiempo. En dos días no habrán podido terminar el trabajo. ¿Para qué vas a llevar nada más? Eso sin contar que tendrás que volver de vacío.

No contesta Luis. Se queda parado, el fardo que iba a subir al carro a sus pies y los brazos colgando a ambos lados del cuerpo. La Batanera frunce el ceño.

—¿No dices nada? —su voz dura, clara, parece cortar el aire como un cuchillo. Durante unos segundos el silencio se alarga. Mari quisiera que el chico se rebelara, que le dijera que tiene razones para cargar el carro y que siguiera haciéndolo, que mostrara un poco de hombría. Espera hasta que Luis baja la vista. Con un suspiro que tiene tanto de impaciencia como de decepción, la Batanera se arrebuja en su manto—. Vete a buscar a tu hermano. Necesito hablar con él —dice dispuesta a irse.

El muchacho empuja con las piernas el saco que tiene delante para dejarlo junto a los otros.

— ¿Y dónde lo busco? ¿En la fragua?

—En la fragua no está. Si estuviera allí no tendría que mandarte a buscarlo.

—¿Y si no quiere venir?

La Batanera se vuelve y mira con atención a su hijo como si no pudiese entenderle.

—Si no quiere venir, te las apañas, ¿estamos? ¿O eres tan inútil que no sirves ni para un simple recado?

Sin esperar una respuesta que obviamente no va a llegar, se marcha dejando al chico solo. Sabe que lo ha avergonzado. Otra vez. Por buena voluntad que le pone el muchacho le impacienta hasta el punto de que siempre acaba por decirle algo despectivo o insultante. Tiene que reconocer que Luis le saca de quicio, tan sumiso, tan complaciente que se diría que no tiene sangre en las venas. Y cerebro tampoco tiene mucho. ¡Llevar otra carreta de género al batán! El batán lleva su tiempo, al menos dos días, y después el género tiene que secarse, algo que es imposible que haya ocurrido con la últimas tormentas. ¿Es que no puede el chico darse cuenta sin necesidad de que ella tenga que decírselo? ¿Es que no ha visto la lluvia ni sabe, tras tantos años con las carretas, que no sirve de nada apresurarse? Pues ahí está, como un imbécil, cargando el carro.

La Batanera, arrebujándose en su manto, regresa apresurada a su casa. Solo ha dado media docena de pasos y ya se le han ido de la cabeza Luis, sus sacos y su carro. En realidad son otras cuestiones más graves las que le llenan el pensamiento. No hace aún ni una hora que llamó a su puerta Agustín González, el procurador, y le amargó la mañana. ¡Presentase así,

sin más, a la vista de todo el mundo! Menuda desgracia, estar rodeada de hombres que no tienen dos dedos de frente, se dice a sí misma todavía indignada.

Cuando vio al procurador en el quicio de su puerta, pálido y desencajado, Mari Garrido tuvo que luchar con sentimientos encontrados. Estaba tan enfadada con él que sentía deseos de matarlo. Si no hizo nada fue porque pensó que si el procurador se atrevía a ir a su casa, sin ninguna excusa ni disimulo, era porque algo grave ocurría. Se le encogió el estómago.

—¿Qué haces aquí? —le dijo por una rendija de la puerta— Te dije que no quería volver a verte.

De mal humor, le dejó pasar porque no podía dejarlo plantado, a la puerta de su casa, a la vista de cualquiera. Y porque tenía que enterarse de lo que ocurría.

Agustín González temblaba y tenía el rostro desencajado. A Mari le costó un buen rato comprender lo que contaba. Si siempre le resultaban insufribles su voz aguda y sus frases entrecortadas y dubitativas, esa mañana casi acaban con sus nervios. Lo que era evidente es que todo giraba alrededor de la maldita llave maestra del arca del concejo.

—Así que Juan Moreno tiene la llave… ¬—había dicho con sarcasmo —. ¿Y de qué te extrañas? ¿Quién la iba a tener si no él?

Agustín González, lloroso, ni siquiera la había escuchado. Insistía en contárselo todo con detalle, tal vez para quitarse así la escena de la cabeza: el alcalde había mandado llamar a los regidores y les había exigido que devolvieran las llaves del arca. Tanto Agustín González como el escribano y el propio alcalde habían dejado sobre el altar, a los pies del Santo, cada una de las tres llaves. Luego, Juan Moreno les había mostrado la llave maestra y con ella había abierto el arca del concejo, exigiendo al escribano que comprobara si faltaba algo. Y faltaba. Claro que faltaba.

La Batanera había desechado con un gesto rotundo esta última frase del procurador. Por supuesto que habían desfalcado el arca. Ellos dos lo sabían mejor que nadie. Y después, el propio Agustín González había hecho lo posible para que la dichosa llave llegara a manos del alcalde. ¿A qué venía ahora con tanto escándalo?

—Le preguntamos a Juan Moreno que de dónde había sacado la llave ¬ —seguía contando el regidor, con la cara pálida y llena de lágrimas¬—. ¿Y sabes lo que dijo? ¡Que se la había dado don Alonso de Oviedo!

—¿Don Alonso de Oviedo? ¬—en un primero momento, la Batanera se había quedado en blanco, sin atinar siquiera a saber de quién se trataba— ¿El forastero?

—¡Sí, el forastero! ¬—había contestado Agustín con una nota de histerismo en la voz—. ¿Te das cuenta? Si él tiene la llave es que lo sabe todo. Sin duda, habrá venido a prendernos…

Agustín González había continuado llorando y lamentándose de la

situación, mientras ella intentaba asimilar lo que había oído. Ese forastero, Alonso de Oviedo, le había dado mala espina desde el primer momento. No lograba entender cómo había llegado la llave a sus manos, ni cómo era posible que supiera nada. Intentaba pensar en alguna forma de afrontar el problema pero le resultaba difícil concentrarse con la voz aguda del procurador llenándole los oídos.

—Bueno, basta —había cortado, harta de tanto lamento —No pierdas los nervios.

—¿Qué no pierda los nervios? Acabaremos presos, o en el destierro… eso si no nos ajustician, ¿es que no lo entiendes?

—No digas tonterías. Déjame pensar un momento.

Era imposible hacerlo con aquel hombre quejumbroso a su lado. Mari había sentido deseos de echarlo de su casa a patadas. Siempre le había sacado de quicio, tan pusilánime y tan engreído, con sus maneras nerviosas y vacilantes y la voz estridente, con tantos miedos y tantos deseos frustrados y tan pocos arrestos para llevar nada a cabo. Maldita la hora en que lo conoció. La había deslumbrado como a una chiquilla: ¡Agustín González, el propietario de la mayor parte de los rebaños del pueblo! Menudo engaño. Porque resultó que no tenía tantos rebaños y que estaba tan arruinado como ella, sino más, porque al fin y al cabo ella no tenía que aparentar nada. Si no dejó de verlo fue porque lo eligieron procurador del ayuntamiento. El que llevaba las cuentas del concejo, nada menos. Eso sí, tuvo que dedicar noches enteras a consolarlo, porque el muy imbécil se había hecho otros planes y estaba convencido de que sería alcalde y cuando se encontró con que no lo votaban para el puesto había lloriqueado, como de costumbre, echando la culpa al destino, a su mala suerte, a los hados que no le eran propicios, a Gerena que le había traicionado, a Juan Moreno que había manipulado los votos y al lucero del alba. A todo el mundo menos a su poca cabeza.

—Acabaremos en el cadalso… —seguía lloriqueando el procurador—. Si no fuera por tu hijo ahora yo no…

La Batanera no le dejó acabar. Toda la irritación, todo el enfado, la preocupación, el miedo, todo explotó de pronto, haciendo que saltara como un látigo.

—¿Cómo que si no fuera por mi hijo? ¿Qué estás diciendo? Fuiste tú el que puso la llave en manos del aprendiz, no mi hijo. ¡Tú te lo has buscado!

El procurador, por una vez, no se había arredrado. Como un gusano, se había revuelto contra ella.

—No voy a dejar que caigan sobre mí todas las culpas ¡No fui yo quién hizo esa llave ni quién mató al aprendiz!

—¡Ni mi hijo!

—¿No? Pues fue él quien salió corriendo, aquella noche, lleno de rabia, y luego el chico apareció muerto. ¡Ya me dirás quién lo hizo!

La Batanera, conteniendo su furia, se había erguido toda lo alta que era

frente al procurador. Le había dominado no solo con la contundencia de su presencia sino también con su voz y sus frases cortantes.

—Escúchame bien, Agustín González. Mi hijo no tuvo nada que ver con la muerte de ese chico y no voy a permitir que ni tu ni nadie diga lo contrario. ¿Me has comprendido bien? El que tenía la llave eras tú y fuiste tú el que la dejó junto al muchacho. Tú sabrás cómo lo hiciste y por qué. Así lo diré si alguien me pregunta ¿te enteras? Y además juraré ante Dios que esa noche Alejandro estuvo conmigo sin moverse de casa. ¿Tienes tú alguien que haga lo mismo por ti?

Ahí fue cuando el procurador se derrumbo y se echó a llorar como un niño. Mari le había mirado llorar, la cabeza entre las manos, sintiendo tanto desprecio por él que casi le daba nauseas. Aun así hizo un esfuerzo para tranquilizarse. Y para tranquilizarle a él. Necesitaba que el procurador no perdiera la cabeza, que siguiera en su puesto, al menos hasta que a ella se le ocurriera algo para solucionar sus problemas. Eso suponiendo que, a esas alturas, tuvieran solución.

Cuando logró que Agustín González recuperara la compostura lo suficiente, le mandó de vuelta a su casa. ¡El muy imbécil! Lleno de mocos y de lágrimas, como un niño de teta.

Una vez sola se puso a pasear de un lado a otro con impaciencia. La intervención del forastero complicaba bastante la situación. ¿Qué se proponía? ¿Y cómo había llegado a tener conocimientos de lo que estaba pasando en el pueblo? ¡Maldita sea! Si Agustín González hubiera custodiado la llave, que era lo único que tenía que haber hecho, ahora no tendrían tantos problemas. ¡Pero no! El maldito imbécil tuvo la ocurrencia de dejarla en manos del aprendiz y ahora esa muerte pasaba a primer plano. ¿Y Alejandro? ¿Estaba en peligro? Tenía que hablar con él. No podía dejar que siguiera por el pueblo descontrolado, haciendo sabe Dios el qué.

Con esa idea en la cabeza, Mari Garrido había salido en busca de su hijo. Solo tuvo que atravesar dos calles, hasta la plaza de los Abastos, al lado del hospital de pobres y peregrinos y el matadero, para llegar a la fragua. Había tenido la esperanza de encontrar a Alejandro en ella, y se había encontrado la fragua apagada. No había señales de que el chico hubiera estado trabajando. La Batanera había suspirado con impaciencia pensando que no era sorprendente que los vecinos hubiesen acabado por solicitar a los regidores que proveyeran al pueblo de otro herrero, porque con Alejandro se diría que no lo tuvieran. El chico solía buscar excusas para no ponerse a la tarea y si se ponía era de mala gana, tratando a la gente con impertinencia y cobrando demasiado. Qué pena, porque era un buen herrero. Cuando quería era capaz de hacer auténticas maravillas y lo de la llave era un buen ejemplo. Había hecho un trabajo perfecto, copiando cada una de las tres llaves que le había proporcionado Agustín González y más tarde haciendo la llave maestra a partir de ellas. Un hermoso trabajo, no como herrar caballos y reparar ruedas y arados, que eran tareas que el chico

no podía soportar, hasta el punto de que su carácter, tan ingobernable desde niño, acababa saltando por los aires. Porque Alejandro siempre fue así. A Mari no le cuesta recordar cuando lo conoció. Fue a poco de casarse con su padre, Luis el Carretero. Llegó al pueblo dispuesta a ser una buena esposa y una buena madre para los hijos de su nuevo marido y se encontró con dos niños sucios y tristes que la miraban con espanto. Alejandro, el mayor, tenía apenas siete años, y Luis, dos menos. Con Luis se hizo rápido. El chaval era muy crío y apenas tenía espíritu y, después de darle un par de gritos en el momento oportuno, quedó claro quién mandaba. Alejandro era de otra pasta: taciturno, obstinado, terco como una mula y lleno de rencor. Con él no le valieron ni palabras dulces ni carantoñas, como intentó al principio, ni tampoco los gritos o palizas con las que tanto ella como su padre quisieron meterle en vereda. El chico era intratable. Y tras la muerte del padre, fue a peor. Podía pasarse días sin aparecer por casa, y cuando volvía, lo hacía rezumando resentimiento, con la mirada oscura y empecinada y el silencio envolviéndole como una capa. Ahora, ya crecido, Alejandro es un hombre fuerte, tozudo y violento, que parece siempre a punto de pegarse con el mundo. La Batanera no entiende de donde le viene al chico tanta rabia, una rabia que a veces explota sin motivo aparente contra cualquiera que en ese momento esté cerca. Que se lo digan sino a su hermano Luis, que cuando lo ve así, la espalda inclinada, los puños apretados y una sombra oscura en los ojos, se apresura a poner tierra por medio. También los saben los vecinos, que más de una vez se han visto convertidos, de pronto, en el blanco de sus iras por cualquier tontería y ahora, antes de hablarle, le miran con detenimiento.

—Ahí está Alejandro —dicen, y escrutan su expresión, la posible tensión de sus músculos fuertes, los gestos de su rostro.

Si no hay sombras, perfecto.

—Qué hay, Alejandro…

Si las hay, mejor alejarse, dejarle solo, apartarse de su camino, aunque Alejandro, las más de las veces no ceja hasta encontrar sobre quien descargar su ira: el perruco despistado que no se aparta a tiempo y recibe una patada, los bueyes que sienten sobre su lomo, sin saber por qué, el golpe recio e incomprensible de una vara o los objetos que pasan por sus manos y que son maltratados sin más ni más, estrellados contra la pared o contra el suelo, como si en vez de ser objetos fueran personas y tuvieran la culpa de algo.

Alejandro, con ella, sin embargo, se contiene. No es que la tema, eso no. Es respeto. Y un respeto mutuo, tiene que reconocer. El chico nunca ha claudicado, ni siquiera en su rencor, y esa fortaleza, ese no dejarse vencer ni por nada ni por nadie es lo que ella admira en el fondo de su alma. En cambio el hermano, Luis, tan trabajador y tan dócil, le altera los nervios. No es justo, la Batanera sabe, pero uno no manda en sus sentimientos.

Tras comprobar que Alejandro no está en la fragua y llegar hasta el

almacén a encargar a Luis que busque a su hermano, a Mari Garrido no le queda otra que marcharse a casa a esperar. Antes, eso sí, se detiene a charlar un rato con las vecinas. Seguro que más de una ha visto que al procurador llamando a su puerta tan de mañana y la Batanera deja caer, sin darle importancia, una excusa para justificar la visita:

— Pues no me viene ahora el procurador con que debo las alcabalas…

Mucho se teme que la excusa no haya servido de nada. Las vecinas lo han aceptado en silencio, con unas miradas entre sí que han sido bastante elocuentes. Malditas brujas, tan pendientes de quién entra y de quién sale de su casa, lo que a decir verdad es todo un trabajo porque a su casa viene mucha gente, en especial los tejedores con los encargos para el batán. Ella es la que los recoge y su hijo Luis se los lleva a Gramosilla para el bataneo. Viven de eso, ¿no? Así que tal vez ha exagerado con lo del procurador y ha sido ella la que le ha dado más importancia de la que tenía.

Mari entra en su casa, se pasa la mano por la frente, se quita el manto con el que se cubre y suspira cansada. No puede dejarse llevar por el enfado. Ni por el desánimo, que es peor. Si no fuera todo tan difícil… Más difícil incluso que cuando vivía en el batán.

El batán. A pesar de los años que hace que ya no vive allí a veces todavía le parece tener los oídos llenos del rítmico golpear de los mazos que no paraban ni de día ni de noche. Un ruido que casi echa de menos, en especial ahora en que, a veces, los oídos le estallan de silencio. En el batán siempre había alguien con quién hablar, sobre todo tras morirse su marido, el batanero. Porque mientras estuvo casada tampoco se puede decir que su vida fuera una fiesta. Su marido era un animal que pretendía tundirla a palos. Llegaba bamboleándose, repleto de vino y de malas intenciones y la emprendía con ella, que solo tenía diecisiete años y la absurda idea de que entre sus obligaciones de esposa estaba la de aguantar palizas. No aguató mucho, esa es la verdad, porque una cosa era pensarlo y otra recibir los golpes de un hombre que tenía las manos como palas. Un día, harta ya, saltó como una fiera enjaulada y el marido, demasiado borracho para esperárselo, trastabillo y cayó al suelo. Entre maldiciones y palabras obscenas quiso ponerse en pie, jurando que iba a matarla. Matarla, borracho como una cuba. Matarla, cuando ni siguiera era capaz de mantener el equilibrio. Con desprecio y con furia, porque le dolían, en las costillas y en el alma, cada uno de los golpes recibidos, se acercó al marido que intentaba ponerse en pie y le hizo caer al suelo de nuevo. Ella también era fuerte, ella también tenía dos buenas manos y, además, ella le tenía ganas. En fin, que al día siguiente lucía más cardenales su marido que ella. Dolorido y confuso, envuelto en las brumas del vino, el batanero ni siquiera dudo de su palabra cuando le dijo que se había caído por las escaleras del molino. Con el tiempo, no obstante, debió de acabar sospechando algo, o tal vez en alguna ocasión no estaba tan borracho como para no darse cuenta de que durante aquellas palizas cobraba mucho más él que ella. El caso es

que terminó por olvidarse de los golpes. Aun así no se puede decir que la convivencia hubiese sido fácil y cuando enviudó, sintió alivio. Se quedó de dueña y señora del batán. La viuda del batanero: la Batanera. Un buen arreglo. Sí, había habido habladurías, desde luego, y hasta el propio don Gutierre de Guevara, el amo, puso sus pegas. Se le pasaron las dudas y las reticencias cuando ella pagó el arriendo sin chistar. Ni siquiera le costó hacerse con el manejo del batán. Comenzaban los trabajos el día de San Miguel, en septiembre, y ya no paraban hasta marzo, y durante todo ese tiempo el martilleo del batán no cesaba, ni cesaban las visitas de los tejedores o de sus mozos trayendo los tejidos. Y ella hablaba con unos y otros y mandaba y decidía y no tenía que dar cuentas a nadie. Hasta que se cansó de estar en boca de todo el mundo y decidió cambiar su libertad por la seguridad de un nuevo marido. Un marido que, lo que es la vida, le duró tan poco como el primero dejándola de nuevo sola aunque esta vez, a parte del oficio, heredó cuatro carretas y dos hijos.

Y, ahora, su plácida vida en Escalonilla está en peligro porque el imbécil de Agustín González había sido incapaz de hacer algo tan sencillo como custodiar una llave. Solo eso. Solo tenía que haber guardado la llave y haberse callado. Pero no, no pudo hacerlo. Y ella, al enterarse, había sentido la rabia subiéndole en oleadas hasta la garganta.

Esa llave los incriminaba a todos.

Había intentado recuperarla por todos los medios. Aquella maldita noche, después de que Agustín le contara lo que había hecho, había corrido despavorida por el camino de la Alamedilla buscando el cuerpo del aprendiz. Apenas había amanecido y sin embargo fue demasiado tarde. El alcalde y sus acompañantes ya habían hecho su macabro descubrimiento y estaban poniendo al pobre chico sobre una manta para acarrearlo hasta la iglesia. Volvió al pueblo sin que la vieran y se unió a la gente que ya se iba reuniendo en la plaza. Formó parte de los corrillos, participo en las murmuraciones y, apenas lo permitieron, entró en el templo, junto con muchas otras personas, para echar un vistazo. La angustia se le agarró a la garganta cuando vio aquel bulto informe que tan solo unas horas antes había sido un muchacho alegre y lleno de vida. Ella le había visto muchas veces ayudando en las misas, y con Pedro de Hinojosa, el tejedor, cuando le llevaba los tejidos para el batán. Siempre le había parecido simpático y tenía una bonita sonrisa. Y ahora estaba allí, apaleado, y ella no podía pensar nada más que en la llave y en Alejandro.

—¿Es que no hay nadie aquí con un poco de compasión para coger al muchacho y limpiarlo? —había gritado con lágrimas en los ojos.

Se había arrodillado y con manos temblorosas había apartado la manta. Cuando vio el rostro del pobre chico, tan maltratado, había sentido que se le partía el alma. Arrancándose el manto que llevaba sobre los hombros, intentó adecentarlo. Sujetó la cabeza contra su pecho y con una esquina del manto y sus propias lágrimas fue limpiando la sangre. Alguien, a su lado,

murmuró que el aprendiz no tenía familia, que valiente excusa para dejarlo tirado como a un perro. Pues bien, se dijo, ella sería su familia. Sería la madre que el chico nunca había tenido igual que era la madre de los dos hijos de su esposo. Qué ironía. Porque al único hijo que había parido, en cambio, nunca había podido cuidarlo. Quizá algún día, en algún lugar, otra mujer pudiera hacerlo por ella.

Con el corazón acongojado, le arregló al muchacho el pelo sobre la frente y le colocó la ropa y trajo un paño con el que cubrirle y unas cuantas velas que encendió a su lado. Y hasta le dio dinero al cura para dijera unas misas por su alma.

Cuando llegó a casa, estaba destrozada.

Alejandro no estaba. Luis, sí. Luis, que la miraba con unos ojos asustados que siempre la llenaban de impaciencia. Solo que por una vez lo entendió. Hasta ella sentía miedo de sí misma.

—¿Has encontrado la llave? ¬—dijo su hijo en voz baja.

Ella denegó con la cabeza, como si se hubiera quedado sin palabras. Se sentó ante el fuego y se tapó los ojos con las manos. No le sirvió de nada porque siguió teniendo delante la imagen del chico muerto. La imagen de su cuerpo roto mientras le lavaba y le colocaba el pelo sobre la frente y buscaba, entre sus ropas, con disimulo, la maldita llave del arca.

Y ahora resulta que la llave había aparecido en manos del forastero, ese misterioso Alonso de Oviedo que no hacía más que pasearse por el pueblo hablando con unos y con otros.

La Batanera, nerviosa, se estremece. Se siente cada vez más amenazada. Y eso no le gusta. No le gusta nada.

Hernán, el testigo

Hernán está furioso y lo demuestra. Atiende prontamente las órdenes y los deseos de don Alonso, y lo hace con brusquedad, a golpes, dejando que el ruido que arma con cada uno de sus movimientos hable con la elocuencia que no es capaz de poner en sus palabras.

Su amo no se da por aludido. Con la tranquilidad de siempre, don Alonso lleva ya un rato acicalándose. Ha obligado a Hernán a sacar de su equipaje unos ropajes más elegantes y lujosos si cabe que su ropa habitual y él ha tenido que lustrar hebillas y zapatos, y cepillar terciopelos, y subir y bajar agua, que no es que le importe pero con esa manía de lavarse a todas horas mucho se teme Hernán que el caballero acabe por desgastarse, eso si no lo toman por moro. Al final, como a pesar del ruido, del ceño fruncido y de la brusquedad, don Alonso no entra al trapo, Hernán vuelve a la carga.

—¿Por qué no puedo ir con vos? Decís que no queréis que me quede solo y me dejáis aquí.

—Vamos, Hernán, ya te lo he explicado —contesta don Alonso con paciencia—. No vas a quedarte solo. Cenarás con Marina y su familia, que no te perderán de vista. Y en cuanto acabe la cena nos reuniremos en la iglesia para la Misa del Gallo.

—Debería acompañaros —refunfuña Hernán nada convencido¬—. Un señor debe ir con su criado.

Don Alonso niega con la cabeza aunque Hernán se da cuenta de que lo hace de forma distraída.

—Si voy con vos no podrá pasarme nada —insiste.

Don Alonso, esta vez, no se molesta en contestar. Ya lo ha hecho varias veces explicándole, con más paciencia de la que en realidad Hernán hubiese esperado, que en casa de don Lorenzo Suárez de Figueroa, dónde ha sido invitado a la cena de Nochebuena, ya habrá suficientes criados y que si Hernán lo acompaña tendrá que quedarse en las cocinas o en los establos donde nadie podrá mirar por él. No se queda convencido Hernán, sobre todo porque piensa que si hasta el momento ha acompañado a don Alonso a todas partes y nadie ha puesto ningún reparo, por qué no va a

poder ir también a casa de ese Figueroa. No le hace gracia separarse de don Alonso. No ya porque tenga miedo, que el miedo, por fortuna, ha ido desvaneciéndose un poco con el transcurrir de los días, con esas conversaciones que han ido manteniendo con la gente y que le han demostrado que Escalonilla, el pueblo de sus desvelos, es un lugar como cualquier otro y que no está plagado de asesinos terribles, sino de personas vulgares y corrientes como las que uno puede encontrarse en cualquier otro lugar. No, no es tanto que tema por sí mismo, sino por el propio caballero, que Don Alonso será muy inteligente y sabrá mucho de latines y de leyes, pero de la vida normal y corriente sabe muy poco. Es demasiado cuidadoso y demasiado educado, está demasiado pendiente de las formas y las palabras y, a veces, hasta se diría que se pierde demasiado en sus reflexiones, hasta el punto de que parece no darse ni cuenta de lo que ocurre a su alrededor. Eso sin contar que fuerte, lo que se dice fuerte, no es. Al contrario, con esa dificultad para respirar que le acomete en ocasiones y que le deja débil y tembloroso. Con un hombre así qué puede uno hacer. Eso es lo que le preocupa a Hernán que, además, se siente un poco avergonzado de sus pensamientos, como si fueran una deslealtad hacia quien, lo mires como lo mires, lo ha dejado todo para ayudarle y lo ha sacado de la miseria de su vida como aprendiz. Solo por eso, Hernán ya se siente obligado a cuidarlo, a estar a su lado vigilando para que no le ocurra nada.

No hay caso. Don Alonso, impaciente, ha dicho su última palabra. Se va a cenar a casa de don Lorenzo Suarez de Figueroa y se va solo. Hernán le echa una última mirada y a pesar del enfado es una mirada de orgullo. Su señor tiene buena planta, tan alto y erguido, tan bien vestido como un príncipe. No es extraño que don Lorenzo, el único hidalgo del pueblo, procedente de un linaje de importancia, le haya invitado a la cena de Nochebuena.

Resignado, Hernán ve partir a su amo. En realidad, solo se va unos metros más allá, al caserón que hay casi frente a la iglesia haciendo esquina entre la plaza de Arriba y la plaza de Abajo. Y antes de partir, todavía don Alonso vuelve a recordarle que no se aleje de los cuidados y la vigilancia de la Zumaquera, prometiéndole que se verán más tarde, durante los oficios.

Tras la marcha de don Alonso, Hernán se queda sin saber qué hacer. Pasa un rato en la habitación ordenando el equipaje del caballero, cepillando y doblando sus ropas, sacando brillo a sus botas, lustrando sus sombreros. Su mente, mientras tanto, se aleja de lo que está haciendo. Ha cambiado tanto su vida en tres días que a veces le cuesta situarse, desorientado. Es la misma sensación que tenía de niño, cuando después de haber girado y girado cogido de las manos de algún compañero, se paraba sintiendo que todo a su alrededor seguía dando vueltas. Solo que ahora no es divertido. No, no es agradable saber que uno no tiene nada seguro bajo

los pies. En tres días ha perdido a su amigo Diego, ha abandonado a su amo, se ha convertido en el sirviente de don Alonso, ha vuelto a Escalonilla… El taller del maestro Mateo Pérez parece ya tan lejano que se le hace extraño pensar que solo hace tres días estaba allí, desesperado, asustado, luchando con las nauseas que le infundía su vida. Y poco después estaba huyendo a través de las tierras que separan Gerindote y Escalonilla. Primero de ida, huyendo del amo, y al poco de vuelta, huyendo de la muerte… Todo le parece ahora, desde la seguridad de su nueva situación, una pesadilla. Una pesadilla de la que no puede despertarse porque, haga lo que haga, Diego ya no volverá a estar nunca a su lado.

—¿Qué pasó? —se pregunta Hernán, vagando de un lado a otro de la habitación, sin encontrar en qué ocuparse—. ¿Qué pasó para que Diego acabara de una manera tan terrible?

Hernán, por mucho que lo piensa, no acaba de entender qué tenía que ver su amigo con el asunto de las elecciones y los cargos del concejo, ni por qué tenía la llave del arca del ayuntamiento. Diego no era un ladrón. Es verdad que ambos, en ocasiones, habían hurtado pasteles y dulces en el mercado, lo que casi ni puede decirse que fuera robar. En cambio, el arca de los privilegios… ¿Había pretendido Diego robar los caudales públicos? ¿Y por qué no le dijo nada cuando planearon la huida? No tenía sentido. Ni siquiera entendía, puestos a pensar en ello, por qué Diego había querido huir. Su maestro, el tejedor Pedro de Hinojosa, parecía una buena persona y le había dejado tiempo para ayudar en las misas y para cantar en el coro, como tanto le gustaba hacer. ¿Por qué escapar de todo aquello?

Hernán, angustiado, se desespera encerrado entre las cuatro paredes de la estancia. Si al menos don Alonso le hubiera dejado acompañarlo… Para no seguir dándole vueltas a la cabeza, abandona la habitación y baja a la cocina. Ya antes de llegar un olor exquisito le inunda como una oleada. Marina, la Zumaquera, con las mangas arremangadas por encima del codo y las mejillas coloradas, se afana ante el fuego. Sonríe a Hernán cuando le ve entrar.

—Qué bien huele —dice el chico.

Marina se ríe.

—Tortas de manteca con chicharrones. ¿Te gustan?

—Nunca las he probado —reconoce Hernán.

—Pues espera a probarlas. Seguro que nunca has comido nada tan rico.

No lo duda Hernán porque el olor es delicioso. Marina le explica que además de las tortas está preparando pan de higos y mostachones, eso sin contar que en el horno del patio se están asando las aves para la cena.

¬ Sin saber ni cómo, Hernán acaba ayudando a la Zumaquera, que charla por los codos y ríe y se relame probando las masas que va haciendo, embadurnada de harina. Hay en ella algo infantil que a Hernán le gusta. Se diría que en vez de una mujer adulta, de esas que siempre regañan, Marina tuviera todavía la infancia pegada a la espalda, demasiado cercana como

para comportarse con seriedad. Su hijo, el pequeño Alonso, también le gusta, con sus gritos y sus risas. Y hasta el perrazo que sigue al niño a todas partes y que al principio a Hernán le daba un poco de miedo, ahora le parece simpático. Acaba sentado en el suelo, cerca de la lumbre, al lado del niño, descascarillando entre los dos el cascajo que Marina les ha dado. Van quitando las cáscaras y poniendo los frutos secos en un plato. O al menos van poniendo muchos, porque otros, cuando Marina no mira, se los comen entre risas.

Se siente tan a gusto Hernán que tiene miedo que llegue la hora de la cena y todo se estropee. Marina le dice que su marido, Antón, ha ido en busca de sus padres, que cenaran con ellos. Mientras llegan, ayuda a Marina a montar un tablero enorme en mitad de la cocina, y coloca los platos y las jarras y mira asombrado como salen del horno los panes crujientes y los bollos esponjosos. Al calor del horno acaba tan acalorado como la propia Marina. Es un calor agradable, con olor de panes y masas, y ese calor, ese olor, esas risas y esos juegos, van embriagando a Hernán que se siente igual que si hubiese bebido. El sonido de las campanas de la iglesia, repicando, es el mar de fondo de una tarde insospechada en el transcurrir cotidiano. Un sonido que le trae ecos de otros tiempos, en el colegio de La Piedra, cuando era niño y la señora de Torrijos, doña Teresa Enríquez, reinaba como una abuela cariñosa sobre ellos. Entonces, recuerda Hernán, no había preocupaciones. Las campanas de la Colegiata repicaban y doña Teresa, tan anciana y bondadosa, reía con ellos y repartía pan y leche y les enseñaba canciones y el mundo era un lugar amable.

Cuando llega el Zumaquero, acompañado de su madre y sus suegros, Marina ha logrado tener preparada la cena e incluso se ha arreglado, trenzándose el pelo alrededor de la cabeza como una corona lustrosa. El pequeño Zumaquero, excitado por las novedades, se convierte en el rey de la fiesta, con sus risas y sus gritos nerviosos. Todos participan de su alegría. Hernán, en un primer momento, se siente algo desplazado y se mantiene en silencio, hasta que Marina le incluye en las conversaciones, le sienta en la mesa a su lado y le hace cómplice de sus pequeños errores domésticos. También de sus grandes triunfos, como cuando le da las tortas de manteca que ha estado toda la tarde preparando, para que las reparta. Acaban cantando canciones ingenuas que Hernán no conoce, acompañándolas con el ritmo de un pandero que saca de algún sitio Marina y del golpeteo de las cucharas contra cualquier objeto que suene, los platos o las jarras, la propia mesa y hasta una sartén que se trae el niño de la cocina.

Hernán se siente liviano. No quiere pensar en nada, recordar porque está en aquella casa, en aquel pueblo, con aquella gente. Y sin embargo, en el fondo de su mente hay un pequeño nudo de inquietud que no llega a deshacerse en ningún momento, hasta que de pronto le sobresalta con toda su fuerza.

—Venga —dice Antón el Zumaquero, cuando ya han cenado y bebido

y cantado hasta hartarse—. Tenemos que marcharnos o no llegaremos a la Misa del Gallo.

Y al oírlo, Hernán se da cuenta de que, a pesar de lo agradable que ha sido la noche, no ha podido dejar de pensar ni un momento en que su amo, don Alonso, se ha ido solo. Está deseando encontrarse de nuevo con él, cerciorarse de que está bien, de que sigue existiendo, de que el mundo sigue siendo el mismo que cuando se marchó hace unas horas, porque no soportaría otro cambio brusco en su vida. Ni siquiera lo desearía. No. Marina y Antón el Zumaquero, y el niño, y los abuelos, todos ellos son agradables y acogedores, pero Hernán no pertenece a ese mundo. Hernán es el criado de don Alonso de Oviedo, un gran caballero, el hombre en quien confía.

Cuando salen para ir a la iglesia, bien abrigados, Hernán mira a su alrededor con asombro. Los vecinos han encendido cientos de candelas con las que han ido bordeando las fachadas de cada casa, y las calles son pequeños caminos de luces que se cruzan y entrecruzan. Las candelas lucen en los alféizares de todas las ventanas, en los quicios de las puertas y en cualquier otro lugar con espacio suficiente para ponerlas, contribuyendo a iluminar las calles y hacerlas transitables. Huele a romero, a enebro y a tomillo con los que se han engalanado puertas y ventanas, y el aire frío de la noche trae consigo el olor de la leña con que se caldean, más que cualquier otra noche, tantos hogares. La plaza está iluminada con hachones y teas y, a través de los portones de la iglesia, abiertos de par en par, se ve que el interior reluce con decenas de candelabros. Las campanas, que llevan tocando desde las diez de la noche, parecen haber enloquecido llamando a los feligreses. La gente se aglomera en la explanada, sin prisas, hablando y riendo. Hernán se anima a asomarse al templo y le asombra lo bonito que está, reluciente a la luz de las velas y adornado con ramas y flores. En el altar, el cura, don Fermín, engalanado con una hermosa casulla bordada, parece concentrado en sus lecciones y sus salmos. Varios niños le asisten con torpeza, ataviados con vestiduras que a la gran mayoría les vienen grandes. Hernán se entristece pensando que Diego trabajó mucho para enseñar a los monaguillos y formar un coro digno de tal nombre y recuerda, entristecido, sus tiempos de clerizones en la colegiata de Torrijos, un trabajo que a él le aburría y que a Diego le encantaba.

Hernán se une de nuevo a Marina y su familia que se han acercado a una de las fogatas que los vecinos han encendido aquí y allá para calentarse. Los chiquillos corretean y ríen entre las piernas de la gente. Se oyen canciones y algunos bailan. Cada vez con más impaciencia, Hernán busca entre la gente a don Alonso, sin encontrarlo. Pregunta a Marina que le dice que don Lorenzo Suárez de Figueroa no suele acudir a la iglesia hasta minutos antes del comienzo de la misa y le indica, además, donde vive. Desde ese momento, Hernán no quita la vista de aquella puerta. Son casi las doce cuando, por fin, observa movimiento en la casa. Al poco salen

de ella sus ocupantes, rodeados de criados que portan lámparas para alumbrarse, aun estando las calles tan bien iluminadas. Distingue Hernán, con alivio, a don Alonso, alto, delgado, elegante, tranquilo como siempre. Camina al lado de un joven que supone Hernán que es el famoso don Lorenzo, mucho menos imponente de lo que él imaginaba. Con ellos va otro hombre de corta estatura y aspecto poco refinado que resulta más llamativo que el propio don Lorenzo e incluso que don Alonso.

—Gerena —le dice Marina a media voz.

Y Hernán, que lleva varios días oyendo hablar de él, le observa con atención. Gerena parece llenar el espacio con su presencia y, de hecho, según se va acercando a la plaza, va congregando a su alrededor saludos y apretones de manos. En cambio, a don Lorenzo lo saludan desde lejos, con más comedimiento. Don Alonso, algo apartado, les sigue. Cuando divisa a Hernán le hace un gesto y el chico, sin saber por qué, se siente aliviado.

La entrada de los caballeros en la iglesia parece ser la señal para que entren los demás. Poco a poco se van acomodando en el templo. Cerca del altar, en sillas de madera oscura y terciopelo rojo, con un reclinatorio delante, toman asiento don Lorenzo y sus acompañantes. El resto del pueblo se apelotona detrás, de pie, llenando el aire de susurros poco contenidos, toses, arrastrar de pies, llantos de niños y risas sofocadas, que se van apagando cuando empieza el oficio.

A Hernán la misa se le hace muy larga. El calor de tanta gente junta en tan poco espacio, la luz temblorosa de las velas, los rezos acompasados, la cena copiosa y el cansancio del día, lo van adormilando. De haber tenido donde apoyarse, sin duda se hubiera quedado dormido, acunado a duras penas por la voz estentórea del párroco y sus «iudicii signum» clamorosos. Al final, lo que le espabila es el barullo de la gente, sus exclamaciones de júbilo cuando la iglesia se llena de palomas que vuelan asustadas de un lugar a otro, soltadas por los monaguillos que han cambiado sus vestimentas demasiado grandes por trajes de pastores y que cantan ante el altar mayor, bajo la mirada altiva y condescendiente del sacerdote. La canción le resulta incomprensible a Hernán excepto en su estribillo que corean todos a gritos:

—¿A quién visteis?

—¡Al Niño! ¬

Con aquello parece terminar el oficio aunque no la vigilia. Poco después se celebrará la misa de la aurora o de los pastores y, por ello, la iglesia se queda con las puertas abiertas de par en par. Los vecinos vuelven a reunirse en corrillos en la plaza, en torno a las hogueras espabiladas por los mozos. Alguien ha montado improvisadas mesas con tablones y las ha llenado de dulces y manjares: rosquillas, tortas, panes, bollos de aceite, hojuelas de miel, higos, castañas, nueces y almendras. Se sirve con abundancia el vino espeso de la zona, aligerado con agua y endulzado con canela. No sabe Hernán de dónde ha salido tanta comida pero viendo como

la gente se apresura a llevársela a la boca e incluso a guardársela en los bolsillos, piensa que debe tratarse de una especie de limosna ofrecida por la parroquia, o puede que por don Lorenzo o por Carlos de Gerena. No le da muchas vueltas en cualquier caso y se deja llevar del jaleo, arrimándose a una de las improvisadas mesas y llenándose la boca de los primeros dulces que le caen a mano. Es difícil, porque la gente se empuja y ríe y canta. Algunos se animan a bailar siguiendo el ritmo de los panderos que han aparecido, como por arte de magia, en las manos de muchos, en especial de los más jóvenes. Hay también zambombas, castañuelas, panderetas y tambores. Y sobre todo, hay alegría y deseos de pasarlo bien.

Con la boca llena de dulce y los dedos pegajosos, Hernán mira a su alrededor con asombro. En su infancia, la Navidad era una noche que esperaban durante todo el año. Recuerda las sopas de pan y huevo que comían por la tarde y los buñuelos, tan ligeros que parecían rellenos de aire. Luego se preparaban para ir al coro, nerviosos, porque llevaban ensayando durante meses. Recuerda la grandeza de la Colegiata de Torrijos, maravillosamente iluminada, presidida por la Señora, Teresa Enríquez, que convertía la ocasión en un momento importante y solemne. De niño aquello le parecía el no va más de la diversión y el lujo. Ahora Hernán piensa que mucho mejor resulta la forma de celebrar la Navidad que tiene Escalonilla, con su alegría sencilla y compartida en mitad de la noche, todos rodeados por las luces temblorosas de las candelas que iluminan los ojos, y con el aire frío de la noche que pone color en las mejillas.

Empujado por la gente, Hernán se aleja de la mesa y de las delicias dulces con las que se ha llenado la boca. Recorre con la vista la explanada llena de gente. Las puertas de la iglesia siguen abiertas y, ante ellas, el párroco, don Fermín, habla con varias personas. Reconoce Hernán a don Lorenzo Suárez de Figueroa, muy bien vestido, y con un sobresalto se da cuenta de que su amo, don Alonso, no está con él. Hernán da un rápido vistazo a los alrededores buscándolo con la mirada. Divisa no solo al cura y al hidalgo sino también, un poco más allá, a Gerena, rodeado, como siempre, de gente. Hay otros corrillos y Hernán reconoce a muchas de las personas que hablan en ellos. Está el alcalde, Juan Moreno, alto y de rostro serio, con algunos de sus regidores. Un poco más allá puede reconocer al amo de Diego, Pedro de Hinojosa, con una mujer rolliza a su lado, un joven alto que se parece a él y una niña de rostro extraño, asida a su madre y con cara de susto. Supone Hernán que es la hija del tejedor, que tan amiga se hizo de Diego. En otro grupo puede ver al anciano que por la mañana los llevó hasta el despoblado de Casas Albas, el viejo Germán Sánchez, acompañado de un joven, tal vez su hijo, Germán el Mozo, con su mujer y sus niños. Hay otras caras conocidas: la mujer alta y delgada que los recibió el primer día, la hermana del cura, que parece muy atareada; Marina y su familia, riendo cerca de una de las mesas llenas de confituras… Y

corrillos de lo que parecen familias enteras, adultos con niños a su alrededor y ancianos cerca, todos ellos con un aspecto muy parecido: los hombres, recios y de caras oscurecidas por las muchas horas de trabajo al sol; las mujeres, sólidas y parcas, tapadas con sus mantos, y los críos, revoltosos, de mejillas coloreadas y ojos resplandecientes.

Hernán siente en su interior un calambre de miedo. Ninguna de aquellas figuras es la de don Alonso.

Separándose aún más de la aglomeración que hay junto a la mesa, Hernán vuelve a recorrer la plaza con la vista, esta vez poniendo más atención, aunque también con más impaciencia. Desde la puerta de la iglesia, todavía abierta, hasta las distintas hogueras encendidas aquí y allá. Desde las mesas rodeadas de gente que se llena las manos y las bocas de dulces, hasta los corrillos en los que charlan unos y otros. Desde el centro de la explanada, bien iluminado, hasta el inicio de las calles que en ella terminan como pequeños ríos de luz marcados por las candelas temblorosas… Hernán siente que el corazón se le acelera en el pecho. Puede sentir sus latidos con la misma contundencia con la que suenan los panderos que golpean los más jóvenes a su lado. Cada vez con más alarma, Hernán recorre una y otra vez, con la vista, lo que tiene delante. Sus ojos buscan la figura alta y delgada de don Alonso, su rostro serio y tranquilo, y no lo encuentra. Un ramalazo de miedo, de alarma, se le agarra a la garganta.

—Marina, Marina ¬—llama tirando del brazo de la mujer que, a su lado, ríe acompañada de su familia ¬—. ¡No veo a don Alonso!

Marina no le presta demasiada atención. Pasa su brazo protector por los hombros del chico, le sonríe, pero sus ojos y sus oídos siguen pendientes de los suyos, del pequeño Zumaquero que se agarra a sus piernas, de sus padres que ríen y hablan a su lado, de Antón, su esposo, que un poco más lejos, charla con algunos vecinos.

Hernán, impaciente, se separa de Marina. La alarma es ya una aguja afilada que le atraviesa de parte a parte mientras sus ojos siguen registrando lo que tiene delante. Ninguna de aquellas personas es la que busca y, de pronto, a Hernán, el espacio que le rodea le parece enorme, desolado, peligroso. Las calles ya no son preciosos ríos de luz que desembocan ante él, sino caminos oscuros y terribles llenos de sombras, y las gentes, que hace unos segundos le parecían tan alegres y despreocupadas, se le antojan amenazadoras.

—¡Marina! —vuelve a llamar, ahora ya con una nota de histerismo en la voz—. No veo a don Alonso.

Marina, si bien esta vez le presta atención, no parece preocupada.

— Tu amo estará con don Lorenzo, chico, no te preocupes.

—No —niega Hernán—. Don Lorenzo está hablando con el cura, ¿no lo ves? Don Alonso no está con ellos.

Marina se vuelve y comprueba que el párroco, ante las puertas de la

iglesia, habla con el hidalgo. Al lado, divisa a Gerena y los suyos y, poco a poco, como ha estado haciendo Hernán, va pasando revista a todos los grupos, sin ver por ningún lado al caballero.

—Se habrá marchado a casa ¬¬¬—dice. Los señores tienen hábitos raros, o al menos eso le parece a Marina. Y aquel señor en concreto, don Alonso, desde que llegó al pueblo, ha entrado y salido a su gusto sin que ella supiera dónde iba o qué hacía. No le extraña, por tanto, no verlo, si bien se apiada de la angustia del muchacho—. Vamos, chico, tranquilízate. Tu don Alonso se habrá cansado y habrá decidido retirarse.

Hernán niega con la cabeza. Don Alonso no se habría ido sin él. Sabía que le estaba esperando. Habían acordado antes de la cena reencontrarse en la Misa del Gallo.

—Voy a preguntar a don Lorenzo ¬—dice Hernán con impaciencia, soltándose de la mano de Marina que intenta detenerlo.

Hernán llega corriendo a las puertas de la iglesia. Aún duda un momento antes de interrumpir al cura y al hidalgo y, al final, impulsado por el miedo, se acerca.

—Disculpad, señor… ¬—dice quitándose la gorra y estrujándola entre las manos.

Don Lorenzo apenas le mira y el cura, aunque intenta poner en su rostro una expresión complaciente, contesta con impaciencia.

—¿Qué pasa, muchacho? ¿No ves que estamos hablando?

—Perdonad, señor, no quiero molestaros. Soy el criado de don Alonso de Oviedo. Le estoy buscando.

—Tu amo no está aquí, ¿no lo ves?

—Estaba con vos, señor —insiste Hernán dirigiéndose a don Lorenzo —. Ha cenado en vuestra casa.

Asiente don Lorenzo mirando con un poco más de atención al muchacho, recorriéndolo con la vista de arriba abajo.

—Así es.

—Habéis venido juntos a la iglesia —dice Hernán—. Y ahora no lo encuentro.

¬ Don Lorenzo mira a su alrededor con gesto vago.

—Se habrá quedado dentro… —indica señalando con la cabeza el interior del templo.

Hernán, nervioso, con un cierto sentimiento de esperanza, asiente. Eso es. Don Alonso no ha salido todavía del templo. Estará rezando, o mirándolo todo de cerca, como hace a veces. Hernán, sin ni siquiera una palabra, corre al interior de la iglesia seguido por las miradas sorprendidas del párroco y el hidalgo. Al hacerlo, casi choca con la hermana del cura, la Sacristana, que por lo visto estaba escuchando. Hernán penetra en la iglesia y la recorre con los ojos. No le cuesta ni un segundo hacerlo porque el templo, iluminado por la luz de las velas, está vacío. Su corazón se encoge cuando comprueba que don Alonso tampoco está allí.

— Le he visto salir acompañado de don Lorenzo y don Fermín —dice a su lado la hermana del cura que también ha pasado la vista con rapidez por el espacio vacío de la iglesia.

Hernán la mira angustiado.

—¿No se habrá vuelto a casa? ¬—pregunta la Sacristana.

Hernán niega con la cabeza, sus ojos fijos en los de la mujer que parece tan preocupada como él.

—No, no habría vuelto sin mí. Habíamos quedado en reunirnos aquí.

Los dos se quedan un momento en silencio y luego dan media vuelta volviendo a salir al exterior. Durante unos segundos recorren ambos con los ojos, una vez más, el espacio que tienen ante ellos.

— Ven —dice la Sacristana después de haber pasado su mirada vigilante y segura por toda la plaza.

Seguida de Hernán, se acerca al cura y a don Lorenzo.

—No encontramos a don Alonso —dice interrumpiendo la conversación de los dos hombres sin ningún miramiento—. ¿No estaba con vos, don Lorenzo? ¿Os ha dicho algo? ¿Os ha comentado si tenía que ir a algún sitio…?

—Aldonza, estás importunando a don Lorenzo —se enfada su hermano.

Don Lorenzo hace un gesto como diciendo que no le importa.

—Don Alonso estaba conmigo hace un momento —reconoce—. Hemos asistido juntos a la misa, aunque hace rato que no lo veo. Estará por ahí, hablando con alguien, supongo…

—No, no está —contesta la Sacristana con seguridad—. Ha desaparecido.

—Aldonza, esto es demasiado… —dice don Fermín— Disculpad, don Lorenzo, no creo que…

Aldonza no presta atención a su hermano. Se vuelve hacia Hernán. En sus ojos hay impaciencia, resolución y quizá, sí, quizá un poquito de alarma.

— ¿Estás seguro de que no ha vuelto a casa?

Hernán se queda mirando los ojos de la Sacristana, tan firmes, tan seguros, sin ser capaz de contestar. La angustia ya es una presencia tangible a su lado. Todo el miedo, todo ese miedo que se había ido disolviendo con el paso de los días y con la presencia tranquilizadora de don Alonso y con las conversaciones y los paseos y las historias que les habían ido contando, todo ese miedo le ha vuelto de golpe y Hernán siente que se le acumula en la garganta y que le paraliza. Aldonza, que le ha mantenido la mirada, parece hacerse cargo, comprenderlo, y poniéndole una mano en el hombro le impulsa con firmeza.

—Vamos — le dice— tenemos que comprobarlo.

Desde ese momento a Hernán le parece estar viviendo, otra vez, una pesadilla. Va detrás de Aldonza como un perrillo va detrás de su amo. La ve hablar primero con Marina y más tarde con Antón el Zumaquero que

termina asintiendo y marchándose con rapidez. También vuelven a hablar con don Lorenzo y con el cura. A instancias de Aldonza, el círculo se va ampliando y al poco está con ellos Juan Moreno, el alcalde, con uno de sus regidores, y Pedro de Hinojosa, que se ha acercado extrañado por el revuelo. Y Gerena, que habla en voz muy fuerte y llama a sus criados y les pregunta y ordena que busquen al caballero. Don Lorenzo incluso manda a uno de sus sirvientes a comprobar si don Alonso, por algún motivo que nadie acierta a imaginar, hubiera decidió regresar al lugar donde cenaron.

Cuando regresa Antón el Zumaquero diciendo que don Alonso no está en su casa, a Hernán el miedo se le convierte casi en terror. Sus ojos se vuelven, una y otra vez, a la oscuridad de las calles y es como si otra vez estuviera allí como estuvo aquella noche que lleva días intentando olvidar, y le parece sentir sobre él, otra vez, la oscuridad amenazante y el frío del viento y oye aquel ulular terrorífico y le parece sentir los golpes, los terribles golpes que escuchó en la oscuridad, acurrucado en las sombras, los golpes que terminaron con Diego.

La preocupación por don Alonso va tomando cuerpo. Hernán comprueba que las caras de los que le rodean están serias y hay, en todos los ojos, una mirada de alerta. El alcalde, Juan Moreno, está diciendo que hay que comprobar de nuevo que el caballero no se halla en ninguno de los lugares en los que sería lógico encontrarlo. Siguiendo sus indicaciones, Aldonza, junto con el cura y un par de personas que Hernán no conoce, vuelve a entrar en la iglesia. El Zumaquero y su suegro vuelven de nuevo a su casa, y lo mismo hacen los criados de don Lorenzo ante una orden seca de su amo. Mientras, los demás buscan por la plaza. Pronto todo el mundo parece estar al tanto. La fiesta ha perdido su jolgorio, han dejado de oírse las canciones y los panderos y la gente hace corrillos para contarse unos a otros las novedades.

— No encuentran al forastero, al señor que llegó hace unos días…

—Estaba con don Lorenzo escuchando la misa…

—Habrá vuelto a su casa…

—Lo vi salir de la iglesia hace un rato…

—No, no está con don Lorenzo, ¿no ves que lo están buscando?

Los vecinos empiezan a mirar a su alrededor con alarma. Vuelven los criados de don Lorenzo afirmando que don Alonso no ha vuelto al lugar donde cenó, vuelven los Zumaquero diciendo que tampoco está en la casa en que se hospeda, vuelven Aldonza y don Fermín confirmando que en la iglesia no hay nadie… Germán Sánchez y su hijo se acercan con cara seria, igual que otras personas que Hernán no conoce. Todos se quedan durante unos segundos en suspenso, silenciosos, sin saber qué hacer.

—Está bien. Hay que buscarlo —dice Juan Moreno—. Coged teas para iluminaros. No puede estar muy lejos.

Los hombres asienten. Las mujeres, asustadas, cogen a sus niños de la mano, los levantan en brazos, dispuestas a volver a su hogar. Se acabó la

fiesta.

—¡Aquí! ¡Aquí!

Un chico llega corriendo, pálido, demudado.

—¡Es el forastero! —explica jadeando—. ¡Está allí! —señala la parte de atrás de la iglesia, hacia la plaza del Caño—. ¡El caballero está allí, tirado en el suelo!

Escalonilla, 25 de diciembre de 1535

Don Alonso de Oviedo, el pesquisidor

Dolor. Es lo único que existe, lo único que tiene una presencia tangible y segura, porque todo lo demás parece haber perdido su consistencia. Dolor, y la oscuridad en la ventana como si la noche hubiera decidido ser eterna, como si el sol hubiese desaparecido para siempre. Dolor y negrura.

Don Alonso se agita en la cama. El dolor de cabeza le tiene confuso y sumido en un sopor que ni le descansa ni le permite el sosiego. Al contrario, le llena el cerebro de imágenes terribles, de angustias y miedos que le hacen agitarse y temblar como un azogado. No consigue dormir. Lleva toda la noche con los ojos cerrados y el sueño no acude, aunque al menos ha conseguido que, al verle así, dejen de molestarle. Porque, de la pura preocupación, no le han dejado ni un momento tranquilo. Marina la Zumaquera le ha llevado agua, le ha colocado los almohadones y no ha cesado de entrar y salir de la habitación con una excusa u otra. El médico, un hombrecillo muy viejo, con nariz afilada y dientes de ratón, estuvo a la cabecera de su cama.

—Esto ya está —dijo tras limpiarle la herida de la cabeza y aplicar sobre ella una cataplasma con algún ungüento de olor intenso—. No es nada grave. Lo mejor es que intente descansar…

Pero poco podía descansar con tanta visita, porque también rondaron por allí, en algún momento, el Zumaquero, con cara compungida, y el alcalde, Juan Moreno, con la mandíbula apretada y el ceño fruncido, y el cura, don Fermín, recitando sus latines, y hasta una mujer estrecha y espigada que don Alonso está seguro de conocer si bien en aquel momento no atinaba a ponerle nombre. Ante tal avalancha, terminó por cerrar los ojos y quedarse tendido intentando que se le calmaran los latidos dolorosos de la cabeza. Los visitantes se fueron retirando con las frases típicas en estos casos: que duerma, el sueño todo lo cura, no hay medicina como el descanso, bendito sueño, bendito olvido...

Y aun así, el sueño no ha llegado en ningún momento, solo un sopor que le tiene confuso, un duermevela eterno y esa obsesión por la ventana, tan oscura, tan llena de noche, que se diría que el amanecer ni siquiera

exista.

Desde hace un rato, sin embargo, algo ha cambiado. La negrura de la ventana ya no es la misma. No es luz todavía ni tampoco la oscuridad cerrada de antes. Además, el silencio ha perdido su consistencia. Le llegan voces en sordina de la parte baja de la casa, el crujido de los escalones de vez en cuando, el ligero chirrido de alguna puerta lejana. Don Alonso, sin poder calmar su obsesión por la luz de la ventana, gira la cabeza sobre la almohada. A su lado, sentado en un taburete, con la cabeza apoyada en la pared, duerme Hernán. El chico no se ha separado de su lado ni un solo momento y entre las muchas imágenes que tiene en la cabeza don Alonso, la de Hernán con ojos de susto, pálido y desencajado, es una de las más persistentes.

—Pobre chico… —piensa.

Tuvo que sentirse aterrorizado al verle en el estado en el que lo encontraron, tirado en medio de la calle, junto a la iglesia, con la cabeza abierta y lleno de sangre. No sabe don Alonso quién lo encontró, ni cómo llegaron hasta él. Recuerda que lo alzaron como a un muñeco roto y que entre varios lo llevaron hasta la casa de los Zumaquero y lo acostaron en su cama. A partir de ahí, todo se le confunde un poco: Marina y sus cuidados, la cara seria y la mandíbula apretada de Juan Moreno, el murmullo de las oraciones del cura, la sensación fría de las manos del médico y de sus cataplasmas y, de fondo, los ojos asustados de Hernán.

Ahora que la luz del amanecer empieza a clarear la ventana, se siente don Alonso con fuerzas suficientes para dejar de eludir las imágenes inconexas que le vienen a la cabeza y buscar una explicación a lo que le ha pasado. Recuerda la oscuridad, la mole de la iglesia a su lado, una sombra frente a él, el pánico agarrado a su vientre, el dolor estallando en su cabeza, tan fuerte, tan repentino que fue como un fogonazo. ¿Perdió el conocimiento? No debió de perderlo porque recuerda la sensación del suelo golpeando su cuerpo. También recuerda que pensó que iba a morir y que le pareció absurdo. ¿Cómo iba a morir él, Alonso de Oviedo, junto al muro trasero de la iglesia de un pueblo perdido de Castilla, en la noche de Navidad? Y junto a la sensación de absurdo, la urgencia, el miedo, la rebeldía. Tenía que salir de allí, tenía que defenderse, tenía que levantarse y huir.

No fue capaz...

—¿Os sentís mejor, señor?

Hernán, con los ojos llenos de sombras, pálido, se ha incorporado y le mira con temor. Asiente don Alonso débilmente.

—Dame un poco de agua, Hernán. Tengo la boca seca.

El chico se levanta con presteza. Don Alonso le ve acercarse a la mesa que hay bajo la ventana y verter un poco de agua en una jarra de barro. Después vuelve a su lado e intenta levantarlo poniéndole una de las manos bajo el cuello. Al incorporarse, le late la cabeza con fuerza y el dolor le

revuelve el estómago. Bebe unos tragos y se deja caer de nuevo sobre la almohada.

—No te preocupes, Hernán, me pondré bien.

—¿Qué pasó, señor? —pregunta el chico en voz baja mientras le arregla las sábanas y le acomoda la almohada.

Don Alonso niega con la cabeza. Ojalá lo supiera. Estaba en la iglesia, había escuchado la misa, había salido junto con don Lorenzo Suárez de Figueroa. Recuerda eso y que había mucha gente y que había mirado a su alrededor con curiosidad. ¿Por qué de pronto estaba en la parte de atrás del templo?

— No lo sé, Hernán. Lo único que recuerdo es que me golpearon. Recuerdo el golpe, recuerdo que caí al suelo y que intentaba levantarme… Nada más.

Poco a poco surgen otras imágenes: una sombra frente a él, la amenaza de un brazo en alto. Alguien decía algo. ¿O era él quien hablaba? Se llevó la mano a la cabeza y notó algo viscoso y caliente entre sus dedos. Sangre. Y la extrañeza de estar viendo las estrellas. ¿Es que estaba tendido en el suelo?

Cansado, don Alonso cierra los ojos y al instante vuelve a abrirlos.

—Hernán, abre los postigos. Quiero ver la luz.

Asiente el chico y se levanta a cumplir el encargo. Los postigos dejan pasar la luz grisácea del amanecer que apenas alcanzan a iluminar la estancia. Aun así, don Alonso se siente más tranquilo y le pide a Hernán que apague la lámpara de aceite. La llama amarillenta llena la habitación de sombras móviles que le desasosiegan.

Debe quedarse dormido sin apenas darse cuenta porque cuando vuelve a abrir los ojos la habitación está bien iluminada por los rayos del pálido sol de invierno. Bajo la luz clara del día le parece a don Alonso que todo adquiere un aspecto de normalidad. Contribuye a ello el ritmo cotidiano de la vida que se acaba imponiendo en cualquier caso: Hernán, que se afana a su alrededor para que esté cómodo, Marina que irrumpe voluntariosa con sus cuidados y sus comidas, los sonidos que le llegan hasta la habitación en sordina desde otros lugares de la casa —las voces del Zumaquero, los gritos del niño, ruido de puertas que se abren y se cierran, el entrechocar de cacharros— y también de fuera, de ese exterior un poco más amenazador hoy que ayer aunque igual de cotidiano, con el piar de los pájaros, el ladrido de los perros, el balido de las ovejas, el tañer de las campanas, el rodar de los carros…

Aguanta con paciencia el de Oviedo las visitas de unos y otros. Empieza Marina que le trae el desayuno en una bandeja y que se afana a su alrededor hasta que la despacha. Más tarde, el médico, ese don Gabino ratonil y escuchimizado que le cambia el vendaje de la cabeza y le habla de humores buenos y malos y acaba marchándose sin poder hacer nada que no sea dejarle allí postrado. Después acude hasta su cama Antón el

Zumaquero, compungido, como si por ser el anfitrión tuviera alguna responsabilidad especial en su estado, y que se ofrece para lo que don Alonso quiera. No quiere don Alonso nada, lo dice una y otra vez, excepto que le dejen tranquilo. Acaba levantándose de la cama, discutiendo con Hernán que por lo visto pretende que se quede acostado para el resto de su vida, y ordenándole que le traiga sus ropas.

Ya vestido, se siente algo mejor. Estar arreglado, embutido en sus elegantes ropas negras, con el frescor del agua en el rostro y en las manos, le hace recuperar algo de su ánimo. Es verdad que le duele la cabeza y que tiene confundido el pensamiento y que, por mucho que intente disimularlo, la intranquilidad se le ha asentado al lado, como un compañero de viaje no deseado, porque el asunto, es obvio, se le ha escapado de las manos si es que en algún momento lo tuvo entre ellas.

Su amigo Gabriel Vázquez, admite don Alonso, tenía razón: uno no puede ir a meter las narices donde se ha cometido violencia sin acabar siendo víctima de ella. Pero él se creyó tan listo, piensa ahora don Alonso contrito, tan crecido por la admiración de un pobre muchacho aterrorizado, que hizo oídos sordos a todo: no te preocupes que ya me hago cargo yo… Y lo único que había conseguido era ponerse en peligro él y, sin duda, poner en peligro al muchacho.

—Hernán, tráeme papel y pluma.

Al menos eso, piensa don Alonso, puede intentar remediarlo. El resto de la mañana se lo pasa el de Oviedo poniendo en orden sus ideas. Para empezar, escribe una misiva a Gabriel Vázquez con su letra grande y clara, dándole cuenta de lo que ha pasado y pidiéndole, como un favor personal, que le envíe un hombre de confianza que, con la excusa de servirle de criado, pueda guardarle las espaldas. En el pueblo, por supuesto, no puede fiarse de nadie, ni siquiera de ese Zumaquero tan expansivo y tan apesadumbrado al que, no obstante, tiene que confiarle la misiva para que la lleve hasta Torrijos.

—No os preocupéis, don Alonso. Ahora mismo cojo una mula y en un par de horas vuestra carta habrá llegado a su destino.

Asiente don Alonso y le da las gracias al Zumaquero, volviendo a quedarse solo en sus aposentos. Poco a poco se le van aclarando los recuerdos. Son imágenes un poco deslavazadas, y cuando se enfrenta a ellas, a esas imágenes a retazos, distorsionadas, la congoja se le agarra a los pulmones y se le escapa el aire, igual que le ocurrió cuando lo vivía. Estaba rodeado de noche, con la mole de la iglesia a sus espaldas y de pronto todo eran sombras amenazadoras y ruidos y el corazón le latía en el pecho de forma acelerada. Miraba a su alrededor y no veía nada. El propio edificio le separaba con tanta contundencia de la plaza, de sus luces y sus gentes que charlaban, reían y cantaban, que se diría que se había trasladado a otro mundo. Un mundo sin luz, un mundo amenazante y lleno de sombras. Y le había empezado a faltar el aire. Quería respirar y no podía. Boqueaba cada

vez con más dificultad, mirando a su alrededor, atisbando las sombras, intentando distinguir algún sonido que no fuera el ruido de su propia respiración. Presintió el peligro. Lo supo de pronto, con tanta claridad como si alguien se lo hubiera susurrado al oído, y dio media vuelta para volver a la seguridad de la iglesia. Y allí estaba, detrás de él, una figura oscura, embozada, que levantaba el brazo para golpearlo. Quiso retroceder y no pudo. No podía moverse porque el aire había desaparecido ya del todo y no le llegaba a los pulmones y jadeaba dolorosamente. La figura que estaba ante él iba a golpearlo y él no podía hacer nada porque se estaba asfixiando. Luchaba por encontrar un poco de aire, solo un poco, el suficiente como para poder defenderse. Y ni siquiera importaba el dolor tan repentino como un destello cegador que estalló en su cabeza, ni el suelo que se alzaba hasta él y también lo golpeaba, porque no había aire, no existía, había desaparecido del mundo negro en el que se encontraba. Cada aspiración era un quejido de agonía, quería levantar los brazos para protegerse, se arrastraba. No podía morir así, solo, hundido en la noche, a las espaldas de una iglesia vieja e indiferente. Cómo iba a morir si tenía que descubrir quién mató a Diego, volver a Torrijos con Gabriel Vázquez, proteger a Hernán. Cómo iba a morir si en Oviedo le estaba esperando su madre, tan anciana ya, perdida en sus penas y en sus rezos. Cómo iba a morir si le quedaban tanto por hacer.

Don Alonso recuerda que se rebeló con todas sus fuerzas contra la idea de la muerte. ¿Y qué?, piensa ahora con desánimo. ¿De qué le sirvió? Fue incapaz de defenderse, esa es la verdad. Y no debería sorprenderse. Nunca fue un hombre de acción. Jamás destacó por su fortaleza, ni por su valentía, ni por su arrojo. Después de tantos años de bandear por la Corte, de ir prosperando a la sombra de unos y otros, lo había olvidado. Había conseguido olvidar que dentro de él seguía viviendo aquel Alonso que había sido, el que se refugiaba en los libros para que no se le notara el miedo, el que jamás iba a correr con los otros niños porque se quedaba sin aliento.

Se recuerda de chico mirando desde lejos lo que los otros hacían. Se subían a los árboles y él los contemplaba pensando en el vértigo de la altura y en la posibilidad de una rama quebrada. Chapoteaban en el arroyo y él pensaba en el resbalón sobre las piedras mohosas y en el agua sobre la cabeza; se peleaban a puñetazos y él sentía el dolor de los golpes; tiraban piedras y a él le dolía la brecha que imaginaba… Siempre asustado. Pero es que él no era como los otros niños, él, a veces, no podía respirar. Y ese miedo abría las puertas a todos los demás: miedo a los perros de colmillos amenazadores, a las monturas incontrolables, a las culebras viscosas, a los insectos repugnantes, a las tormentas, a los rayos, truenos y vientos desatados e ingobernables, a la oscuridad, al dolor, a la sangre. La crueldad le aterraba más que nada. Cuántas veces tuvo que salir corriendo, a punto de llorar, al ver a los niños de su infancia cazar conejos o matar pájaros a

pedradas o coger lagartijas para arrancarles la cola, los ojos y las patas. Miedo, siempre miedo. ¿Cómo pudo olvidarlo?

Porque lo cierto es que lo había olvidado. Se hizo adulto, dejó atrás su tierra, se hundió en un mundo a su medida en que el que ya no había que ser valiente sino listo. Aun así, recuerda don Alonso, durante un tiempo todavía tuvo que luchar con el miedo —otros miedos distintos: a la pobreza y al hambre, a la enfermedad y el dolor, a la soledad—, y los fue venciendo, uno a uno, con la fuerza de su razón. Los fue venciendo hasta el punto de que había conseguido creerse valiente. ¿Valiente? Solo tiene que pensar en que quisieron golpearle hasta la muerte para que el estómago se le haga un nudo y se le cierre la garganta.

—Disculpad, señor. Está aquí el alcalde preguntando por vos —Hernán, comedido, asoma por la puerta temiendo que don Alonso esté demasiado postrado para molestarlo—. Le he dicho que no sabía si podríais recibirle.

Don Alonso acoge con agrado la interrupción, cansado de enfrentarse consigo mismo.

—Dile que pase, Hernán.

El alcalde, Juan Moreno, trae el rostro serio y preocupado, con esas formas suyas que parecen no decidirse entre la cordialidad y el mal humor. Eso hace la conversación, al menos al principio, un poco difícil. Juan Moreno, tras preguntar por la salud del caballero y expresar su esperanza en una pronta mejoría, no parece saber qué más decir, ni tampoco encuentra forma de marcharse, que es lo que se diría que está deseando hacer. A don Alonso casi le divierte su incomodidad. Acaba apiadándose de él, le dice que se siente y manda a Hernán a traer un poco de vino para obsequiarle. Mientras tanto, comentan esto y lo otro, comentarios intrascendentes: que día más malo para tener que andar ocupándose de cuestiones tan penosas, el día de Navidad uno debiera estar libre de tales contratiempos, sí, hace un tiempo espléndido, por fortuna parece que han acabado las tormentas, hubiera sido una pena que lloviera durante la Nochebuena…

A partir de ahí, ni la buena voluntad de don Alonso evita que a la mente de los dos vuelvan los sucesos de la noche anterior y Juan Moreno, con brusquedad, agarra el toro por los cuernos.

—¿Qué pasó, señor? ¿Cómo fue que os alejasteis de la plaza? ¿Quién os atacó?

Don Alonso suspira y se pasa la mano, con cuidado, por el vendaje de la cabeza.

— No sé quién me atacó. No pude verlo. De pronto oí ruido detrás de mí, me volví y antes de que pudiera hacer nada, me golpearon.

—Tal vez quisieron robaros…

—Lo dudo —dice don Alonso ¬—. Me llevaron hasta allí con engaños. Un hombre se me acercó y me dijo que me estaban buscando. Por lo visto,

alguien pretendía hablarme y me esperaba detrás de la iglesia. Me acerqué, miré en todas direcciones y no vi a nadie. Di dos o tres pasos y ya me disponía a volver cuando… bueno, como ya os he dicho, me atacaron por detrás sin darme la oportunidad de defenderme.

— ¿Podríais reconocer a vuestro atacante?

—No. Apenas lo vi. Estaba oscuro y todo ocurrió muy deprisa.

—¿Y al que os llevó hasta allí con engaños, al que dijo que os esperaban?

Don Alonso se muestra dudoso.

—Tal vez, no me fije mucho… —lo que no dice don Alonso es que a él todos los vecinos del pueblo le parecen iguales, todos curtidos y secos, todos vestidos con las mismas ropas pardas, todos embozados y con el sombrero bien encasquetado.

Juan Moreno, inquieto por las dudas de don Alonso, se levanta de su asiento y pasea por la estancia.

—Debéis creerme si os digo que aquí, en este pueblo, no estamos acostumbrados a semejantes violencias ¬—dice con brusquedad—. Ni siquiera sé qué debo hacer en un caso como este…

—¿Qué no estáis acostumbrados? Señor alcalde, si no me equivoco esta es la segunda vez que en vuestro pueblo atacan a alguien a palos en menos de una semana.

Juan Moreno se vuelve como si le hubieran pinchado. Don Alonso le observa con detenimiento esperando que el alcalde diga algo. El silencio se alarga.

—Disculpadme ¬—dice don Alonso suavizando el tono—, no pretendía ofenderos. Pero habréis de reconocer que la situación es cada vez más complicada. Tenéis a un aprendiz muerto con violencia, a un caballero atacado en mitad de la noche y… —con mucha suavidad¬ pregunta—. ¿Comprobasteis el otro día si faltaba algo del arca de los privilegios?

El alcalde, inquieto, se resiste a contestar.

— No creo que eso sea asunto vuestro, señor.

—Eso quiere decir que sí.

Juan Moreno se sienta ante don Alonso con un repentino gesto de decisión.

—Está bien, señor, ya que queréis saberlo, teníais razón. Los libros de cuentas no cuadran. Falta dinero.

—¿Lo sabe alguien más?

—Por supuesto. Todo el cabildo estaba presente cuando hicimos las comprobaciones. Los reuní en la capilla del Santo, les mostré la llave maestra que me habíais dado y obligué al escribano, en presencia de todos, a comprobar el contenido del arca.

Asiente don Alonso. «Así que hay en realidad más de una persona enterada de lo de la llave», piensa. Le pregunta al alcalde quiénes son los que forman el cabildo municipal y Juan Moreno los enumera: Bartolomé

Pérez y Antonio Vázquez, los dos regidores; Agustín González, el procurador del concejo; Benito Díaz, el alguacil y el mismo Juan Moreno, el alcalde. Esos cinco son los que componen el cabildo y los cinco estaban presentes. Además, Juan Moreno había hecho llamar a Marcial López, el alcalde de la Santa Hermandad, y a Francisco Suárez, el escribano. Siete personas, por tanto, que supieron de primera mano que había aparecido una llave maestra del arca de los privilegios y que con ella se había cometido un desfalco de los bienes del concejo.

—Ahora, señor, explicadme dónde obtuvisteis la llave —exige Juan Moreno.

Don Alonso descarta la idea con un gesto. Le duele otra vez la cabeza y no tiene ninguna gana de seguir hablando con el alcalde.

—En otro momento. Tendréis que dadme algo de tiempo para recuperarme…

Duda un segundo Juan Moreno antes de resignarse. La palidez del caballero y su aspecto desfallecido parecen convencerlo de que no debe seguir insistiendo. Con sus formas bruscas se despide, diciendo que volverá al día siguiente, algo que, a pesar del esfuerzo evidente que ha hecho el alcalde para hablar con sosiego, a don Alonso le suena como una amenaza.

Una vez que el alcalde abandona la estancia, don Alonso reclama a Hernán.

¬ — Ayúdame a acostarme, hijo. No me encuentro bien.

El resto del día se lo pasa don Alonso intentando descansar sin conseguirlo y abrumado por las visitas. Algunas de ellas, como la de don Lorenzo Suárez de Figueroa, le dejan algo decaído. Don Lorenzo le visitó como quien concede un privilegio y ya puestos a tan benigno trato, alargó la visita hasta dejarle agotado. Durante todo el tiempo le estuvo hablando de sus tierras, del mayorazgo que pretende instituir para su hijo Ruy, de los problemas que tal tarea le está causando, y de sus esperanzas de llegar a heredar los bienes de su madre, doña Mencía de Ayala, y de su padrastro, el honorable Vasco de Acuña, ya que el matrimonio no ha tenido descendencia propia.

A don Alonso la herencia de don Lorenzo no le interesaba ni mucho ni poco, y se perdió en sus propias reflexiones. Le llamaba la atención que todo lo relacionado con los heredamientos, en aquella Castilla tan ancha, fuera para los hidalgos algo tan obsesivo. Tenían un hambre insaciable de tierras. En su Oviedo natal, los mayorazgos no llegaban ni con mucho a tener la importancia que tenían en Castilla. Eso le llevó a recordar sus propias posesiones —una tierra umbría e inclinada, cerca de Oviedo, donde solo crecían helechos y brezales—, argumentándose con nostalgia que la hidalguía, en cualquier caso, no era para tanto. De hecho, en su tierra, hidalgos lo eran casi todos por lo que, en su opinión, lo que acababa contando no era la tierra, sino el honor y la hombría. Al llegar a esta conclusión, don Alonso había sonreído con sarcasmo dándose cuenta de

que sus reflexiones sonaban mucho a excusa de pobre. Con un sentimiento algo culpable volvió a prestar atención a su visitante y, como descargo, se aprestó a reconocer que don Lorenzo Suárez de Figueroa tenía, con toda seguridad, la misma cantidad de honor que de tierras.

Tras la agotadora visita de don Lorenzo aún tuvo que aguantar a don Fermín, cuya vanidad le resultaba igual de pesada que la herencia del hidalgo; a don Gabino, con sus ungüentos y sus vendas; a Agustín González, el procurador, muy apresurado y muy nervioso, tanto, que apenas estuvo el tiempo necesario para anunciarle que ya volvería en otro momento, e incluso a Gerena, que llegó dispuesto, según dijo, a encontrar una solución, aunque no aclaró qué pretendía solucionar en concreto, ni don Alonso, bastante harto ya de todo, se lo preguntó.

Cuando por fin terminan las visitas, el día ya declina. Por la pequeña ventana de la habitación apenas entra luz y Hernán aparece para encender una lámpara, instándole a acostarse y descansar. Él se resiste. Teme el momento de volver a la cama a enfrentarse con sus temores y sus pesadillas. Mientras Hernán, diligente, prepara su lecho para la noche, él, de pie, con la cabeza apoyada en el quicio de la ventana, atisba las calles del pueblo. No muy lejos se alza la torre cuadrada y chata de la iglesia, coronada por el nido deshabitado de una cigüeña. La plaza está vacía y las sombras ya campan a su aire y, sin embargo, don Alonso escucha, extrañado, voces roncas y ruido de caballerías.

—Parece que llega alguien.

Hernán se aproxima a la ventana. Desde donde están no se divisa nada.

— Anda, Hernán, ve a enterarte —dice don Alonso dejándose llevar de la curiosidad. Y, temeroso, añade—, ¡no salgas de la casa!

Hernán se marcha a cumplir la orden y don Alonso se queda solo. El silencio le agrada después de tanta visita como ha tenido. Sobre todo porque, por alguna razón que no se anima a analizar —¡valiente pesquisidor!—, se siente algo triste y desanimado. Se queda pues, así, de pie, con la cabeza apoyada en la ventana, perdido en sus pensamientos. Apenas oye a Hernán cuando, al cabo de unos minutos, vuelve a entrar en la habitación.

—Señor, ha llegado alguien más a veros.

Don Alonso, sin volverse, niega con voz tenue.

—No más visitas, Hernán. Estoy cansado.

—Cansado pero vivo, ¡gracias a Dios! —dice una voz bien conocida a sus espaldas.

Don Alonso se vuelve con asombro. Y allí está, empujando a Hernán para entrar en la estancia, la figura robusta y contundente del alcalde de Torrijos, su buen amigo Gabriel Vázquez.

Marina Díaz, la Zumaquera

Marina está cansada. Tener al caballero postrado en su habitación recuperándose de sus heridas parece haber convertido su casa en el punto de encuentro de todo aquel que no tiene nada mejor que hacer, y las continuas visitas de unos y otros la han tenido de zarandillo durante horas. El alcalde ha venido varias veces, igual que han hecho don Fermín, el cura, y don Gabino, el médico. También han aparecido, en uno u otro momento, Gerena, con sus aires de grandeza y sus grandes voces; y Agustín González, el procurador, quejumbroso como de costumbre; y alguno de los otros regidores entre ellos ese Bartolomé Pérez tan poco comunicativo, o el alcalde de la Hermandad que con muy poco juicio, se ha empeñado en estar haciendo preguntas absurdas a quien se le ha puesto a tiro. Con todo, eso no hubiera supuesto demasiado esfuerzo por sí solo. Al fin y al cabo, son gentes del pueblo, vecinos más o menos conocidos por ella, a los que no ha tenido reparo de mangonear a su gusto para intentar mantener el orden de su hogar. Les ha recibido, les ha hecho esperar en el patio, ha subido a anunciarlos a la habitación de su invitado, ha vuelto a bajar, les ha mandado callar si han alborotado…

No, lo que le ha dejado agotada no han sido esas visitas sino las otras, las de la gente importante que siempre acaban resultando un incordio. Empezó el día con don Lorenzo Suárez de Figueroa que llegó acompañado de dos criados y que tomo posesión del lugar. Dio órdenes de que no se le molestara, exigió que le prepararan una estancia para esperar que le recibiera don Alonso, pidió que le dieran de beber, como si estuviera en una posada y, encima, Marina tuvo que aguantar su gesto de desagrado ante el vino que le sirvió y su mirada alarmada cuando se topó con su hijo que vagaba de aquí para allá acompañado del perro. Eso último, a Marina le hizo hasta gracia, así que con bastante mala idea, en vez de llevarse al niño como hubiera hecho en cualquier otro momento, lo puso a jugar delante de las mismas narices del hidalgo.

Si lo de Lorenzo Suárez de Figueroa ya fue de por sí bastante embrollo, todo se complicó un poco más cuando, a última hora de la tarde, volvió su

esposo acompañado de una importante personalidad. Antón se había marchado a Torrijos bien de mañana a llevar una carta de don Alonso. Le dijo que volvería lo más pronto posible pero no regresó hasta casi anochecido y lo hizo acompañado del honorable Gabriel Vázquez, el alcalde ordinario de Torrijos, un hombre de aspecto imponente y modales afables. Y así, de sopetón, Antón le dijo que tenían que hospedarle, puesto que era amigo de don Alonso y venía con la intención de quedarse unos días. Acoger a otro caballero no era tan fácil. Tuvo que desalojar su propio dormitorio, la única estancia, aparte de la don Alonso, que reunía condiciones adecuadas, buscar ropa de cama y limpiar aprisa y corriendo. Incluso tuvo que adecentar parte del almacén e instalar jergones para los dos criados que acompañaban al alcalde Gabriel Vázquez.

A todo esto, además, la puerta de su hogar se había convertido en el lugar de encuentro de los vecinos. Cada vez que Marina se había asomado se había topado con una marea de corrillos y cuchicheos, hasta el punto de que había acabado por salir, arremangada, los brazos en jarras, a espantar vecinos como quien espanta gallinas.

—Hala, fuera. Todo el mundo a su casa.

Nadie la había hecho caso. Al contrario, era verla y todos dejaban por un momento en suspenso sus charlas para volverse a mirarla, y según daba media vuelta y entraba de nuevo, a su espalda arreciaban los murmullos y los comentarios. En cualquier caso tampoco es que Marina hubiese tenido demasiado tiempo para enterarse de lo que pasaba en la calle, liada en atender a don Alonso y en preparar la cena no solo para él sino también para el nuevo invitado, el alcalde Gabriel Vázquez, que había parecido encantado con la comida de Marina y que, a lo que se ve, los acontecimientos, por preocupado que le tuvieran, no le habían quitado el apetito. Antón, siempre tan atento, estuvo pendiente del alcalde, le dio charla, le llevó al dormitorio y le dejó instalado.

Con tanto jaleo y tantas novedades, Marina está agotada. La noche, al menos, ha traído la tranquilidad. Los vecinos por fin se han vuelto a sus casas, han cesado las visitas y los caballeros, don Alonso y don Gabriel, y sus criados, descansan.

La que todavía no puede descansar es ella, que aún dedica un rato a ocuparse de los animales que rebullen en el corral. Da de comer a las gallinas, recoge los huevos y pone agua limpia. De las mulas se ha desentendido. Supone que se ocuparía Antón al volver de Torrijos, tanto de su propia mula como de las de sus invitados.

—Y si no, que las atiendan los criados que han venido en ellas —piensa Marina— que digo yo que servirán para algo.

Menos mal que su madre tuvo el buen acierto de llevarse al niño, porque tener al crío empeñado en meterse entre los pies de las visitas o gritando y llorando aferrado a sus faldas había sido complicado.

Mientras Antón termina de cenar los restos del guiso de la comida, ella

mordisquea un poco de pan con queso y apaña en un rincón un jergón para que puedan dormir ambos. Al estirar la manta se da cuenta, de pronto, de lo cansada que está y se deja caer, rendida, sobre el improvisado colchón. Suspira, se da la vuelta y, apoyada sobre un codo, contempla al marido que parece perdido en sus pensamientos.

— ¿Qué pasa, Antón? Que tienes una cara que pareces recién salido de un velatorio…

Antón levanta un momento la vista para mirar a Marina y después vuelve a fijarla en el plato. Casi a regañadientes termina por contestar:

—¿Cara de velatorio? Como para no tenerla… ¿A que no sabes a quién quieren nombrar este año para alcalde?

—¿A quién?

—A Alejandro.

—¿El de la Batanera? ¿El herrero?

Antón asiente con el ceño fruncido.

—¿No estaba peleado con los del ayuntamiento? Si decían que iban a quitarle la fragua.

—Ya ves… Parece que lo han arreglado.

—¿Tú crees? Porque lo de Alejandro no se arregla así como así… ¿O es que si le dan un cargo va a dejar de pelearse con todo el que pase por la herrería?

—Claro que no ¬—Antón ríe con amargura—. Seguirá peleándose con quien le de la gana, solo que nadie podrá denunciarlo porque él mismo será la justicia. A ver así quién chista.

Marina se queda pensativa mirando cómo Antón rebaña el plato con un enorme pedazo de pan. La idea de que el herrero sea elegido para el ayuntamiento es tan absurda que si no fuera porque Antón no parece estar para bromas hubiera soltado una carcajada. «¡Si Alejandro está enemistado con medio pueblo, por Dios!», piensa asombrada. Y no solo eso, hay días que no abre la fragua porque no le acomoda, o altera los precios, o se lía a voces y a puñetazos con todo el que protesta. Y protestan muchos, en especial los labradores que son los que más le necesitan y que llevan tiempo denunciando que con el herrero no están bien servidos.

Antón, que ha acabado de comer, suspira. Aparta el plato que tiene delante y vacila un momento antes de levantarse y acudir junto a su esposa. Ella le hace sitio y él se acomoda a su lado

—¿Sabes, Marina? Esto no puede continuar así.

—¿Así, cómo?

—Pues así, con todos cerrando los ojos.

Marina ríe.

—Hombre, lo que es a mí, es que se me cierran solos.

—Hablo en serio, mujer. Tanta trampa, tanto embrollo, tanto apaño… No está bien. Ya ves a lo que nos está conduciendo.

Marina se pone seria y asiente. La conversación ya la han tenido otras

veces. Cada poco a Antón se le revuelve la conciencia y protesta y dice que va a hacer esto y lo otro. Pero esta vez, hasta Marina piensa que ya es suficiente.

— ¿Y tú qué puedes hacer si te pasas más tiempo en los caminos que en el pueblo? ¿Vas a dejar tus negocios para ocuparte de los asuntos del concejo?

—No, mujer, cómo voy a hacer eso… Lo único que puedo hacer es apoyarlos.

—¿A quiénes?

—A Germán el Viejo, a su hijo, a todos los que quieren acabar con esta situación. Son muchos. Pedro de Hinojosa también está con ellos. Y la mayor parte de los tejedores, el «Condenao», entre otros muchos.

—¿Y Fernando Fernández y los suyos?

— No, esos se han vendido a Gerena.

—Gerena… —murmura Marina pensativa— Se pondrá furioso.

—Ya…

Se quedan los dos en silencio. Marina recuerda la de veces que Gerena ha venido a su casa a intentar convencer a Antón. La de veces que le ha ofrecido ser alcalde o regidor, la de veces que le ha prometido prebendas y beneficios sin que Antón cediera. No le decía que no, ni que sí. Le daba largas, lo echaba a broma, lo dejaba para luego… ¿Y ahora? Quizá Antón tenga razón y sea el momento de dejarse de ambigüedades.

Marina, inquieta, se levanta, recoge un poco y apaga las lámparas de aceite. Después vuelve a la cama, vuelve a acomodarse junto al esposo que la acoge en silencio.

—Esto nos traerá problemas, Antón —dice mientras se acurruca en sus brazos.

—¿Te asusta Gerena?

Marina sonríe con la vista fija en las llamas bailarinas del hogar.

—No.

No. No le asusta Gerena. Ni siquiera se lo ha tomado nunca demasiado en serio. Tan corto de estatura, con esa forma suya de no parar quieto, con su voz tonante y sus gestos exagerados. A Marina, Gerena le da incluso pena. Está tan empeñado en ser importante, mantiene una lucha tan tonta por acaparar méritos… Sí, claro, no es solo eso, Marina no es tan ingenua. Sabe que detrás del enredo de cargos y promesas lo que hay son beneficios de otro tipo. ¿O no es cierto que todo el que se pliega a los deseos de Gerena acaba prosperando?

¿Y qué?, se dice Marina. Gerena no tiene esposa, no tiene hijos, ni siquiera tiene amigos si no son los que va comprando con sus promesas y que, aunque le apoyan por interés, no le quieren porque nunca se quiere al que te compra. ¿Para qué entonces tanto esfuerzo y tanta lucha y tanto problema? ¿Solo por el placer de ser poderoso? ¿Eso compensa? Marina suspira sin comprenderlo, pero es que por regla general Marina no entiende

a los hombres. No entiende sus pasiones, ni sus batallas, ni sus ambiciones. Ni siquiera las de Antón. Antón, que sigue separándose de ella cada poco para ir a mercados cada vez más lejanos, con sus mercancías y sus encargos. ¿Y para qué? ¿Es que no viven bien? ¿Es que no tienen de todo?

Marina, desde los brazos de su esposo cuya respiración ha ido acompasándose poco a poco, contempla su casa iluminada de forma tenue por las llamas del hogar. Aquella cocina tan grande, los cazos y las ollas que se apilan en un estante junto al fuego, los objetos de barro y de cerámica. Un poco más lejos, cestos y canastas. Grano, embutidos colgados del techo, alcuzas con aceite, vasijas y tinajas. Frente a ella, la puerta que da al patio y que ahora está cerrada. Una puerta de buena madera, segura y recia, como la que hay enfrente, la que da al resto de las estancias, con sus vigas oscuras y sus paredes blancas y sus ventanas con buenos postigos. ¿Cuándo soñó ella con tener una casa semejante? Ella, que se había criado entre cuatro paredes de adobe, un techo de paja y un suelo de tierra, en los que se hacinaban ella, sus tres hermanos, sus padres, una cabra famélica, varias gallinas, un gato con malas pulgas y un perro con pulgas buenas y malas. Si ahora tiene esa casa y tiene embutidos colgando del techo y zafras llenas de aceite y tinajas con vino y grano que rebosa los sacos y cestos de frutas y verduras frescas es porque Antón se aleja de ella cada poco para ir a los mercados. No, no se queja. ¿Cómo va a quejarse? Porque además lo que siempre le gustó de Antón fue precisamente ese aire de no estar atado a la tierra ni al amo. Un hombre libre. Y Marina sonríe viendo a su marido con los ojos del pensamiento: sentado en el carro, las riendas en la mano acuciando a sus mulas a voces y ella diciéndole adiós a la vera del camino. Casi desde niña le gusto verle así y ya se le perdía la mirada en los ojos de Antón porque a través de ellos le parecía que podía ver más allá del plano horizonte, mucho más allá, mucho más lejos. Y cuándo volvía…Ah, cuando volvía, Marina sentía campanas en los oídos y corría por el campo para verle llegar con su carro, rebosante no solo de mercancías, sino también de sorpresas, de aventuras, de risas, de historias, de novedades. Antón rompía, con el ruido de las ruedas de su carro sobre las viejas piedras de las calles, el aire pesado y lento del pueblo.

Lo malo es que lo mismo que a ella le gustaba fue lo que su padre adujo como impedimento para acceder al matrimonio:

—¿Pero no ves, hija, que Antón no es un campesino? No se toma la vida en serio. Lo único que quiere es ir de aquí para allá como un vagabundo. Si te casas con él, acabará por dejarte abandonada para irse a los caminos y no tendrás ni dónde caerte muerta.

Menos mal que Antón no se dio por vencido y siguió insistiendo. Padre dijo que si iba a renunciar a ella y al trabajo que aportaba a la familia, tanto con la rueca como en el campo, Antón tendría que compensarle de alguna manera. Los padres de Antón pusieron el grito en el cielo. La hija de un campesino, o ni siquiera campesino, apenas un azadonero, no era un buen

partido, dijeron. Y ya puestos, salieron con que la que tenía que compensar era ella aportando una buena dote al matrimonio.

Lo de la dote su padre se lo tomó a la tremenda.

—¡Qué dote ni qué narices! ¡Ni que fueras una doncella de la nobleza! Y ya que vamos a ello, tampoco el Antón es un hidalgo, sino un vago sin tierras.

En realidad, sus padres, recuerda Marina, lo que hubieran querido era casarla con Agustín González, el procurador, que en aquella época andaba buscando esposa. O mejor dicho, andaba buscándosela su padre, el tío Emeterio, un viejo hosco y desagradable que gustaba de hacer la vida imposible a todo el que tenía cerca, empezando por su propio hijo. De forma metódica, el tío Emeterio iba valorando a cada una de las mozas del pueblo, una a una, incluso a algunas que ya no eran tan mozas o que eran viudas. En ninguna de ellas encontró nunca meritos suficientes. Tampoco en ella, por supuesto, y sus padres, desanimados por el rechazo, admitieron que se casara con Antón. El pobre Agustín González, en cambio, se quedó sin esposa. Lo que nunca entendió Marina es porque el procurador se resignó a ello, sobre todo después de morir su padre. Agustín González no era tan mal partido, tenía buena posición, un aspecto agradable y una casa solida y grande, pero parecía haberse acomodado a su soltería sin demasiadas penas. En el pueblo se murmuraba que encontraba consuelo en la Batanera, algo que a Marina siempre le ha resultado chocante. ¿Qué hacía Agustín González, tan afectado y tan fino, tan petulante, con una mujer como la Batanera? Antón decía que el procurador buscaba en ella, no a la esposa que podría tener, sino a la madre que había perdido de niño. Un comentario retorcido y muy poco caritativo, la verdad. Aunque hay que reconocer que, a madre, a la Batanera no hay quien la gane. Y si no que se lo pregunten a sus hijos, que los dos, aun siendo hombres hechos y derechos, la temen más que a un nublado. Hasta Alejandro, con lo salvaje y malhumorado que es, la obedece sin rechistar apenas la Batanera abre la boca.

Marina, inquieta, rebulle en la cama. Alejandro…

—¿Cómo se les habrá ocurrido la idea de meter a ese chico en el ayuntamiento? —se pregunta.

El herrero es tan intratable y tan áspero que apenas nadie se atreve a dirigirle la palabra si no es con muchos miramientos. Con él, reconoce Marina, nunca se sabe. Puede contestar por las buenas, puede ignorar lo que tiene delante o puede ponerse a dar gritos en el mejor de los casos, o golpes en los casos no tan buenos. Se diría que tuviera dentro una rabia incontrolable. Marina, pese a todo, cuando se cruza con él, solo ve en sus ojos tristeza y desconsuelo. Tal vez porque recuerda que, una vez, cuando eran niños, se lo encontró llorando, escondido tras unas matas. ¿Qué edad tendrían entonces? No más de diez años… Marina se recuerda sobresaltada por los ruidos extraños que salían de los matorrales. Se recuerda

acercándose sigilosa, apartando los arbustos con cuidado. Y allí estaba Alejandro, tan crío como ella, sentado en el suelo, los brazos sobre las rodillas y los ojos llenos de lágrimas. Marina se sentó a su lado.

—¿Qué te pasa? —preguntó con miedo a que se enfadara, porque ya estaba en esa edad en que los niños odian que los vean llorando.

Alejandro la miró en silencio, con los ojos húmedos y tristes.

¡Le dio tanta lástima! Ella sabía que el chico se había quedado sin madre y que era rebelde y que aquella mujer tremenda, la Batanera, con la que el padre había vuelto a casarse, hacía lo posible para enderezarlo. También sabía que Alejandro no se doblegaba. Se revolvía con furia contra un destino que no podía cambiar. Se escapaba a veces y a veces se desahogaba tirando piedras y se liaba a puñetazos con cualquiera como si estuviera buscando, a propósito, el dolor de los golpes. Eso cuando no estaba inventando maldades. Y de pronto… allí estaba, con la cara llena de lágrimas, llorando con una pena tan honda que a Marina se le partió el alma. Sentada a su lado, entre los matojos, en silencio, le acompañó mientras lloraba.

Y luego… Luego, nada. Ni siquiera hablaron nunca de ello. No fueron nunca amigos, no jugaron juntos, no intercambiaron más palabras que las propias de la cortesía ni tuvieron nunca ningún trato. Marina vio crecer a Alejandro desde lejos. Le vio abandonar la niñez, igual que la abandonó ella, y hacerse mozo. Le vio aprendiendo en la fragua del tío Cesáreo y, más tarde, cuando el viejo murió, hacerse cargo de la herrería. Le vio enfadado, metiéndose en peleas, armando bulla y escándalo cada poco. Pero nunca le volvió a ver llorar. Al contrario. Alejandro se acabó convirtiendo en el joven hosco y desabrido que ahora es. Tan agresivo y tan pendenciero que en cuanto surge un problema todo el mundo piensa en el herrero...

¿O eso solo le pasa a ella?

Marina rebulle inquieta, espabilada por sus propios pensamientos.

¿Solo ella se ha preguntado dónde andaría Alejandro cuando don Alonso apareció con un golpe en la cabeza? Eso por no hablar del aprendiz del tejedor…

—Pero Alejandro no sería capaz de hacer algo así… —se dice convencida.

Y todo porque en su recuerdo, pesan más unos ojos tristes que el gesto huraño o los puños apretados. ¿No es absurdo?

Marina suspira y busca una postura más cómoda en la cama. A su lado, Antón hace rato ya que se ha dormido y ella, a pesar del cansancio, no logra conciliar el sueño. No es raro con lo que tiene encima: su huésped, herido y postrado en la cama; otro invitado importante, el alcalde de Torrijos, durmiendo en su alcoba; hombres desconocidos, criados de unos y otros, diseminados por los establos y Antón tomando partido cuando sabe de sobra que el que se opone a Gerena acaba de mala manera. Todo junto

es como para desvelar a cualquiera. Aunque, a decir verdad, a ella lo único que le quita el sueño es la ausencia del cuerpo cálido y suave de su hijo acurrucado a su costado.

—Mañana me lo traigo a casa —se promete a sí misma.

Y tras eso, viene el sueño.

Escalonilla, 26 de diciembre de 1535

Gabriel Vázquez, el alcalde de Torrijos

Gabriel Vázquez se ha despertado temprano, bastante entumecido. Ha extrañado la cama porque no está acostumbrado a dormir fuera de casa y se siente como gallina en corral ajeno. Y eso que tiene que reconocer que desde su llegada ha sido muy bien atendido. La cena con que le obsequiaron la noche anterior había sido sabrosa y estaba bien cocinada, y poder ver a don Alonso, escalabrado pero con bastante mejor aspecto de lo que sus temores le habían hecho suponer, le había tranquilizado el ánimo. Porque había salido de su amado Torrijos lleno de preocupación y casi sin pensarlo, convencido de que iba a encontrar a don Alonso herido de gravedad. Y cuando, ya acabada la tarde, llegó a Escalonilla, se encontró con que su amigo estaba bastante bien y, además, la morada en la que se hospedaba era muy agradable. Le había recibido Hernán que, después del lógico asombro al verle, se había apresurado a llevarle hasta don Alonso.

—¿Creíais que me iba a conformar con vuestra misiva? —le dijo a su amigo, como explicación, fingiendo enfado—.No me fío de vos. Tenía que venir a comprobar en persona que seguíais entero.

—Pues ya lo veis, Gabriel, sigo entero y me encuentro bien —había sonreído don Alonso—. Tengo un tremendo dolor de cabeza, eso sí. Y ahora que os tengo aquí… creo que hasta se me ha pasado.

—¿Os ha visto el médico?

—Sí, por supuesto. En serio, Gabriel, estoy bien.

—Habré de creeros ¬—Gabriel Vázquez había contemplado a su amigo con detenimiento y había mostrado su preocupación de forma abierta—. Os habéis librado de milagro…

Don Alonso había asentido compungido.

—Tenéis toda la razón. Por eso me apresuré a escribiros. Aunque hubiera bastando con que me mandarais el criado que os solicite, Gabriel. No era necesario que vinierais en persona.

Gabriel había quitado importancia, con un gesto, al hecho de haber

viajado dos horas hasta el pueblo vecino, en el día de Navidad y dejando sus asuntos en suspenso. Lo había hecho con gusto, puesto que aprecia a don Alonso.

La noche anterior no pudieron hablar mucho más. A pesar de que don Alonso aseguraba encontrarse bien, lo cierto es que estaba muy cansado, y también lo estaba él que no tenía costumbre de viajar con tantas prisas. De común acuerdo decidieron dejar las explicaciones para el día siguiente y se retiraron ambos a descansar. Gabriel Vázquez, sin embargo, no ha dormido demasiado. Se ha pasado más de la mitad de la noche dándole vueltas a la cabeza

—Hay algo que no entiendo… —le dice a don Alonso a la mañana siguiente, nada más echarle la vista encima. Ambos se han sentado en la cocina, ante el fuego, para dar cuenta del desayuno preparado por la dueña de la casa—. ¿No habíamos quedado en que mantendríais vuestros propósitos en secreto? Porque supongo que quien os ha atacado es la misma persona que mató al aprendiz y que lo ha hecho porque sabe que vos le estáis buscando. ¿Es que habéis hecho pública la misión que os ha traído hasta aquí?

Don Alonso frunce el ceño.

—En cierto modo, sí.

—¿En cierto modo? —se asombra Gabriel Vázquez—. ¿Cómo es eso?

— Es complicado de explicar.

¿Complicado? Gabriel Vázquez mueve dudoso la cabeza pensando que es don Alonso quién lo complica todo. ¿Qué puede tener de complicada la muerte de un chiquillo al que, sin duda, quisieron robar? Eso si no pretendieron abusar de él. Por desgracia, semejantes casos, mezquinos y sórdidos, no son tan extraños. Y en cuanto al ataque que el propio don Alonso ha sufrido, tampoco tiene nada de raro. Gabriel Vázquez sabe de primera mano, no en vano su ocupación es administrar justicia, que los criminales suelen resistirse a ser descubiertos y mucho más aun a ser apresados. Para evitarlo son capaces de reincidir en cualquier tipo de violencia. Y esa violencia es lo que preocupa a Gabriel Vázquez, que por eso ha venido a Escalonilla con tantas prisas y acompañado de los dos hombres más fuertes y más rudos que ha podido encontrar. «Ahora —piensa para sí el alcalde de Torrijos—-, solo falta hacer ver a todo el mundo que don Alonso ha dejado de ser una presa fácil».

—¿Qué os parece si me enseñáis el pueblo? —propone—. Caminar un poco os sentará bien. Y de paso me vais contando lo que habéis averiguado.

Asiente don Alonso, harto de estar encerrado en sus aposentos, y después de unos rápidos preparativos para coger ropa de abrigo, salen dispuestos a dar un buen paseo.

El día está nublado lo que templa un poco el ambiente y suaviza los perfiles hoscos de la tierra. No son nubes de lluvia. Son espesas, algodonosas y parecen estar atadas al cielo, libres de vientos que las

empujen. A don Alonso le abruma, como siempre, tanto cielo como el que se extiende ante su vista. Gabriel, en cambio, solo echa a las nubes el vistazo suficiente como para comprobar la posibilidad de lluvia y, tranquilizado su ánimo a este respecto, no vuelve a prestarles atención. Detrás de los caballeros, alejados unos pasos, caminan los criados: Hernán, por supuesto, y los dos mozos que se ha traído Gabriel Vázquez desde Torrijos, rudos y recios, herméticos en su silencio, con aspecto de perros de presa.

Tan extraña comitiva —Gabriel Vázquez, tirando a gordo, entrado en años y adornado con ricas vestiduras; don Alonso de Oviedo, ascéticamente vestido de negro y con la frente vendada; Hernán, que camina a su lado, y los dos criados, altos como torres— es espiada por todos los vecinos del pueblo. Los ven pasear por la plaza de Abajo, entrar en la iglesia y salir al rato. Durante unos minutos se quedan parados ante la Casa de la Justicia, sin encontrar, por lo visto, ánimos o motivos suficientes para entrar en ella, lo que a nadie le extraña porque, para no variar, el alcalde, Juan Moreno, no está allí sino en sus campos. Tal vez por eso, los caballeros dan media vuelta rumbo a la plaza de Arriba o plaza de los Abastos. De camino, se detienen ante la fragua y contemplan la pobre fachada del hospital para pobres, para alejarse al poco y entretenerse callejeando. Algunas casas parecen llamar su atención más que otras. Se paran, por ejemplo, ante la de don Lorenzo Suárez de Figueroa, en la que, pese a todo, no entran, tal vez porque saben que el hidalgo ha salido muy de mañana y muy bien montado con la intención de visitar las tierras que tiene en la dehesa de Nohalos. Siguen su paseo los caballeros bajando por la calle del mesón y continúan hasta la plaza del Caño donde conversan durante unos minutos, parados frente al agua, mientras sus criados les esperan con paciencia. En el barrio de los telares se entretienen saludando a los tejedores, entre ellos a Pedro de Hinojosa, que les invita a pasar al taller, y a Fernando Fernández, que no es tan hospitalario. Se alejan a continuación, sin prisas, por el camino del molino, evitando como pueden la zona del barranco, sucia y llena de barro. Algunos dirán luego que llegaron hasta la Huerta del Rey y que, de vuelta, se asomaron al camino de Veragüe sin decidirse a adentrarse en él. Una exageración porque el paseo no fue tan largo. En cualquier caso, sí lo suficiente para que al rato ya supiera todo el pueblo que el forastero, el de siempre, don Alonso, al que ya tienen casi como forastero propio, no está tan grave como decían tras el accidente de Nochebuena. Lleva la frente vendada, eso sí, pero tiene buen aspecto. También sabe ya todo el mundo que su acompañante, tan orondo y de buen ver, es nada menos que el alcalde de Torrijos, y se preguntan unos a otros, un poco desconcertados, qué está haciendo en Escalonilla la justicia de un pueblo vecino y si tendrá algo que ver con los sucesos que han ocurrido durante los últimos días.

Al ver como los contemplan a su paso y los cuchicheos a sus espaldas, don Alonso acaba sonriendo.

— Bien, Gabriel —dice—, creo que ya habéis conseguido vuestro objetivo. ¿Podemos regresar antes de que desfallezcamos los dos de cansancio?

Gabriel Vázquez ríe sin pizca de remordimiento.

—¿Tan evidentes han sido mis intenciones?

—Un poco —reconoce don Alonso.

Gabriel Vázquez pone una mano sobre el hombro de su amigo.

—Solo quería asegurarme de que todo el mundo supiera que no estáis solo.

—No creo que haya quedado nadie sin saberlo —se burla con suavidad el de Oviedo—. Estoy seguro de que han tomado nota hasta las ovejas en los establos y las gallinas en los corrales.

Gabriel Vázquez se encoge de hombros. El de Oviedo puede burlarse cuánto quiera. Él ha cumplido su objetivo: que todos vieran a don Alonso respaldado por la justicia. Una justicia dispuesta a protegerle tanto con la fuerza del derecho y de las leyes, como con la de los dos criados que los acompañan, que para eso se ha molestado en lucirlos, para que se viera hasta qué punto son fornidos y recios. Gabriel Vázquez se dice a sí mismo, satisfecho, que la persona que atacó a su amigo es difícil que se atreva a repetir el atentado. Porque atacar a un caballero solitario en mitad de la noche es muy fácil. Ahora bien, tener que quitar de en medio al caballero, al alcalde de Torrijos, a los dos criados que los acompañan e incluso a Hernán, que por niño que sea no se separa de su amo y vigila con mirada atenta, ya resulta un poco más complicado.

Además, a Gabriel Vázquez le ha gustado conocer el pueblo. No tiene ni punto de comparación con su amado Torrijos, eso por supuesto, pero es más grande de lo que él pensaba y, en general, le ha resultado agradable. Eso sí, Gabriel Vázquez, conocedor de la administración municipal, se ha ido fijando en aspectos que tal vez a otro hombre le hubieran pasado desapercibidos. Ha tomado nota, por ejemplo, de que el pósito, en los altos de la Casa de la Justicia, parece abandonado, igual que el hospital para pobres, y le ha sorprendido el deterioro de la fuente, tan necesaria para el abastecimiento de personas y bestias, con el suelo sin empedrar y empantanado. En cambio, los talleres de los tejedores le han llenado de admiración y, al verlos, no le ha extrañado la fama que tienen las estameñas de Escalonilla, pues le han parecido fábricas buenas y bien organizadas. Por lo demás, el paseo ha sido productivo ya que don Alonso ha tenido oportunidad de irle contando el curso de sus pesquisas.

Cuando llegan a casa los dos están algo cansados. Gabriel Vázquez porque le sobran años y kilos y don Alonso porque le faltan. O al menos, eso piensa el alcalde de Torrijos, que no pocas veces trata al de Oviedo más como a un hijo que como a un amigo y que siempre anda preocupado porque le ve delgado y enfermizo.

Marina, eficiente como de costumbre, anda liada con sus trajines y sus

quehaceres. A pesar de ello, les recibe de buen grado, les cede el sitio ante el fuego y pone a su disposición jarras y buen vino, aceitunas aderezadas, queso y un pan tan tierno y tan bien horneado que Gabriel Vázquez, durante un rato, no puede ni soltarlo.

—Bien, ¿qué opináis? —le pregunta el de Oviedo para animarle a hablar.

Gabriel Vázquez se lo piensa un poco antes de contestar.

—No sé qué deciros. Parece lógico pensar que alguien esté robando los caudales del ayuntamiento, eso desde luego, aunque lo del aprendiz no me casa. ¿El chico llega a trabajar a los telares y en dos meses se entera de dónde están los caudales, se hace con una llave maestra del arca y se dedica a robar como si nada? Es absurdo.

—Lo es—reconoce don Alonso—. Y sin embargo, el aprendiz tenía la llave maestra del arca. El propio Hernán la cogió de sus manos.

—Tal vez se la quitó a alguien y por eso lo mataron, para recuperarla.

—Ya, pero no lo hicieron. Lo mataron y lo dejaron con la llave en la mano. ¿No os parece extraño?

Parece rumiar esto último Gabriel Vázquez mientras sigue disfrutando del pan y del vino.

—Quizá no tuvieron tiempo. Hernán estaba por allí, ¿no? Tal vez los asesinos se dieron cuenta, temieron ser descubiertos y se marcharon antes de poder hacerse con la llave.

Don Alonso niega con la cabeza.

—No es eso lo que Hernán cuenta. Según él, una única persona siguió al aprendiz y lo mató. Solo después creyó escuchar a alguien hablando. En cualquier caso, fuera una persona o fueran dos, tuvieron tiempo de sobra para quitarle la llave al chico de haber querido, sobre todo porque ni siquiera la llevaba escondida. Hernán dice que la tenía en la mano y que cayó al suelo cuando él se acercó.

Gabriel Vázquez suspira desmoralizado.

—Entonces, si no pretendían recuperar la llave, ¿por qué lo mataron?

—No lo sé —admite don Alonso—. Lo único que se me ocurre es que fuera por lo contrario a lo que creemos, es decir, no para recuperar la llave sino para deshacerse de ella.

—¿Qué queréis decir?

Pensativo, don Alonso se levanta y pasea inquieto por la estancia.

— Sabemos que el aprendiz era curioso y que tenía tendencia a meter la nariz en donde no debía —dice—. Pudo haber descubierto que alguien estaba robando los caudales del ayuntamiento y haberse convertido, por tanto, en un testigo incómodo. Por eso le mataron y, tal vez, le dejaron la llave en la mano de modo que cuando lo encontraran todo el mundo pensara que era él el autor del robo.

—Sí, es posible ¬—asiente Gabriel Vázquez.

— Lo que no podían sospechar es que hubiese un testigo. Alguien que,

por si fuera poco, se llevó consigo la llave —don Alonso hace un gesto vago con los hombros y vuelve a sentarse— Supongo que cuando aparecí yo, dieron por hecho que lo sabía todo. ¿De qué otra forma podía tener la llave sino?

— Así que decidieron quitaros de en medio por el mismo procedimiento que al aprendiz: a palos —concluye Gabriel Vázquez contrito—. Fuisteis muy imprudente. Os pusisteis en peligro haciendo saber que teníais la dichosa llave.

Asiente don Alonso, mirando a su amigo con afecto.

—Tenéis razón, Gabriel. Pero tenía que asegurarme de que la llave de Diego fuera la del arca de los privilegios. Cuando me la dio Hernán, me pareció que era bastante corriente, de las que sirven para cerrar cualquier arca. ¿Cuál? ¿La del taller donde trabajaba Diego? ¿Había intentado el chico robar a su maestro? Después de hablar con el tejedor, no me pareció probable. El maestro, Pedro de Hinojosa, aun siendo muy explícito hablando de sus preocupaciones, no hizo ninguna mención a que le hubieran robado y, además, tenía muy buena opinión del muchacho. En cambio, el tejedor fue el primero en hablarme sobre los problemas en el ayuntamiento y me contó que Diego solía rondar por allí cuando había cabildo. Fue al día siguiente, al hablar con el alcalde, cuando tuve el presentimiento de que la llave del aprendiz abriría el arca de los caudales.

Gabriel Vázquez sonríe, mientras se sirve más vino.

—Vos siempre tan acertado…

—No os burléis, Gabriel —se defiende el de Oviedo.

—No me burlo —rezonga Gabriel Vázquez. Y pensativo, añade—. Si tenéis razón en lo que me habéis contado, es posible que el alcalde y los regidores estén metidos en esto. ¿No están todos compinchados para hacerse con el gobierno del pueblo año tras año? Pues también lo estarán para hacerse con los caudales públicos.

—No creo —responde don Alonso con una sonrisa—. De ser así, ¿para qué iban a necesitar una llave maestra? Abrirían el arca con sus propias llaves. No, la existencia de esa llave prueba que no todos están al tanto de lo que está pasando.

Gabriel Vázquez se encoge de hombros y frunce el ceño preocupado. Aquello no le gusta nada, ni le gustó desde el primer momento. Si por él hubiese sido, cuando Hernán llegó a su casa, asustado, contando la terrible escena de la que había sido testigo, Gabriel Vázquez hubiese sido partidario de poner al chico a buen recaudo para protegerlo y dar aviso a las autoridades de Escalonilla. Ese hubiese sido, sin duda alguna, el procedimiento más adecuado. Y ahora, si don Alonso tiene razón en lo que piensa, y Gabriel Vázquez no duda de que la tenga, no pueden fiarse ni de los ediles del pueblo.

Don Alonso pone en palabras sus pensamientos.

— Lo malo de la situación en que nos encontramos es, precisamente,

que no podemos recurrir a la justicia. Juan Moreno, el alcalde, reconoció ayer que los libros de cuentas no cuadran, que faltan fondos. Aun admitiendo que él no fuera responsable, ¿qué puede hacer? Pasado mañana se celebran elecciones, él cesará en su cargo y saldrán elegidos los que ya han sido pactados de antemano.

—Y los que salgan elegidos no van a ponerse a investigar lo que hicieron los anteriores, ¿no es eso?

— Sería absurdo que se cerraran a sí mismos la posibilidad de obtener beneficios destapando los subterfugios y trapicheos que se vienen realizando. Y en cuanto al aprendiz…. En el mejor de los casos, echarán tierra sobre el asunto para no destapar lo del ayuntamiento. Al fin y al cabo, el chico solo era un huérfano, un niño de La Piedra… ¿a quién puede importarle que lo hayan matado?

Don Alonso vuelve a ponerse en pie. Parece enfadado y se encara con Gabriel Vázquez lleno de decisión.

—Me enerva tanta injusticia, Gabriel. No podemos permitir que quede impune la muerte del pobre muchacho.

Asiente Gabriel Vázquez. Está de acuerdo con don Alonso en que no pueden permitir que la muerte del aprendiz quede sin castigo. Otra cuestión es cómo lograrlo, porque lo que no parece entender don Alonso es que ellos son solo dos forasteros sin ningún poder ni influencia, y que, dada la situación, nadie del pueblo va a apoyarlos. Lo que ocurre es que don Alonso, cuando está convencido de tener de su parte la justicia y el derecho, no se para a considerar si tiene o no apoyos. Se enfrenta a quien sea casi sin pensarlo. Y a Gabriel se le viene a la cabeza, de pronto, la imagen de un don Alonso más joven, algo menos bregado, pero pálido y delgado como siempre, frente al más terrible de los servidores de su Majestad, el oidor de la Real Chancillería de Valladolid. Don Alonso había decidido importunarle nada menos que en su propia casa, en Salamanca, rogándole que les concediera audiencia. El oidor de su Majestad se había negado una y otra vez sin que don Alonso se diese por vencido.

—¿Por qué habría de escucharos? — les había espetado con fiereza el magistrado, harto de su insistencia.

Y don Alonso, sin alzar la voz, con mirada serena, contestó:

—Porque es de justicia, señor.

Porque es de justicia. Así, con tanta seguridad, con tanto aplomo, que el magistrado, con toda su fama de huraño, les concedió la audiencia.

Gabriel Vázquez suspira recordando lo que se jugaban en aquellos momentos. Para empezar, la libertad de su propio hijo que se había visto implicado, sin comerlo ni beberlo, en una maquinación entre nobles enemistados y que llevaba días en prisión con la posibilidad del destierro colgando sobre su cabeza. Don Alonso, por su parte, se jugaba nada menos que el futuro. Recién licenciado, intentando medrar en la Corte, sin amigos ni valedores, arriesgaba toda su carrera frente un magistrado intratable. Y

lo hacía solo por ayudarle. A él, al alcalde de un pequeño pueblo de Castilla, al que acababa de conocer y que se encontraba más que perdido en la cosmopolita Salamanca. Y don Alonso se lo jugó todo sin pestañear. Porque era de justicia.

Gabriel Vázquez recuerda que don Alonso expuso el caso ante el magistrado sin una sola vacilación. Cuando acabó de hablar, el oidor de la Chancillería, al quien todos temían, se había quedado en silencio, con la vista fija en el hombre joven, vestido de negro de la cabeza a los pies, que con tanta vehemencia le había hablado. Y de pronto, con voz áspera, dijo:

— ¿Pretendéis que os crea?

Don Alonso apenas parpadeó.

—No, señor, no pretendo que me creáis.

Y, con suavidad no exenta de firmeza, aclaró:

— Creerme sería un acto de fe. Y yo lo que espero de vos, señor, es el uso de la razón.

Gabriel Vázquez sonríe. Aquellas palabras a él le habían espantado. En ese momento pensó que don Alonso solo era un joven arrogante e inexperto por culpa del cual, con toda seguridad, su hijo acabaría en galeras. Qué equivocado estaba…

— Os habéis quedado muy silencioso —interrumpe don Alonso¬—. ¿En qué pensáis?

— Estaba recordando viejos tiempos ¬—explica el alcalde¬—. Me ha venido a la memoria, no sé por qué, la audiencia que nos concedió el oidor de la Chancillería en su casa de Salamanca, ¿os acordáis?

Don Alonso asiente.

—Claro que me acuerdo.

—Me parece estar viéndoos, tan sereno y tan altivo…

—¿Sereno? —se ríe el de Oviedo—. Por Dios, Gabriel, me temblaban tanto las manos que era incapaz de sujetar los documentos que llevaba en ellas. Y el corazón me latía tan fuerte que no tenía ninguna duda de que todos lo estarían escuchando. ¡Sereno! Me parece que vuestra memoria os engaña.

Gabriel Vázquez niega pausadamente con la cabeza. Está seguro de no engañarse: don Alonso estaba sereno. Y sin embargo, qué curioso, don Alonso recuerda lo contrario. Tal vez la realidad siempre sea así, piensa Gabriel Vázquez, con dos caras, o con más, incluso, una por cada persona que la contempla. Una obviedad que debe saber bien don Alonso que por eso gusta tanto de hablar con unos y con otros cuando realiza sus pesquisas.

—¿Sabéis lo que estoy pensando? —dice en ese momento el de Oviedo —. Que podríamos intentar ayudar un poco… Ya me entendéis… intentar destapar todos esos trapicheos que se traen en el ayuntamiento. Creo que sería la única manera de que al final se haga justicia.

Asiente Gabriel Vázquez y a don Alonso se le ilumina el rostro con una sonrisa.

—La misma sonrisa que entonces —piensa Gabriel recordando de nuevo aquella Salamanca que les había sido tan hostil.

Se ve a sí mismo reuniéndose con su hijo, libre ya de acusaciones. Los dos se habían fundido en un abrazo, sin reparar en que estaban en medio de la calle, rodeados de desconocidos. También el noble contra el que había sido dirigida la conjura había sido liberado y también sin pudor se abrazaba a su propia esposa y a sus propios hijos. Todos felices, aferrándose los unos a los otros, entre voces apagadas de júbilo y risas. Solo don Alonso permanecía al margen, algo alejado, envuelto en su coraza de reserva. Su hijo, al reparar en ello, dijo en voz baja:

—De todos nosotros, padre, él es el único que parece triste. ¬

Gabriel Vázquez se había quedado mirando al hombre que había sido capaz de mantenerle la mirada al oidor más importante de su majestad el rey y a quien debía tanto.

—¿Queréis acompañarnos, señor? —le dijo acercándose a él—. Vamos a celebrar vuestro éxito.

Y don Alonso, sonriendo, había aceptado.

— Sí, la misma sonrisa —se dice Gabriel Vázquez mientras mira a su amigo con afecto.

Y le parece que el motivo también sigue siendo el mismo.

—¿Triste? —le había contestado en aquella ocasión a su hijo—. No, no está triste. Está solo.

Juan, el «Condenao»

Cuando llaman a la puerta, Juan se sobresalta. Está sentado ante el fuego, los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos. Levanta los ojos y se queda escuchando. Que llamen a la puerta de su casa es tan raro que piensa que tal vez lo ha imaginado, que se ha quedado medio dormido al calor de las escasas ascuas que brillan en el hogar y algún sueño absurdo se le ha colado entre los dedos. Los golpes se repiten y Juan, extrañado, acaba levantándose. Se asoma al ventanuco que hay junto a la puerta y mira afuera. Es Germán el Mozo, bien embozado en su sayo.

—Vamos, Juan, sé que estás ahí, abre la puerta.

Juan aún duda unos momentos. Echa un desolado vistazo a su alrededor. La habitación está sucia y desordenada. La mesa que hay pegada a la pared rebosa de platos, jarras y herramientas, en un maremágnum sin sentido. Un poco más allá, un catre en el que está echada su mujer, Alfonsa, tapada con una manta. No sabe Juan si está dormida o no, en cualquier caso sabe que está ausente, ida, como siempre. Un par de banquetes, dos o tres prendas de ropa colgando detrás de la puerta, un barril de madera mediado de agua, una arqueta desvencijada… Todo ofrece aspecto de pobreza, todo está viejo y descuidado y Juan lo contempla con vergüenza. ¿Cómo va a abrir la puerta y dejar que Germán el Mozo vea aquello?

Los golpes resuenan otra vez, ya con impaciencia.

—Juan, ¡que abras!

Juan abre. Solo una rendija, solo lo suficiente para salir y volver a cerrar la puerta tras de sí.

—¿Qué pasa? ¿A qué viene este escándalo? —pregunta.

Germán, al ver salir a Juan, ha retrocedido un par de pasos.

—Tengo algo que contarte ¬—le dice.

Juan asiente. Se cierra el viejo sayo que lleva puesto y cruza los brazos sobre el pecho para resguardarse del frío. A su espalda, la puerta cerrada de su casa, de su pobreza, de su vergüenza. Germán, tal vez dándose cuenta, se aleja un poco antes de empezar a hablar.

—Ese caballero —dice—, el forastero, quiere hablar con nosotros.

—¿Para qué?

—Puede ayudarnos.

Juan deja vagar la vista frente a él: las primeras casas del pueblo, la cuesta que sube hasta la cañada, los cobertizos de los telares no demasiado lejos… Todo le parece gris, invernal, triste, un reflejo de su propia desesperanza.

—Ayudarnos… ¿a qué?

—A acabar con esta situación. Es un hombre importante, con influencias y desde ayer está aquí su amigo, el alcalde de Torrijos. Nos dirán qué podemos hacer.

—Esos caballeros estarán del lado de los que son como ellos. No entiendo qué interés pueden tener en gente como nosotros.

Germán el Mozo parece meditar sobre el asunto. Después de unos segundos mueve la cabeza.

—Nuestras reclamaciones son justas, ¿por qué no iban a querer ayudarnos?

Juan sonríe sin ganas. No tiene ninguna fe en la justicia. Ni en la justicia ni en nada. Ya no. Aun así, contempla al joven que tiene delante, erguido, de anchos hombros y mandíbula cuadrada, y algo de su convencimiento se le mete en el alma. Él también era así no hace tanto, con esa solidez que tiene Germán el Mozo, que parece hecho de fuerza y de certidumbres. Juan podría desengañarle, decirle que la vida no es justa ni son justas las personas, en especial con los que, como ellos, no tienen nada. Pero hacer eso, se dice para sus adentros, sería, qué ironía, una injusticia. Germán el Mozo tiene derecho a sus convicciones, al menos hasta que la vida se las vaya quebrando una a una.

—De acuerdo — dice—. No perdemos nada por intentarlo.

¿Qué van a perder?, se dice entrando de nuevo en casa. No se puede perder nada cuando nada se tiene. Y, la verdad, siente curiosidad por esos caballeros que por lo visto están dispuestos a ayudar. Le ha prometido a Germán el Mozo que irá a casa de los Zumaquero en cuanto se asegure de que la Alfonsa está bien. Como si la Alfonsa estuviera bien en algún momento.

Juan Sánchez se acerca a la cama y contempla a su mujer, arrebujada en una manta, el pelo revuelto y los ojos cerrados. Al menos, en ese momento, está callada. Otras veces, en cambio, deja salir de entre sus labios un gemido suave como el maullido de un gato, un lamento interminable que se le mete en los pensamientos hasta enloquecerlo. Pobre Alfonsa, tan quebrada. Y quien lo hubiera dicho. Quien hubiera pensado que la Alfonsa, hermosa, llena de vida, acabaría así, incapaz de levantarse de la cama, siempre con la mirada perdida en sus propias penas, siempre sumergida en su desconsuelo. A Juan, en ocasiones, le impacienta. Siente deseos de cogerla por los hombros y zarandearla y gritarle que ya basta, que sí, que el

dolor de perder un hijo es insoportable, pero que el tiempo pasa y la vida sigue y él está vivo, como ella, y tienen los dos muchos años por delante. Y cuando se ve ante aquellos ojos, ante los ojos doloridos de la Alfonsa, se siente incapaz de decir nada. Quizá sea mejor así, se dice a sí mismo estirando la manta con que se cubre su mujer y acariciándole el cabello con torpeza, quizá sea mejor que no pueda enterarse de nada, que no pueda ver la pobreza que se les ha metido en casa, ni darse cuenta de que tienen al hambre sentada al lado.

El hambre. Juan Sánchez menea la cabeza con pesar y atiza un poco las pobres ascuas del hogar, intentando que calienten el guiso aguado que hay encima. Con un cucharón sirve un poco en un plato abollado y se acerca a la cama.

—Alfonsa. Vamos, Alfonsa, tienes que comer.

La Alfonsa rebulle un poco, abre los ojos y le mira con una mirada dolorida que se le clava en el alma. La ayuda a incorporarse y, con paciencia, va acercándole la comida. Ella, al poco, rehúye la cuchara. Desde hace unos días apenas quiere comer y se está quedando en los huesos. Juan Sánchez suspira resignado. No le extraña. La sopa es pura agua. Si al menos tuvieran un poco de pan… La Alfonsa, cansada, vuelve a echarse dándole la espalda y Juan Sánchez se queda sentado en la cama con la mirada perdida. Está pensando que el hambre, cuando te escoge, nunca te suelta. Y a él, el hambre lo escogió ya de niño. En su recuerdo más antiguo se ve con apenas dos o tres años, enganchado a las faldas de su madre, llorando. Fue cuando la langosta arrasó Veragüe, su pueblo, y tuvieron que marcharse porque no había cosecha, ni pan, ni esperanza. Él entonces solo era un crío y lo único que recuerda es que el campo hervía, burbujeaba de insectos, y el cielo llevaba días oscurecido por millones de sombras voladoras. A lo lejos, los hombres libraban una batalla perdida, armados con buitrones, sacos y lienzos que interponían entre la tierra y la lluvia viscosa y viva. Y él, en aquel campo desolado, en aquel camino interminable, lloraba de hambre mientras su madre tiraba de su mano.

Así llegaron a Escalonilla. Recuerda a su padre arando los áridos campos que le arrendaba el señor de Orgaz, recuerda a su madre hilando durante horas y recuerda que el hambre nunca se fue del todo. Él, todavía muy niño, ayudaba en lo que podía. A veces acompañaba a su padre y el recuerdo del hambre se adereza con el olor de la tierra húmeda, la sensación de los terrones deshaciéndose bajo sus pies, el dolor en los riñones aplastados por las horas interminables agachado sobre la azada, los brazos como arrancados por el tirón del arado.

—Aquí las únicas que prosperan son las ovejas —se quejaba su padre.

—Aquí las únicas que nos dan para vivir son ellas —rebatía su madre haciendo girar la rueca con la que hilaba durante horas interminables, consiguiendo así que cuando se daban mal las cosechas no murieran de hambre.

Él también tuvo que arrimar el hombro en cuanto tuvo edad suficiente y buscarse un jornal. Y quizá porque creía más a su madre que a su padre, decidió cambiar la cosecha de la tierra por la cosecha de la lana.

Juan Sánchez se levanta. Arropa a su mujer con la manta y deja el plato y la cuchara sobre la mesa que hay pegada a la pared.

—Alfonsa, voy a llegarme a casa de los Zumaquero. No tardaré en volver.

Espera respuesta durante unos segundos sin que la Alfonsa de señales de haberle oído. Juan, resignado, murmura un «hasta ahora» y sale de la casa. Ante él, la calle estrecha que lleva hasta la plaza del Caño. La recorre despacio, perdido en sus recuerdos, rememorando los tiempos en los que vagó de taller en taller, intentando huir del hambre. No fue fácil. Estuvo en un lavadero de lana, y a su mente vuelven el olor asfixiante de los orines rancios y el calor sofocante del agua hirviendo. Se pasaba horas revolviendo las tinas con unas palas enormes hasta que el dolor en los brazos era insoportable. Desmechar la lana le dejaba los dedos en carne viva. Cuando le ponían a baquetear a veces se sentía tan enfurecido con la vida que golpeaba y golpeaba hasta que le dolía el alma y la vara le reventaba las ampollas de las manos.

De baquetear, pasó a la carda. Aquello le gustó más. Requería fuerza y, a la vez, paciencia y sabiduría. Aprendió a manejar el bastidor y los peines, a emborrar, a cardar de rodilla y abarquillar, a mezclar aceites con la lana para que quedaran copos más suaves, a hacer mechas de diferentes lanas para conseguir rocadas para hilar de colores nuevos sin necesidad de teñir…

Empezó a interesarse de verdad por el oficio que hasta ese momento solo había sido una obligación, una forma de alejar el hambre. Trabajó con la rueca, aprendiendo a sacar hilos toscos e irregulares, igual que había visto hacer a su madre durante años. Más tarde aprendió el manejo del torno de pie, admirado de la forma en que podía obtener hilos mucho más finos, y por último, se hizo hábil en el torno con huso de hierro con el cual, casi como un milagro, conseguía hilazas tan delgadas e iguales que le maravillaban. Sin embargo, no siempre era provechoso semejante trabajo. Había telas que requerían hilos más recios, como las estameñas, y saber elegir el hilado adecuado al género que había que tejer era uno de los distintivos más importantes en un buen tejedor. Y Juan se estaba convirtiendo en uno de los mejores. Sabía devanar o enrollar las hiladas mejor que nadie, sabía lavarlas con lejía y jabón caliente, torciéndolas, purgándolas, limpiándolas y desmugrándolas hasta que conseguía unas madejas perfectas. Sabía montar el hilo en la urdidera formando una cadena a la que daba el baño justo de cola para que los hilos quedasen sueltos pero con la consistencia y fuerza adecuadas para un tejido perfecto. Porque eso era lo que más le gustaba a Juan, tejer: el paso de la lanzadera por entre los hilos de la urdimbre, con su sonido susurrante y regular, el tac-tac de los

lizos subiendo y bajando al ritmo exacto que él imprimía a las premideras, la sensación de la tela recién tejida cayendo sobre sus manos, paso a paso, hasta el final de la cadena puesta en el telar.

Cuando, al cabo de unos años, Juan Sánchez regresó a Escalonilla era un tejedor experimentado. Encontró su sitio en el taller de Pedro de Hinojosa. Un paréntesis feliz, piensa ahora, que apenas duró un suspiro. Pedro de Hinojosa valoraba sus conocimientos, su trabajo pausado y preciso, y el jornal que ganaba le permitió tomar esposa. La Alfonsa, aquella niña de los vecinos que nunca miró dos veces de crío, fue la elegida. Cuando nació su hijo, el pequeño Fernando, sintió que no había hombre en el mundo que pudiera pedirle más al cielo.

Se estremece Juan Sánchez al pensar en lo rápido que se desmoronó todo: la muerte de su hijo, tan absurda, el hundimiento de Alfonsa que además malogró el niño que llevaba en el vientre, la injusticia de don Fermín, empeñado en condenarle, la presión de los vecinos, su orgullo y, por último, la pérdida del trabajo que lo ha llevado otra vez al hambre. Tanto correr, tanto trabajar, tanto aprender, para acabar igual que había comenzado, con las tripas rugiendo y sin ninguna esperanza.

¿Será cierto que está condenado por el destino a la miseria y a la desesperación?, piensa Juan, mientras intenta hurtar las manos al frío cruzando los brazos sobre el pecho. La idea le inquieta. Juan el «Condenao», ¿no le llaman así? Aunque él sabe que el mote, en realidad, es una burla a la intransigencia del cura. Porque fue don Fermín el que se empeñó en condenarle hace ya más de tres años, después de morir su hijo:

—Tú, Juan, en el fondo de tu alma culpas a Dios…

Y eso era verdad, no podía negarlo. ¿No fue Dios el que decidió que su hijo muriera? ¿No fue Dios quién se lo arrebató? ¿A quién más podía culpar? ¿A Alfonsa que se desvivía por el crío, a él mismo, que hubiera dado la vida con gusto a cambio de la de su hijo, al árbol que dejó caer una de sus ramas justo cuando pasaba el niño, a las quebraduras que no supo curar el boticario, al propio boticario que hizo todo lo posible aun sabiendo que no podrían pagarle? Sí, también, todos ellos culpables. La Alfonsa que no vigiló bien al niño y le dejó salir con tanto viento y que ha pagado la culpa perdiendo el juicio. Y él también culpable por haberse descuidado y no haber podado aquel árbol que daba sombra a la casa. Y el médico, por no saber más, ni tener remedios que curaran el pequeño cuerpo herido del niño. Y culpable hasta el árbol por tener ramas. Todos culpables sin remedio. Pero, de todos, solo Dios, desde su lejana y helada grandeza, podía haberlo evitado. Y puso al niño en sus manos sabiendo que moriría aplastado por una rama. Y puso allí el árbol. Y puso a la Alfonsa lejos y a él trabajando en el taller. Y luego, no hizo nada para cambiar el destino. ¿Por qué? ¿Qué tenía Dios contra su hijo? ¿Qué tenía contra él?

No, no se arrepiente Juan de sus pensamientos. Se arrepiente de habérselos confesado a don Fermín en un momento de debilidad, esperando

comprensión y consuelo. Y lo único que encontró fue el enfado del cura que, incapaz de entender su dolor, le negó la absolución. Y, además, hizo pública su desaprobación. Lo hizo en un sermón, subido al púlpito, clamando indignado con su voz estentórea contra todos aquellos que no aceptaban con mansedumbre los designios de Dios:

—Como tú, Juan, que te vas a condenar a las penas del infierno… Porque en vez de bajar la cabeza y decir «hágase tu voluntad», le has pedido cuentas a Nuestro Señor. ¡Para semejante soberbia, te lo aseguro, no puede haber absolución!

Juan, al recordarlo, vuelve a sentir la vergüenza que sintió en aquel momento, en el silencio profundo de la iglesia, con el dedo acusador del cura dirigido hacia él. Sintió vergüenza y bajó la cabeza para no encontrarse con ninguna mirada. Mientras continuaba la misa, la vergüenza se fue convirtiendo en enfado, y más tarde en rabia, en una ira gigantesca que le ahogaba hasta que no pudo más y dio media vuelta y abandonó la iglesia notando que le seguían todos los ojos. Rumió su rabia durante minutos eternos, midiendo con sus pasos impacientes el ancho de la plaza, y cuando el cura salió, al acabar la misa, sin esperar a que los vecinos se dispersaran y volvieran a sus quehaceres, se enfrentó a él.

—¡Padre! —clamó imitando el tono amenazador que había usado el cura para acusarle—, puede que yo esté condenado… ¿pero no lo está también el cura que quiebra el secreto de confesión?

Don Fermín palideció. Tartamudeo durante unos segundos y la indignación le fue tiñendo el rostro de rojo. Levanto otra vez, tembloroso, su dedo acusador.

—Estás condenado. Te lo aseguro, haragán, estás condenado a las penas del infierno.

Condenado. Así era. Desde hacía ya más de tres años era Juan el «Condenao». Una condena irremediable porque él no está dispuesto ni a pedir perdón ni a volver a confesarse. Jamás volverá a confiar sus más íntimos sentimientos al hombre que le ha traicionado. Su disputa no es con Dios, es con el cura. Porque no es Dios, se dice Juan con amargura, quién le niega el consuelo, ni es Dios quién le prohíbe la entrada en la iglesia, ni es Dios quién rehúye a la Alfonsa, ni es Dios quién, ahora que tanto lo necesita, le priva de la ayuda que la parroquia da a otros pobres. Ni había sido Dios, por supuesto, el que había presionado a Pedro de Hinojosa para que le echara del taller diciendo que dar trabajo a un condenado le convertía en cómplice y que se estaba jugando la salvación.

Lo malo es que Juan, que ha sabido mantener el orgullo durante tres años, se siente ahora al borde de quebrarse. Perder el trabajo ha conseguido lo que no consiguió la amenaza de condenación eterna. Un par de meses ya sin poder acudir al taller del tejedor, y el hambre y la pobreza le están ahogando. Se le hacen eternas las horas del día, sin nada qué hacer, sentado ante un fuego que cada vez es más escaso, dándole vueltas a la cabeza.

Echa de menos el ruido de la lanzadera entre sus manos, el placer de ir viendo salir los tejidos del telar, la conversación con los otros trabajadores, las risas y las bromas…

Ojalá Pedro de Hinojosa hubiese tenido otra elección.

—Juan, sé que tienes tus motivos —le había dicho—, y te entiendo… Pero si el cura se empeña, intervendrá la Inquisición…

La Inquisición. Esa era la última amenaza, la última apuesta para acabar con él y de rebote con el propio tejedor. Porque Juan es consciente de que allí se mezclan dos asuntos distintos: su disputa con el cura y la independencia de Pedro de Hinojosa, y que ambos han sido bien utilizados en provecho de los de siempre, encabezados por Gerena. Gerena y sus trapicheos para intervenir en las cuestiones del pueblo. ¿No es de eso de lo que quiere hablar Germán el Mozo con el forastero?

Cuando Juan Sánchez llega ante la puerta de la casa de los Zumaquero se detiene indeciso. Se quita el sombrero que lleva calado hasta las cejas, se echa el pelo hacia atrás, se pasa la mano por la cara notando la aspereza de la barba mal afeitada, e intenta colocarse el jubón y sacudírselo, pensando con amargura lo absurdo que es pretender sacudirse de encima la pobreza como quien se sacude el polvo.

Marina la Zumaquera le da la bienvenida con una sonrisa y le pregunta por la Alfonsa. En la cocina, cerca del fuego, encuentra a Germán el Mozo y a Germán el Viejo, sentados con otros dos hombres: el forastero y el alcalde de Torrijos.

—Ven, Juan —le dice¬ el Joven—. Siéntate con nosotros.

Él se sienta en silencio. Marina le acerca una jarra de barro que él se lleva a los labios sin apenas pensarlo. El sabor amargo y fuerte del vino le reconforta. Mira con disimulo a los caballeros y, sin saber por qué, le tranquiliza observar que uno de ellos es más joven de lo que había imaginado y que el otro, en cambio, ya peina canas.

Durante un rato, Juan se limita a escuchar. Germán el Joven, con vehemencia, está contando las dificultades que tiene que afrontar por culpa de Gerena y los suyos. Habla de préstamos denegados por el pósito, de los precios de la cosecha tirados por los suelos, del arriendo de las peores suertes… Se asombra Juan de la facilidad con que su amigo lo cuenta, hilando frase tras frase, poniendo ejemplos y volviéndose a veces hacia su padre, Germán el Viejo, para que ratifique lo que dice. El caballero, don Alonso, escucha y asiente y de vez en cuando interrumpe pidiendo alguna aclaración.

Se pregunta Juan Sánchez qué podrá decir él en aquella reunión. Antes de poder decidirlo, Germán el Joven le incluye en la conversación.

—Cuenta tú, Juan. Cuenta cómo están intentando acabar con Pedro de Hinojosa —le pide Germán el Joven. Y volviéndose hacia los caballeros, explica— El control de los tejedores es lo que ahora pretenden, tal vez porque se han dado cuenta los beneficios que se pueden obtener de la lana.

Y Juan cuenta. A trompicones, buscando las palabras, ante los ojos atentos y comprensivos de los dos forasteros. Cuenta, porque ha sido testigo de ello, todas las argucias que, durante meses, han inventado para acabar con el tejedor. Cuenta que le han subido los impuestos más que a otros tejedores, que han logrado controlar a los veedores y los han puesto a todos en su contra y que por eso los tejidos de Pedro de Hinojosa siempre son rechazados por una causa o por otra; cuenta que mientras que los otros tejedores encuentran facilidades y ayuda por parte del concejo para obtener préstamos o para las negociaciones con los comerciantes, Pedro de Hinojosa, por el contrario, solo encuentra obstáculos y objeciones.

—No hay más que ver cómo ha prosperado Fernando Fernández en apenas un año —le interrumpe Germán el Joven, indignado¬—. Pero Fernando Fernández es uno de los protegidos de Gerena.

Asiente Juan Sánchez. Es verdad que Fernando Fernández ha podido comprar telares nuevos, unos preciosos telares con los que, sin embargo, realiza tejidos de mucho menos merecimiento. No obstante, los veedores le dan el visto bueno a los tejidos de Fernando y rechazan los de Pedro de Hinojosa que, a pesar de todo, ha logrado mantenerse firme.

—Y ahora, si le empiezan a fallar los trabajadores no podrá lograrlo —explica Juan pesaroso—. Eliminarme a mí ha sido fácil, solo han tenido que utilizar al cura y amenazar con la Inquisición. Y han conseguido quitar de en medio al hijo de Hinojosa, que hace poco que había pasado el examen de maestría. El muchacho tiene la cabeza llena de pájaros y está obsesionado con irse al Nuevo Mundo. Gerena y los suyos se lo han facilitado.

— Ha sido por medio de un hermano de don Lorenzo Suárez de Figueroa —interrumpe Germán el Viejo¬—, un tal Diego López de Ávalos que está en la gobernación de Veragua. El caso es que le han conseguido acomodo al chaval y se va pronto.

—¿Quién será el siguiente? — se pregunta Germán el Joven con el ceño fruncido—. ¿El pobre Tomé que lleva toda una vida al lado de Pedro de Hinojosa y que es casi un viejo? ¿Francisco el Niño, a punto ya de alcanzar la maestría? ¿O Luis, el de la Carmela, que lleva en el taller desde que era un crío?

O Jacobo, o Ginés, o Antonio. Cualquiera de ellos. Todos son presa fácil, piensa Juan sin decirlo, cuando la alternativa es plegarse o caer, como él ha caído, en las garras del hambre.

— También se ha quedado sin aprendiz, ¿no es cierto? —pregunta el caballero más joven, don Alonso.

Todos sin quedan un momento en silencio, como si la imagen del chico muerto a palos, tendido sobre una manta a los pies de la iglesia, se hubiera materializado ante ellos.

—¿Gerena ha tenido que ver en eso? —insiste el caballero.

—No creo —dice Germán el Viejo—. No es el estilo de Gerena esa

brutalidad. Gerena manipula, y presiona y amenaza… Jamás, que yo sepa, ha cometido actos violentos.

—Entonces… ¿qué pasó con el pobre muchacho?

Juan, al pensar en el aprendiz, siente el pesar como una losa sobre la losa que ya lleva en el corazón desde que murió su hijo. Aquella mirada traviesa, aquella sonrisa fácil, aquel deseo de agradar, ingenuo y limpio. El chico le había recordado a su hijo desde que entró a trabajar en el taller, apenas unos meses antes. Le había recordado a su hijo que, si no hubiera muerto, tendría la misma edad y quizá hubiera sido también aprendiz y hubiera estado en el taller, al lado de su padre que hubiera podido enseñarle el oficio. Pero como su hijo no estaba, se aferró a Diego. Buscaba su compañía, le atraía a su lado con cualquier excusa:

—Ven para acá, mala pieza, ayúdame en esto…

Disfrutaba teniéndolo cerca. Le gustaba su inconsistencia todavía tan infantil y que le contara sus travesuras y sus inquietudes. Pobre muchacho, sin familia, sin hogar, sin haber sido nunca querido como había sido querido su hijo Fernando, con una madre que le arropaba por las noches y un padre que proveía por él y una casa que era refugio y cobijo. El pequeño Diego nunca había sabido de todo eso y aun así era alegre y servicial y se esforzaba por aprender, si bien era evidente que no era la lana lo que más le gustaba. En cuanto podía se escapaba para ayudar en la iglesia, con la misa, los cánticos y los rezos. Y sabía escribir y de cuentas. Un chico espabilado. En otras circunstancias, hubiera tenido un buen futuro. O tal vez no, sonríe Juan al pensarlo. No, tal vez no. El muchacho no tenía ambiciones. Solo quería pasar por la vida sin demasiado esfuerzo. Aprender en el taller lo imprescindible para que no le regañaran, ayudar en esto y lo otro a cambio de una sonrisa y una palabra amable, comer con buen apetito al final de la jornada, tener un jergón caliente por las noches… Nunca le vio desear nada más. Eso sí, tenía cierta tendencia a meter la nariz en los asuntos ajenos.

—No es la primera vez que me dicen que era un poco entrometido— dice el caballero pensativo¬—. Por lo visto, le gustaba curiosear.

—Sí —asiente Juan—, escuchaba y se enteraba de lo que hablaba la gente. Me contó muchas veces conversaciones que había oído, por ejemplo, en la iglesia. La Sacristana le ponía a barrer o a sacar brillo, y si los regidores estaban reunidos en cabildo…

Juan le había regañado muchas veces por su afición a fisgonear, aunque tiene que reconocer que luego le tiraba de la lengua porque le gustaba enterarse de los tejes y manejes de los regidores, de los arreglos con el escribano para que pusiera en los libros lo que convenía, de las discusiones de la Sacristana con el cura, ese don Fermín tan pagado de sí mismo y que acudía para todo a su hermana, mucho más espabilada. Cuántas veces había acabado riendo con las imitaciones que le hacía el muchacho de las voces de unos y otros al contarle lo que había escuchado. Solo después, hilando todas las historias, las discusiones, los enfrentamientos, las conversaciones

a media voz y todo lo demás, empezó a darse cuenta hasta qué punto estaban las cuestiones del concejo en manos poco dedicadas. A todo aquello, Diego no le daba importancia. Él se divertía, nada más, curioseando.

—Ya —asiente don Alonso—. Lo malo es que, por lo que veo, repetía esas conversaciones. Y a alguien pudo no hacerle tanta gracia.

—La curiosidad mató al gato —sentencia Germán el Joven.

— Bueno, eso no lo sabemos ¬—media el Viejo, más prudente.

— ¿Y qué otra explicación tiene la muerte del muchacho?

Se habían quedado todos pensativos hasta que Juan, pesaroso, comenzó a hablar de nuevo. Él era de la opinión de que el chaval estaba preocupado por un amigo, un compañero de sus tiempos de La Piedra.

—¿Habló de ello?

Sí, a veces, al venir de algún viaje con Pedro de Hinojosa, que solía llevarse al aprendiz consigo cuando iba a Torrijos, no porque le hiciera falta, sino porque sabía que el chico disfrutaba con la ruptura de la monotonía. De aquellos viajes, Diego había regresado, las últimas veces, cada vez más triste.

—¿Por qué? —se interesa el caballero—. ¿Qué era lo que le preocupaba?

Juan se lo había preguntado en alguna de las muchas tardes en que le asignaban al chico para ayudarle. Y mientras cogían el ritmo de las premideras y veían ir y volver la lanzadera, Diego, atento al tejido que iba cayendo sobre sus manos y dejándose acunar por el sonido suave del telar, le había ido contando de su vida como niño de La Piedra: los amigos, las clases de escritura y cuentas con el cura, las travesuras, el coro... Tenía la cabeza llena de fantasías sobre el Nuevo Mundo, como el hijo de Hinojosa, y también, por lo visto, soñaba en ocasiones con marcharse. Lo había planeado con un amigo de su vida de antes: se iban a ir los dos enrolados de grumetes en cualquier barco, harían fortuna en el Nuevo Mundo y volverían para comprar Torrijos al duque de Maqueda, con su Colegiata y su mercado y su colegio de La Piedra, y entonces los dos serían los señores de Torrijos. Bendita inocencia.

—¿Dos bribones haciendo de grandes señores? Pues estamos listos… —le había tomado el pelo Juan.

A Diego le brillaban los ojos y se reía:

—Mi amigo Hernán sería un buen señor. Es muy listo.

Lo malo es que al tal Hernán lo habían colocado con un cardador en Gerindote.

—No será con Mateo Pérez, ¿no? —había preguntado él, escandalizado.

Porque Mateo Pérez tenía fama en el gremio de borracho, mezquino y trapacero. Nadie se fiaba de él desde hacía años ya que, además del mal carácter, la lana que preparaba estaba siempre sucia y mal trabajada. Pero

sí, era aquel Mateo Pérez y el amigo de Diego, por lo visto, estaba pasando un calvario.

—Toca aguantarse, chaval —le había dicho Juan intentando consolarlo —. Tu amigo pasará unos cuantos años malos y saldrá sabiendo un oficio Si es tan listo como tú dices sacará provecho de ello.

Diego, sin embargo, no levantaba cabeza. Él, que era un mozo sencillo y alegre que nunca parecía darle demasiadas vueltas a la cabeza, volvió del último viaje a Torrijos más preocupado que nunca. Con lágrimas en los ojos le confesó que temía por su amigo.

—No aguantará, Juan —le había dicho—. Está a punto de rendirse…

Y por más que había querido razonar con él, no hubo manera. Todo se le iba a decir que su amigo le había cuidado desde que eran críos y que él ahora no podía fallarle.

—En mi opinión, el chico estaba pensando en escaparse. No por él mismo, que se sentía a gusto aquí, si no por su amigo.

La revelación deja a don Alonso pensativo. Juan se da cuenta de que ya no escucha lo que hablan. Incluso se levanta y se asoma al patio desde donde les llegan las voces alegres de la Zumaquera que anda por allí trapicheando con sus enseres, ayudada por el joven criado del caballero. Juan aprovecha el momento para decir que tiene que marcharse. No le gusta dejar tanto tiempo sola a la Alfonsa. Se despide del alcalde de Torrijos que le estrecha la mano con afabilidad, y de don Alonso que, amable aunque distraído, le dice que sin duda volverán a verse. Germán el Viejo le hace una seña con la cabeza sin llegar a levantarse y el Mozo, en cambio, le acompaña dándole afectuosos golpes en la espalda. Germán el Mozo es optimista y está entusiasmado con los dos caballeros, convencido de que van a ayudarlos y de que la suerte, por fin, cambiará a su favor.

—Toma, Juan —le dice la Zumaquera que ha corrido a la cocina y ha vuelto con una olla tapada y un enorme pan envuelto en un paño—. Es para la Alfonsa —ante la mirada de Juan, le suben los colores—. A la Alfonsa le gusta mucho mi estofado —dice nerviosa—, y a los señores se lo he dado de comer ya dos veces. Si les doy más acabarán por dejarnos.

Juan asiente. Avergonzado, toma la olla y el pan y se marcha.

Alejandro, el herrero

—Yo nunca tuve nada que ver con ese chico. ¡Ni siquiera lo conocía! —grita Alejandro.

Frente a él, las manos en las caderas, el ceño fruncido, su madre, la Batanera, le mira con desconfianza. Alejandro no soporta esa mirada, ni soporta sus preguntas. Toda su frustración estalla de pronto y de un manotazo arrasa con todo lo que hay en la mesa, estrellando jarras y platos contra el suelo.

La Batanera ni se inmuta y Alejandro siente que la rabia se le diluye en una sensación de impotencia que conoce desde niño. No hay nada que hacer. El mundo es como es. Haciendo un esfuerzo, intenta controlar su voz, la tensión de sus músculos.

—Madre, juro por la salvación de mi alma que yo no tuve nada que ver con la muerte de ese aprendiz. Luis puede decirlo. Me encontré con él poco antes de llegar a la plaza y volvimos juntos a casa.

La Batanera pierde la paciencia. Se le acerca, le sujeta por la camisa, le grita.

—¡Ahora da igual quién mató al chico! Lo que importa es que tienen la maldita llave, Alejandro, ¿es que no lo entiendes? ¡Tu llave! ¡La que tú hiciste! ¿Qué crees que van a pensar?

Alejandro se suelta de un tirón.

—¡Yo no he hecho nada!

La Batanera se echa hacia atrás y le mira casi con pena.

—¿Cuánto tardarás en decir lo contrario si te prenden y te dan tormento?

Alejandro se estremece. Cansado, se deja caer sobre el banco que hay ante el fuego y se sujeta la cabeza con las manos. Quisiera borrar de un plumazo sus pensamientos y no puede. Lleva intentándolo desde que el aprendiz apareció muerto, porque desde ese momento todos le han tratado como si él fuera culpable. Y no lo es. Aquella noche puede que él estuviera furioso, con esa rabia que le acomete como a oleadas, pero no contra el dichoso aprendiz a quién ni siquiera ponía cara, sino contra todos ellos. Era

una furia silenciosa que le iba creciendo dentro, amenazando con arrasarle, como le había pasado otras veces. Como le está pasando ahora. ¿Por qué se empeñan en enredarle en asuntos que no entiende? ¿Qué le importan a él la caja de los caudales, los privilegios o el ayuntamiento y sus cargos? Nada. Aun así, madre se obstina en acusarle:

—Tú hiciste la llave.

Sí, la hizo. Ella lo sabe bien porque fue como un juego al que le retaron, dudando de su capacidad:

—¿Serías capaz de sacar una maestra a partir de las tres llaves originales?

¿Y porque tenían que dudar?

Las llaves eran pequeñas, delicadas. Sacó un molde de cada una de ellas, según se las fueron entregando. La primera era la llave del procurador, la que custodiaba como mayordomo del concejo. Las otras dos se las dieron mientras se reían del modo en que las habían conseguido. Al oírles, Alejandro pudo imaginar a Agustín González en el ayuntamiento, mareándolos a todos con su palabrería y su voz chillona, para poder coger, en cada ocasión, una llave distinta. Él, entretanto, solo hacía su trabajo. Sacó un molde de cada una de las llaves e inventó el modo de juntarlas en una sola. Hizo una llave perfecta que podía abrir tres cerraduras distintas y que además estaba hermosamente acabada. Se sintió orgulloso. Su madre y el procurador ni siquiera lo habían apreciado. En el fondo eran como los azadoneros y los labradores que piensan que el trabajo de la forja se limita al arreglo de ruedas y arados. Valiente trabajo, poner parches burdos en herramientas ordinarias.

Alejandro se pasa las manos por el pelo intentando concentrarse. Tras él, su madre pasea inquieta de un lado a otro, murmurando entre dientes, distrayéndole, poniéndole nervioso, recordándole con su presencia lo que está pasando. Que le van a culpar de todo, le ha dicho hace un segundo, con esa forma suya, tan dura, de decir lo que piensa; que en cuanto sepan quién hizo la llave irán a por él y que, bajo tormento, acabará confesando. ¿Confesando el qué? Él no hizo nada, ¿es que eso no importa? No mató al muchacho, ni robó los caudales. No fue a él a quién el aprendiz pilló abriendo el arca. ¿O es que su madre ya no se acuerda? Porque él lo recuerda muy bien. Tiene aquella noche grabada a fuego en la memoria.

Agustín González había llegado de tapadillo, como siempre, entrando por la puerta trasera del corral. Estaba pálido y nervioso y su madre, al verlo, se puso a gritar como una loca: que qué diablos hacía allí, que iba a comprometerlos, que no se lo iba a consentir. Agustín González levantaba las manos intentando atajar las protestas de madre y él se había quedado con la vista fija en aquellas manos, finas y blancas, tan distintas de las suyas, ennegrecidas por el hierro y el carbón y por el uso del martillo y el yunque, día tras día, durante años, y pensó que entre las manos del procurador y las suyas propias mediaba un abismo, uno distinto al del

trabajo, más grande aún y más profundo. La idea se le fue de la cabeza al oír lo que estaban hablando.

—¿Cómo que te han visto? —gritaba su madre enfurecida—. ¿Te han visto abriendo la caja de los caudales? ¡No puedo creerlo!

—¡Creí que no quedaba nadie en la iglesia! —intentaba explicar el procurador¬—. Estuve mucho rato rezando hasta que me aseguré de que salían el cura y la Sacristana. Cómo podía imaginar…

Alejandro se estremece asqueado. Imagina al procurador penetrando en el templo, santiguándose con sus manos blancas, arrodillándose frente al Santísimo con los ojos bajos. ¿Lo había hecho con convicción? ¿Había rezado sin ningún reparo? ¿De verdad había sido capaz de estar orando mientras hacía tiempo para entrar a escondidas en la capilla del Santo a robar los caudales? Alejandro siente nauseas. Las mismas que siente cuando ve a las comadres sonriéndole a la persona a la que acaban de despellejar como arpías, o a los hombres regresando con la mujer y los hijos, tras haberse comportado en la taberna como animales embrutecidos. Actitudes como esas a Alejandro le ponen enfermo y le hacen sentir que el mundo es un lugar inestable por el que él transita sin agarradero. Una sensación que le devuelve siempre a la misma fecha, a la misma pesadilla y ve de nuevo la penumbra de su casa, la iluminación tenue y temblorosa de las lámparas, el perfil de su madre tendida en la cama, el olor de las medicinas y los remedios, el entrar y salir de la gente, el susurro de las oraciones. Y escucha otra vez las palabras que le decían llenos de compasión:

—Tu madre se va a poner bien, ya lo verás.

Él se lo creía, cómo no iba a creerlo si la angustia de pensar lo contrario era insoportable. Pero su madre murió y la casa siguió iluminada por las velas y las lámparas y la gente siguió entrando y saliendo y hablando en voz baja. Y los que días antes habían asegurado que su madre se iba a poner bien, ahora susurraban convencidos:

—Es mejor así.

—Ha dejado de sufrir.

—Ya estará en el cielo.

Él, al oírles, se sentía enfermo. ¿Cómo iba a ser mejor así?, ¿cómo iba a ser mejor que su madre hubiera muerto?, ¿cómo iba a ser mejor que estuviera en el cielo? Aquella fue la primera vez que se lió a golpes con todo el que se le acercó. Se lió a empujones y a patadas y hasta a puñetazos con los que llegaron a llevarse a su madre y con el cura y hasta con su padre que, con los hombros hundidos y los ojos rojos, primero quiso sujetarlo y acabó dándole un golpe que lo envió rodando hasta una esquina. Y allí se quedó, con la sensación de que el mundo giraba a su alrededor sin que él tuviese a dónde agarrarse.

Tiempo después, cuando su padre llegó con una mujer en el carro, volvieron las mentiras.

—Ahora, esta es tu madre.

Así, tan fácil.

¿Se supone que él tenía que creerlo? ¿Fingir que no se daba cuenta? ¿Cómo iba a ser su madre semejante mujer? Su madre era pequeña, dulce, suave, y la mujer que padre traía en el carro era rotunda y fuerte.

—Esa no es mi madre —gritó enfurecido.

Su padre volvió a tumbarlo de un golpe.

— Es tu madre.

Y el mundo giraba y giraba y él no tenía dónde agarrarse. Ni siquiera a su hermano porque Luis, con su sonrisa dócil y su mirada triste, se avenía a todo, obedecía, se conformaba. Y en cualquier caso, daba igual la docilidad o la rebeldía, porque la Batanera se quedó para siempre fingiendo ser su madre.

Y ahora, ahí está, hostigándole, sin dejarle pensar, acusándole de un crimen que él no ha cometido y poniendo ante él la amenaza del tormento.

—He hablado con Gerena—le dice de pronto. Le ha dado la espalda y con sus manos grandes y fuertes recoge la loza que él ha roto y que está diseminada por el suelo—. Hará lo posible para meterte en el ayuntamiento… Es la única solución.

El mareo. El mundo que da vueltas descolocándolo todo.

¿Gerena le meterá en el ayuntamiento? ¿A él? A punto está de soltar una carcajada. No hace aún ni un mes que se peleó con el cabildo. Bueno, con algunos de ellos. Agustín González no tuvo lo que hay que tener para ponerse delante de él y decirle a la cara que querían quitarle la fragua. Y Benito, el alguacil, un pobre infeliz, se limitaba a cumplir órdenes. Pero Juan Moreno y Bartolomé Pérez… Esos dos no se amilanaban con facilidad. Se presentaron en la herrería, serios, secos, diciendo que no cumplía con su trabajo y que iban a tomar medidas. Él acababa de sacar de la fragua un trozo de hierro al rojo que sujetaba con las tenazas y, sin mirarlos, lo puso sobre el yunque y comenzó a golpearlo. Levantaba el martillo sintiendo su peso, su contundencia, y lo dejaba caer con todas sus fuerzas notando que el golpe le rebotaba en los músculos del brazo. Y bajo el martillo, la pieza de hierro se doblegaba. Ese es el trabajo del herrero, dar forma a golpes. Y Juan Moreno, entretanto, sin cambiar de expresión, se empeñaba en dar crédito a la palabrería de los del pueblo.

—No estás dando buen servicio —le decía—. Los hombres vienen y no te encuentran. Y cambias los precios. A unos les cobras poco y a otros mucho.

—Es mi herrería. Abro y cierro cuando quiero. Y cobro lo que me da la gana.

Volvió a meter la pieza en el fuego y, mientras esperaba a que se pusiera al rojo, se secó el sudor con el brazo y levantó los ojos para mirarlos. Juan Moreno parecía incómodo. Bartolomé, no. Bartolomé era de otra pasta.

—Si sigues así, el ayuntamiento tendrá que construir una fragua con los caudales públicos y traer a otro herrero para que dé servicio al pueblo. ¿Lo entiendes? — dijo Juan Moreno.

Él soltó la pieza que estaba al fuego. Cogió el martillo y golpeó el yunque con todas sus fuerzas. Sonó como el tañido de una campana rota.

—¡No me amenaces, Juan!—gritó con rabia¬—. Te he herrado las mulas muchas veces y te he arreglado el arado. ¡Y a ti también, Bartolomé! ¡No me vengáis ahora con amenazas y chismes de viejas!

Se enzarzaron. Con cada palabra que decían él lo veía todo más rojo, como le ocurre al hierro cuando lo dejas en la fragua, hasta que el rojo se pone blanco. No sabe qué pasó. Juan Moreno se acercó demasiado, él lo empujó, rodaron hierros y herramientas haciendo un ruido ensordecedor y, cuando se quiso dar cuenta, Bartolomé Pérez, fuerte como un buey, lo tenía sujeto contra el suelo. Maldita sea, pretendían quitarle la fragua. Ante eso, ¿cómo podía mantener la calma?

La fragua… Lleva en ella toda la vida. ¿Cuántos años tenía cuando empezó? ¿Siete, ocho? Un crío. Madre, harta ya de no hacer carrera de él, decidió meterle de aprendiz con el tío Cesáreo. Él fue a la herrería lleno de rabia, jurándose a sí mismo que no aprendería. El tío Cesáreo tampoco parecía muy contento y le ignoró durante días. Hacía su trabajo fingiendo que no le veía y él se quedaba enfurruñado en un rincón. Al principio, ni siquiera miraba. Luego, tal vez porque se aburría, comenzó a fijarse en lo que el tío Cesáreo estaba haciendo. Le gustaba ver como se ponía el hierro al rojo vivo. Le gustaba el sonido susurrante que hacía al sumergirlo en el agua. ¡Y aquellos golpes! No llevaba allí ni dos días cuando ya le quemaba en las manos el deseo de coger aquel poderoso martillo y descargarlo sobre el yunque con todas sus fuerzas. Pasaron meses, sin embargo, hasta que pudo hacerlo. Meses en los que su única tarea consistía en dar aire a la fragua con el fuelle mientras el tío Cesáreo calentaba el hierro o acercarle las herramientas que le pedía. Los badiles y los espetones para remover y alentar el fuego; el tas, el macho o el martillo de bola para golpear el hierro; las tenazas, tornillos, aros y caballetes para sujetarlo sin quemarse; las tajaderas y los cortafríos para darle forma; los punteros, los buriles y las limas para los acabados... Lo aprendió todo sin esfuerzo soñando con el día en el que podría ponerse un mandil de cuero sobre su ropa de niño. El tío Cesáreo, tan viejo y tan parco, apenas le hablaba y, a veces, cuando no había mucho trabajo, sacaba herramientas más pequeñas y dejaba que se sentara a su lado. Le veía labrar algún objeto, despacio, con paciencia, y se asombraba de que aquellas manos enormes fueran capaces de trabajar con tanta delicadeza. Con el tiempo, él también se convirtió en un buen herrero, aunque poner parches a las herramientas viejas o herrar mulas acababa por impacientarle. Y olvidaba que había prometido arreglar un arado o una azada y se le iban las horas templando un cuchillo perfecto, o buscando la forma adecuada para una reja, o puliendo hasta que parecía plata una

campanilla o un candelabro. Que no daba buen servicio… Que le pidieran un trabajo que merecieran la pena y ya verían si lo daba.

¿Y ahora pretenden darle un cargo en el concejo? ¿Él, en el cabildo, como Agustín González con sus manos tan blancas?

—Madre ¿qué voy a hacer yo en el ayuntamiento?

Madre, que ya no le escucha, busca su manto, se arregla el pelo, se muerde los labios. Él se levanta y pierde los nervios.

—¿Qué voy a hacer yo en el ayuntamiento, madre? —grita—. ¿Qué pinto yo en el ayuntamiento?

Y ella, como si no lo oyera.

—De Gerena ya me encargo yo. Tú de eso no te preocupes. Y una vez que seas regidor, echamos tierra sobre la cuestión y todo arreglado. Agustín González no dirá nada porque no le conviene que salga a la luz que no cuadran los libros de cuentas. Al fin y al cabo, él era el responsable.

—¿Y el chico? – pregunta con desesperación.

—¿Qué chico?

—¡El aprendiz! El que mataron.

—¿Qué pasa con él? ¿No dices que tú no fuiste? Pues asunto arreglado.

¿Asunto arreglado? Alejandro vuelve a sentir que el mundo da vueltas a su alrededor. ¿Es que a nadie le importa que el aprendiz esté muerto? Él ni siquiera llegó a conocerlo y no se lo quita de la cabeza. Había oído hablar de él, claro, y seguro que en más de una ocasión sus caminos se cruzaron, pero por más que quiere ponerle cara, no lo consigue. ¿Cómo era? ¿Alto? ¿Bajo? ¿Listo? ¿Sabía reír? ¿Tenía miedo? ¿Era desdichado? No lo sabe. ¿Qué cara pondrían su madre, o su hermano, o el procurador si se lo preguntara?:

—Decidme, ¿cómo era el chico? ¿Cuál era su nombre? ¿Qué edad tenía?

Seguro que ni lo sabían. A ellos lo único que les importaba es que había visto a Agustín González metiendo la mano en el arca.

—¡Cómo iba a sospechar yo que estaba allí, escondido como una rata! —había intentado justificarse el procurador al contárselo aquella noche que llegó tan nervioso, con sus temblorosas manos blancas.

¿Que cómo iba a sospecharlo? Si hasta él sabía que el aprendiz ayudaba a don Fermín en la misas y a la Sacristana a limpiar. Y aunque no recordaba el rostro del chico, podía imaginarlo en la oscuridad del templo, ocupado en sus quehaceres, iluminado por la luz temblorosa de las velas. También podía imaginar a Agustín González entrando en la iglesia, con su paso acelerado, con sus manos blancas y temblorosas, dudando siempre entre la importancia que a sí mismo se concede y el poco valor que sabe que le dan las gentes. Agustín González, tan ufano, tan imbécil, convencido de que no hay nadie porque ha visto salir a don Fermín y a la Sacristana. Porque eso es lo que les contó, que había entrado en el templo, que había rezado esperando que se marcharan don Fermín y la Sacristana y que, más

tarde, creyéndose solo, había entrado en la capilla del Santo, se había acercado al arca de los privilegios y la había abierto con la llave maestra. Y todo eso, ante los ojos del aprendiz, unos ojos que él imagina grandes y limpios. Unos ojos que seguramente se habían llenado de asombro. ¿Qué hacía el procurador?, tuvo que preguntarse el chico, ¿por qué entraba en la capilla del Santo si no había cabildo? ¿Y cómo es que podía abrir el arca de las tres llaves si solo tenía una?

— Cuando me di cuenta de que no estaba solo, recogí y cerré el arca — les explicó el procurador, temblando de miedo y de resentimiento—. El chico estaba pendiente de mí. Lo vio todo.

Madre, demasiado enfurecida para escuchar en silencio, murmuraba por lo bajo que le estaban complicando la vida, que iban a acabar todos presos, que maldito el momento en que les hizo caso… Él, en cambio, se había quedado en silencio, sintiendo cómo burbujeaban en su interior los sentimientos, cómo se iban afilando al son de los pasos nerviosos de madre y de la voz quejumbrosa del procurador. Su hermano, entretanto, les miraba a todos con sus ojos tristes

— ¿Y ahora qué? —se desesperaba Agustín González—. ¿Qué hacemos?

—Mañana vais a buscar al muchacho —decidió de pronto su madre volviéndose hacia ellos— y me lo traéis aquí. Hablaré con él, inventaré algo. Tendremos que convencerlo.

¿Fue eso lo que hizo que perdiera los nervios? Imaginó a aquel chico que no conocía de nada enfrentándose a su madre, a la Batanera, tan dura y tan inquebrantable. Lo imaginó indefenso, sin entender lo que se le venía encima, intentando hallar algo a lo que aferrarse en un mundo incomprensible que giraba a su alrededor. No podía soportarlo. Apretó los puños. Y las mandíbulas. Sentía los músculos de su cuerpo tensándose como la cuerda de un arco.

—Alejandro… —su madre le había puesto la mano en el hombro y él se sacudió con rabia.

Negó con la cabeza. Retrocedió para evitar que otra vez la mano de su madre lo tocara. Salió de la casa casi corriendo, lleno de furia. En su cabeza la imagen de un niño que no entiende nada mientras el mundo gira impertérrito.

Corría. Las calles estaban oscuras. Sentía tanta prisa por huir de las imágenes de su cabeza que apenas miraba donde ponía los pies. Ululaba el viento que le golpeaba la cara. Ráfagas furiosas y desordenadas, olor a lluvia, el estampido de un trueno, el cielo rasgado por un rayo de luz blanca. A lo lejos, ladraban los perros. Cruzo la plaza de Arriba. Allí estaba la herrería, cerrada. Las ventanas de las casas tenían los postigos echados. ¿Tan tarde era? ¿Ya dormía todo el mundo? ¿O es que los postigos no dejaban pasar la luz? Llegó a la plaza de Abajo, pasando en silencio frente al matadero y el hospital para pobres, también cerrados, también oscuros.

Frente a él, la mole sólida de la iglesia, con sus grandes portones de madera. Se paró pegándose a la fachada de piedra y se dio cuenta de que estaba tiritando. De frío. De furia. Delante de él, la plaza del Caño. Vio la fuente desde lejos, sin llega a acercarse. Por entonces ya no sabía porque sentía tanta rabia, pero la sentía, tanta, tan honda, tan fuerte, que golpeó la pared de la iglesia con el puño hasta hacerse daño.

—Alejandro. ¡Alejandro! —a su lado, su hermano, la capa ondeando al viento, el pelo húmedo pegado a la frente. ¿Húmedo? ¿Cómo era posible? ¿Estaba lloviendo? No. Hacía frío, mucho frío, y los dos tiritaban—. Vamos, volvamos a casa…

Y volvieron. Se lo ha repetido cien veces a su madre. Él no mató al aprendiz. Ni siquiera lo vio. Él lo único que hizo aquella noche fue correr por las calles intentando huir no sabe de qué.

—Si pudiéramos recuperarla… —dice su madre desbaratando sus pensamientos—. Porque eso es lo único que puede incriminarte.

—¿Recuperar el qué? —pregunta él. Le cuesta concentrarse, dejar atrás la noche de tormenta, volver al presente.

Su madre se impacienta.

—Qué va a ser, Alejandro, la llave. ¿Es que no me estás escuchando?

Maldita llave. Y maldita la hora en que accedió a hacerla. Porque él sabía que las ordenanzas prohibían hacer moldes de las llaves o utilizar cualquier otro sistema para copiarlas. Y sabía también, no puede negarlo, que podrían considerarle autor de los daños que con la llave se cometieran. Y aun así, la hizo. Le pudo más el orgullo, el reto de un trabajo difícil y bien hecho. Ni siquiera se paró a pensar para qué querrían la llave su madre y el procurador. Y ahora van a culparle a él del robo de los caudales públicos. Desesperado, hace un esfuerzo para concentrarse.

—¿Por qué hay que recuperarla? ¿No la tiene Agustín González? ¬—pregunta.

— ¿Es que no has oído nada de lo que te he dicho? La llave maestra la tiene ahora el alcalde y han comprobado ya que faltan los caudales del arca.

—¿Cómo es posible…?

Su madre no le deja seguir. Se acerca a él, le pone la mano en el hombro, lo domina con su mirada, con sus gestos rotundos, con su fuerza.

—Tú no te preocupes, Alejandro —le dice¬—. No dejaré que te pase nada, te lo juro. Confía en mí.

¿Qué confíe en ella? ¿En la Batanera? ¿En la mujer que usurpó el lugar de su madre?

Alejandro siente la furia en la garganta. Y una vez más, intenta tragársela. Como siempre, junto con las lágrimas.

Escalonilla, 27 de diciembre de 1535

Aldonza, la Sacristana

Aldonza se ha levantado temprano. Todavía era de noche cerrada cuando ha salido de casa, bien arropada en su manto, y ha atravesado con paso rápido las dos calles que separan su casa de la iglesia. El frío se le ha metido en todos los huesos y el aliento ha ido jugando a su alrededor, haciéndose vaho, aun llevando el manto subido hasta los ojos. No se ha molestado en llegar a la puerta principal. Como de costumbre, ha rodeado el edificio y ha entrado por la pequeña puerta de atrás, hasta el patio interior que se abre a la sacristía. La mano con la que sujeta un pequeño candil se le ha quedado helada y al penetrar en la sacristía ha suspirado con alivio. Dejando sobre un arcón desvencijado el hatillo que lleva a cuestas, ha prendido un par de candelabros y se ha puesto a trajinar sin pérdida de tiempo. Del hato ha sacado ropas de misa, limpias y bien estiradas, y las ha ido guardando en su sitio. Ha dejado, nada más, sobre una silla, la casulla y el alba que se pondrá su hermano para los oficios del día. De otra arca ha sacado manteles y paños y con ellos en una mano, y en la otra, una de las lámparas, se ha apresurado a realizar sus tareas. Tiene mucho que hacer y poco tiempo antes de que venga Fermín para cumplir con sus obligaciones.

Aldonza se acerca al altar mayor y deja sobre él la lámpara y los paños que lleva en las manos. Con gesto rápido se santigua ante la lamparilla encendida tras el altar. Lo primero que hace es limpiar los braseros y prenderlos para que se vaya caldeando el ambiente. Lo hace tiritando porque la temperatura del interior de la iglesia casi es la misma que la del exterior. El templo es viejo y las puertas y ventanas cierran tan mal que en algunos lugares se puede notar como corre el aire. Una vez encendidos los braseros, Aldonza se dedica a los altares. Cambia los manteles por los que ha traído limpios de casa, extendiéndolos con cuidado, amorosamente, y pasa un paño por las figuras, los candelabros y los atriles para quitar el polvo. De paso, saluda a los santos: san Germán, san Blas, san Sebastián, la Magdalena, san Gregorio, la Virgen con el Niño… Son todos como viejos amigos y a todos les dedica unos momentos. Con respetuosa y rápida devoción, desgrana un padrenuestro o una salve, un avemaría o un credo,

un gloria a dios o una jaculatoria de las muchas que se sabe. Y como le ocurre siempre, una vez roto el silencio Aldonza ya no es capaz de callarse. Su discurso, susurrado e interminable, mezcla las frases de las oraciones con sus propios pensamientos:

—…Ave María, gratia plena, Dominus tecum… con lo que tenemos encima… si no llueve, al menos el sol nos calentará un poco, que buena falta hace… et nunc et semper, et in saeccula saeculorum…

Con los altares ya vestidos con manteles limpios y las imágenes brillantes y aseadas, Aldonza se apresura a dejar preparada la credencia, la pequeña mesita algo bamboleante, cercana al altar, donde coloca lo que se va a necesitar durante los oficios: el cáliz y la patena, las vinajeras y bandejas, el manutergio y los otros paños sagrados como las palias, los purificadores y los corporales, limpios y bien doblados, la campanilla…

—Ay, la campanilla… —piensa Aldonza moviendo la cabeza de un lado a otro con pesadumbre, porque desde que falta el aprendiz del tejedor esa campanilla a Aldonza le llena de tristeza.

Por asociación de ideas, tal vez, Aldonza dirige un vistazo rápido hacia la sacristía y comprueba que la escoba sigue, solitaria, apoyada al lado de la puerta. Ella, desde que recuerda, se ha ocupado de barrer la iglesia. Hasta que un día de los muchos en que el aprendiz del tejedor rondaba por allí después de haber ayudado en la misa, le quitó la escoba de la mano: «ya lo hago yo», le había dicho con una sonrisa. Y por primera vez en muchos años, refunfuñando, ella dejó que fuera otro el que barriera.

—Era un buen mozo —piensa ahora, y se le viene a la cabeza la imagen del chico, con sus ojos verdosos y su sonrisa tímida—. Le ponía voluntad, aunque lo que es barrer, barría poco —y Aldonza, al pensarlo, se santigua con gesto rápido— …ora pro nobis peccatoribus…

La imagen del aprendiz no se le va de la cabeza. Le parece estar viéndolo, haciendo que hacía, cerca de la capilla de san Germán, muy interesado en el recorrido de la escoba y con el oído puesto en las conversaciones de los regidores que solían reunirse allí en cabildo. Ella supo, desde el primero momento, que si le veían curioseando tendría problemas y quiso evitarlo. Le reprendió:

—Vamos, chico, no te entretengas. Lo que ahí se habla no es asunto tuyo.

Y él la había mirado con aquellos ojos tan inocentes.

—A mí, de mayor, me gustaría ser alcalde y trabajar para el bien del pueblo.

¿Lo decía en serio? Puede que sí, a su edad uno piensa que puede cambiar el mundo, hacerlo distinto, hacerlo bueno. Luego pasan los años y es el mundo el que te cambia a ti. Te doma. O al menos lo intenta, que siempre hay alguien que se resiste y así acaba, como Alejandro, el herrero, que no se resigna y anda a puñetazos, defendiéndose de un destino que no le gusta. Pero el aprendiz… ¿cómo podía hablar así escuchando lo que

escuchaba? Aldonza mueve molesta la cabeza, sin llegar a entenderlo. Ella ha oído, muchas veces, las conversaciones de los regidores. Les ha oído discutir de esto y de lo otro, que si las alcabalas, que si los pastos, que si el pósito y las cosechas, que si los caminos y el agua, las albercas y los vecinos, que si los libros y los impuestos. Poco idealismo cabe en todo eso. Y además, por lo que a ella se refiere, mucho de lo que ha oído no le ha gustado y más de una vez, incluso, ha llegado a comentarlo con su hermano.

—No está bien, Fermín, lo que están haciendo…

Fermín, por supuesto, nunca se ha dignado a meterse en tales cuestiones.

—Al César lo que es del César… —decía, desentendiéndose.

Y tal vez tuviera razón. Claro que el monaguillo ni era el César ni era Dios, así que, a ver qué interés tenía en lo que hablaban los regidores… Y en la cabeza de Aldonza, una vez más, se confunden los pensamientos con una oración:

—… ne nos inducas in tentationem…

Acompañada de sus susurros, Aldonza sigue con la tarea. Trae de la sacristía algunas velas y durante un rato se dedica a sustituir las gastadas por las nuevas. Lo hace con concentración, sopesando con cuidado cuáles quita y cuáles deja, y guardando, en todos los casos, los restos de cera que quedan de las velas viejas. La cera es un bien escaso, por desgracia, y aun contando con la que traen las Cofradías, el templo nunca tiene suficiente luz. Pobre iglesia, tan hundida en la penumbra. Solo en las grandes ocasiones, como en Nochebuena, reluce iluminada por mil velas. Lo malo es que, entonces, se ve con más claridad la pobreza y el deterioro.

—Si tuviéramos retablos y cuadros… —piensa Aldonza.

El único adorno que pueden permitirse es el romero y el tomillo que ella misma trae del campo para la Navidad y algunas flores que distribuye en los altares en la primavera. Ni retablos, ni cuadros, ni velas, ni incienso, que también escasea, y tampoco bancos o sillas para los feligreses, a excepción de los reclinatorios de Suárez de Figueroa y de Gerena. Así es su iglesia, tan pobre que se cae a trozos. Por eso no entiende que Fermín se pase el tiempo hablando de grandiosos proyectos de reforma. Oyéndole, se diría que pronto van a poder tirar el edificio abajo y construir otro nuevo, más grande y más hermoso.

—¿Y cómo va a ser eso? —se dice sarcástica Aldonza, como se lo ha dicho al propio Fermín más de una vez—, ¿con las limosnas de los cepillos?

Ni en mil años. Más práctico sería conseguir que un gran señor, o una gran señora como en el caso de Torrijos, decidiera gastarse su hacienda en construir un templo más digno. A lo mejor don Lorenzo, el único gran señor que tienen en el pueblo, acabe por decidirse a hacerlo, si bien ella nunca ha visto que mostrara el más mínimo indicio de estar dispuesto a

sufragar tales gastos. Eso sí, Fermín no pierde la esperanza y por eso trata a don Lorenzo de una forma tan complaciente.

—…Ad te clamamus, exules, filii Evae. Ad te suspiramus, gementes et flentes…

Ante sus ojos, la imagen de su hermano Fermín, obsequioso, inclinándose ante don Lorenzo, tal y como lo vio tras los oficios de la Nochebuena. Tan servil. Y según lo piensa, Aldonza se santigua, arrepentida, sin poder borrar la imagen de su cabeza: Fermín hablando tan sumiso y don Lorenzo, escuchando con indiferencia. ¿Por qué los poderosos parecen siempre tan ajenos a todo? ¿Les cansan las palabras de los desterrados hijos de Eva? Aunque, para ser justos, esa noche don Lorenzo no estuvo nada indiferente. Al contrario, se implicó de lleno en lo del caballero que había desaparecido, ese pobre don Alonso que se hospeda con los Zumaquero. Lo recuerda bien Aldonza. Ella había salido la última de la iglesia porque, a falta de monaguillos, se había entretenido en recoger los objetos sagrados. Cuando lo hizo, se había encontrado la plaza llena de animación. Fermín y don Lorenzo hablaban de sus asuntos, Gerena se dejaba querer por unos y otros y los vecinos se arracimaban en torno a las mesas con viandas o cerca de las hogueras que los mozos habían encendido antes de comenzar la misa. La alarma la dio ella misma porque, al ver la angustia del joven criado de don Alonso, tuvo el presentimiento de que algo grave había ocurrido. Ni siquiera contempló la posibilidad de que el hombre se hubiese retirado a descansar, a pesar de que no hubiese sido raro que los festejos le aburrieran. ¿Por qué? ¿Por qué le pareció tan urgente encontrarlo? Don Lorenzo también se había alarmado y envió a sus criados a buscarlo. Menuda se había armado. Y cuando el chico del panadero llegó diciendo que el forastero estaba malherido detrás de la iglesia, Aldonza pudo ver la expresión de don Lorenzo. Una expresión de preocupación que no tenía nada de indiferente.

—¡O clemens, o pía, o dulcis Virgo María!... —murmura Aldonza ante la imagen que se le viene a la cabeza.

El pobre caballero apareció lleno de sangre, apenas con un hálito de vida. A su alrededor, silenciosos, todos los del pueblo, con cara de susto, mirando como el Zumaquero y el alcalde y el propio don Lorenzo, intentaban levantarlo y se lo llevaban a cuestas. Tras ellos, Marina la Zumaquera, pálida, con el crío agarrado a sus faldas, y Bartolomé Pérez, el regidor, con el ceño fruncido y los labios apretados, y Gerena, rodeado de sus sirvientes, clamando por el médico. Y aquel pobre chico, el criado del forastero, con los ojos llenos de espanto:

—¡Oh, Dios, no! No, Dios mío, no… —aferrando la mano del amo, que colgaba desmayada, como si aferrara su propia vida.

Aldonza se queda un momento pensativa. Ella, siempre en movimiento, se ha quedado parada con la mirada perdida ante sí. Desde que ocurrió lo de don Alonso, la imagen de la plaza llena de gente, iluminada por las

hogueras de los mozos y por los hachones de la fachada, no se le quita de la mente. Lleva dos días repasándola en su cabeza. ¿Qué le llamó tanto la atención? El procurador, Agustín González, pálido, desencajado, temblando de pies a cabeza y con la respiración entrecortada. Y el hijo de la Batanera mirándolo con espanto… ¿Solo ella se dio cuenta?

—O bone Iesu, exaudi me… —murmura—…Ne permittas me separari a te. Ab host maligno defender me…

—Aldonza. ¡Aldonza!

Aldonza se sobresalta. No es propio de ella quedarse tan absorta. Enfadada consigo misma, se afana en recoger lo que ha ido dejando aquí y allá: la caja con las velas que ha cambiado, los manteles sucios que ha quitado de los altares, el paño con el que ha estado limpiando… Antes de que le de tiempo de terminar, Fermín, el párroco, entra en la iglesia, malhumorado.

—¿Se puede saber dónde te metes? Te he buscado por todas partes. ¿Y por qué no has abierto las puertas? La gente se va a quedar congelada esperando para entrar.

—Ya voy, ya voy… —murmura Aldonza contrita terminando con rapidez de recoger.

—¿No te habrás olvidado también de que mañana es la misa del Espíritu Santo? Necesitaré la casulla roja.

Aquel «también» se le clava a Aldonza en el alma.

—No he olvidado nada. Lo tienes todo preparado en la sacristía ¬—contesta con aspereza.

—Tendremos que ser cuidadoso con los detalles —advierte Fermín con el ceño fruncido—, con tantos extraños en el pueblo…

—¿Tantos? Que yo sepa solo hay dos.

—Pero son gente importante. El que llegó ayer es uno de los alcaldes de Torrijos.

—Ya, eso me han dicho —contesta la Sacristana. Una vez recogidos todos sus útiles de limpieza, se dirige con paso rápido a la puerta principal del templo para abrirla—. Por cierto, ¿has estado hoy a ver a don Alonso? ¿Cómo se encuentra?

—No he ido a verle ¬—dice Fermín con gesto enfurruñado—. Me han dicho que ayer estuvo paseando por ahí acompañado del alcalde de Torrijos. Si está bien para pasear, debería estarlo para venir a la iglesia, digo yo…

Aldonza mira a su hermano sin decir nada. O lo dice todo con su mirada. Ambos se conocen demasiado bien para andar gastando palabras y esa discusión sobre la forma de afrontar las obligaciones de un párroco ya la han tenido varias veces. Fermín, tan convencido de su propia importancia, tiende a pensar que la iglesia es su feudo y él un gran señor que, benevolente, concede audiencia a sus vasallos de vez en cuando. Para Aldonza, por el contrario, la obligación del cura de almas es ir donde estén

los problemas para intentar ponerles remedio.

—… tu solus sanctus, tu solus Dominus, tu solus omnipotens Christo Iesu… —murmura en voz baja.

Al abrir las puertas, Aldonza se sorprende de la luminosidad del día. En el interior del templo, tan sombrío, es fácil olvidar que fuera amanece. Ante las puerta, solo unas cuantas personas, las de siempre, que la miran con reproche. La mañana es luminosa y fría y han estado esperando más de lo habitual. Aldonza no da ninguna explicación y se apoya en el dintel de la puerta, arrebujada en su manto. Su mirada despierta, vigilante, se queda prendida de las figuras que atraviesan la calle en dirección a la iglesia: el forastero y el alcalde de Torrijos se disponen a asistir a los oficios. Aldonza los observa con detenimiento. Don Alonso, tan elegante, tan parsimonioso, lleva todavía la frente vendada aunque el sombrero apenas deja verlo. El alcalde de Torrijos, a su lado, parece incluso algo tosco, si bien tiene un semblante agradable y una mirada inteligente. Ambos pasan a su lado y saludan con una inclinación de cabeza y ella responde con otro gesto sin apartar la mirada. Tal vez por eso, cuando don Alonso se vuelve a hablar con ella, ni siquiera se sorprende.

Sí, le responde, claro que dispone de tiempo. En efecto, ella es la hermana del párroco, Aldonza. Se ocupa de la iglesia, qué remedio, porque el beneficio curado de Escalonilla no tiene rentas suficientes para pagar otro servicio que no sea el del propio párroco. No, solo tareas sin importancia, barrer y limpiar el polvo, espabilar las velas, preocuparse de ropas y paños… Sí, estuvo en la Misa del Gallo la Nochebuena pasada, por supuesto…

Aldonza, mientras responde a las preguntas del forastero, se pregunta a sí misma a qué viene aquello. ¿No sería más lógico que el caballero hablara con su hermano? ¿O tal vez ya lo ha hecho?

—Don Fermín ha sido muy amable y ha venido a verme varias veces después de mi accidente —dice don Alonso¬—. Su atención ha sido todo un consuelo. Sin embargo… su importante labor tal vez le mantiene alejado de… no sé cómo decirlo… de pequeños detalles reveladores que me serían de gran ayuda. En cambio estoy seguro de que a vos no se os escapa nada, y eso a pesar de estar ocupada con tantas tareas…

Aldonza escucha sin pestañear. Es la primera vez, que ella recuerde, que alguien reconoce su labor. Porque es verdad que la Nochebuena supone una sobrecarga importante de trabajo. Aquel día estuvo liada desde primeras horas de la mañana con el adorno de la iglesia y preparando los oficios. Era necesario hacerlo porque a la Misa del Gallo asistía todo el pueblo.

—¿Todo el pueblo?

Bueno, todo no, siempre falta alguien por un motivo o por otro. Aldonza piensa durante un momento. Por ejemplo, Paulino y Lucía, que tienen al padre enfermo, no pudieron asistir a la Misa del Gallo. Fermín

estuvo en su casa unas horas antes para darles consuelo, prometiéndoles que iría tan rápido como pudiera si el desenlace que esperaban tuviera lugar antes de tiempo. Por una razón parecida faltaron Julio y los suyos, si bien en este caso los que estaban enfermos eran los niños, todos con fiebres y toses. La viuda del Tomás, tan vieja que ni siquiera recuerda su propio nombre, hace tiempo que no acude a la iglesia, pero estuvieron sus dos hijas, casi tan viejas como su madre. Aldonza se fijó en que se marcharon nada más acabar los oficios. Juan el «Condenao» tampoco estuvo, desde luego, ni su mujer, Alfonsa, que está muy enferma y que, según dicen, ya no tiene fuerzas ni para levantarse del lecho. También faltaron algunos de los más jóvenes: el hijo del molinero, el mayor, que está trabajando en Toledo. Y una de las hijas de Juan, el arriero, a la que han colocado de sirvienta en la Puebla de Montalbán. Y Andrés, el de la Julia, que un buen día se marchó y anda desaparecido sin que nadie sepa nada de él…

Aldonza, sorprendida, se da cuenta de que don Alonso está sonriendo mientras ella habla. Avergonzada, se calla y aprieta los labios.

—Disculpadme —se apresura a decir el caballero—. Me resulta admirable lo bien que conocéis a vuestros vecinos.

¿Admirable? Aldonza parpadea sin salir de su asombro. ¿Qué tiene de admirable conocer a las gentes con las que una lleva viviendo toda la vida? Lo sorprendente sería no conocerlos.

—Es posible —asiente don Alonso—. Así que los conocéis a todos…

Aldonza sonríe. ¿Que si los conoce? Podría llamar a cada uno de ellos por su nombre o por su apodo y citar de memoria parentescos, relaciones y hasta biografías completas. Sabe quién vive bien y quién pasa hambre, quién acude con sinceridad a la iglesia y quién lo hace por costumbre, y hasta sabe, aunque eso Aldonza no está dispuesta a reconocerlo, de los pecados que cometen unos y otros, y no porque se lo cuente su hermano que los escucha de mala gana en confesión, sino porque no es difícil deducirlo por este detalle y por aquel otro y por lo que se dice aquí y se oye allá.

—Decidme, ya que conocéis tan bien a vuestro vecinos… ¿no observasteis nada extraño en la Misa del Gallo? No sé… alguien que debiera haber estado y no estaba, o, por el contrario, alguien a quien no esperabais ver…

Aldonza duda.

—Si os he de ser sincera, me extrañó mucho la actitud del hijo de la Batanera. Me preocupa mucho ese muchacho.

—¿Por qué? ¬—pregunta don Alonso— ¿Qué tuvo su actitud de raro?

Aldonza parece pensárselo durante un momento. Le parece volver a ver al chico tal y como lo vio esa noche, nervioso, desencajado, con unos ojos asustados con los que miraba a su alrededor buscando algo, temiendo encontrarlo… y el espanto con que finalmente su mirada chocó con la de Agustín González, el procurador.

—Es el herrero, ¿verdad? ¬—quiere puntualizar don Alonso—. Me han dicho que es un hombre violento.

Aldonza mira con asombro al caballero.

—¿El herrero? No me refiero a él —y ante la cara de desconcierto de don Alonso, Aldonza se muestra rotunda— ¿Por qué iba a preocuparme el herrero?

La verdad es que Aldonza a veces no entiende a la gente. Sabe de sobra que más de uno anda por ahí, desde que mataron al aprendiz, murmurando sobre el herrero: que si es tan violento, que si es tan extraño, que a saber dónde anda… Parece mentira que no sepan que bastante tiene el chico con su propio infierno. ¿Que se mete en trifulcas y peleas? ¿Que a veces no cumple con su trabajo? En el fondo es como un niño enfurruñado, un niño que se niega a entender que la vida es dura y que contra eso la única actitud posible es la aceptación. Alejandro, como los niños cuando les llevan la contraria, se enfada y se esconde. Pobre muchacho. El día de Nochebuena estaba en la iglesia, al lado de su madre, la Batanera. Ambos con el rostro serio y preocupado, uno al lado del otro. Él buscando fuerza en ella, a pesar de todo. Y ella vigilante, fiera, dispuesta a saltar contra todo el que amenazara a ese hijo que, ya crecido y malherido en el alma, se encontró un buen día en su camino.

—Entonces… —dice don Alonso desconcertado—. ¿De quién me estáis hablando? ¿Quién decís que os preocupa?

—El otro hijo de la Batanera, el pequeño. Luis, se llama.

Luis el Carretero, como su padre. Pero al contrario que su padre o que Alejandro, Luis es dócil y bienintencionado. Aldonza lo recuerda de crío, siempre oscurecido por la presencia de su hermano. Cuando murió la madre de ambos, el padre tuvo que pelear a brazo partido con Alejandro, que se negaba a desprenderse del cuerpo de su madre. Ella estuvo allí y lo vio. Vio al padre con la cara congestionada y húmeda de lágrimas sujetando al chico que rugía furioso. Vio a la gente que había ido al velatorio suspirar con tristeza, murmurar algunas palabras, incluso, algunos, enjugarse los ojos. Los vio volverse hacia a Alejandro, lidiar con su furia y con su pena, alzarle del suelo donde le había empujado su padre para poder salir tras el cuerpo de su esposa casi corriendo, como un ladrón. Y mientras todos sentían un nudo en la garganta al ver tanto dolor, el pequeño Luis apenas alcanzaba a seguir a los hombres que se llevaban a su madre. A los oídos de Aldonza llega, desde el pasado, el sonido de su voz: «madre… madre… madre», tan bajo, tan tenue, que nadie prestó atención.

—Y ese Luis… —está diciendo don Alonso, ajeno a sus pensamientos —, ¿qué ocurre con él? ¿No estuvo en la Misa del Gallo?

Aldonza mira a don Alonso sorprendida.

—¿Luis? Sí, claro que estuvo. Llegó con la Batanera y con su hermano.

Una sombra apenas detrás de ellos. La Batanera, tan contundente, tan segura de sí misma. Alejandro, con su mirada oscura. Y detrás, Luis.

Difuminado, silencioso, inseguro.

—¿Y qué? —pregunta don Alonso que no acaba de entender— ¿Es eso extraño? ¿No es habitual que asistan los tres juntos a los oficios?

Aldonza suspira. ¿Cómo explicar a un forastero la imagen que condensa una historia de años? La Batanera no era del pueblo. La trajo el Carretero de Gramosilla para casarse con ella y así se convirtió, de buenas a primeras, en la madre de los dos muchachos. Con Alejandro siempre tuvo problemas. El chico se negó a acepar que aquella mujer ocupara el lugar de su madre y lo hizo saber a su modo, con gritos, enfados, peleas, golpes y ruido. Luis, en cambio, desde el primer día, la miró con devoción. A saber lo que esperaba de ella. En cualquier caso, tanto dio, porque se diría que la Batanera no lo veía. Y cuando murió el Carretero, aún menos. La Batanera se hizo cargo de la casa, del trabajo, de las carretas y de los muchachos. Hay que reconocerle el mérito a esa mujer, por mucho que digan las malas lenguas, que dicen, vaya sí dicen. El caso es que todo siguió igual. La Batanera luchando por salir adelante, Alejandro metiéndose en problemas y peleándose con todos y Luis… Luis siguió siendo ese chico silencioso y amable al que nadie presta nunca demasiada atención.

—¿Y en Nochebuena eso fue distinto? —pregunta don Alonso, empeñado en encontrarle una lógica a la historia.

En Nochebuena, Luis no estuvo pendiente de su madre. Ni siquiera la miraba, y eso en sí, ya era bastante raro. Y más raro era verle, como Aldonza le vio, cuchicheando con Agustín González. Uno no espera que un hijo ande con enredos con el hombre que su madre se mete en el lecho. El procurador, además, parecía estar insistiéndole en algo con mucha vehemencia. Más tarde, tras la misa, cuando ya estaban en la plaza, Aldonza vio a Luis al lado de su madre y de su hermano, lleno de nervios, buscando a alguien entre la gente. ¿A quién buscaba? ¿Tal vez a Agustín González? Aldonza también lo buscó con la mirada y lo vio al lado de una de las mesas. El procurador estaba pálido, desencajado y temblaba. Y rehuía la mirada de Luis.

Don Alonso, silencioso, parece estar meditando sobre lo que ha escuchado. Aldonza suspira y se arrebuja en su manto. Se ha quedado helada, allí, a las puertas de la iglesia, hablando tanto rato con el forastero. A unos pasos de ellos, silenciosos y recios, los dos sirvientes que trajo consigo el alcalde de Torrijos no les han quitado los ojos de encima. El alcalde, sin embargo, acompañado del joven sirviente de don Alonso hace rato ya que penetró en la iglesia. Aldonza escucha con atención, intentando identificar por el sonido de los rezos en qué parte de la misa están y cuando lo logra se pone nerviosa. Si no se da prisa no llegará a tiempo ni de pasar el cepillo y tendrá que aguantar a Fermín que se pone furioso cuando lo deja solo durante los oficios. Aldonza se vuelve con cara preocupada.

—Tendréis que disculpadme, señor, estoy descuidando mis obligaciones.

—Solo un momento más… —suplica don Alonso sujetándola con suavidad por el brazo. Es que no acabo de entender todo lo que me habéis contado. ¿Estáis queriendo decirme que fue Luis quién me atacó?

—¿Luis? No, no creo, por Dios.

Don Alonso parece perplejo.

—Entonces… ¿quién fue?

Aldonza, impaciente, tiene ya más puesta su atención en la misa que en el caballero.

—Pues supongo que Agustín González.

Don Alonso se queda desconcertado.

—¿El procurador? ¿Y lo que me habéis contado…? ¿Qué tiene que ver Luis en todo esto?

Pero Aldonza ya ha empujado la puerta y ha penetrado en la iglesia. Si se apresura llegará a tiempo de pasar el cepillo.

—…qui tollis peccáta mundi, miserere nobis… —murmura nerviosa.

Don Lorenzo Suárez de Figueroa, el hidalgo

—¿Tengo yo alguna responsabilidad en lo que está pasando?

Lorenzo Suárez de Figueroa ha eludido durante días, no ya la respuesta, sino hasta la misma pregunta. Y ahora, con su caballo detenido en lo alto de un cerro y la dehesa de Nohalos extendiéndose ante su vista con toda su bronca belleza, la cuestión le ha asaltado con toda su fuerza.

—¿He estado cerrando los ojos sin querer enterarme de nada?

La idea le deprime. Él, que siempre se ha desvivido por Escalonilla, que la tiene perpetuamente en sus sueños, que la ha imaginado como capital de un hipotético estado que fundaría con todas sus tierras, ha permanecido indiferente —o ignorante, que aún es peor— ante los graves acontecimientos que se han ido desarrollando ante sus propios ojos. Y ello a pesar de que cada año deja todos sus asuntos, por importantes que sean, para pasar las Navidades en la casa que posee allí y que lucha con todas sus fuerzas por hacer del triste pueblo de campesinos un lugar más importante y de más merecimiento. Incluso ha discutido con su esposa, cuando, no hace aún ni una semana, se negó al viaje gritándole que estaba harta de «ese mísero pueblucho que te tiene secuestrado el entendimiento».

—Yo no designo los cargos públicos —se había defendido don Lorenzo ante aquel forastero, don Alonso de Oviedo, cuando le espetó, con toda frescura, su posible responsabilidad.

—Pero sabéis quien lo hace y no decís nada…

Aquel caballero, desde luego, no se callaba. Muy educado, es cierto, muy suave y muy circunspecto, y con una lengua tan afilada como el bisturí de los barberos.

—¿Qué negocios le habrán traído al pueblo? —se pregunta con curiosidad don Lorenzo al pensar en el forastero.

Según le habían dicho, había llegado al poco de aparecer muerto aquel aprendiz que nadie parecía conocer demasiado bien. Después, el propio

caballero había sido atacado con saña. Parecía lógico pensar que las dos agresiones estuvieran relacionadas, como debía de estarlo también, con toda seguridad, la llegada de uno de los alcaldes de Torrijos, quizá llamado por el propio don Alonso. El caso es que, con tantas novedades, el vecindario estaba inquieto. ¿Y cómo no estarlo si, además, tenían encima las elecciones?

—¿Pero qué responsabilidad puedo yo tener en todos esos asuntos? —se vuelve a decir don Lorenzo malhumorado—. No tengo nada que ver con la muerte de ese muchacho, ni con el ataque a don Alonso ni con las elecciones municipales.

Entonces… ¿por qué se siente tan preocupado? ¿Por qué no puede olvidarlo todo?

Don Lorenzo Suárez de Figueroa suspira incómodo. Ante sus ojos, la dehesa de Nohalos se extiende con suavidad casi hasta el horizonte. Es una tierra inmensa y sobria que comienza cerca de Escalonilla y llega hasta La Puebla de Montalbán. Decenas de hectáreas cuajadas de encinas y atravesadas por la Cañada Real que reposan, ante su vista, bajo un cielo cuajado de nubes. Una tierra hermosa que él lleva años intentando poseer. Y a pesar de sus afanes, Nohalos sigue tan lejos de ser suya como siempre. Lo único que ha conseguido son unos olivares cerca de Escalonilla y unas cuantas fanegas que tiene en arriendo y que dan poco beneficio. Esa es toda su hacienda en la zona. A eso se reduce la extensión del mayorazgo que sueña con instituir para su primogénito Ruy. Lo suficiente, por lo visto, para que un forastero lo considere responsable de un sinfín de cuestiones de las que él ni siquiera tenía conocimiento: la riqueza de unos, la miseria de otros, la parcialidad de la justicia, la mala administración de los bienes públicos, el acoso a los que no se pliegan…

—Podría ser responsable si el pueblo me perteneciera ¬—se dice Lorenzo Suárez de Figueroa, tal y como se lo dijo a don Alonso defendiéndose de sus insinuaciones —. Pero Escalonilla no me pertenece.

No, Escalonilla no es suya, por mucho que a él le gustase la idea. Porque le gusta, por qué va a engañarse. Claro que le gusta. Ha sido su sueño desde que recuerda: crear un gran estado con Escalonilla de capital, igual que Torrijos es la capital del estado de Maqueda. Y él, de dueño y señor. Pero Escalonilla es del rey y él es solo un pobre hidalgo repleto de planes irrealizables. Unos planes, todo hay que decirlo, que se le desmoronan año tras año según pone un pie en el pueblo.

—La realidad está siempre tan alejada de los sueños… —murmura don Lorenzo con tristeza.

Porque la realidad es que la iglesia que él quisiera grandiosa, similar a la de San Juan de los Reyes o a la más próxima del monasterio de Santa María de Torrijos, es pequeña, oscura y huele a viejo y a humedad; y las calles y las plazas que en su imaginación relucen empedradas y limpias, son simples caminos de ganado; y la gran fuente cuya agua corre cantarina

en sus pensamientos es nada más un pequeño caño que embarra el terreno circundante; y los lujosos palacetes que él desearía ver habitados por hidalgos y personas importantes son solo casas campesinas, bajas y achatadas, repletas de pastores, azadoneros y labradores cuya máxima aspiración es alcanzar a comer cada día.

Lo único que es mejor en la realidad que en sus sueños es la fábrica de paños. Ahí don Lorenzo Suarez de Figueroa siempre se sorprende porque los talleres de estameñas rebosan de actividad y de energía y son, sin duda alguna, un referente para toda la industria lanera de la comarca. Y los campos, por supuesto, esas tierras de las que está enamorado y que no se cansa de contemplar: Nohalos, que se extiende de forma majestuosa ante sus ojos bajo el frío sol del invierno, y también Las Cárcavas, Raigüelos, Valhondo, el Portijuelo, La Lozana, El Guerrero, Fuente Oscura… parajes de una belleza inmensa, ninguno de los cuales es suyo.

Lorenzo Suarez de Figueroa, frustrado, tira de las riendas de su caballo y da media vuelta.

—Estas tierras no me pertenecen ni me van a pertenecer nunca —se dice con amargura.

Para qué engañarse. Su proyecto de instituir un gran mayorazgo para su primogénito Ruy no tiene ningún viso de ir a convertirse en realidad. La tierra, como de costumbre, se le escapa, acaparada por el conde de Orgaz y el de Montalbán por un lado, y por el duque de Maqueda y el conde de Cifuentes por otro. Con este panorama, las opciones que él tiene para engrandecer su propia hacienda son muy limitadas. Además, sus pretensiones a este respecto suelen chocar con las de Gutierre de Guevara que tiene en la zona los suficientes intereses como para que los miembros de su familia se hayan creído con derecho, desde tiempo inmemorial, a usar el título de señores de Burujón y Escalonilla.

—Señores de Burujón y Escalonilla —bufa para sí mismo don Lorenzo indignado—. ¡Ninguno de ellos tiene más derechos que yo!

Él, al menos, tiene casa en el pueblo. Y sin embargo, es Gutierre de Guevara el que llega todos los años, desde Toledo, a entregar las varas de mando. Lo hace en nombre del rey y la imagen tiene la suficiente fuerza como para que se haya ido consolidando, con el tiempo la creencia de que el lugar le pertenece. Y como no es así, él se siente en la obligación, año tras año, de hacer valer sus derechos. Por eso pasa allí la Navidad y asiste a las elecciones y espera con paciencia hasta el día de la entrega de las varas de mando. Y ese día, cada año, se enfrenta con su presencia a Gutierre de Guevara, dejándole claro que, de los dos, él es el único que tiene casa en el lugar, conoce a los vecinos por su nombre y está al tanto de las cuestiones que les afectan.

—Y eso me convierte en el responsable perfecto… —concluye con tristeza.

Don Lorenzo levanta la vista y busca con la mirada, en la lejanía, el

perfil de Escalonilla cuyas edificaciones se aglomeran, acobardadas, en torno a la torre cuadrada y maciza de la iglesia. Lo irónico es que, justo este año, ni siquiera tiene ganas de luchar por el pueblo. Sin su esposa, Leonor de la Fuente, que se ha negado a acompañarlo, y sin sus hijos, en especial el mayor, el alborotado y reñidor Ruy, Escalonilla no le interesa. La casa, tan vacía, se le viene encima y el tiempo, desapacible y tormentoso, parece confabulado contra él. Tal vez por eso, lo único que ha hecho, desde su llegada, ha sido vagar de un lugar a otro. Ha asistido a los oficios principales en la iglesia y ha charlado un poco con don Fermín, el cura. Se ha dejado saludar por unos cuantos vecinos, en especial los más viejos, que no han olvidado todavía sus buenos modales, y ha intercambiado un par de frases insustanciales con Gerena, aunque la mayor parte del tiempo lo ha esquivado. Gerena le cansa porque, por algún motivo, se cree con derecho a tratarlo con toda confianza, que se diría que piensa que ambos comparten linaje. Y no. Un campesino y un gran señor nunca serán iguales y Gerena, por mucho que se esfuerce, solo es eso: un campesino venido a más que intenta esconder sus orígenes vistiendo con estridencia y hablando muy alto. Y encima, si ha de creer a don Alonso, es el culpable de sus preocupaciones.

Otra vez don Alonso de Oviedo… Don Lorenzo siente que sus pensamientos le llevan, invariablemente, siempre al mismo punto.

—¿Por qué se me ocurriría invitarle a la cena de Nochebuena? —se pregunta pesaroso.

Lo curioso es que había estado a punto de no celebrar cena alguna. La ausencia de su esposa Leonor y de sus hijos le había quitado las ganas de celebrar nada, porque, además, como si de un mal contagioso se tratara, todos los miembros de la familia fueron declinando su invitación. Su madre se encontraba lejos de Toledo, acompañando en sus viajes a su segundo esposo, el insufrible Vasco de Acuña. Su hermano Diego andaba perdido desde hacía meses por el Nuevo Mundo y los parientes de Malpica, Carmena y demás pueblos cercanos, uno tras otro, se fueron excusando.

En semejantes circunstancias pensó que no merecía la pena esforzarse en organizar la cena y si al final lo hizo fue porque tuvo en consideración que las gentes del pueblo estarían esperando con ansiedad los dulces que todos los años, por orden de su esposa, se repartían al terminar la Misa del Gallo. Aquella era una de las pocas ocupaciones que Leonor hacía con gusto durante su estancia en Escalonilla. Por lo demás, la propia Leonor le había informado, con toda crudeza, de lo que pensaba:

—No me gusta la casa, oscura y llena de humedades, no me gusta el pueblo que es poco más que una alquería perdida en la nada y estoy harta de las cenas con tus parientes que para mi solo suponen un esfuerzo inmenso y mucho aburrimiento.

Don Lorenzo suspira con tristeza al recordar los desabridos comentarios de su esposa. Sus palabras le habían dolido como golpes. Porque para él, la

Navidad era siempre un momento glorioso. El edificio oscuro y polvoriento que encontraban a su llegada a Escalonilla, relucía, majestuoso, el día de Nochebuena. Leonor y él, ante las puertas abiertas de par en par, recibían a decenas de invitados que, con sus mejores galas, acudían de los pueblos cercanos. Algunos, como sus parientes de Carmena, que solo estaba a media legua, llegaban la misma noche en mulas enjaezadas y caballos adornados, precedidos de criados que iluminaban el camino con antorchas. Otros, que venían de más lejos, de Malpica, de Carpio, de Cebolla, llegaban uno o dos días antes y Leonor los aposentaba en las habitaciones preparadas para ellos. Todo era un ir y venir bullicioso y alegre que anunciaba el momento de la cena, con el enorme comedor de la casa engalanado y resplandeciente bajo la luz de los candelabros. Los criados, muchos de ellos escogidos entre las gentes del pueblo para servir durante aquellos días, iban de un lado a otro como en un baile de corte bien ensayado. La cena se servía en bandejas de plata tan bruñidas que parecían espejos y todas las estancias se llenaban de voces y de risas. Corría el vino y el olor de los manjares, cocinados durante horas, llenaba el aire: corderos asados, capones y perdices rellenos, hortalizas tiernas, frutas jugosas, dulces y pasteles... Luego, cuando sonaban las campanadas de la media noche, después de la cena, él y sus invitados se dirigían a escuchar la Misa del Gallo. Cruzaban la plaza saludando a los vecinos que abrían un pasillo para dejar que pasaran y eran recibidos por el párroco ante las puertas de la iglesia. Entraban a escuchar los oficios y, mientras tanto, siguiendo las órdenes de su esposa, unos cuantos criados disponían grandes tableros en el exterior y los llenaba de todas las delicias que uno podía imaginar: mazapanes y manjar blanco, pasteles y hojaldrados, nueces, almendras y avellanas garrapiñadas, frutas con almíbar, dátiles, higos y pasas, y todo el vino y la limonada que fueran necesarios. Ver a la gente del pueblo aglomerándose en torno a las mesas, ver su avidez, sus ojos brillantes, escuchar sus comentarios… recibir luego, con gesto bondadoso, su gratitud y sus sonrisas… aquello no tenía precio. Hasta la propia Leonor reconocía que el momento merecía la pena.

Este año, sin embargo, ni siquiera la idea de agasajar a los vecinos con golosinas y dulces ha podido vencer el rechazo que su esposa siente hacia el pueblo. Tras días enteros de discusiones que don Lorenzo prefiere no recordar, tuvo que marcharse solo.

¿Y qué sentido tenía la celebración de la Navidad sin su esposa, ni sus hijos, ni su hermano, ni su madre, ni ninguno de sus parientes de los pueblos cercanos que otros años habían acudido felices a acompañarlos? Ninguno. Ahora bien, que no se celebrara la cena de costumbre no justificaba dejar a los vecinos sin los postres y los alimentos que todos los años les ofrecían, así que don Lorenzo dio orden de que los dulces se hicieran como de costumbre. Más tarde pensó que, dado que en cualquier caso él tenía que cenar, bien podía invitar a dos o tres personas para que lo

acompañaran. De este modo los agasajaría, haría notar su presencia, que nunca estaba de más, y no estaría solo.

El asunto de los invitados le tuvo ocupado y dudoso durante días ya que las posibilidades que ofrecía el pueblo no eran demasiadas. Estaba don Fermín, el párroco, un invitado difícil porque siempre tenía que irse antes de terminar la cena a ocuparse de los oficios. Y Agustín González, el procurador, que sin ser hidalgo tenía cierta educación, aunque su carácter nervioso y apocado no es que fuera el mejor para animar una cena. Y por supuesto, Gerena, no porque le agradase, que no le agradaba, sino porque era su enlace con el pueblo y no podía desairarlo. El forastero, ese desconocido don Alonso de Oviedo que llevaba unos días hospedado con los Zumaquero sin que nadie supiera muy bien a qué se dedicaba, le tuvo un poco dudoso durante un tiempo. Si se decidió a invitarlo, confiando en que fuera un convidado adecuado, fue tanto por curiosidad como por el hecho innegable de que era la única persona en todo el pueblo que tenía la misma categoría social que él. Eso sí, con aquellos invitados, la compañía femenina quedaba descartada. El cura, obviamente, no tenía mujer, Gerena y Agustín González no estaban casados, y en cuanto a don Alonso de Oviedo, el forastero, de estar casado, había dejado a su esposa en cualquier otro lugar porque al pueblo, desde luego, había llegado solo. En definitiva, una cena para cinco hombres solitarios. Podrían haber sido seis de haberse decidido a invitar al alcalde, pero tener sentado a su mesa a ese Juan Moreno, rudo y seco, un vulgar azadonero por mucho que hubiese conseguido adquirir unas cuantas tierras, había excedido con mucho el sacrificio que estaba dispuesto a realizar.

Lo sorprendente fue que, contra todo pronóstico, disfrutó de la cena. Y no solo él, pues fue evidente que sus invitados también pasaron un rato agradable. Don Fermín, el cura, no se empeñó, como había ocurrido en otras ocasiones, en soltar sermones moralistas. Gerena, que solía resultar tan inadecuado, hizo gala de una educación exquisita, sin dar voces ni empeñarse en ser el centro de todas las conversaciones. Y el procurador, Agustín González, logró controlar su nerviosismo si bien su voz siguió siendo, las más de las veces, un poco estridente. El último de sus invitados, don Alonso de Oviedo, con su forma de hablar serena y pausada, tuvo palabras amables para todos. Con don Fermín estuvo hablando de la necesaria restauración de la iglesia, comentando qué obras serían necesarias. Mostró una cierta complicidad con Gerena, sonriendo al enterarse de que a pesar de los años que llevaba viviendo en el pueblo todavía muchos lo consideraban forastero. Y alabó sin disimulo los escasos comentarios de Agustin González haciendo que el regidor, siempre dudoso sobre su propia valía, se esponjara como un pavo real.

Don Alonso, además, había demostrado ser un hombre culto y muy enterado de los asuntos del reino. Fue el primero en llegar, poco antes que el resto de los invitados, y tuvieron tiempo de hablar con calma. Estuvieron

discutiendo sobre los preocupantes acontecimientos del momento: el desastre de Mahón, Barbarroja, la toma de Orán… Don Alonso se mostró de acuerdo con los que habían frenado al emperador en sus últimas campañas, alegando que hubiera sido una locura seguir luchando hasta llegar a Túnez, una postura pusilánime en extremo a su modo de ver. La discusión, no obstante, acabó derivando por otros derroteros.

—¿Sabéis? —le había contado al caballero—. El duque del Vasto, Alfonso de Ávalos, que armó la flota en Génova y estuvo al mando de los tercios, es pariente de mi madre, doña Mencía de Ávalos y Ayala. Ambos, el duque y mi madre, son biznietos del Condestable Ruy López Ávalos, de quién supongo que habréis oído hablar.

Don Lorenzo sonríe satisfecho al recordar que don Alonso se mostró todo lo impresionado que cabía esperar.

—Ay… estos hidalgos de privilegio —murmura con benevolencia.

Porque por muy elegante que vista don Alonso y por muy culto que sea, es indudable que no tiene tan alta cuna como él. Eso sí, está muy bien relacionado, ya que al preguntarle cómo había llegado hasta el corazón de Castilla desde su lejano Oviedo, don Alonso le explicó, con sencillez y naturalidad, que lo había hecho comisionado por el principal asesor de la reina, el conde de Miranda, buen amigo suyo.

—Me han dicho que la salud del Conde no es buena — comentó él deseando que don Alonso viera que estaba bien informado de los problemas de la Corte.

—En efecto. Mucho me temo que la reina se quedará pronto sin sus consejos —contestó el de Oviedo con tristeza—. Y será una pena: yo perderé un amigo al que aprecio y el reino se quedará sin la única persona capaz de plantarle cara al arzobispo Juan de Tavera.

La llegada de los demás invitados hizo que la conversación se generalizara manteniendo el tono sosegado y agradable, al menos al principio. Los criados se ocuparon de que las copas no quedaran nunca vacías, los manjares que sirvieron estaban bien cocinados y bien presentados en sus fuentes de plata, y el fuego cálido y chispeante de la chimenea confería al salón un ambiente placentero. El párroco, como ya había anunciado al llegar, tuvo que marcharse pronto a ocuparse de los oficios y, después de esa breve interrupción, los demás continuaron con su charla. Y ahí fue cuando la velada se torció un poco.

—¿Y vos, Gerena? —había preguntado de pronto don Alonso con una sonrisa—. ¿Cómo un hombre de vuestro merecimiento y tan puesto en las cuestiones municipales no ha llegado nunca a desempeñar alguno de los cargos del consistorio?

—¡Ah, no! —se había reído Gerena— ¡A mí, dejadme! No tengo ningún interés en estar atado a tales oficios.

—¿No? ¿No os consideráis capacitado para administrar justicia?

La sonrisa de Gerena había sido un poco forzada, tal vez porque no la

agradaba la idea de que el caballero le considerase poco capacitado.

—No es una cuestión de capacidad, sino de intereses ¬—había dicho intentando tomárselo a broma—. Y mi interés principal, como sabéis, no está en la justicia sino en los negocios.

—¿Es que la justicia y los negocios están reñidos? —había preguntado don Alonso con suavidad—. ¿Vos que opináis, don Lorenzo?

—Poco sé yo de negocios —había reconocido él en tono ligero¬¬.

—Pero sabéis de justicia, ¿no es así? ¿No está un gran señor obligado a administrarla?

—No en una villa de realengo como es Escalonilla ¬—había intervenido el procurador Agustín González—. Aquí los únicos encargados de la justicia son los que se eligen cada año para ello y lo hacen por delegación del rey.

—Lo sé. Lo que me temo es que la justicia no es algo que pueda entregarse como quien entrega un objeto…

—¿Qué queréis decir? ¬—había preguntado él con curiosidad

Don Alonso se había llevado la copa a los labios y había bebido despacio.

—Designar a un hombre para que administre justicia no garantiza que lo vaya a hacer bien… —el de Oviedo había mirado a Gerena y a Agustín González—. ¿Y si antepone sus intereses a los de la comunidad a la que debe servir? ¿Y si es parcial? ¿O torpe? ¿O ignorante? ¿Qué hacemos en ese caso?

—¿Por qué habríamos de hacer nada? —se había defendido Gerena algo molesto—. Quienes tendrían que intervenir serían los funcionarios reales, pienso yo, ya que los regidores actúan en nombre del rey.

—¿Y no tiene cada uno de nosotros la obligación de impedir la justicia mal administrada, es decir, la injusticia?

—Una disyuntiva moral interesante — había intervenido él— Qué pena que ya se haya ido el párroco. Sin duda su opinión al respecto hubiera sido muy adecuada.

—Sin duda —había asentido don Alonso.

Sonriendo, había continuado hablando de otras cuestiones sin darle más importancia. El ambiente, no obstante, se había enrarecido. Gerena parecía molesto y malhumorado y Agustín González estaba tan pálido que don Alonso, muy amable, acabó por preguntarle si se encontraba mal. El procurador, con voz estridente, contestó que se encontraba perfectamente, si bien parecía a punto de perder los nervios. Él, por su parte, aprovechó el repicar enloquecido de las campanas para poner punto final a la velada.

—Va a dar comienzo la Misa del Gallo. Debemos marcharnos o llegaremos tarde.

Don Lorenzo, pensativo, recuerda que, en efecto, él y sus invitados salieron juntos de camino a la iglesia. Lo que no recuerda es en qué momento desapareció de su vista don Alonso, para ser encontrado, poco

después, herido y casi sin conocimiento.

Tan abstraído está en estas consideraciones, que hace rato ya que ha dejado flojas las riendas y el caballo, sin guía, camina despacio y se entretiene en mordisquear las hierbas que encuentra a su paso. No le importa demasiado a don Lorenzo que, por una vez, ni siquiera es consciente de la belleza de las tierras que atraviesa. Sigue dándole vueltas a la cena de Nochebuena.

Sus invitados y él habían salido juntos de la casa, desde luego, precedidos por varios criados con lámparas para iluminar el camino, ya de por sí bien iluminado con las candelas que los vecinos ponían en las calles y por las hogueras de la plaza. También habían entrado juntos en la iglesia, pues recuerda que don Fermín estaba ante las puertas y los recibió con la obsequiosidad un tanto servil de costumbre. En el templo, don Alonso estuvo a su lado, ya que él mismo le indicó que ocupara el reclinatorio vacío de su esposa, un honor que el caballero aceptó de buen grado. Lo que ya no recuerda es qué pasó al terminar la misa. Estuvo ocupado saludando a unos y otros y aceptando las muestras de agradecimiento de los vecinos que se arracimaban en torno a las mesas de dulces como si no hubieran comido en años. Y de pronto… las voces, el nerviosismo, el ir y venir de unos y otros.

Un joven sirviente de don Alonso fue el que dio la alarma: su amo no aparecía por ningún lado. En la búsqueda que se inició, él llegó a dar orden a sus propios criados de que volvieran a casa y miraran si el caballero había regresado a ella, idea que le pareció a todas luces absurda. El caso es que cuando don Alonso fue encontrado, mal herido, detrás de la iglesia, nadie supo explicarse cómo había llegado hasta allí ni quién le había atacado. El Zumaquero, en cuyo hogar se hospedaba don Alonso, y el propio alcalde, Juan Moreno, acarrearon al pobre caballero y lo dejaron tendido en su cama. Él los había acompañado, ayudando en lo que pudo.

Aquella noche, recuerda don Lorenzo, no pegó ojo. Estuvo hasta muy tarde esperando en casa de los Zumaquero a que llegara el médico y les diera noticias sobre el estado del herido. Por fortuna, las noticias fueron buenas: un par de golpes en la cabeza, una pequeña brecha, un poco de sangre… Si había perdido el conocimiento había sido, más que por los golpes, por la debilidad de sus pulmones que se habían quedado sin aire.

Ya en su casa, don Lorenzo tampoco pudo encontrar el sosiego necesario para echarse en su propio lecho e intentar descansar porque empezó a sentirse responsable. Pero… ¿responsable de qué? ¿De la agresión? Tal vez. Él hubiera querido que Escalonilla hubiese mostrado la mejor de sus caras a un forastero de tanta categoría como don Alonso. Y en vez de eso, lo que había salido a la luz era lo peor del pueblo, su parte más oscura y violenta. La razón, don Lorenzo no podía ni imaginarla. Al menos, no en ese momento aunque horas después el propio don Alonso le dio suficientes pistas como para que no le quedaran dudas sobre lo que estaba

ocurriendo.

Fue al día siguiente, cuando se presentó en casa de los Zumaquero para interesarse por la salud del accidentado. Por la mañana no pudo recibirle pues, según le dijeron, había pasado mala noche y se encontraba descansando. Por la tarde, en cambio, cuando repitió su visita, el pequeño sirviente del caballero lo recibió con una sonrisa y lo condujo sin tardanza a los aposentos de su amo.

Don Alonso se hallaba sentado junto a la ventana, con la cabeza vendada y el rostro pálido y ojeroso. Sin embargo, parecía encontrarse fuerte y de buen ánimo. Estuvieron charlando de esto y de lo otro, de esas generalidades de las que uno habla en las visitas de compromiso. Incluso, dado que el tema era inocuo y a él le andaba siempre rondando el pensamiento, se permitió a sí mismo comentar lo mucho que deseaba adquirir tierras en la zona para fundar un mayorazgo para su hijo. Fue entonces cuando don Alonso, que por lo visto no era demasiado amigo de conversaciones banales, le interrumpió de una forma bastante desconcertante.

—Don Lorenzo —le dijo con toda tranquilidad—. ¿Para qué queréis tantas tierras si no estáis dispuesto a asumir el poder y la responsabilidad que ellas os otorgan?

—¿Qué decís? ¬—había preguntado él desconcertado, dudando entre sentirse ofendido o echarlo a broma.

—Vamos, don Lorenzo, es imposible que no sepáis lo que está pasando en el pueblo.

Lo cierto es que él no lo sabía. Él, tan ocupado en sus propios asuntos, tan perdido en sus propios sueños, ni siquiera había sospechado nada. Elecciones manipuladas año tras año, cargos públicos que se utilizaban en beneficio de unos pocos, parcialidades e injusticias sin cuento… Mientras escuchaba a aquel forastero de voz suave y mirada intensa, él había sentido primero incredulidad y más tarde… más tarde, vergüenza. Sobre todo cuando don Alonso, mirándole con franqueza a los ojos, le había espetado.

—¿Cómo un hombre de vuestro rango y posición, un hombre con las virtudes que a vos os adornan, ha podido permitir esto?

—Yo no designo los cargos públicos —se había defendido con torpeza.

—Pero sabéis quién es la persona que maneja a los demás para hacerlo a su gusto.

—¿Gerena?

—Gerena —había confirmado don Alonso.

Lorenzo Suárez de Figueroa, pensativo, refrena a su caballo a unos pocos metros ya de las primeras edificaciones de Escalonilla. El pueblo, silencioso, helado, parece detenido en el tiempo y él lo mira desde lejos como si lo viera por primera vez: las calles estrechas que discurren entre las bajas casas encaladas, los tejados combados de tejas rojizas, la iglesia y su torre cuadrada, el caño de la fuente humedeciendo la tierra, el molino de

aceite, la plaza de Arriba y la plaza de Abajo, la Casa de la Justicia, la herrería y el hospital para pobres…

Don Lorenzo toma aire.

—No puedo consentir que Gerena siga actuando en mi nombre.

Pensar en el enfrentamiento le da una pereza enorme ¿Por qué tienen que ser las cosas siempre tan difíciles?

Resignado, don Lorenzo endereza los hombros y azuza a su montura para que eche a andar. Con lentitud, se adentra en el pueblo. Le acompaña, nada más, el resonar de los cascos del caballo chocando contra las piedras.

Gerena, el conseguidor

Gerena no está teniendo un buen día. Cansado, se ha encerrado en el comedor de su casa y ha dejado dicho a sus criados que, de momento, no va a recibir más visitas. Una moza, a su requerimiento, le ha traído una jarra de vino. Se ha bebido de un trago casi la mitad y ha suspirado con alivio. No, no está siendo un buen día. Ha tenido que lidiar con Juan Moreno, que le tiene harto con sus escrúpulos y sus indecisiones, con Bartolomé Pérez, que nunca se sabe qué está pensando, con la Batanera, que a pesar de todo ha sido lo único agradable del día, con la bajeza de Agustín González y hasta con Suárez de Figueroa que ha tenido que escoger precisamente este momento, como si no hubiera días en el año, para ponerse puntilloso.

No debiera extrañarse, se dice a sí mismo Gerena, la víspera de las elecciones siempre es un día de nervios, de conversaciones y tratos de última hora, de dudas y de indecisiones. Este año, no obstante, los nervios parecen tener una cualidad que no han tenido en otras ocasiones, quizá un cierto matiz de aprensión, un vago olor a miedo que enrarece el ambiente.

Gerena, pensativo, deja sobre la mesa la jarra que tiene en la mano y se acerca a la ventana. Se sorprende al comprobar que apenas se ven ya las últimas luces de la tarde. Contra el cielo, sobre los tejados de las casas, puede ver recortada la torre de la iglesia. Está tan acostumbrado a la vista que a veces piensa en la torre como en una vieja amiga. La torre, sólida, maciza, resiste el paso del tiempo, aguanta impasible el calor del verano y el frío del invierno, y el único cambio apreciable en su silueta lo ponen las cigüeñas. En esta época, el nido está vacío, pero Gerena sabe que un día, al asomarse, se llevará la sorpresa de ver que las aves han regresado y ese día se sentirá, qué absurdo, lleno de alegría. Gerena sonríe. Cuántos años ya asomándose al atardecer a esa ventana, contemplando la torre con su nido, viendo pasar las estaciones y haciendo y deshaciendo planes. Quién se lo iba a decir. Se ha hecho viejo en este pueblo, al pie de esa iglesia tan fea, atisbando, cada año, el gran acontecimiento de la vuelta de las cigüeñas.

¿Es por eso por lo que está de tan mal humor? ¿Se ha convertido, sin darse cuenta, en un viejo gruñón que solo sabe rezongar cuando se tuercen

sus propósitos? Porque no recuerda que antes los problemas le afectaran tanto. Y mira que ha tenido problemas. Desde estar a punto de acabar preso con el pleito que le puso Germán el Viejo a poco de llegar al pueblo, hasta verse obligado a atrincherarse en su casa para evitar que unos cuantos vecinos amotinados lo apalearan. Y nada de aquello le quitó el sueño. En cambio, ahora… Ahora, ahí está, diciendo a los criados que no quiere más visitas para no reconocer que, en realidad, lo que no quiere es más preocupaciones. Lo que le apetece es poder sentarse tranquilo, disfrutar de la comida, salir a dar un paseo si se tercia y hacer planes inocuos como ir de caza o asistir a la partida de dados del molinero. Y en vez de eso, ¿qué tiene? Una panda de regidores inconscientes a punto de mandarlo todo al traste, un alcalde carcomido por los escrúpulos, un desfalco de los bienes del ayuntamiento, un niño asesinado, un forastero agredido, la justicia de Torrijos paseándose por el pueblo y unas elecciones más que dudosas a la vuelta de la esquina. Semejante situación no le hubiera parecido ventajosa ni aun en sus primeros años, cuando estaba lleno de ilusiones, de fuerza y de energía.

De todo, lo de Juan Moreno y Bartolomé Pérez es lo que más le pesa porque pone en riesgo sus planes. Ambos se presentaron en su casa a primera hora de la mañana y él, al ver al alcalde, no pudo evitar el sarcasmo.

— ¡Hombre, cuánto honor…!

No fue un buen empiece porque Juan Moreno le miró de tal modo que hasta se le secó la garganta. Malditos campesinos. Tan hoscos siempre, tan silenciosos, que acaban por ponerle nervioso. En especial, Juan Moreno, que tiene algo en la mirada que se le escapa, algo oscuro que no es capaz de de determinar y que le llena de inquietud.

—Alguien ha estado robando los caudales del ayuntamiento.

Juan Moreno se lo había soltado sin siquiera hacer una concesión a la educación saludando primero. Él, al escucharlo, había suspirado con impaciencia y no porque la noticia le pillara de nuevas, que no le pillaba, sino porque, siendo como era una cuestión de tanta envergadura, ninguno de los regidores hubiera considerado oportuno acudir a informarle hasta ese preciso momento. De Juan Moreno no le había extrañado. El alcalde ya hacía semanas que iba por libre y con su actitud distante y cerril no hacía más que poner de relieve su alejamiento. Pero había supuesto que Bartolomé Pérez, por muy amigo de la infancia que fuera del alcalde, estaba de su parte. En cuanto a Agustín González, tan temeroso ante los contratiempos, era extraño que no hubiera acudido a él, por no hablar de los otros dos, Benito Díaz y Antonio Vázquez, meros comparsas que solían buscarle para recibir órdenes. En cualquier caso, ninguno de los cinco había tenido a bien contarle las novedades.

Semejante actitud le saca de quicio.

—¿Es que no se dan cuenta de lo que nos estamos jugando? —

refunfuña con indignación.

Lidiar con algo como el desfalco de los caudales públicos no es ninguna broma y les va a obligar, este año más que ningún otro, a tener muy bien controlado quién entra en el ayuntamiento. Al menos, con la elección de las personas adecuadas para los cargos del consistorio tendrán más posibilidades de poder capear el problema. Por eso fue tan duro con el alcalde.

—Hayan robado o no —le advirtió—, mañana son las elecciones. Y por la cuenta que te trae, más vale que salgan como lo tenemos planeado.

La amenaza implícita en sus palabras no había pasado desapercibida para Juan Moreno.

—¿Por la cuenta que me trae? ¿A mí?

—No nos engañemos, Juan, tú eres el máximo responsable del ayuntamiento. Te interesa más que a nadie que elijamos a uno de los nuestros para sucederte en el cargo.

—Ya entiendo —Juan se había quedado mirándolo con fijeza, como confirmando algo que ya se hubiera dicho a sí mismo antes—. Así que ese es el plan. Elegimos a uno de los nuestros, echamos tierra sobre el asunto y nos olvidamos de que lo que ha pasado.

—No exactamente. Elegimos a uno de los nuestros, investigamos lo que ha pasado y evitamos que las culpas recaigan sobre quien no deben. ¿O es que quieres que te acaben culpando de todo? Porque es lo que pasará si no tenemos cuidado. Al fin y al cabo, tú, como alcalde, eres el responsable.

—Sí, ya me lo has repetido dos veces —Juan Moreno, hermético, ni parpadeaba al mirarle—. Ya me ha quedado claro.

«Eso espero», piensa ahora Gerena, paseando inquieto de un lado a otro. El alcalde lleva demasiado tiempo mostrando su desacuerdo con todo. Y ese desacuerdo había alcanzado hasta la elección de los nuevos cargos.

—¿Ya tenemos los nombres? —había preguntado Bartolomé Pérez.

Gerena, molesto, recuerda que contestó con renuencia, sabiendo que se avecinaba una nueva discusión.

—Tenemos a Fernando Fernández, el tejedor; a Gregorio Vela, el molinero; a Alejandro Fernández, el herrero…

Y Juan Moreno, tal y como él había esperado, no le dejó seguir.

—¿Estás de broma? —la frase había resonado en la estancia como un golpe seco—. ¡No podemos nombrar a Alejandro!

—¿Por qué no? —había preguntado él.

—¡Porque está loco!

—Eso es un poco exagerado ¿no crees? Al chico le cuesta refrenar su carácter, nada más. Lo hará bien.

—¿Qué es lo que hará bien? ¿Pelearse con todo el pueblo? ¿Golpear a cualquiera que vaya al ayuntamiento? —Juan Moreno, lleno de impaciencia, se había mostrado tajante—. Mira, el herrero queda descartado. Tendrás que buscar a otro.

Y ahí fue cuando él sintió que la ira lo desbordaba. Aquellos dos no iban a intimidarlo, con sus ínfulas y sus caras hoscas. Se irguió y consiguió parecer más alto. Tan alto como se sentía

—¿Que tendré que buscar a otro? ¿Desde cuándo eres tú el que decide lo que yo tengo que hacer?

Se había puesto furioso. Gerena reconoce que más de lo que la situación requería. Y es que los hombres como Juan Moreno le hacen perder la paciencia. Siempre con expresión huraña y gesto de orgullo y haciendo muchos ascos a todo, creyéndose más dignos que nadie. Eso sí, si llegaba la ocasión de salir de la pobreza, de obtener prebendas y beneficios, se aferraban a ella sin hacer preguntas, como cualquier hijo de vecino. Solo les entraban los escrúpulos cuando eran otros los que pretendían hacer lo que ya habían hecho ellos. Una actitud muy hipócrita, desde luego. Mucho más digna le parece a Gerena la gente que va de frente, por las claras, sin pretender aparentar nada. Como la Batanera, por ejemplo. Había ido a verle muy de mañana y, al contrario que Juan Moreno, no disimuló de que parte estaban sus intereses.

— Gerena, ¿qué hay de lo mío? ¿Vas a poder meter a Alejandro en el ayuntamiento como acordamos?

Así, a las bravas. Gerena sonríe al recordarlo. Y que hermosa estaba, plantada ante él, la barbilla alzada y los ojos brillantes llenos de promesas. Una pena que él no tuviera veinte años menos.

El que llegó también envuelto en la dignidad como si la dignidad fuera una capa de invierno, fue Suárez de Figueroa. Llegó muy bien montado en su caballo, que se ve que tenía necesidad de dejar constancia de su rango.

—¿Vos por aquí? ¬—saludo él—. Cuánto honor me hacéis… —y lo mismo que con Juan Moreno un rato antes, no obtuvo ni el saludo de costumbre por respuesta.

¿Será que hay algo en el pueblo que hace a sus gentes inmunes al sarcasmo?, se pregunta Gerena, exasperado. Porque se diría que llevan coraza. Y en el caso de Suárez de Figueroa, una coraza además contra la que parece chocar no solo el sarcasmo sino incluso la realidad. Porque sino ¿cómo se explica que durante todos aquellos años el de Figueroa no se hubiera enterado del precio que estaba pagando por las tierras que él le buscaba? ¿Qué pensaba, que él lo hacía de balde? ¿Qué era su obligación esforzarse solo porque el hidalgo se lo demandaba? Pues por lo visto, sí, porque venía muy digno y ofendido: que si se había aprovechado de su buena voluntad, que si le había mezclado en esto y en lo otro, que si no iba a permitirlo… Hasta que él, cansado de tanto reproche, perdió la paciencia.

—Vamos a ver, don Lorenzo, ¿cuál es vuestra queja? Porque no os entiendo…

—¡Habéis utilizado mi nombre en vuestro provecho!

Una acusación grave que en boca de cualquier otro podría haberle llegado a preocupar. Menos mal que Suárez de Figueroa era un débil

adversario.

— Habéis querido perjudicar a Pedro de Hinojosa ¬—le había acusado rebosante de indignación—, privándole de la ayuda de su propio hijo. ¡Y me habéis involucrado a mí en ello! A requerimiento vuestro, le he buscado al chico pasaje para Veragua, donde podrá contar con la protección de mi hermano Diego. Lo que me temo es que a vos poco os importan los deseos de ese muchacho, ¿verdad? Vos, lo único que pretendéis es dejar al tejedor sin uno de sus oficiales para debilitar su posición.

—Eso es mucho decir, don Lorenzo. El muchacho está deseando partir para el Nuevo Mundo y ahora, gracias a vos, lo hará con cierta seguridad en vez de marcharse a la buena de Dios. ¡Si hasta el propio Pedro de Hinojosa os está agradecido! Podéis ir a preguntárselo si no me creéis.

Y lo bueno de aquello es que era verdad. Ninguna familia podía enfadarse por haber brindado protección y amparo a uno de los suyos. ¿Que a él la situación le resultaba ventajosa? Naturalmente. Así es como le gustan a él los tratos, un intercambio de favores en el que todos ganen algo.

El hidalgo, sin embargo, tenía todavía más reparos:

—¿Y qué me decís de los cargos municipales? Vos los organizáis a vuestro antojo sin tener en cuenta el bien del pueblo sino el vuestro propio y el de quienes os apoyan. Y si no, mirad a vuestros regidores que en menos de un año han pasado de ser unos pobres campesinos a convertirse en propietarios.

—Ya veo. Así que, según vos, que varios vecinos de Escalonilla salgan de la pobreza y adquieran unas cuantas yugadas de tierra no forma parte del bien común. ¿Qué es el bien común entonces? ¿Qué las tierras sean vuestras?

—Estáis retorciendo mis palabras. Yo no he dicho…

Gerena sonríe con sorna al recordar que el pobre don Lorenzo, al final, no sabía ni lo que había dicho.

—No os hagáis mala sangre, señor ¬—le dijo conciliador—. Los regidores solo han adquirido unas cuantas yugadas de tierras muy pobres y secas. Vos mismo os hubierais negado a comprarlas de habéroslas ofrecido.

—Pero no me las ofrecisteis.

—Ah, y eso es lo que os molesta… Porque, por supuesto, vos, cuando adquirís tierras, lo hacéis pensando en el bien común.

Y esta vez, hasta Figueroa se había dado cuenta del sarcasmo. Le indigna de verdad la actitud del hidalgo que no tiene ningún reparo en acaparar tierras y que se muestra dolido e indignado si las tierras son de otro. Es igual que Juan Moreno, con sus remilgos de hombre honrado tras enriquecerse sin ningún escrúpulo a costa del ayuntamiento. Y encima ambos tienen la osadía de echarle en cara el bien común. Ha hecho él más por el bien común en unos años que Suárez de Figueroa y Juan Moreno juntos en toda su vida. Al menos, él nunca se ha negado a que a los demás, con su ayuda, salgan de la miseria. El bien común. Que no le hablen a él

del bien común que, por alguna razón que se le escapa, siempre coincide con el bien del que lo defiende tan a capa y espada.

Tan enfrascado está Gerena en sus reflexiones que se sobresalta cuando un criado le interrumpe. Trae el sirviente una lámpara de aceite ya encendida en la mano y se dispone, diligente, a encender unos cuantos candelabros. La penumbra en la que la estancia ha ido hundiéndose, desaparece y Gerena parpadea saliendo de su ensimismamiento.

—¿Os encontráis bien, señor? —pregunta el criado extrañado de la quietud del amo.

—Me estoy haciendo viejo, Jacinto —contesta él con una sonrisa¬—. Tanta visita y tanta conversación como he tenido hoy me han dejado agotado.

El criado trajina con las luces y echa un vistazo rápido a su amo. Lo que ve debe dejarle convencido que de que no es cierto eso del cansancio porque sonríe como ante una broma. También sonríe Gerena. En realidad no está tan cansado. Lo que está es harto de lidiar con los mismos problemas año tras año. Le quedan todavía un par de horas, antes de la cena y tendrá que perderlas en repetirles a Benito Díaz y a Antonio Vázquez, con los que aún no ha hablado, lo que ya les dijo hasta la saciedad a Juan Moreno y Bartolomé Pérez, que se habían marchado más o menos convencidos. A Agustín González ya lo recibió a media tarde. Y fue, todo hay que decirlo, una entrevista de lo más desagradable.

Para empezar, tuvo que enviar a uno de sus criados a buscarlo porque Agustín González no parecía estar dispuesto a hablar con él de forma voluntaria. El procurador llegó acobardado, con grandes ojeras bajo los ojos y con un temblor en las manos que auguraba problemas. Tenía la voz temblorosa y más aguda que de costumbre y parecía tener dificultades para encontrar las palabras con las que expresarse. Gerena suspiró y se armó de paciencia, pensando que si quería conseguir algo de él, mejor se lo tomaba con calma. Después de minutos eternos de balbuceos, indecisiones, vacilaciones y frases insustanciales, Gerena consiguió entender que lo que tenía a punto del ataque de nervios al procurador era la idea de que pudieran culparle del robo de los caudales públicos.

—¿Lo entiendes, Gerena? —había gemido, contándole a trompicones, a su modo, lo del desfalco—. Juan Moreno tiene una llave maestra que no sé de dónde ha sacado. Con ella, por lo visto, se han robado los caudales del arca. El escribano lo ha comprobado y los libros de cuentas no cuadran. ¿Y a quién crees que van a culpar? ¡A mí, que soy el mayordomo del concejo!

Gerena, sin embargo, tenía puesto el pensamiento en otra cuestión que le intrigaba.

—¿Por qué no me lo has contado antes? No te entiendo, Agustín. No solo no has tenido a bien informarme de lo que estaba pasando, sino que he tenido que enviar a un criado para que te trajera casi a rastras. ¿Qué pretendes? ¿Esconderte en tu casa hasta que escampe? Pues no va a

escampar con tanta facilidad por mucho que te escondas.

Agustín González, ante estas palabras, pareció encogerse más aún en la silla en la que estaba sentado. Gerena sintió cierto desagrado al verle. Nunca le había sido demasiado simpático el procurador, con sus ínfulas de grandeza, sus desplantes y sus desprecios. Y ahora resultaba que, además, era un cobarde.

—Deja de lloriquear de una vez —le dijo, en un momento dado, con impaciencia—. Lo que tenemos que hacer ahora es ver como arreglamos este embrollo.

Pero Agustín González ya tenía su propio sistema para arreglarlo todo: culpar a otro.

—Ha sido el herrero, Gerena, ¿no te das cuenta? ¿Quién si no él hubiera podido hacer una llave maestra para abrir el arca de los caudales?

—¿El herrero? —había preguntado él haciéndose el sorprendido—. No veo yo a Alejandro elaborando un plan tan complicado para hacerse con el dinero.

Y ahí, Agustín González había demostrado hasta qué punto estaba dispuesto a llegar por salvar su propio pellejo.

—Detrás de Alejandro está la Batanera —en los ojos del procurador el destello de las alimañas acosadas—. Habrá sido ella quien lo ha organizado todo.

Se pregunta ahora Gerena que habría pensado sobre esa acusación de no haber tenido ya, como tenía, la versión de la propia Batanera. Porque la Batanera se había presentado en su casa el día antes, a última hora de la tarde, tan tapada con su manto que cuando el criado la hizo pasar a la estancia él ni siquiera la había reconocido. Una vez que el criado se retiró, ella dejó caer el manto sin ninguna timidez y se mostró ante él en todo su esplendor.

—He venido a pedir tu ayuda, Gerena.

Y con aplomo, precisa, fue al grano. Gerena la admiró sin disimulos mientras le contaba que el forastero, ese misterioso Alonso de Oviedo, se había presentado en el ayuntamiento demostrando al alcalde que alguien había estado robando los caudales públicos. Eso sí, la Batanera, al contrario de lo que había hecho Agustín González, no perdió el tiempo en acusaciones vanas. Ni siquiera ocultó la relación que tenía con el procurador. Una relación que, a decir verdad, Gerena no entiende. ¿Cómo es posible que semejante mujer pierda ni un minuto de su tiempo con Agustín González? Es más, ¿tanto le importaba el procurador como para poner en peligro su reputación yendo a contárselo y a pedirle ayuda?

—Gerena, escúchame —le interrumpió ella, tal vez consciente del rumbo de sus pensamientos—. Si he venido a verte no es por mí ni por el procurador. Es por mi hijo.

Y de nuevo sin vacilaciones, sin rodeos, la Batanera había expuesto lo que le preocupaba: el arca de los privilegios se había robado utilizando una

llave maestra. Alejandro era el único herrero del pueblo y, por tanto, el único capaz de hacer semejante llave.

—Gerena, ¿lo entiendes? Una vez aceptado esto, nadie se va a molestar en buscar otro culpable.

Y Gerena entendió que la Batanera tenía razón. Alejandro era el culpable perfecto: violento, descontrolado, irascible… Y aun con todo esto, le dijo la Batanera, nadie podía acusarle de haber mostrado jamás interés por los bienes ajenos. ¡Si la mayor parte de las veces ni siquiera se molestaba en cobrar los trabajos de la fragua! No tenía ambición. Ni siquiera tenía el más mínimo sentido común. Podía enfadarse y golpear a cualquiera sin medir las consecuencias, pero urdir un plan para enriquecerse, actuar con premeditación no era algo que casara con su carácter. No, Alejandro no era culpable de nada, aunque lo pareciera.

—¿Por qué hizo entonces esa llave maestra? ¬—preguntó él.

Tenía curiosidad por saber cómo pensaba explicar eso la Batanera. Porque, por lo demás, si bien ella mantuvo algunos discretos silencios, la historia a él le había quedado bastante clara. Alejandro no sería ambicioso, de acuerdo, ni habría mostrado jamás interés por los bienes ajenos. Lo malo es que no se podía decir lo mismo de su madre ni de Agustín González. Y aprovechándose, ella del oficio de su hijo y él de su posición en el ayuntamiento, habían metido mano en la caja. Ese tipo de cosas a veces pasaba, era inevitable. Lo que quizá no había calculado la Batanera era que acabaran culpando a su hijo. Por eso estaba allí, valiente, dando la cara, arriesgándose a que cualquiera dedujera, como él estaba haciendo, que la culpable era ella. En cualquier caso, no iba a dejar que su hijo cargara con el muerto. La sorpresa es que lo del muerto era literal.

— Porque eso es lo que ocurrirá, Gerena, ¿no lo entiendes? —había dicho la Batanera con un destello de desesperación en los ojos—. Una vez abiertas las puertas para culparlo, van a culparlo de todo. Incluso de la muerte del aprendiz.

—¿Qué tiene que ver lo de ese pobre chico con lo que estamos hablando? —había preguntado él asombrado.

—No lo sé. No lo sé, Gerena, te lo juro. Que yo sepa, nada. Pero no voy a dejar que mi hijo cargue con culpas ajenas.

Así que Gerena había accedido a meter a Alejandro en el nuevo ayuntamiento. Y para ser sincero, si lo hizo, no fue por contentar a la Batanera ni porque creyera que estaba diciendo la verdad, sino porque pensó que no podía permitirse el lujo de tenerla en contra y a Alejandro descontrolado. Quién le iba a decir a él que acabaría pesando más en su ánimo el deseo de evitarse problemas que el cuerpo de una mujer hermosa. Y Gerena, al pensarlo, vuelve a ver a la Batanera, tal y como la vio aquella tarde, con los ojos llenos de promesas y su cuerpo rotundo y sinuoso inclinado hacia él.

—No olvidaré esto, Gerena —le había dicho con una voz profunda y

suave como el terciopelo—. Encontraré la manera de compensarte.

Una promesa muy dulce, sonríe Gerena algo apesadumbrado, para un hombre con muchos años y que viene ya de vuelta. En cualquier caso, él, en ese momento, consideró que meter a Alejandro en el ayuntamiento no era tan mala idea. Le permitiría seguir con el control, ya que la propia Batanera se encargaría de que el chico hiciera lo que tenía que hacer y que en definitiva era echar tierra sobre lo que había pasado. Eso parecía ser lo más conveniente para todos. Al menos hasta que Agustín González le demostró que los miedos de la Batanera no eran infundados.

—El herrero, es capaz de cualquier barbaridad —había gimoteado el procurador, tembloroso, asustado—. Tienes que saberlo, Gerena: Alejandro fue quién mató a aquel chico, el aprendiz del tejedor.

Gerena se estremece al recordar la bajeza de Agustín González. La Batanera había tenido razón: el elegido para cargar con todas las culpas iba a ser Alejandro. Solo que si el herrero era inocente, tal como aseguraba su madre… ¿quién había matado al aprendiz? ¿El procurador? A Gerena se le hace cuesta arriba aceptarlo. Una cosa es meter la mano en la caja y otra cargarse a un chiquillo. De lo primero, cree muy capaz a Agustín González, de lo segundo… No se imagina al procurador cometiendo semejante violencia. Es demasiado apocado, demasiado cobarde. En cambio, Alejandro… Puede verle en su imaginación dejándose llevar de su carácter, como tantas veces, y acercándose al chico… Y otra vez, a su cabeza, acude la imagen de la Batanera:

—Creer a mi hijo culpable cuesta tan poco…

Y es verdad, costaba muy poco.

Gerena inquieto pasea de un lado a otro de la estancia. Mueve un objeto de aquí y lo pone allá, se asoma a la ventana comprobando que la oscuridad de la noche no le deja ya ver la torre de la iglesia, se sienta de nuevo y de nuevo se levanta. No puede dejar de moverse. No puede dejar de dar vueltas a sus pensamientos.

Qué asunto tan turbio ese del aprendiz… ¿por qué lo habrían matado? Nervioso, piensa que no puede entretenerse con esa historia. Todavía le están esperando Benito Díaz y Antonio Vázquez a los que tiene que comunicar los nombres decididos para las elecciones del día siguiente. Cuando les diga que uno de ellos es el herrero… ¿se mostrarán tan indignados como Juan Moreno y Bartolomé Pérez? Es posible. Y tal vez tengan razón al enfadarse. Meter a Alejandro en el ayuntamiento es una locura.

¿Y dejarlo fuera? ¿Y perder el control de todo? ¿Qué pasaría entonces?

Gerena suspira cansado. Malditas dudas. Y malditas indecisiones. Y malditos problemas. Por fortuna, solo quedan veinticuatro horas para las elecciones.

—Y después —se promete Gerena—, me vuelvo a Sevilla.

Claro que esa promesa se la hace año tras año y luego nunca encuentra

el momento de cumplirla.

Agustín González, el procurador

Cuando Agustín sale de hablar con Gerena ya casi ha anochecido. El frío es tan intenso que le hace tiritar, o quizá sean los nervios que le tienen a un paso del colapso. Con manos temblorosas se ciñe la capa alrededor del cuerpo y echa a andar hacia su casa. Camina con pasos dificultosos, como un anciano, y varias veces tiene que detenerse, apoyarse en el muro más cercano, respirar profundo intentando que el aire le llegue a los pulmones. Los pensamientos le martillean el cerebro llenándole la cabeza de imágenes terribles: se ve apresado, conducido sin piedad a la cárcel. Se ve en la picota, ante los ojos crueles de sus vecinos que le gritan. Se ve vestido con andrajos, encadenado a un remo. Se ve golpeado por el látigo del verdugo, agonizando con la espalda destrozada y en carne viva…

Las lágrimas se le deslizan por el rostro. Siente una compasión infinita por sí mismo, una pena tan tremenda que lo ahoga. ¿Cómo puede Dios ser tan despiadado? ¿Cómo puede haberle abandonado de ese modo? ¿Qué ha hecho él para merecer lo que le está pasando? ¿No ha sido siempre un buen cristiano? ¿No ha asistido siempre a la iglesia, y ha pagado buenas limosnas, y ha respetado todos los preceptos? ¿No ha mirado siempre por el prójimo? ¿Cuántas veces los vecinos han acudido a él con sus pequeños problemas y él ha hecho lo imposible por ayudarlos? ¿No le buscó acomodo a la hija de Juan, el azadonero, hablando con su buen amigo Isidro, el de La Puebla, para que acogiera a la chica en su casa? ¿No tuvo él, de sirvienta, durante años, a la Carmela que se había quedado viuda con cinco hijos? ¿No ha tenido a su servicio también a los chicos de la Felipa, ocupados en llevarle los rebaños a las dehesas? ¿Y cómo le han pagado? Los hijos de Felipa, robándole leche y lana, y la Carmela, propagando mentiras sobre él. Infundios y maledicencia, esa ha sido su recompensa. Y desde que aceptó el puesto de procurador, peor aún. Que es duro de corazón, dicen, solo porque él tiene la obligación de cobrar los impuestos. ¿Qué quieren que haga? Él solo es un servidor del ayuntamiento y no tiene otro remedio que hacer lo que hace. No, nunca entienden nada. Malditos. Malditos todos.

Al llegar a casa, Agustín cierra la puerta tras de sí y se queda apoyado en ella, tal vez pensando que así puede contener los problemas que se le vienen encima. La casa está oscura, fría, solitaria. No hay nadie que le reciba, nadie que le consuele. Nadie ha encendido el fuego para cuando él llegara, ni ha preparado la cena. La vieja ama, la única sirvienta que le queda, andará roncando en cualquier parte. Una anciana inútil a la que mantiene por pura compasión. Le ha dicho mil veces que mantenga el fuego encendido en la habitación principal y ella, en vez de ir a por leña, se acomoda en la cocina olvidando sus obligaciones. Cualquier día se cansa y la pone en el arroyo, que es donde debiera haberla puesto hace años, y ese día, por mucho que ella llore y gima diciendo que no tiene dónde ir ni familia que la acoja y por mucho que le eche en cara que haya dado sus mejores años sirviendo a su familia, no piensa ablandarse. ¿Que es vieja? ¿Y él qué culpa tiene? Bastante hace permitiéndole vivir en su casa. Pero eso, como tantas otras cosas, nadie lo ve. Nadie ve lo que hace por los demás. Nadie ve sus sacrificios ni sus esfuerzos. Nadie se da cuenta de lo mucho que le deben. Al contrario. Últimamente se diría que pretenden cargarle las espaldas con todas las culpas y los pecados que puedan. Y ahí está: solo, abandonado y en peligro, sin que a nadie le importe.

Agustín González entra en la estancia principal y se sienta frente al hogar apagado, en medio de la oscuridad. Las lágrimas se deslizan por su rostro y él las va enjugando con la mano. Esa imagen de sí mismo, sentado a oscuras en la soledad de un hogar frío y medio abandonado, le produce una tristeza tan honda que el llanto se le desboca y acaba sacudido por violentos sollozos que es incapaz de controlar. En su pena, se cuela de pronto la imagen de la Batanera y la ve arrodillada a su lado, hermosa y fuerte. Imagina sus brazos acunándole, su regazo cálido acogiendo su cabeza, sus manos blancas acariciándole el pelo, sus labios jugosos besando sus lágrimas. Luego la imagen se descompone, con voluntad propia, y la Batanera se pone en pie, los brazos en jarras, la barbilla alzada, gritando furiosa

—¡No te perdonaré jamás! ¿Lo oyes? ¡Jamás podré perdonarte lo que has hecho!

—¿Qué he hecho, Mari? —le contesta él a la imagen que tiene en la cabeza— ¿Buscar el modo de ponernos a salvo?

Pero la imagen no le escucha, como no le escuchó la Batanera real cuando quiso hablar con ella, y toda la congoja de los últimos días se le condensa en ese rechazo.

— ¡Jamás podré perdonarte lo que has hecho!

Aquella frase había sido la culminación de una noche espantosa: el aprendiz barriendo en la iglesia y mirándole con ojos asombrados mientras él abría el arca de los privilegios con su llave maestra. La Batanera ordenando que le llevaran al chico porque había que convencerlo de que lo que había visto no significaba nada. Alejandro poniéndose furioso de

pronto, como si algo le hiriera por dentro. Todo ocurría tan deprisa que daba vértigo. Alejandro se había marchado corriendo, Mari había gritado que lo trajeran de vuelta a casa, y Luis y él salieron a las calles y se encontraron al aprendiz muerto. Agustín se estremece al recordarlo. El pobre chico parecía un perro al que hubieran atropellado con la carreta: roto, desmadejado, lleno de sangre. Luis estaba mirándolo desencajado, y él, cuando llegó, no podía creerlo. Habían matado al muchacho como a una alimaña.

—Venga, vámonos —le había dicho a Luis, espantado, tirando de su brazo.

Y de pronto, el alivio. El aprendiz ya no podía contar que le había visto abriendo el arca de los privilegios. Estaba a salvo. Solo quedaba deshacerse de la llave. Y casi sin pensarlo, se la sacó del bolsillo, se inclinó y la puso en la mano del muchacho muerto. Recuerda, con un estremecimiento, la calidez de aquella mano. Lleno de pánico buscó su cara: los ojos fijos en la nada, vidriosos, la boca abierta con un grito congelado en ella, la sangre, las heridas… Sí, estaba muerto. Luis, a su lado, le miraba con ojos llenos de horror. Él le empujó, llevándoselo de allí. En su mente, todavía el alivio: cuando encontraran al muchacho con la llave en la mano, pensarían que había estado robando el dinero del ayuntamiento. Al fin y al cabo, esos chicos de La Piedra, de los que no se sabía ni de de quién eran hijos, llevaban en la sangre la maldad y el crimen. ¿Y quién podría haberlo matado? ¿Algún compinche de sus delitos? Aunque, en definitiva, qué más daba. A quién podía importarle su muerte. A nadie. Se le daría tierra lo más rápido posible y junto a su cadáver quedaría enterrado todo lo demás: la llave maestra, el dinero que faltaba del arca, el miedo a ser descubiertos.

Sí, estaban salvados.

La Batanera, sin embargo, no quiso entenderlo.

—¿Qué has hecho? —gritó con fuego en los ojos—. Esa llave acusa a mi hijo, ¿no te das cuenta? Dirán que Alejandro fue quién hizo la llave, que con ella robó los dineros y que mató al chico.

Se puso furiosa. Se negó a oír sus explicaciones y a dejarse convencer por sus argumentos. Solo decía, una y otra vez, que poner la llave en manos del aprendiz muerto era como acusar del crimen a su hijo. Terminó por echarlo de casa como quién echa a un perro. A él, que lo había arriesgado todo por ella y que por ella había puesto en peligro su hacienda y su buen nombre.

Al pensarlo, en su cabeza aparece el rostro de su padre. Lo imagina con una sonrisa sardónica, avergonzándole, echándole en cara haber perdido la cabeza por semejante mujer. Su padre habría despachado a la Batanera con dos palabras, como acostumbraba a hacer con cualquier mujer que a él le interesara. Habría dicho que era ordinaria, zafia o algo similar: una mujerona fuerte y descarada sin calidad suficiente para merecer su aprecio. Eso, o cualquier otro comentario despectivo, porque su padre nunca

encontraba méritos suficientes en ninguna mujer. Con rencor, Agustín González recuerda que a la dulce Mencía, que él amó tanto de joven, la rechazó por ser pequeña y débil. La desechó así, de un plumazo, a pesar de que él le dijo que la amaba y suplicó y lloró y juró que se casaría con ella aun en contra de sus deseos. Su padre permaneció inconmovible.

—Hazlo —le dijo con el tono seco que él más temía—. Cásate con ella y en ese preciso instante dejas de ser mi hijo.

Tampoco Mencía tuvo suerte. Sus padres la casaron con un pariente lejano de Toledo y, poco después, murió en el parto de su primer hijo. Y él se quedó solo.

Siempre solo, maldita sea.

Pero ¿por qué diablos está pensando en Mencía?, se dice a sí mismo Agustín González. ¿Qué hace allí, en la oscuridad, con todo lo que tiene encima, pensando en una mujer en la que no había vuelto a pensar desde hacía años? Lo cierto es que Mencía, tan pálida, con su cabello quebradizo y rubio y sus ojos grises, le parece ahora borrosa y desdibujada. Y tiene que reconocer que no es el tiempo lo que la difumina sino la existencia de la Batanera. Mari es capaz de borrar, con su presencia, el recuerdo de cualquier otra mujer. Agustín González la ve en su imaginación como más le gusta: rotunda, fuerte, con los brazos en jarras. Y por un momento hasta la imagina así delante de su padre, con la barbilla alzada, desafiándolo, y la imagen le provoca un placer tan intenso que su cuerpo responde de inmediato. Al notarlo, avergonzado, se sonroja. ¿Qué tiene Mari, la Batanera, para ponerlo en ese estado solo con pensar en ella?

Porque esa es otra: ¿cómo es posible que haya perdido la cabeza de ese modo? Durante meses no ha podido pensar más que en ella. No existía nada que no fueran sus labios jugosos y sus pechos llenos y sus piernas largas como las de una yegua joven, y le parecía estar viéndola a todas horas, viendo sus caderas redondas, su paso largo, su mentón alzado, el brillo de sus ojos y de su cabello, y sus brazos acogedores y sus manos de dedos sabios. Sin duda había sido cosa de brujería la tortura que sentía en las entrañas y que solo se aliviaba al caer la noche, cuando se escabullía como un perro en celo y entraba a escondidas en su casa, y se metía entre sus piernas, ahogándose de deseo, inundándose de su olor, derritiéndose con sus caricias, bebiendo su sudor, sus jugos de mujer, emborrachándose de ella.

Un hechizo, ¿qué otra explicación había?

Con hechizo y todo, tenía que reconocer que no pocas veces el descaro de la Batanera le hacía sentirse avergonzado. La última vez, cuando se plantó en la iglesia y, como una loca, gritó que no permitiría que dejaran al aprendiz sin amortajar. Al exponerse de ese modo, con tanto grito y tanto aspaviento, él la había visto, de pronto, con los ojos de su padre y se había dado cuenta de cómo la miraba todo el mundo y de los cuchicheos y las sonrisas disimuladas. Más tarde supo que si la Batanera se había

comportado así, fue porque no se le ocurrió otro modo para intentar encontrar la llave que él había dejado en manos del aprendiz, lo que casi había sido peor porque parecía que él tuviera la responsabilidad de semejante comportamiento.

En cualquier caso, la Batanera no encontró la llave, que parecía haber desaparecido. Tal vez se había quedado en el camino de la Alamedilla y los que llevaron al chico hasta el pueblo no la vieron. Al día siguiente, él recorrió todo el camino y miró por todas partes, sin conseguir encontrarla. Quiso pensar que la llave la tendría Juan Moreno y que si no había dicho nada era porque todavía no había descubierto que con ella se habían robado los caudales públicos. Se consoló pensado que era cuestión de tiempo… Durante unos días, la incertidumbre le había tenido tan nervioso que apenas atinaba a seguir con su vida. Al final, Juan Moreno los convocó en la capilla de san Germán, les mostró el arca y todos preguntaron que de dónde había salido la llave necesaria para abrirla. Él contuvo el aliento esperando oír la frase que lo absolviera, «la tenía el aprendiz del tejedor, el chico nos ha robado los caudales», y en vez de eso el alcalde dijo algo insólito y terrible:

—La llave me la acaba de dar don Alonso de Oviedo.

Agustín González se estremece al recordarlo. Vuelve a sentir el mismo desconcierto que entonces sintió, la misma desesperación. ¿El forastero? ¿Ese hombre que había llegado al pueblo una par de días antes y que se paseaba de aquí para allá haciendo preguntas y mirándolo todo? ¿Cómo era posible? ¿Cómo diablos había podido llegar la llave a sus manos? Agustín se recuerda yendo a buscar refugio en la Batanera, olvidando que ella estaba enfadada. Fue a buscar el consuelo de sus brazos y se encontró con una arpía que estaba dispuesta a entregarlo a los lobos.

—Yo no sé nada de esa llave. Eras tú el que la tenías y tú el que la dejó en manos del chico muerto. Tú sabrás cómo lo hiciste y por qué…

La Batanera lo traicionaba. Y no solo eso. De sus palabras se deducía que pretendía culparle también de la muerte del aprendiz. Al oírla, sintió que la desesperación le ahogaba. ¿Por qué? ¿Por qué lo hacía?

—Juraré ante Dios que esa noche Alejandro estuvo conmigo sin moverse de casa —le había gritado la Batanera, dura como una roca.

¿Era eso? ¿Era por defender a Alejandro? ¿A ese punto iba a llegar con tal de salvarlo? Agustín González no logra entenderlo.

—Si ni siquiera es su hijo —se dice con indignación.

No tiene su sangre, no lo ha llevado en las entrañas ni lo ha parido. ¿A quién quiere engañar? Alejandro no es su hijo, y además está loco. ¿No había salido corriendo aquella noche, lleno de furia? Seguramente, se encontró al aprendiz y lo mató a golpes. La Batanera debía de haberlo sospechado desde el primero momento y por eso se había puesto furiosa por lo de la llave. Hasta su hermano Luis tuvo que darse cuenta al instante de quién era el autor de semejante salvajada. La cara de espanto que tenía,

allí, parado ante el cadáver, cuando él lo encontró, hablaba bien a las claras. Poco después los dos vieron a Alejandro al pie de la iglesia, golpeando a puño limpio el muro como, sin duda, momentos antes, había golpeado al propio muchacho. ¿Y ahora la Batanera quería exculparlo?

Bueno, ¿qué más da?, piensa Agustín desesperado. Nada de eso cambia la realidad tremenda que tiene encima. Y la realidad es que todos sospechan de él. Tuvo oportunidad de verlo en la cena de Nochebuena. Suárez de Figueroa le había invitado y lo que en cualquier otro momento hubiese sido un motivo de alegría, en aquellos instantes le convenció de que no tenía escapatoria. A pocas horas de haber oído por boca de Juan Moreno que el forastero era quién le había dado la llave, tuvo que sentarse frente a él, frente al propio don Alonso de Oviedo, y ponerse a charlar con toda tranquilidad.

Fue una cena horrible para un día de Navidad aciago. Desde el primer momento, tuvo la seguridad de que el forastero lo sabía todo. ¿No se pasó la noche mirándole y hablando de justicia? ¿No dijo con toda claridad que hay hombres que anteponen sus intereses a los de la comunidad a la que deben servir? ¿No les advirtió de que tenían la obligación moral de impedir el delito? Agustín González recuerda que, con cada una de aquellas palabras, el corazón se le aceleraba, tanto, tan fuerte, que terminó por marearse. Estaba convencido de que, en cualquier momento, el maldito don Alonso dejaría los modales corteses con los que hablaba y le prendería. Una larga agonía, porque la cena continúo durante minutos eternos, con don Lorenzo ofreciéndoles dulces y frutas y Gerena hablando a voces y don Alonso sonriendo con suavidad.

Cuando las campanas anunciaron el comienzo de la Misa del Gallo, todos se pusieron en pie. A él, le temblaban las rodillas y los pensamientos se le agolpaban sin orden ni concierto. Solo podía pensar que el forastero acabaría por apresarle. Si no lo había hecho ya tal vez había sido por consideración a su anfitrión, que no va uno a dejarse invitar a la cena de Nochebuena para acabar prendiendo allí mismo a otro de los invitados. Pero tarde o temprano lo haría… a no ser que él pensara antes alguna manera de evitarlo. Lo único que se le venía a la cabeza, sin embargo, eran accidentes fortuitos, como si diera por hecho que los hados tenían la obligación de actuar en su beneficio. Imagino al forastero cayendo muerto al suelo de algún mal extraño. Don Alonso tenía una respiración rápida y entrecortada que parecía indicar algún problema de salud, así que no sería tan extraño. Luego le imagino dando un traspiés, con tal mala fortuna que se rompía el cuello y, puestos a fantasear, hasta le vio en su mente corneado por un toro embravecido escapado de cualquier corral. Y aunque era gratificante imaginar semejantes desgracias, en el fondo de su alma sabía de sobra que nada de aquello ocurriría.

Se había desesperado ante la sensación de tener ya, sin remedio, decidida su suerte. ¿Tenía que resignarse a que le prendieran, a verse

arrastrado a la ignominia? Agustín González lo piensa ahora y casi le parece lógico que se determinara a hacer lo que hizo, aun no siendo él un hombre violento. Y es que… ¡tenía tanto miedo! ¡Estaba tan desesperado! En su cabeza no había sitio para nada que no fuera la idea acuciante de librarse de don Alonso. Y, de pronto, allí estaba, con un palo en la mano, escondido en la oscuridad esperando al de Oviedo. Había conseguido la ayuda de Luis el Carretero, buscándole con disimulo en la iglesia, durante la Misa del Gallo:

—Luis, tienes que ayudarme —le había dicho—. Necesito hablar con el forastero en privado, sin que me vean.

No recuerda si le dio alguna explicación ni si Luis le puso alguna pega. Estaba temblando por dentro, tan nervioso, tan asustado, que no quería ni pararse a pensarlo porque si lo hacía, perdería el valor.

—Dile al forastero que hay alguien que quiere hablarle, que es importante… ¡Pero no le digas que soy yo!

Salió del templo, cogió uno de los leños que los mozos tenían apilados para las hogueras y dio la vuelta a la iglesia en dirección a la plaza del Caño. Se quedó oculto en la oscuridad, bien pegado a uno de los pilares, esperando que don Alonso apareciera. Fueron minutos eternos, temblando, diciéndose que lo que iba a hacer lo hacía en defensa propia, que no tenía otro remedio. Los segundos se alargaban y el miedo le pesaba sobre los hombros. El forastero no llegaba. ¿Había desechado la idea de encontrarse con alguien en mitad de la noche? ¿No había podido darle el recado Luis el Carretero? Y antes de que pudiera pensar nada más, oyó pisadas. Allí estaba… Don Alonso se acercaba andando despacio, mirando a su alrededor, buscando entre las sombras a esa persona que acababan de decirle que tenía mucho interés en hablar con él… Se paró, dio un par de pasos impacientes. Estaba tan cerca de él que podía escuchar su respiración dificultosa. Tenía que decidirse, levantar el leño, dejarlo caer con fuerza… Solo imaginarlo le llenaba de espanto.

El caballero se dio media vuelta y él le golpeó. Notó la madera impactando contra la cabeza del forastero y el golpe le vibró en las manos: carne rota, sangre salpicando, daño… Sintió que se le revolvía el estómago. El caballero había caído de rodillas y, entre gemidos, hacía intentos desesperados por respirar. No lo había matado, ni siquiera había logrado tumbarlo. Levantó otra vez el leño con manos tan temblorosas que parecían las de un viejo. Tenía que acabar lo que había empezado, cuando en sus oídos todavía resonaba el ruido seco del golpe que acababa de dar y todavía tenía en los brazos la sensación del palo impactando contra la carne...

No pudo hacerlo. El leño se le fue de las manos sin fuerzas y se quedó paralizado, jadeando, sintiéndose morir por dentro. No, no podía hacerlo. No podía matarlo. No era un asesino. ¿En qué había estado pensando? Don Alonso, arrodillado ante él, con la cara llena de sangre, hacía esfuerzos desesperados por encontrar aire. Se estaba asfixiando. Se estaba muriendo,

allí, ante sus propios ojos. No pudo soportarlo y salió corriendo.

Agustín González tiembla ante el recuerdo. Han pasado tres días desde aquello y el forastero, aunque con la cabeza vendada, ya pasea por el pueblo, sano y entero. Agustín no sabe si eso le alegra o le entristece. Tampoco sabe qué hacer con Luis el Carretero. El muchacho, desde la Nochebuena, le mira con el horror pintado en el rostro. Es lógico. ¿No le pidió él mismo, a cara descubierta, que llevara al caballero hasta la trasera de la iglesia? ¿Y no apareció más tarde descalabrado? Ahora, si quisiera, el muchacho podría acusarle de haber atacado a don Alonso y él no podría negarlo. Una angustia más sobre las muchas que ya tiene encima.

Agustín González ya no sabe qué más puede hacer. La última brizna de esperanza que tenía ha muerto ya, matada por el desprecio que ha visto en los ojos de Gerena. Ni siquiera prestó atención cuando intentó explicarle que Alejandro había matado al aprendiz. Al contrario. Con toda dureza le dijo que el herrero era uno de los elegidos para los cargos del nuevo ayuntamiento. Al oírlo se había sentido morir. ¡Alejandro de regidor! Sin duda la Batanera se había movido deprisa. ¿Qué le había ofrecido a Gerena para conseguirlo? ¿Su cuerpo sinuoso y recio? Agustín se ha hundido un poco más al imaginarlo. Al imaginar a Gerena, tosco y enano, entre las piernas blancas de la Batanera. Ante esa imagen ha sentido asco. Y rabia. Y por último, desesperación. Porque al día siguiente tendrá que salir de su casa y asistir al cabildo y, a pesar de todo, votar a Alejandro. La única posibilidad de que la situación no se salga de madre es dejar que el ayuntamiento siga controlado por Gerena. ¿Qué pensará la Batanera cuando le vea votando por su hijo? ¿Se dará por satisfecha con eso? ¿O planeará, junto con Gerena, la forma de dejarlo caer, de hundirle hasta el fondo?

Agustín González llora de impotencia. Y de miedo. Imagina al forastero acusándole ante los vecinos. Ve en su cabeza a ese hombre, el alcalde de Torrijos, aprensándole. Se le dibuja en el pensamiento la imagen de la Batanera, con gesto de odio, dispuesta a traicionarlo… Hasta le parece ver a Alejandro, riéndose con sarcasmo… Todos están contra él. Todos. Y él no puede hacer nada para cambiarlo.

Escalonilla, 28 de diciembre de 1535

Bartolomé Pérez, el regidor

Las campanas de la iglesia llevan ya un rato repicando, rompiendo, con su tañido rotundo, la quietud de la mañana. Hace frío y Bartolomé Pérez, que vive en las afueras del pueblo, acelera el paso deseando ponerse a resguardo. Por el camino se encuentra con otros vecinos que, como él, arrebujados en sus capas, se dirigen a la iglesia con paso rápido. Bartolomé Perez tiene la impresión de que este año las campanas están convocando a más gente que de costumbre y, de hecho, al llegar a la plaza, puede ver que está reunido casi todo el pueblo. Hablan en corrillos con total normalidad, pero hay cierto aire de expectación mal reprimida. Incluso de temor. O eso le parece a Bartolomé que observa que las voces, generalmente broncas y contundentes, son quedas y contenidas, y que las miradas pasean inquietas, de aquí para allá, con nerviosismo.

Ante las puertas de la iglesia, abiertas de par en par, Bartolomé Pérez ve a Juan Moreno, de pie, serio y solitario. Siente deseos de acercarse a hablar con él. Como todavía le dura el enfado, tras la discusión que tuvieron el día anterior, no lo hace. En vez de eso, se queda parado, como tantos otros, mirando a su alrededor. Cerca del alcalde están Benito Díaz y Antonio Vázquez, regidores del ayuntamiento como él mismo. En cambio, no logra ver, por más que lo busca con la mirada, a Agustín González. A los que si ve es a los forasteros: don Alonso de Oviedo y su amigo, el alcalde de Torrijos, los dos muy interesados en todo lo que ocurre a su alrededor. Muy cerca de ellos, sus criados, corpulentos y silenciosos, y el muchacho que suele acompañar al de Oviedo. Bartolomé, al verlos, se siente lleno de impaciencia. ¿Qué pinta allí aquella gente?

—¿No deberíamos decirles que se fueran? —dice acercándose a Juan Moreno, olvidando que no quería hablarle. Con un gesto señala a los forasteros

Juan Moreno le mira sorprendido.

—¿Quieres prohibirles la entrada a la iglesia? ¿Por qué? Tienen tanto derecho como tú a asistir a los oficios.

—Esos no vienen a misa, Juan. No me vengas con cuentos.

Juan Moreno se encoge de hombros. Parece perdido en sus propios pensamientos y no presta atención a sus comentarios.

—¿Sigues dándole vueltas a lo del herrero? —pregunta Bartolomé recordando de pronto los motivos de desacuerdo que tiene con el alcalde.

Juan Moreno le mira con el ceño fruncido.

—No es solo lo del herrero, Bartolomé. Ya te lo dije ayer. Es todo, todo esto —y con un gesto señala ante sí.

Bartolomé no sabe a quién señala. ¿A los forasteros? ¿A los vecinos que tienen cerca? ¿A Gerena, que llega acompañado de varios criados? ¿A la plaza entera? ¿Al mundo en general? ¿Al universo? Suspira con impaciencia. No acaba de entender a su amigo, a pesar de que el día anterior, después de la reunión con Gerena, estuvieron hablando durante horas. No lograron ponerse de acuerdo. Juan decía que ya estaba bien, que eran demasiadas incidentes y muy graves, el robo de los caudales públicos, la muerte del aprendiz, el ataque al forastero… Él se puso furioso. ¿Ahora iba a resultar que ellos dos eran culpables de todos los males que ocurrían en el pueblo?

—¡Sí! —había gritado Juan Moreno—. Por supuesto que somos culpables. Somos culpables si sabemos lo que ha pasado y lo tapamos, ¿no te das cuenta?

Pero él no tapaba nada porque no sabía nada. No sabía quién había matado al muchacho, ni atacado al forastero, ni robado el arca del ayuntamiento. Él lo único que sabía es que quería terminar con todo aquello de una vez. Votar a quién le dijeran, marcharse a su casa y olvidarse de los problemas.

—Tú sigue metiendo bulla y acabaremos los dos presos —le advirtió al alcalde con preocupación.

Y Juan Moreno, mirándole a los ojos, le había preguntado:

—Si crees que no somos culpables de nada, ¿por qué piensas que podemos acabar presos? —y ante su silencio, había añadido con tristeza¬ —. Nos hemos vuelto blandos, Bartolomé. Ya no tenemos las tripas llenas de tierra.

A Bartolomé las palabras le habían llegado con la contundencia de un puñetazo. Las tripas llenas de tierra. Cinco palabras y de pronto él era otra vez un niño. Harto, hambriento, enfadado contra un mundo que no le ofrecía nada. Sus padres habían muerto y él se había quedado solo. Se recuerda a sí mismo saliendo de noche de la choza en la que vivía, huyendo de los lamentos de hambre que eran la nana que se entonaban, unos a otros, sus hermanos. Se recuerda arañando la tierra de noche, bajo las estrellas, para desenterrar las semillas que habían plantado el día anterior en las parcelas más ricas y llevándoselas con desesperación a la boca. Semillas duras, sucias, con sabor a tierra húmeda y a derrota. Semillas robadas para no morir de hambre. Más tarde, ya de regreso, con la boca áspera y en el rostro el surco blanquecino que le habían pintado las lágrimas, se había

topado con Juan Moreno, también con la boca llena de tierra y también con la cara llena de lágrimas.

—Si nos encuentran aquí, nos darán de latigazos.

—Eso será si pueden.

Se habían mirado el uno al otro, flacos, embarrados, casi del color del suelo. Y Juan, con esa sonrisa torcida que ha tenido desde niño, había añadido:

—¿Y quién va a poder con nosotros si tenemos las tripas llenas de tierra?

Acabaron riéndose como dos locos, hermanados por el hambre. Y por la juventud. Y por la esperanza. Porque sí, tenían esperanza. Algún día cambiarían las tornas y ellos comerían todos los días y no tendrían que ir a los campos a llenarse la boca de semillas negras. Desde entonces, cuando venían mal dadas, que vinieron muchas veces, uno de los dos, el que en ese momento tuviera más fuerzas, señalaba al otro y le decía:

—Venga, quién va a poder contigo si tienes las tripas llenas de tierra.

Ahora Bartolomé piensa que más que las tripas era la cabeza la que tenían llena de tierra. Porque los dos deseaban, más que nada, unas cuantas yugadas que fueran suyas. Y las habían conseguido. ¿Y todo para qué? ¿Para que Juan lo mandara todo al traste porque no le gustaba Alejandro el herrero?

—No es por el herrero, Bartolomé. Es porque nombrando al herrero aceptamos que se tape todo. ¡Y no quiero! Estoy harto de sentirme a disgusto con mi conciencia.

«Pero la conciencia no nos importó cuando era en beneficio nuestro», piensa Bartolomé. Y la reflexión le deja un sabor amargo en la garganta.

En la plaza, la gente empieza a rebullir inquieta. Hace demasiado frío, tan temprano, para estar al raso tanto tiempo. Las campanas hace un rato ya que se han callado y los murmullos de las conversaciones suenan más alto, decididas a ocupar el lugar que antes llenaba el ruidoso tañido. De pronto, como si se hubiesen puesto de acuerdo de alguna forma misteriosa, todos comienzan a moverse y a entrar en la iglesia. Tal vez la señal ha sido la llegada de don Lorenzo Suárez de Figueroa que, silencioso y digno, ha atravesado la plaza y ha entrado en el templo. Tras él, los forasteros, don Alonso de Oviedo y el alcalde de Torrijos, acompañados de sus criados. Luego, el cabildo en pleno: el alcalde, el primero, seguido por él mismo, Antonio Vázquez, Agustín González, que ya ha llegado y que parece enfermo, y el alguacil, Benito Díaz. Por último, el alcalde de la Hermandad, el cuadrillero y el escribano. Les siguen todos los demás: Gerena y los suyos, los Zumaquero, Pedro de Hinojosa y su familia, Fernando Fernández y sus hijos, el Molinero y su esposa, la Batanera con sus dos muchachos, Germán Sánchez el Viejo y Germán Sánchez el Mozo, don Gabino, el médico, Pero Ximenez, con su esposa y los niños… Hasta Juan «el Condenao» a quién los demás miran con asombro y que ni siquiera

la Sacristana, que ha estado de pie al lado de la puerta mientras entraban todos, se atreve a negarle el paso. Baja la cabeza y calla.

En el interior del templo, la luz de las velas apenas alcanza para romper la penumbra. Arrodillado frente al altar, de espaldas a ellos, está el párroco, con su casulla roja, la única mancha de color entre tanta vestidura parda. Durante un rato solo se oyen susurros, arrastrar de pies, toses y, de vez en cuando, el llanto apagado de algún crio.

—In Nomine Patris, Filii et Spiritus Sancti…

Bartolomé se santigua y baja la cabeza: «que Dios acierte a iluminarnos», piensa. Al fin y al cabo, para eso es la misa del Espíritu Santo que se celebra antes de las elecciones. Cada uno de los cinco regidores tiene que nombrar a los cinco que les sucederán en el cargo y deberían hacerlo conforme a su leal saber y entender.

—Que el Dios de Nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria —lee despacio el párroco—, os dé espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo. Ilumine los ojos de vuestro corazón para que comprendáis cuál es la esperanza a la que os llama, cuál la riqueza de gloria que da en herencia a los santos y cuál la extraordinaria grandeza de su poder…

No hay iluminación que valga, piensa Bartolomé Pérez enfadado, en eso tiene razón Juan Moreno. No hay sabiduría en lo que van a decir, ni revelación, ni inspiración del Espíritu Santo, porque lo único que ellos harán será pronunciar los nombres que otros les han dictado. Alejandro, el herrero; Fernando Fernández, el tejedor; Gabino Nuño, el médico; Gregorio, el molinero y Martín, el de la Felipa. Esos son los cinco que tendrán que elegir, les guste o no, para los cargos del próximo año. Y él, si no llega a ser por Juan Moreno, ni siquiera se hubiera llegado a plantear si le gustaban o no, y aun planteándoselo, no tendría nada qué decir. Quitado el herrero, los demás le parecen tan buenos como cualquier otra persona. Gente normal y corriente, como él, como el propio Juan Moreno. Gente con sueños y ambiciones, con planes y deseos, como todos. ¿Qué tiene eso de malo?

—…el oficio que os es dado —está diciendo don Fermín desde el púlpito, como una respuesta a sus pensamientos—, tendréis que usarlo bien, con fidelidad y diligencia, sin temor y respeto a vuestros deudos y parientes ni a ninguna otra persona que no sea su majestad el rey y su real justicia…

Bartolomé siente en su interior una sorda rabia:

—Yo siempre he cumplido como regidor y he realizado, lo mejor posible, las tareas que me han encomendado.

Se lo dice a sí mismo y se lo gritaría a Juan Moreno que le está volviendo loco con sus escrúpulos y sus argumentos y su manía de cuestionárselo todo.

—Pues sí, somos culpables —le dice el alcalde en su cabeza—. Lo somos desde el preciso momento en que, sabiendo lo que sabíamos,

aceptamos jurar el cargo.

Maldito Juan Moreno.

El barullo de la gente hablando en voz más o menos baja y moviéndose de aquí para allá, sorprende a Bartolomé Pérez que, perdido en sus reflexiones, ni siquiera se ha dado cuenta de que ha terminado la misa. Unos cuantos ya están preparándolo todo para las elecciones. A los pies de la iglesia, cerca de la capilla del Santo, se están situando los bancos donde tendrán que sentarse los regidores. En el centro, una pequeña mesa para el escribano. Los vecinos, agrupados en corrillos alrededor de ese pequeño espacio acotado, hacen comentarios, y el ruido de las conversaciones, al principio tenue y apagado, se ha ido convirtiendo poco a poco en un guirigay estridente. A través de las puertas de la iglesia, abiertas de par en par, puede verse la plaza, repleta de mujeres y niños que han ido abandonando el templo, poco interesados en lo que va a ocurrir a continuación. Los niños corretean de un lado a otro, felices de verse libres tras la larga quietud que les ha impuesto el desarrollo de la misa, y las mujeres, en corrillos casi paralelos a los formados por los hombres en el interior de templo, hablan de sus asuntos.

Juan Moreno, como alcalde del ayuntamiento, es el que da la señal para que comience la sesión del cabildo. Se sienta en el banco central, él solo. A los lados, los regidores. Bartolomé y Antonio Vázquez en el banco de la izquierda y Agustín González y Benito Díaz, en el de la derecha. Ellos cinco son los que tienen voto y por tanto los protagonistas de lo que ocurrirá a continuación. Los demás oficiales del ayuntamiento, como el cuadrillero, el alcalde de la hermandad o el guarda del pósito, se sientan en los bancos situados detrás de ellos. Francisco Suárez, el escribano, mientras tanto, prepara su bufete. Lo acomoda todo con gestos precisos: las plumas, plumillas y cálamos, el tintero y las hojas de papel grueso en las que levantará acta. Sabiéndose observado por los demás, se lo toma con calma. Cuando ya está preparado, don Fermín, el párroco, se acerca y, una vez más, como ha hecho durante la misa, les recuerda a todos la importancia de su misión y les encomienda al Espíritu Santo, dándoles después su bendición.

El escribano da comienzo a la sesión con la fórmula habitual:

—En el lugar de Escalonilla, jurisdicción de la muy noble ciudad de Toledo, a día 28 del mes de diciembre, del año mil y quinientos y treinta y cinco del Nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo, estando ayuntados en concejo y a son de campana tañida según lo tenemos de uso y de costumbre, los honrados señores Juan Moreno, alcalde, y Bartolomé Pérez y Antonio Vázquez, regidores, y Agustín González, mayordomo, y Benito Díaz, alguacil, y otros vecinos del dicho lugar, así ayuntados van a proceder a la elección de los oficios de justicia y concejo¬…

La voz del escribano apenas se oye con el ruido que hacen los vecinos acomodándose en torno a los bancos en los que están los regidores. Las

conversaciones se van apagando poco a poco, hasta que solo se oyen, lejanos, los gritos alegres de los niños que juegan en la plaza. Bartolomé, desde el banco en el que está sentado, mira a su alrededor. Las caras expectantes de los vecinos le parecen lejanas, difuminadas. Aun así, distingue entre ellos a los forasteros, don Alonso de Oviedo y el alcalde de Torrijos, y también, cómo no, a don Lorenzo Suárez de Figueroa que los acompaña. Gerena, en primero plano, tiene la mirada fija en Juan Moreno que, al ser el alcalde, será el primero en votar. Los demás lo harán a continuación según su edad, empezando por Agustín González, el de más años, y terminando por él mismo, que es el más joven.

El escribano, con toda solemnidad, comienza el llamamiento para que cada uno exprese a quién da su voto. El silencio, en la iglesia, se ha hecho profundo y Bartolomé Pérez nota en el aire una tensión que no recuerda de otros años.

—Juan Moreno, alcalde —llama el escribano.

Juan Moreno se levanta. Bartolomé lo observa con detenimiento. Recio, fuerte, una silueta tan conocida que le hace pensar en la infancia. El compañero de tantas penas y de tantos años. Tiene el rostro pálido y los labios entreabiertos y parece llevar sobre las espaldas un peso tan grande que pudiera vencerlo. Allí, de pie, ante ellos, Juan Moreno se yergue de pronto. Levanta el mentón en un gesto que no es desafío sino decisión. ¿A quién mira? ¿A Gerena? Bartolomé Pérez se da cuenta de que en realidad no mira a nadie. Quizá está mirando nada más en su interior.

—Mi voto —dice Juan Moreno con voz fuerte, intentando imponerse a los murmullos y los ruidos que hace la gente¬—: Germán el Mozo para alcalde.

Una explosión de alientos entrecortados se extiende por la iglesia. Algunos hasta preguntan desconfiando sobre lo que han oído.

—¿Ha dicho Germán el Mozo?

—Sí, sí, Germán el Mozo, eso ha dicho.

El asombro es general. Bartolomé mira a su alrededor contemplando las reacciones de unos y otros: el enfado de Gerena que parece a punto de interrumpir un cabildo que se la ha ido de las manos por primera vez en muchos años, la frialdad de Suárez de Figueroa que no ha cambiado ni el gesto, los cuchicheos que comparten don Alonso de Oviedo y su amigo de Torrijos, el rostro demudado de la Batanera, flanqueada por sus dos hijos. Alejandro parece tranquilo, pero Luis, en cambio, tiembla y está pálido. Un poco más allá, el Zumaquero habla con su esposa Marina. Los dos tienen una sonrisa esperanzada en el rostro. A su lado, Pedro de Hinojosa palmea la espalda de un Germán el Mozo que se esfuerza en llamar la atención de su padre, Germán el Viejo, alejado de él unos metros...

Se mandan callar unos a otros. Gerena empuja a los que tiene delante queriendo ponerse en primera fila, queriendo imponerse con su presencia, queriendo ser capaz de modificar una realidad que no es la que le gusta.

Bajo su mirada, el alcalde parece haberse convertido en roca.

—Te has vuelto loco —murmura Gerena con voz tan alta como para que todos le oigan. Juan Moreno, aún de pié, ni parpadea. Durante unos segundos los dos parecen haberse quedado congelados en el tiempo. En silencio, con los ojos encadenados.

Al cabo de unos instantes, Juan Moreno, tranquilo, con aplomo, se libera de la mirada y se vuelve al escribano.

—¿Has tomado nota? —pregunta con voz fuerte. Y el escribano, nervioso, asiente con la cabeza. Juan Moreno da su conformidad con un gesto—. Pues adelante. Continuamos.

El escribano, con voz temblorosa, llama a votación al siguiente. Durante unos segundos, el ruido es tanto que no se le oye. Tiene que mandar callar, imponerse, y una vez que se hace el silencio, vuelve a llamar.

—Agustín González, vota.

Bartolomé se da cuenta de que Agustín González está tan pálido que parece a punto de desmayarse. Se ha puesto de pie con esfuerzo. Su mirada parece perdida. Ha buscado con los ojos a Gerena, ha contemplado con asombro a Juan Moreno y ha tragado una y otra vez como si tuviera la boca tan seca que no pudiera hablar.

—Mi voto —dice. La voz le sale chillona, estridente, apresurada—. Fernando Fernández, el tejedor, para alcalde.

El revuelo es enorme. Todos parecen empeñados en gritar su opinión a un tiempo. El escribano, convertido a duras penas en el encargado de administrar el desorden, dice algo sin que su voz sea capaz de imponerse al ruido. Luego, poco a poco, los mismos que alborotan piden silencio. El escribano está llamando a votar al segundo regidor, Antonio Vázquez, al que Bartolomé siempre ha despreciado un poco por su tendencia a contemporizar.

—A ver ahora qué hace —se dice a sí mismo Bartolomé—, porque no puede contentar a los dos bandos…

Antonio Vázquez se pone en pie. Mira a Juan Moreno. Luego a Gerena.

—Mi voto —dice con voz temblorosa. Durante unos segundos, el silencio se alarga y el regidor parece incapaz de saber qué decir. Sus ojos van de Juan Moreno a Gerena que, impávidos, esperan. También esperan los demás conteniendo el aliento—. Mi voto —vuelve a repetir Antonio Vázquez. Y de pronto, como quien se tira al agua, arranca¬—. Fernando Fernández, el tejedor, para alcalde.

Tras haberlo dicho, parece avergonzado. Se sienta con la cabeza baja, abrumado por los gritos y los comentarios que vuelven a dispararse a su alrededor, y solo después de unos segundos se atreve a mirar, con una mirada rápida y temerosa, a Juan Moreno. El alcalde, sereno, le tranquiliza con un gesto.

Gerena suspira. Parece estar pensando que los comicios han vuelto a

encauzarse como deben y le susurra algo al oído a Fernando Fernández que está a su lado. Bartolomé, al verlo, siente que la sangre le corre más rápido por las venas.

El siguiente en votar es Benito Díaz, el alguacil. Benito es un hombre menudo y callado al que Bartolomé no conoce demasiado a pesar de haber compartido con él las tareas del ayuntamiento durante un año. Casi desapasionadamente, Bartolomé se pregunta qué hará. Le contempla ponerse en pie, carraspear, mover inquieto los pies.

—Mi voto —dice el alguacil en voz tan baja que los vecinos que escuchan protestan—. Mi voto —repite esta vez con tanta estridencia que algunos se ríen. Nervioso, se queda con la mirada puesta en Juan Moreno —. Germán el Mozo para alcalde.

Se arma un escándalo ensordecedor. Todo el mundo habla a la vez, todo el mundo opina, todo el mundo tiene que hacer algún comentario. Se oyen algunos gritos indignados y otros, llenos de esperanza. Las mujeres y los niños de la plaza han entrado en la iglesia a ver qué pasa. Bartolomé mira en silencio sintiendo que la furia le sube al pecho como en oleadas. Ese maldito Juan Moreno, con sus escrúpulos de conciencia y sus argumentos y sus decisiones inesperadas, ha llevado la guerra al pueblo. ¿Qué pretende? ¿Qué se maten unos a otros?

—¿Y a mí que me importa? —se dice con rabia.

Él lo único que quiere es volver a su vida: los animales, el olor del estiércol fresco alimentando la tierra, el sol saliendo sobre los surcos recién arados, el cuerpo cálido de su esposa esperándole al atardecer, sus manos dulces aliviando su cansancio, los niños sanos y bien alimentados, corriendo felices, el plato lleno ante él y el lecho blando bien ganado al llegar la noche…

—Sí, muy bien, pero todo eso tiene un precio y ahora tienes que pagarlo —se dice a sí mismo.

¿Y si no… qué? ¿Qué pasará si no lo paga? ¿La ruina? ¿Lo perderá todo?

—¿Y qué pasará si lo pagas, Bartolomé? —resuena en su cabeza la voz de Juan Moreno.

—Que estaremos otra vez los dos con las tripas vacías de tierra, amigo —le contesta.

—Bartolomé Pérez, vota —dice el escribano.

Bartolomé siente sobre sí todas las miradas. Si hace un momento le parecía que tenía los oídos llenos de voces, ahora el silencio le atruena. Su voto será el decisivo. Se pone en pie. Juan Moreno le mira con tanta intensidad como si quisiera meterse en su conciencia.

—Qué me has hecho, Juan —piensa con rabia.

—Tu voto, Bartolomé—le requiere otra ve el escribano.

—Mi voto —repite él en voz baja. A su alrededor, voces apagadas, susurros, gente que se mueve inquieta. Bartolomé coge aire. Maldita sea,

cómo va a rendirse si tiene las tripas llenas de tierra… Y con la mirada fija en los ojos de Juan Moreno, vota—. Germán el Mozo para alcalde.

El tumulto se desborda. Bartolomé ni siquiera se da cuenta. Tiene los ojos puestos en Juan Moreno que, sin apartar la mirada, sonríe.

Él se enfada:

—Esta me la pagas —dice en un susurro, pero también sonríe y siente que el alma se le ensancha.

Germán el Mozo

No puede creerlo. Le dan palmetazos en la espalda, le felicitan, le estrechan la mano. Las caras, ante él se sucede con tanta velocidad que no le da tiempo a contestar.

—Enhorabuena. Lo has conseguido.

—Felicidades.

—Al fin, Germán, es nuestra oportunidad.

Él sonríe, y estrecha manos, y contesta como puede, sin acabar de creérselo del todo. ¿Le han nombrado alcalde? Como queriendo confirmárselo, el escribano intenta imponer su voz sobre la algarabía.

—Germán el Mozo, tres votos. Fernando Fernández, dos. Germán el Mozo queda como alcalde por tener más votos.

Sí, lo ha dicho el escribano, no hay duda. A su lado, Juan el «Condenao» sonríe como hacía meses que no le veía sonreír. La misma sonrisa que tienen en el rostro Pedro de Hinojosa, al que ve también rodeado de gente, y Antón el Zumaquero, que está abrazando a Marina y levantándola por los aires mientras ella se ríe, y tantos otros, unos más cerca y otros más lejos. Germán el Mozo siente el corazón a punto de estallar. No es solo la alegría de ese momento. Es, sobre todo, la esperanza. Una esperanza que le ha ensanchado el pecho de tal forma que por primera vez en muchos meses se diría que tiene suficiente espacio para respirar. «Padre, lo hemos logrado».

Su padre no está a su lado. Lo busca y lo ve un poco más allá, rodeado de gente, recibiendo las felicitaciones y los comentarios de sus vecinos. Notando tal vez que su hijo le está mirando, Germán el Viejo levanta los ojos sobre las cabezas de los que le rodean. Cuando sus ojos se encuentran, Germán el Mozo siente una opresión en la garganta, una emoción que no esperaba y aprieta la mandíbula. Los ojos de su padre le transmiten, como de costumbre, fortaleza y sosiego. Casi imperceptiblemente, Germán el Viejo asiente. El Mozo toma aire y sonríe.

Germán el Viejo

Su hijo, alcalde. Ese hijo que ha luchado contra todo y contra todos y que nunca se ha rendido. Ese hijo que ha puesto voz a los que estaban siendo perjudicados, que se ha negado a callarse ante los sobornos, que ha soportado los golpes sin rechistar. Su hijo.

Le ve, desde lejos, y siente que el orgullo le desborda. Y el miedo. No en vano Germán el Viejo tiene ya muchos años y sabe bien que lo que reluce no siempre es oro. Las votaciones no han terminado. Faltan por elegir los regidores y el alguacil y el mayordomo, y aunque es de esperar que los votos vuelvan a repartirse de igual modo, hay que esperar. Además, si conoce bien a Gerena, y cree conocerlo de sobra, no se rendirá. En cuanto se recupere del asombro, ideará algo para revertir el daño. Algunos de los nombramientos, incluido el de alcalde, podrán ser impugnados por un motivo o por otro. O pondrán recurso ante el corregidor de Toledo e incluso serán capaces de llevar las votaciones ante la Real Chancillería si es necesario. Germán tiene la seguridad de que los problemas no han terminado. Es más, los problemas, seguro, no han hecho más que empezar…

Mientras tanto… bástele a cada día su propio afán. Hoy, el orgullo y la alegría de ver a su hijo elegido alcalde no hay quién se lo quite. Lo ve allí, sonriendo ante quienes le felicitan, y por un momento olvida la prudencia. Sonríe, acepta las manos y los abrazos de quienes le rodean y escucha a su corazón que canta. Puede que la guerra, desigual e injusta, continúe, pero esta batalla la han ganado.

Gerena, el conseguidor

Siente una furia sorda en su interior. Aquellos campesinos impredecibles y hoscos lo han echado todo a perder. Juan Moreno, por supuesto, ha liderado la rebelión y su amigo de la infancia ha olvidado sus reticencias y lo ha secundado. Bueno, no debería extrañarse tanto. Lo extraño, si lo piensa un poco, es que algo así no hubiese pasado antes. Lo que hay que hacer ahora es no perder la calma.

Gerena intenta poner una sonrisa en su rostro y aplacar los ánimos de los que le rodean.

—Venga, no digáis tonterías. Claro que ha sido una votación justa.

—Germán el Mozo no puede ser alcalde —dice furioso el tejedor Fernando Fernández—, estoy seguro de que debe dinero al pósito.

Gerena asiente. Sí, ese es un camino que tienen que explorar. Tal vez no sea tan difícil darle la vuelta al torno. Si Germán el Mozo debe dinero al pósito podrán impugnar su elección. Mientras tanto, deberán dar ejemplo de templanza y no perder las formas. Un vistazo a su alrededor, sin embargo, le llena de intranquilidad. Y no es Fernando Fernández, cuya decepción es lógica, quien le preocupa. Es la Batanera, cuyo rostro demudado augura problemas. Y Agustín González, que sigue sentado en el banco de los regidores, tan blanco, tan pálido, que se diría que está a punto de desmayarse. Y el herrero, que, por fortuna, parece tranquilo.

—No puedo fiarme de ellos —piensa Gerena.

—¡Gerena! ¿Has visto? —el molinero se le acerca, tan rojo que parece a punto de explotar—. No puedes consentir esto.

Gerena suspira con impaciencia. ¿Qué diablos pretenden que haga? ¿Interrumpir el cabildo, arrancarle al escribano las actas y romperlas, echar a los que han votado del banco de los regidores y ponerse él a nombrar a quién le plazca? ¿No se dan cuenta de que no puede hacerlo? No puede hacer nada, maldita sea, aunque cualquier cosa sería más fácil que seguir allí manteniendo la calma.

Agustín González, el procurador

Le zumban los oídos, se le nubla la vista, el corazón le retumba en el pecho hasta hacerle daño. Tiene la impresión de que el suelo, bajo sus pies, se ha vuelto blando y ya no le sostiene. Todo se ha hundido. Todo se ha acabado. ¿Cómo es posible? ¿Cómo ha podido llegar a esto? ¿En qué momento se torció tanto su vida? ¿Fue cuando murió su padre? ¿Cuándo se encontró solo, con una hacienda ruinosa por toda herencia? ¿O fue cuando le traicionó Gerena, postergándole en favor de Juan Moreno? Si en ese momento le hubieran nombrado alcalde quizá hubiera habido una esperanza. Tal vez entonces no hubiera caído en manos de la Batanera. Se sentía tan solo, tan acuciado por los problemas... La ruina de la hacienda ya no tenía remedio y él se sentía abrumado por lo que se le venía encima. La Batanera le había consolado. ¿Cómo había dejado que pasara? ¿Cómo le había permitido seguir con sus enredos? Una mujer tan ordinaria y tan zafia... Su padre nunca se equivocaba al juzgar a la gente. ¿O sí? A él nunca le había tenido en cuenta. Nunca le había considerado digno de ninguna mujer, ni había tenido nunca confianza en su capacidad para llevar la hacienda, ni le había visto nunca ningún mérito, ni había esperado nunca nada de él. Si su padre le hubiera mostrado alguna vez un poco más de apoyo, en vez de mirarle como esperando de antemano su fracaso... Y ahora… ahora sin duda se reiría con decepción, con sarcasmo, viéndole sentado en el banco de los regidores, pálido y mudo.

Agustín mira a su alrededor, ve los rostros de alegría de unos, los de decepción o tristeza de otros y piensa que ninguno de ellos ha perdido tanto como él. Porque a él… ¿qué le espera? Sea lo que sea, no podrá aguantarlo. No podrá…

Pedro de Hinojosa, el tejedor

—¿He oído bien, Inés? ¿Han elegido a Germán el Mozo para alcalde?

Porque es que cuando lo oyó, no podía creerlo. Y mira que siguió la votación con detenimiento, con toda su atención, y fue contando los votos. El primero, el de Juan Moreno, los había dejado mudos de asombro. ¿Quién iba a esperarlo? La voz de Juan Moreno había sido fuerte y clara: mi voto, Germán el Mozo para alcalde. Asombro, incluso esperanza. Recuerda que cruzó la mirada con Germán que parecía tan confundido como él. ¿Cómo era posible que Juan Moreno rompiera con los suyos de esa forma? No tuvieron, desde luego, tiempo para pensarlo porque las votaciones seguían. El segundo en votar fue Agustín González y lo hizo por Fernando Fernández. La alegría se les truncó de golpe, a pesar de que el voto se ajustaba a lo que todos esperaban. Vale, un voto para Germán y otro para Fernando. El siguiente en votar fue Antonio Vázquez y ahí pareció confirmarse que nada iba a cambiar y que lo de Juan Moreno había sido un desahogo, una rebeldía sin consecuencias, porque las elecciones se encarrilaban por donde siempre. Nada qué hacer, vanas esperanzas. Entonces votó el alguacil, Benito Díaz, y con su voto trajo de nuevo la esperanza. Dos votos para Germán, dos para Fernando… El desempate quedaba en manos de Bartolomé Pérez. ¿Era consciente el regidor de que su voto era el que iba a inclinar la balanza a favor de unos o de otros? Su rostro era tan inexpresivo como de costumbre y él le miró con tanta insistencia, que cuando al fin el regidor votó, no fue capaz de saber si había oído el nombre de Germán o si solo había sido fruto de su imaginación.

—¿He oído bien, Inés? ¿Ha votado por Germán?

Sí, había oído bien. Tres votos para Germán, dos para Fernando. Pedro de Hinojosa respira aliviado, acepta el abrazo de su esposa, busca con la mirada a Germán el Mozo a quien ve sonriendo, rodeado de gente que le felicita y le da golpes en la espalda, vuelve a tomar aire y permite que vaya tomando forma la esperanza. Tal vez se acabó la pesadilla. Tal vez dejen de acosarlo y pueda otra vez llevar sus tejidos a los veedores sin miedo a que se los rechacen. Tal vez pueda lograr un préstamo, como lo ha logrado

Fernando Fernández. Tal vez sus trabajadores dejen de tener miedo de trabajar con él y no le abandonen. Tal vez.

—Porque no hay duda ¿no? ¿Hemos contado bien los votos?

Antón García Zumaquero, el comerciante

Nada más oír el voto de Bartolomé Pérez, Antón dio un grito y levantó a Marina por los aires. Lo habían logrado. Habían logrado echar a Gerena y los suyos del ayuntamiento. Luego él mismo se reprendió y moderó su reacción. No podía olvidar que la alegría de medio pueblo suponía el disgusto del otro medio y que él, que era comerciante, tenía que venderles a todos. En su interior, sin embargo, los pensamientos siguieron siendo de triunfo: se terminaba, por fin, tanto chanchullo y tanto compadreo y tanta parcialidad. Por fin podrían arreglarse los caminos que estaban abandonados y se desbrozarían nuevos campos y se repararían las fuentes y las albercas y se podría llenar el pósito de trigo por si venían malos tiempos. Por fin acabaría tanto despropósito. Por fin había esperanzas de cambio.

Antón mira sobre las cabezas de quienes le rodean buscando a Germán el Mozo. Germán es un buen hombre, piensa cuando lo ve a lo lejos, sonriente, aceptando las felicitaciones de unos y otros. Y cuenta con el respaldo de su padre, Germán el Viejo, que además tiene experiencia, pues fue regidor, tanto en Escalonilla como en Casas Albas, hace muchísimo tiempo. El asunto es conseguir que Gerena y los suyos no se dediquen a poner palos en las ruedas, entorpeciendo el camino del nuevo alcalde. Antón busca a Gerena entre la gente y lo ve tranquilo, con una media sonrisa, hablando sin aspavientos. A su lado está Fernando Fernández que, como es lógico parece enfadado. Las posibilidades se le han torcido al tejedor y Antón, en el fondo del alma, se alegra. No era justo lo que estaban haciendo con los tejedores. Para Fernando todo habían sido facilidades, mientras que al pobre Hinojosa lo estaban hundiendo. Absurdo, porque en el pueblo hay sitio para los dos.

La actitud tranquila de Gerena no le sorprende a Antón y le hace poner los pies en la tierra. Gerena tiene compradas muchas voluntades y no va a renunciar, así como así, a tener el control del pueblo. Habrá que ir con

cuidado, estar alerta, no confiarse. Germán el Mozo parece de fiar, pero también lo parecían Juan Moreno y Bartolomé Pérez y Benito Díaz, y durante mucho tiempo le hicieron el juego a Gerena. Aunque hoy, hay que reconocerlo, le han echado valor. Porque hay que ser muy valiente para ponerse ahí en medio, delante de todo el pueblo, y dar la campanada como ellos la han dado. Antón los mira y no los envidia. Juan Moreno parece convencido de sus actos. Aguanta el tipo, con los hombros tensos y la mandíbula apretada. Bartolomé, en cambio, está tan inexpresivo como de costumbre y el pobre Benito parece a punto de salir corriendo. En cuanto el escribano logre hacerse oír, continuarán las votaciones. Lo que les espera después, Antón prefiere, de momento, no pensarlo.

Juan Moreno, el alcalde

Poco a poco, los latidos del corazón se le han ido sosegando. Porque hubo un momento, justo cuando tuvo que votar, que creyó que el corazón se le saldría del pecho. Y nada más decir el nombre de Germán, desafiando a Gerena y haciendo trizas los planes y los acuerdos que habían tomado, el miedo lo atenazó de tal modo que estuvo a punto de desistir de su empeño. La enormidad de lo que había hecho se le vino encima ahogándole, dejándole sin respiración. Cuando vio que Benito Díaz le apoyaba sintió un atisbo de esperanza y cuando le llegó el turno a Bartolomé, ya no tuvo dudas. Se quedó mirando a su amigo a los ojos y tuvo la certeza de que no estaban equivocados. No podían seguir encubriendo lo que estaba pasando. No podían echar tierra sobre asuntos tan graves y sobre todo, no podían dejar que la muerte del aprendiz cayera sobre sus conciencias. Él quiso poner en sus ojos todo aquello al mirar a Bartolomé. Quiso asegurar a su amigo, con su mirada, que lo que estaban haciendo estaba bien, que tal vez habían cometido actos que no eran muy honorables, que se habían dejado comprar, que se habían aprovechado de su cargo en beneficio propio, pero que nada estaba perdido si en ese momento eran capaces de plantarse.

Ahora Bartolomé le mira desde su banco y no le cuesta ver en sus ojos al antiguo amigo de su infancia. Todo está bien. Cargarán ambos con sus culpas, como debe ser, y no seguirán siendo cómplices de más infamias. Le gustaría poder tranquilizar a Benito Díaz que parece mucho más asustado que Bartolomé o que él. Debe mantener la calma hasta que las elecciones hayan acabado. Quedan por elegir los dos regidores, el alguacil y el mayordomo y él tiene que iniciar las votaciones. Tiene pensados ya los nombres y, ahora, ya sabe que Benito y Bartolomé le secundarán.

Mientras espera, sin embargo, no puede evitar pensar en el futuro. No por él, sino por su familia. Entre la gente le ha parecido ver, hace un momento, a su mujer y a sus hijos. Los dos mayores, Juan y Lope, ya no son unos críos. ¿Qué pensarán de su padre? Ha estado tan metido en sí mismo, tan atormentado, que en ningún momento ha hablado con ellos. ¿Y Juliana, su mujer? Durante meses la ha apartado de su lado, sin

explicaciones, con mal humor. En el fondo de su alma estaba tan avergonzado que no era capaz de enfrentarse a su mirada. Ella, en silencio, se ha mantenido a su lado. ¿Qué pensará ahora? ¿Podrá perdonarle lo que ha hecho? Y Juan, al pensarlo, se da cuenta de que ni él sabe si se refiere a lo que ha hecho antes, al haberse vendido a Gerena, o lo que ha hecho ahora, al haberlo traicionado.

Gerena… Juan Moreno le mira y Gerena le mantiene la mirada. No es una mirada amenazadora. Ni siquiera enojada. Es una mirada desapasionada y casi curiosa. Juan Moreno se da cuenta de que ahora, una vez puestas las cartas sobre la mesa, entre ambos ya no hay la tensión que había antes. Sonríe. No, no puede engañarse. Gerena le hará pagar, de una forma o de otra, lo que ha hecho.

Mari Garrido, la Batanera

Cuando oyó a Juan Moreno decir el nombre de Germán el Mozo, tuvo la certeza absoluta de que las cosas no iban a salir bien. Y, en efecto, dos minutos después todos sus planes estaban hechos trizas.

Tras la confirmación del escribano, la Batanera siente que el estómago se le retuerce de rabia, de impotencia y de preocupación. Se muerde los labios calibrando las posibles salidas. A su lado, Alejandro no parece ser consciente de lo que, a partir de ahora, le puede pasar. Le acusarán de cualquier delito. Y a ella, por supuesto. Porque, además, le basta un solo vistazo para darse cuenta de que Agustín González está a punto de desmoronarse. Y no se hace ilusiones al respecto. Si el procurador pierde los nervios, si le puede más el miedo que la prudencia... hará lo que sea con tal de salvar su propio pellejo.

La Batanera siente que la urgencia se le asienta en el pensamiento. ¿Qué posibilidades tiene? Con Germán el Mozo, ninguna, se dice. El chico es altivo como el diablo, su mujer una arpía y van a tener detrás, vigilando, a Germán el Viejo. Por ahí, nada que hacer. Eso sí, queda por ver que otras personas salen elegidas. Quizá alguno de los nuevos regidores resulte ser una persona asequible.

Por lo demás, ¿quién le queda? Gerena, desde luego. Ahí está, en medio de la gente, tranquilo e incluso con una tenue sonrisa en el rostro. Parece tan seguro de sí mismo como de costumbre. No se va a quedar de brazos cruzados. Pensará en algo para recuperar el poder. Y sea lo que sea, ella tendrá que apoyarlo.

¿Y si aun así todo sale mal? La Batanera aprieta los labios. No puede salir todo mal. Siempre hay un resquicio por el que uno puede escaparse. En cualquier caso, ella no piensa rendirse. En Escalonilla ha conseguido asentarse, ser alguien, tener su casa, su negocio y la única familia que ha conocido en la vida. A Alejandro tendrá que sujetarlo corto. Y tiene a Luis, en el que se puede confiar. Al menos hasta que se le ocurre alguna estupidez, como ahora. Le ha visto salir de la iglesia de forma apresurada y se ha preguntado a dónde iría. Mientras no se haya ido a cargar los carros

otra vez…

Don Alonso de Oviedo, el pesquisidor

El ruido en la iglesia es tremendo. Las voces, casi susurradas al principio, se han ido elevando progresivamente en la medida en que unos y otros asumen lo que acababa de ocurrir: por primera vez en años, ha sido nombrado alcalde alguien que no está bajo la influencia de Gerena. Acaba de confirmarlo el escribano con voz temblorosa.

—Queda como alcalde Germán Sánchez el Mozo con tres votos.

Don Alonso sonríe con satisfacción.

—La elección ha estado reñida —dice Gabriel Vázquez a su lado.

Ambos han seguido las votaciones con interés sin poder ocultar de qué lado estaban sus simpatías y ante los resultados se sienten satisfechos. En especial, don Alonso, que en los días que lleva en el pueblo ha tenido oportunidad de conocer a Germán el Mozo. Lo busca con la mirada y puede verlo un poco más allá de donde él se encuentra, rodeado de gente y sonriendo. Su padre, Germán el Viejo, en el centro de otro corrillo, mantiene una expresión más contenida, pero don Alonso se da cuenta de que sus ojos se posan con orgullo sobre su hijo.

¿Y Juan Moreno? El de Oviedo le mira con interés. Sigue sentado en el banco de los regidores, solo, erguido, con el rostro serio, esperando que vuelva la calma para poder continuar las votaciones. Un hombre extraño, piensa don Alonso. La tarde anterior había estado hablando con él y no le dio ninguna pista de por dónde iban sus pensamientos. Se había presentado en casa de los Zumaquero a última hora solicitando verle. Parecía preocupado, tanto, que hasta se olvidó de mostrar ese seco mal humor del que había hecho gala otras veces. Don Alonso le recibió con curiosidad.

—¿Han avanzado vuestras pesquisas? —le preguntó al verle.

—No, no —contestó el alcalde de forma distraída. Parecía estar pensando en otros asuntos—. No, lo siento, señor, no puedo contaros nada nuevo.

Don Alonso asintió. Hizo un gesto amable señalando uno de los asientos y el alcalde se sentó, como él, frente al fuego. Marina había salido y don Alonso había tomado posesión de la cocina, sin duda uno de los

lugares más agradables de la casa.

—¿Hay algo que os preocupa? —había preguntado con amabilidad viendo el gesto concentrado del alcalde.

Juan Moreno había guardado silencio durante unos segundos como meditando en su interior qué contestar.

—Señor… creo que tengo una idea bastante clara de quién ha robado los caudales del arca. Solo hay una persona capaz de hacer una llave maestra como la que vos me disteis.

—¿Os referís al herrero?

El alcalde había asentido. Inclinado sobre sí mismo, los codos sobre las rodillas, hacía girar, una y otra vez, su gorro entre las manos.

—Aunque tengo motivos para pensar que quizá el robo no lo cometió él. Hay otras personas que podrían estar implicadas.

—Ya veo.

—Lo que no entiendo… —se había enderezado y había clavado los ojos en él. Había sido una mirada limpia, preocupada—. Decidme, señor, ¿cómo llegó la llave a vuestras manos?

—Es una historia un poco complicada que de momento no puedo explicaros. Digamos que la obtuve de otra persona.

—¿De quién?

Se habían quedado los dos en silencio, mirándose, hasta que, al final, don Alonso había contestado.

—Del aprendiz del tejedor.

La reacción de Juan Moreno fue, tal y como había esperado, de asombro. Se había quedado boquiabierto mirándole con fijeza, mientras intentaba comprender las implicaciones de tal revelación.

—El aprendiz —le había explicado don Alonso— tenía la llave en sus manos la noche en que lo mataron. Lo que no sé es por qué la tenía, ni el motivo de que lo mataran. ¿Había participado en el robo? ¿Había descubierto a quienes lo hicieron y por eso le quitaron de en medio? Y si fue así… ¿por qué no le quitaron la llave?

Los pensamientos del alcalde, no obstante, parecían seguir otro camino.

—¿Quién más, aparte de vos, sabe que la llave la tenía el chico muerto?

—Supongo que la única persona que podría saberlo —había contestado él con tranquilidad— es la que lo mató.

—Ya entiendo —había asentido el alcalde—. Por eso os atacaron ¿no es cierto? Alguien pensó que si vos teníais la llave, es porque estabais al tanto de todo, de lo del robo y de lo del asesinato.

—Eso supongo —había sonreído él. Y, ante el silencio de alcalde, había acabado preguntando—. ¿Casa esto con vuestras sospechas? Hace un rato me habéis dicho que teníais una idea bastante clara de quién era la persona que había robado los caudales. ¿Creéis posible que esa persona sea la misma que mató al aprendiz y que me atacó a mí?

El alcalde había dudado. Era obvio que la idea no le convencía y don

Alonso, impaciente, no le dejó seguir vacilando.

—Alcalde, supongo que os dais cuenta de que no tenemos mucho tiempo. Me han llegado rumores de que quieren meter en el ayuntamiento al herrero… Imagináis el motivo, ¿verdad? —Juan Moreno había asentido todavía luchando con sus dudas, y don Alonso había seguido hablando sin contemplaciones—. Meter al herrero en el ayuntamiento es la forma más fácil de asegurarse de que nadie le culpe de nada. Entendedme. No estoy diciendo que el herrero matara al chico, ni que Gerena y los suyos tengan la culpa de nada. Lo que sí sé es que con ellos en el ayuntamiento el asunto quedará zanjado. El robo, la muerte del aprendiz… ¡todo! ¿Pensáis permitirlo?

—¿Yo? —se había defendido el alcalde—. ¿Qué puedo hacer yo? Mañana ceso en mi cargo. No puedo hacer nada.

—Claro que podéis —había dicho él con rotundidad—. Tenéis vuestro voto. Usadlo.

Y el alcalde, piensa ahora don Alonso, lo había logrado. No sabe el de Oviedo cómo, porque el día anterior le explicó, con toda sinceridad, que los votos ya estaban decididos. De algún modo, sin embargo, había conseguido que dos de los regidores lo siguieran y cambiaran su voto. La posición en que se han puesto a sí mismos haciéndolo es algo más que incómoda. Don Alonso no tiene más que mirarlos para darse cuenta. Juan Moreno parece tranquilo aunque no es difícil observar la tensión de su mandíbula y de sus hombros. En cuanto a los dos regidores… uno de ellos permanece inexpresivo y el otro se muestra como un manojo de nervios. Ambos buscan la mirada de Juan Moreno esperando encontrar en él, supone don Alonso, la fuerza de sus convicciones. Sí, un hombre extraño, ese Juan Moreno. Y valiente. No ha tenido que ser fácil plantarse ante todos sus vecinos y ante Gerena al que, si no se equivoca, le debe tanto, y cambiar el sentido de su voto. Más de uno lo interpretará como una traición. Y eso es peligroso sabiendo, además, que entre ellos hay alguien capaz, no solo de robar, sino también de matar a un niño.

Don Alonso pasea su mirada escrutando los distintos rostros que tiene ante él. Gerena mantiene la calma. Incluso se diría que intenta tranquilizar a los que tiene a su alrededor. Ese Gerena tiene aplomo y no es fácil que se deje llevar de la frustración o el nerviosismo. Está hablando con una mujer alta y de grandes ojos que gesticula con ademanes contundentes. A su lado, dos jóvenes muy parecidos. Uno de gesto hosco y malhumorado. El otro, parece perdido.

—Perdonad… ¿podéis decidme quienes son las personas que están con Gerena? —pregunta don Alonso a dos viejos que hablan excitados a su lado.

Los viejos interrumpen su conversación y le miran sorprendidos. Se yerguen para atisbar por encima de la gente.

—¿Esos? —dice uno de ellos.

—Son la Batanera y sus chicos —contesta el otro impaciente.

Los dos se le quedan mirando, y él se desentiende. Así que esos son la Batanera y sus hijos, se dice pensativo. A su memoria acuden algunas de las historias que le han contado desde que está en el pueblo e intenta conciliarlas con la imagen que tiene delante. La Batanera sin duda es una mujer de carácter. Sus gestos, su mirada, toda ella, transmite fuerza y decisión. A su lado, sus hijos quedan algo desdibujados. El de gesto hosco y malhumorado debe ser el herrero. Tiene un aspecto abrumado, a la defensiva, como esperando un ataque en cualquier momento. El otro… ¿cómo dijo la Sacristana que se llamaba? Luis. Luis el Carretero… Mientras lo contempla, el hijo de la Batanera empieza a alejarse. Tiene el rostro desencajado.

Don Alonso se vuelve hacia Gabriel Vázquez con nerviosismo.

—Vamos, Gabriel, acompañadme.

Luis el Carretero empuja a los que tiene alrededor, se escurre entre ellos casi con violencia, se escabulle como puede. Don Alonso y Gabriel Vázquez le siguen y ven que el muchacho llega hasta las puertas de la iglesia y las abre de un empujón. Durante un segundo, su silueta se queda recortada contra el cielo. Una figura a contraluz, oscura, de hombros caídos y cabeza gacha. El muchacho se ha detenido como si la luz del día le hiciera daño. Luego desaparece de su vista.

—¿Qué pasa? —pregunta Gabriel Vázquez.

—Si no me equivoco —contesta él—, ese chico está a punto de derrumbarse.

Luis, el carretero

Ha salido corriendo. Ha tenido que empujar a la gente, apartarlos de su camino, escabullirse, pensando que no sería capaz de llegar hasta la puerta de la iglesia. Temía oír su nombre, temía que pretendieran detenerlo, que alguien de pronto dijera «Luis, espera», y le asieran del brazo, o de los hombros, o sujetaran su camisa y casi sentía las manos sobre su cuerpo, casi podía sentir que le agarraban, y ha empujado sin ningún miramiento, rompiendo los corrillos, pasando por el medio, o por los lados, escurriéndose entre unos y otros, sintiendo la excitación de los que hablaban, oyendo sus comentarios, hasta que por fin ha llegado a las puertas y las ha abierto de golpe y ha salido a la plaza y el sol de la mañana le ha herido los ojos.

Y de pronto, tan cegadora como la luz del sol, la certeza dolorosa de siempre.

—Nadie ha pretendido detenerte, nadie ha dicho tu nombre, nadie te ha sujetado.

Y lo mismo que hace un segundo temía, de pronto, le daña.

Luis cierra los ojos unos segundos e intenta recuperar la respiración. No sabe dónde ir. La urgencia que le ha llevado hace unos segundos a salir corriendo ha desaparecido y ahora se encuentra plantado en medio de una plaza solitaria, sin saber qué hacer. Acaba por echar a andar, no porque sepa a donde ir, sino por miedo a que empiece a salir gente de la iglesia y le vean… Rodea el edificio y desemboca en la plaza del Caño, que odia, que no soporta ver, y como no lo soporta se queda parado mirando ante sí. ¿Qué está haciendo? Debería volver, esperar que salgan su madre y Alejandro. Y la escena se le dibuja en los pensamientos. La Batanera, impaciente, los brazos en jarras:

—¿Se puede saber qué te pasa?

Le mirará con esos ojos que lo atemorizan y él se quedará sin saber qué decir. Las pocas palabras que salgan de su boca, a trompicones, terminarán por hacer que madre pierda la paciencia. Pura impaciencia ante su

tartamudez, ante su indecisión. Pura impaciencia que a él le convertirá en un ser cada vez más incapaz, hasta que ella, con desprecio, aparte la vista.

Como aquella noche.

El regidor había llegado nervioso, con el rostro desencajado y les había contado que el aprendiz le había visto abriendo la caja de los caudales. Madre se había puesto furiosa.

—Si ese chico habla nos llevará a la ruina.

Y Alejandro había salido corriendo y madre se volvió hacia él con la impaciencia pintada en la cara. ¿Por qué? Él no había robado los caudales, como el regidor, ni les ponía en peligro a todos, como el aprendiz, ni había hecho ninguna llave, como Alejandro. Pero su madre, a quien miraba con exasperación era a él. Estaba fuera de quicio y le gritó que se fuera, que buscara a Alejandro que había salido minutos antes, hecho una furia.

Él obedeció. Siempre la obedece. Siempre, desde que era un niño. Desde que la vio bajar de aquel carro en que la había traído padre y pensó que, de nuevo, tendría una madre que velaría por él y lo protegería. Le había parecido tan hermosa al verla. Tan fuerte. Se había bajado del carro de un salto, remangándose las faldas.

—¿Qué tenemos aquí? —había dicho, los brazos en jarras y una sonrisa en el rostro. Sus ojos no se detuvieron en él lo suficiente para que le diera tiempo a contestar. Su mirada había huido tan rápido como los pájaros del huerto, que echaban a volar apenas él se acercaba.

Y mientras él la miraba como quien mira la tierra prometida, ella paseaba sus ojos por lo que iba a ser su nuevo hogar: la casa baja, de techo combado y fachada blanca, el corral donde padre ya estaba metiendo las mulas, el camino que llevaba hasta el Pozo Dulce, las eras que se abrían más allá. Fue Alejandro el que lo estropeó todo, como de costumbre. Padre, que había vuelto del establo, había pasado su brazo por la cintura de su nueva esposa con ademán de propietario y sin mirarlos, a él y a su hermano, les había dicho que desde ese día ambos volvían a tener madre.

—Esa no es mi madre — dijo Alejandro con desprecio.

Padre intentó hacerle entrar en razón y ella, al escucharle, se echó a reír mostrando unos dientes fuertes y blancos que a él le parecieron lo más hermoso que había visto nunca.

—Déjale, ya se irá acostumbrando —le dijo a padre y levantó la mano tal vez con intención de acariciar el pelo de ese hijo que se le resistía.

Alejandro se revolvió como una víbora y quiso golpearla. Su nueva madre le sujeto el brazo con una mirada de advertencia que a él le puso sobre aviso. Intervino padre, Alejandro siguió forcejeando, madre acabó perdiendo la sonrisa y en un segundo el momento perfecto en el que madre volvía a sus vidas saltando alegremente de un carro, se convirtió en un infierno.

Claro, no era su madre de verdad, eso él ya lo sabía. Pero solo tenía cinco años y la imagen de su madre muerta se había ido difuminando en

sus recuerdos dejando solo un vacío que le hacía daño. Un vacío interminable, porque habían pasado los años y allí seguía él con su vacío, igual que seguía Alejandro con su ira, y madre con su mirada siempre a punto de levantar el vuelo. Su madre nunca lo ve más que de pasada, un segundo, un instante, lo que dura la orden seca, el comentario despreciativo, el insulto.

—¿Qué haces ahí parado como un imbécil? Por el amor de Dios, ¡muévete! ¡Busca a tu hermano y tráelo!

Buscar a Alejandro. A veces tiene la sensación de que no ha hecho otra cosa en su vida.

Aquella noche, sin embargo, no estaba solo. Le acompañaba Agustín González, el procurador, que parecía tan nervioso y ofuscado por los gritos de madre como lo estaba él.

Los dos salieron de casa y se dieron de bruces con la noche. Las ráfagas de viento les metió el frío en las entrañas en menos de un segundo. Caminaron uno junto al otro por las calles desiertas, tropezando cuando las nubes oscurecían la luna.

—¿Qué hacemos? —dijo el regidor con la voz temblorosa a causa del frío— Ese loco puede estar en cualquier sitio.

Decidieron separarse. El regidor miraría en la fragua, en la plaza de la iglesia y en la de Abastos, él se llegaría hasta la fuente. Se recuerda bajando las estrechas calles azotadas por el viento, luchando contra la oscuridad y el miedo, mordiendo la impaciencia y el resentimiento. De vez en cuando un rayo rasgaba el cielo y, a lo lejos, sobre los campos, retumbaba el trueno.

Se detuvo al llegar a la fuente. Durante unos segundos apenas distinguió nada. Luego, oyó ruidos cerca del Barranco. Los troncos que coronaban un montón de leña, resbalaban unos sobre otros. Se acercó a mirar y cuando ya estaba a un paso, la luz blanquecina de un relámpago iluminó la escena: la plaza destartalada y desierta, la esquina de las últimas casas, el montón de leña… y una figura menuda que buscaba refugio entre los troncos.

Luis se tapa los ojos con las manos. No, no soporta ver esa plaza, ni siquiera cuando la ilumina la luz del sol, como ahora, y parece tan inocente. Si pudiera olvidarlo todo. Si pudiera dejar de ver en su mente, una y otra vez, lo mismo. Se siente encadenado a aquella noche. Ligado para toda la eternidad a una única escena. Tal vez eso es el infierno: el ruido de los golpes, la carne rompiéndose, la sangre, los gemidos. Una y otra vez, para siempre jamás.

Cuando siente una mano en su hombro, se sobresalta. A su lado, el forastero que según Agustín González ha venido al pueblo a por ellos.

—Eres Luis, ¿verdad? Luis el Carretero.

Luis le mira a los ojos y ve una expresión amable. Detrás de él, otros hombres. El alcalde de Torrijos, tal vez, que le han dicho que está en el

pueblo, y algunos criados. Un mozo de cara pálida le mira a los ojos. No soporta los ojos del chico como no soporta la visión de la plaza, y aparta la mirada.

Le dicen que los acompañe y no encuentra ni motivos ni ganas para negarse. Comienzan a andar hacia la iglesia y, al darse cuenta, siente un retortijón de miedo. En la iglesia estará madre con su mirada impaciente. Y Alejandro. Y Agustín González. Y tanta gente. Se para y el forastero le tranquiliza. Se sientan juntos en un poyete de piedra junto al muro de una casa cercana. Frente a ellos, la plaza del Caño. No quiere mirarla. Tampoco quiere mirar a los que le rodean, en especial al mozo que va con ellos. ¿Tendrá que ver ya para siempre el terror en la mirada de cualquier niño?

—¿Por qué no nos cuentas qué pasó aquella noche? —dice el forastero.

—¿Qué noche? —pregunta él. Como si hubiera otras noches, como si hubiera otras historias que contar.

—¿Conocías al aprendiz? —le encamina el caballero. Y él piensa que Agustín González tiene razón y que, por el motivo que sea, ese hombre lo sabe todo.

—Lo conocía de vista —contesta—. Lo había visto a veces ayudando en las misas. O haciendo recados.

—Me han dicho que le gustaba meter las narices en todas partes.

Él mira sorprendido a su interrogador. Casi siente deseos de sonreír. ¿El aprendiz era curioso? ¿Metía el hocico en los asuntos ajenos? ¿Por eso vio al procurador en la capilla del Santo?

—Pilló a Agustín González abriendo el arca de los privilegios —reconoce sin darse cuenta.

—¿Y qué pasó entonces?

¿Qué pasó entonces? Que comenzó la pesadilla. ¿Cómo puede explicárselo al caballero? En su mente vuelve a ver a su madre furiosa y a Alejandro gritando y al procurador lamentándose y diciendo que acabarían todos presos. ¿Todos? Él no había hecho nada. Ni siquiera, hasta aquella noche, había sabido que su madre y el procurador estaban escamoteando el dinero del ayuntamiento. Se había enterado oyéndoles acusarse, echarse la culpa el uno al otro. Y Alejandro, que parecía tan ajeno, era quien había hecho la llave del arca. ¿Por qué la hizo?

—¿Tú no sabías nada? —se extraña el forastero.

Y él siente que la sangre le hierve en las venas. No, no sabía nada, por eso es todo tan injusto. No sabía nada y su madre le miraba con esa mirada ambigua y llena de impaciencia que a él le daña. Alejandro salió corriendo. El procurador se lamentaba al borde de las lágrimas y su madre le miraba esperando algo. ¿El qué? ¿Qué esperaba su madre de él? «Acabaremos todos presos», «hay que hacer callar al aprendiz», «si habla estamos perdidos»… El tormento, la cárcel, el destierro. Agustín González desgranaba los horrores de un futuro en el que le incluían. Y su madre, volviéndose hacia él, tajante, poderosa:

—Por el amor de Dios. No te quedes ahí parado como un imbécil. Vete a buscar a Alejandro.

—Salimos a buscarle —le cuenta al caballero—. La noche era muy oscura y no llevábamos ni siquiera una lámpara. El regidor fue a la fragua y yo bajé hacia la plaza del Caño. Y lo vi.

—¿Al aprendiz?

Él asiente

—Al principio no me di cuenta de quién era. Solo vi una figura al lado de la fuente, que se agachaba como escondiéndose. No podía ser Alejandro porque era demasiado menudo. Luego, el viento apartó las nubes durante un instante y pude ver, a la luz de la luna, que era el muchacho.

—¿No te extrañaste al verlo?

No. ¿Cómo iba a extrañarse? Habían estado hablando del chico, era la causa de sus problemas, estaba en los pensamientos de todos: hay que buscarle, convencerle para que no cuente nada, persuadirle, hacerle callar. Y de pronto estaba ahí, en medio de la noche, en medio de la tormenta. Y a él, mientras lo veía refugiarse cerca de la fuente, le parecía tener delante a su madre, los brazos en jarras, inquiriéndole con dureza:

—¿Es que no piensas hacer nada?

¿Hacer el qué? Y el temblor, el miedo, esa angustia inmensa, ese no saber qué hacer para no decepcionarla.

Luis se aprieta las sienes con las manos. Está cansado. Y le duele la cabeza. Quisiera que acabara ya todo.

El forastero le dice algo que no entiende, que ni siquiera le importa. Le mira con ojos amables y Luis se extraña. Hubiera esperado que le mirara con severidad, con enfado, con impaciencia. Pero, ¿con amabilidad? No sabe qué hacer con ella, porque además, esa mirada paciente, casi comprensiva, le pone un nudo en la garganta.

—Así que el aprendiz estaba allí —resume el caballero con voz suave —, junto a la leña…

Junto a la leña. Agazapado, iluminado por la luz intermitente de los relámpagos. Y de pronto, las imágenes toman fuerza y se aceleran y se superponen unas a otras. Y la pesadilla empieza otra vez.

En su cabeza estaba Agustín González, tembloroso, gritando que el aprendiz suponía un peligro para todos. Estaba la imagen de su madre, tal y como la había visto un rato antes, diciendo que tendrían que conseguir que el chico callara lo que sabía. Estaba Alejandro que se enfadaba y corría y él tenía que salir a buscarlo. Estaba la noche y la tormenta. La luz de la luna pintando sombras entre las nubes. El viento que gemía y les empujaba. El frío. Y la urgencia. Una urgencia que no sabe de dónde procedía y que, de pronto, se le había metido dentro haciendo que su corazón galopara como loco. Había que hacer algo, deprisa, rápido… ¿Qué? ¿Qué tenía que hacer? «Deja al chico». ¿Lo dijo él? ¿Se lo dijo a sí mismo al darse cuenta de que corría hacia el Barranco, llevado por las alas negras de su capa que

ondeaban con furia a su alrededor? El aprendiz se asustó y salió corriendo. ¿Cómo no se iba a asustar al verle aparecer así, en medio de la noche? Tendría que haberse acercado despacio, haberle llamado por su nombre.

—Maldito inútil. ¿Es que no sirves para nada?

El aprendiz corría. Las ramas de los árboles se agitaban como brazos. Rugía el viento.

—Cuidado, no lo dejes escapar.

—Madre, solo es un niño, ¿no lo ves? Solo es un niño.

Le faltaba el aire. Miraba a su alrededor y solo veía negrura, ¿Dónde se había metido? Y de pronto allí estaba de nuevo, a un paso de él, tropezando, luchando por levantarse.

—Detenlo. ¡Detenlo!

—Ese chico nos buscará la ruina.

El viento furioso le empujaba. Y la noche. Y las nubes, que corrían espantadas por el cielo. Había cogido una rama del suelo y cuando el aprendiz se puso a su alcance, intentó detenerlo. La madera transmitió a sus manos, como si le hablara, el impacto del golpe, la carne que se abría, la sangre que salpicaba. Imaginó el dolor. Dios. Dios. ¿Qué había hecho? Solo quería detenerlo. El chico gemía. Le había hecho daño y no podía soportarlo. No podía soportar sus ojos aterrorizados, ni su lamento, ni sus torpes intentos de levantarse. No podía soportarlo. Levantó la rama y golpeó otra vez y otra y otra. Hasta que ya no oyó nada. Ni los gemidos del aprendiz, ni las voces de su madre en el pensamiento, ni el viento a su alrededor. Ni siquiera los truenos que retumbaban sobre los campos. Nada.

Solo un silencio atronador.

Escalonilla, 29 de diciembre de 1535

Hernán, el testigo

Hernán se ha ocupado del equipaje de don Alonso. Ha guardado sus ropas y recogido sus objetos personales. Uno de los criados de Gabriel Vázquez se lo ha llevado todo para cargarlo en las mulas. Él, en la habitación de casa de los Zumaquero en la que han dormido durante los últimos días, ha terminado de meter en una bolsa de mano lo que el caballero le ha indicado que quiere llevar personalmente. Luego, se ha sentado sobre la cama a esperar. Ha contemplado lo que le rodea algo sorprendido, porque la habitación, de pronto, ya no le parece la misma, como si hubiera perdido su personalidad. Es solo una habitación desangelada y extraña. Marina, en la cocina, le ha visto entrar y salir ocupándose de recogerlo todo y le ha ofrecido, con su sonrisa cálida, un tazón de leche, haciéndose un gesto para que se sentara con ella junto al fuego. Hernán ha declinado la invitación y ha vuelto al dormitorio aunque ya no tiene nada que hacer.

Don Alonso y Gabriel Vázquez se marcharon a primera hora a la Casa de la Justicia. Tenían todavía varios asuntos pendientes antes de partir y allí les estaban esperando los alcaldes, Germán el Mozo y Juan Moreno. El día anterior los dos estuvieron, hombro con hombro, escuchando la sorprendente historia que les contó don Alonso mientras, a su lado, cabizbajo y silencioso, esperaba Luis el Carretero. Hernán tiene su imagen grabada a fuego en el alma. Le había visto sentado, con los codos sobre las rodillas y la cabeza hundida entre las manos, tan derrotado, tan entregado, que casi daba lástima verlo. Hernán había tenido que repetirse, una y otra vez, que aquel hombre que tenía delante, con su aspecto triste y vencido, era en realidad el asesino que mató a golpes a Diego. Y ni así lograba creérselo del todo, aun habiendo escuchado la confesión de sus propios labios. Hernán recuerda cada una de las palabras:

—Cogí una rama del suelo… Solo quería detenerlo… No podía soportarlo… Levanté la rama otra vez. Y otra. Y otra…

Hernán se estremece. Le parece oír los golpes tal y como los había oído

la noche en que ocurrió todo. El Carretero había golpeado a Diego hasta matarlo. Sin compasión. Sin piedad. Sin ninguna razón.

Le habían escuchado contarlo, sentados a la espalda de la iglesia. Luis el Carretero, había hablado durante minutos eternos, la vista fija en la fuente. Había hablado con voz baja, como para sí mismo, y todos le habían escuchado en silencio. Hernán no podía apartar los ojos de él. Las palabras apenas susurradas le habían arrastrado, otra vez, a la noche en que murió Diego. Solo que en aquella ocasión lo vio desde otros ojos: la plaza oscura, las ráfagas de viento, los destellos de luz blanca de los rayos, las sombras, los truenos... Al lado de un muro cercano, una pila de leña, unos troncos que caen, una figura que se mueve, que huye…

—Solo quería detenerlo…

Un golpe, un grito.

—No podía soportarlo...

Un gemido.

—Levanté la rama otra vez y otra y otra…

Hernán, con un estremecimiento, se levanta de la cama en la que ha estado sentado y se acerca a la ventana. Pasea la vista por lo que tiene delante. La plaza irregular, la iglesia sólida y envejecida, la Casa de la Justicia donde estarán don Alonso y Gabriel Vázquez. Un poco más allá, la herrería, silenciosa y cerrada. No hay nadie en la calle, ni viejos viendo pasar la mañana, ni mujeres apresuradas con el cántaro a la cadera, ni niños alborotando, ni viejas de negro camino de la iglesia. Nadie. Nada.

—Qué distinta de la plaza de ayer —piensa Hernán.

Porque el día anterior, la plaza había sido una locura de voces, de gritos y exclamaciones, de preguntas y desconciertos. El cabildo se había interrumpido a mitad de las votaciones. Lo había interrumpido el propio don Alonso acercándose a Juan Moreno y susurrándole algo al oído. Juan Moreno había tenido un instante de indecisión antes de levantarse y abandonar el banco para dirigirse, acompañado de don Alonso, hacia la puerta. Antes de alcanzarla, sin embargo, había retrocedido y había buscado entre la gente a Germán el Mozo. El alcalde antiguo y el nuevo, juntos, porque uno no había sido todavía cesado y el otro ya había sido elegido. Todo el mundo había salido tras ellos y habían visto, con asombro, al alcalde de Torrijos y a sus dos criados, escoltando a Luis el Carretero de camino a la Casa de la Justicia. El alguacil, el antiguo, porque al nuevo aún no lo habían votado, tuvo que correr para abrir las puertas a aquella extraña comitiva. Todos hablaban a un tiempo y preguntaban qué estaba ocurriendo. Ellos entraron en la Casa de la Justicia y cerraron las puertas a sus espaldas.

Solo un segundo, porque las puertas volvieron a abrirse al instante empujadas con violencia por la Batanera.

—¿Qué pasa aquí?

Luis, al oírla, había levantado la cabeza. No lo había hecho con las

preguntas de don Alonso ni con la presencia de Juan Moreno y Germán el Mozo, pero las tres palabras de la Batanera habían atravesado su coraza haciéndole levantar los ojos. Con miedo. Con esperanza.

—Madre…

A Hernán, la Batanera le había impresionado. Era como las tormentas violentas del verano, como los huracanes. Era la naturaleza indómita y furiosa. Se había colocado delante de su hijo, poniendo su cuerpo como escudo entre él y la justicia. Y se había encarado con don Alonso y los alcaldes, con el mentón alzado y los ojos firmes. Había exigido y protestado y desechado las acusaciones y atacado y, en algún momento, entre tanta pasión y tanta fuerza, se había arrodillado ante su hijo y había buscado sus ojos.

—Tú no te preocupes, no dejaré que te pase nada, ¿me oyes, hijo? No te va a pasar nada.

Luis, al escucharlo, se había estremecido. Se diría que cada palabra le hacía daño en algún lugar muy profundo. Y Hernán había pensado, con rabia, que ojalá las palabras pudieran golpear de verdad, con la misma contundencia con la que él había golpeado a Diego. Y una vez que dejó salir ese sentimiento, ya no pudo parar.

—¿Por qué? ¿Por qué le mataste? No lo entiendo.

Su voz había resonado en la estancia como con eco. Todos se habían vuelto a mirarle y Luis el carretero se había estremecido como si le hubieran pegado. El único que ha pegado es él, pensó Hernán. Dejó caer un palo sobre Diego una y otra vez hasta matarlo. La injusticia de todo aquello, la tremenda e irremediable injusticia de todo aquello, le había arrasado con tanta violencia que creyó que iba a ahogarse.

—No te había hecho nada. ¿Por qué le mataste?

—Ya basta, Hernán ¬—don Alonso lo había dicho con su voz suave y autoritaria, mirándole a los ojos. Él no se dejó convencer. Esta vez no. Le daba igual todo. La serenidad absurda de don Alonso, si estar sereno suponía aceptar lo inaceptable, o la autoridad de Gabriel Vázquez, tan lejano, revestido con ese manto invisible de quien representa a la Justicia. ¿Qué justicia?, se preguntaba él, ¿dónde estaba la justicia en ese momento, con el asesino que había matado a Diego sentado ante ellos y los demás mirándolo en silencio?

—No suponía ningún peligro —seguía diciéndole él a aquel hombre que ni siquiera era capaz de mirarlo a los ojos— Diego se hubiera ido del pueblo y no hubiera vuelto jamás, ¿lo entiendes? ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Hernán toma aire al recordarlo, intentando así deshacer el nudo que tiene en el pecho.

Ante sus voces, ante su desesperación, don Alonso le había cogido por los hombros, y él se había soltado de un manotazo. De pronto, don Alonso le parecía tan culpable como el Carretero. Culpable de querer mantener al

asesino de Diego alejado de su ira. Culpable por estar sereno y con su serenidad exigirle a él que olvidara la impotencia y la pena y la rabia. Culpable porque había ordenado a los criados de Gabriel Vázquez que le acompañaran a casa y él tuvo que irse con todos sus sentimientos a cuestas.

Tal vez es eso lo que no le perdona a don Alonso. Que le alejara de ese modo. Le dejó solo con unos sentimientos con los que no sabía qué hacer y, por la noche, cuando volvió a la casa acompañado de Gabriel Vázquez, se limitó a mirarle con sus ojos serenos. Hernán le escuchó hablar con Gabriel Vázquez y supo que se habían suspendido las votaciones, que Juan Moreno y Germán el Mozo habían acordado actuar juntos, que el procurador, Agustín González, había pretendido huir y había sido apresado, que la historia se había ido aclarando por las confesiones de unos y de otros...

Hernán suspira. Se acerca a la ventana y levanta la vista hacia el cielo, lleno de nubes grises, pesadas, tan espesas como sus pensamientos. Está cansado de esperar, cansado de tener que tragarse las lágrimas. Cansado de todo.

A sus espaldas, oye a Marina.

—Vamos, Hernán, ya os vais.

En el patio atiborrado de los Zumaquero están don Alonso y Gabriel Vázquez despidiéndose de Antón, de Suárez de Figueroa, del cura y de alguna otra persona que Hernán ni siquiera mira. A través del portón abierto, puede ver las mulas con los arreos ya puestos y el equipaje cargado y a los criados de Gabriel Vázquez sujetándolas y esperando. Él también espera en silencio.

Durante unos minutos se suceden las frases amables y las despedidas. Don Lorenzo estrecha la mano de don Alonso y ambos se golpean la espalda con afecto. Don Fermín, el cura, parece compungido y les da su bendición. Hernán se pregunta dónde estarán Juan Moreno y Germán el Mozo. Y Pedro de Hinojosa y el «Condenao» y Germán el Viejo… De los demás, no quiere saber nada. No quiere saber dónde está el Carretero, ni la Batanera, ni el procurador Agustín González. No quiere saberlo, no le importa. Ya no le importa nada. Marina, sin embargo, cuando ya se marchan, le pasa la mano por el pelo y le sonríe y él, en un impulso que no quiere analizar, la abraza con torpeza durante un segundo, marchándose luego sin mirar atrás.

Se van. Hernán lo mira todo como desde la distancia. La inquietud impaciente de las mulas, las voces de los criados, el sosiego con el que monta don Alonso, el refunfuñar de Gabriel Vázquez, los vecinos silenciosos que observan su partida. Un poco desordenadamente echan a andar. A la puerta de la iglesia, una mujer arrebujada en su manto, la Sacristana, les hace una seña de despedida. Unos cuantos viejos sentados en un poyete de piedra les miran pasar. Tal vez alguno de ellos sea Germán el Viejo.

Dan la vuelta al edificio de la iglesia y se dirigen hacia la fuente. Los cascos de las mulas, que se alborotan un poco cuando huelen el agua, resuenan contra las piedras. Los criados las arrean el corto tramo, cuesta arriba, que enlaza con la Cañada Real. Una vez que la alcanzan se extiende ante su vista la inmensidad vacía y solitaria de la meseta, el horizonte infinito, el cielo interminable. Hernán se había propuesto no mirar hacia atrás pero no puede evitarlo. Ve las casas arremolinadas alrededor de la iglesia envejecida, ve el espacio despejado de la plaza del Caño, el barranquillo donde desagua, el camino que se aleja hacia la Huerta del Rey…

Siente que alguien se detiene a sus espaldas. No tiene que mirar para saber quién es.

—Hernán…

Las lágrimas se le acumulan en los ojos, dolorosas, calientes, haciendo que lo vea todo borroso. El nudo que tiene en la garganta le duele como si fuera de fuego.

—Me mentisteis, señor —le dice con voz ronca al caballero que se ha parado a su lado—. Me dijisteis que todo se arreglaría y era mentira. No podéis devolverle la vida a Diego. Tampoco podéis cambiar lo que está pasando en el pueblo —y con repentina dureza, volviendo sus ojos hacia don Alonso, añade—. No podéis hacer nada.

No responde don Alonso. Se queda silencioso con la vista perdida en ese pueblo como dormido que reposa ante ellos.

Hernán sabe que sus palabras han sido injustas y que ha herido con ellas a don Alonso. No se engaña a sí mismo, lo ha hecho con toda intención. ¿Puede uno librarse del dolor que siente, causando dolor? Si es así, él no es tan diferente del asesino de Diego… Con angustia, ve que don Alonso tira de las riendas dispuesto a alejarse. Busca con desesperación algo que decir para retenerle.

—¿Qué va a pasar ahora, señor?

—¿En el pueblo? —pregunta don Alonso. Hernán asiente y don Alonso afloja las riendas. Contempla, como él, ese pueblo arremolinado en torno a la vieja iglesia—. Se designará un juez instructor para que dé inicio a las diligencias oportunas y lleve a cabo las investigaciones e interrogatorios necesarios. Con estas probanzas irá fijando las responsabilidades de cada uno. Cuando termine, dictará sentencia.

—¿Y las elecciones?

—Quieren continuarlas hoy o mañana en el punto en que fueron interrumpidas… No creo que puedan hacerlo porque uno de los electores, Agustín González, está preso. Además, es posible que Gerena y los suyos aprovechen para pedir al corregidor o al alcalde mayor de Toledo la impugnación de las votaciones que ya se han realizado.

Hernán escucha a don Alonso mientras su vista sigue acariciando el paisaje que tiene delante. ¿Por qué ha preguntado? ¿Tanto le importa lo que

va a pasar en Escalonilla?

Sí, sí le importa.

A su cabeza acuden imágenes sueltas, desordenadas: Germán el Viejo, volviendo cada día a Casas Albas, El Condenao, arrastrando su condena, Hinojosa, sus telares y su hija extraña, Marina diciendo adiós al Zumaquero que se aleja subido en un carro, la Sacristana y su mirada sabia, Germán el Mozo y Juan Moreno, juntos, Gerena calculando sus posibilidades, don Lorenzo algo triste por un pueblo que jamás será suyo, don Fermín subido al púlpito, Bartolomé Pérez contemplando la belleza de la tierra… Y también, el Carretero, vencido, doblado sobre sí mismo y sobre su pena, y la Batanera, fiera, arropando a su hijo con la mirada, y Agustín González con sus miedos y sus soledades, y el herrero, golpeando el yunque como si golpeara a la vida.

Y Diego. Diego que descansa para siempre en aquella iglesia que arracima a su alrededor las casas del pueblo.

Hernán respira hondo y se traga su pena. Con timidez, se vuelve buscando los ojos de su amo.

— Algún día volveremos, ¿verdad, señor?

La respuesta tarda en llegar. Finalmente, don Alonso responde con esa voz serena que a Hernán le apacigua.

— Claro. Algún día…

Nota de la autora

Una novela histórica tiene la obligación de situar a sus personajes en un contexto real y en un momento concreto del pasado. En nuestra novela, ese contexto es Escalonilla, un pueblo de Toledo que actualmente tiene unos 1500 habitantes, y el momento elegido, los últimos días del año 1535. La mayor parte de los personajes y muchos de los acontecimientos narrados en esta novela están tan documentados como cualquier otro hecho histórico. Y como es de justicia señalarlo, aquí están los datos:

Por una ejecutoria de la Real Chancillería de Valladolid conocemos a Juan Moreno Bartolomé Pérez y Francisco Suárez, alcalde, regidor y escribano de Escalonilla, y sabemos que «*están hechos dueños de las elecciones y nombramientos de justicias por tener los dichos oficios personas de su bando de más de nueve años a esta parte y nombrarse unos a otros, de que se siguen y han seguido grandes inconvenientes y daños, ansí en la administración de los propios como del pósito y no se administra justicia como debe…*». Estos hechos son posteriores al año 1535, pero nos hemos permitido la licencia de situarlos en este momento porque ejemplarizan muy bien lo que era la política municipal en estos tiempos.

Por un documento del Archivo General de Simancas sabemos que los vecinos de Escalonilla mantenían un pleito con don Carlos de Gerena, «*… sobre las prendas que nos hizo injustamente de nuestros testimonios*». No aclara mucho más dicho documento sobre la naturaleza de tal pleito, aunque fue de la suficiente envergadura para que todo el Consistorio junto con «*…muchos buenos omes, vesinos del dicho lugar, todos juntamente por nos e en nombre de todos los abitantes…*», discutieran sobre tan importante cuestión, «*a campana tanyda, como lo avemos de uso*». La decisión fue «*poner demanda o demandas o denuncias*» a Gerena por «*injusticias que nos fiso el dicho señor don Carlos*». Este documento está fechado en 1514, por lo que las demandas tuvieron que ser interpuestas por un ayuntamiento bastante anterior al de nuestra narración, tal vez aquel al

que perteneció Germán el Viejo, que siempre estuvo enemistado con Gerena.

Por un documento del Archivo Histórico Nacional conocemos a Juan Sánchez, vecino de Escalonilla, que en el año 1558, fecha del documento, llevaba 26 años sin confesarse. En la fecha en que trascurre nuestra novela, 1535, solo llevaría tres años sin confesión. El motivo por el que Juan Sánchez renuncia a confesarse y el apelativo que le hemos dado, el «Condenao», no son más que apreciaciones personales sobre un hecho real.

Por las Relaciones Topográficas de Felipe II relativas a Escalonilla conocemos a «*Germán Sánchez el viejo, e Gregorio Vela e Pero Ximenez el viejo, vecinos de este dicho lugar, porque son personas antiguas e honradas e de buenos juicios y entendimientos e paresce que tengan memoria*...». Como las Relaciones se hicieron en 1576, estos ancianos elegidos para informar sobre las cuestiones del pueblo, serían jóvenes en la época de nuestra novela, que transcurre 41 años antes, en 1535. Germán el Viejo, por tanto, en nuestra novela sería todavía Germán el Mozo y lo mismo cabe decir de Gregorio Vela y Pero Ximenez.

También por las Relaciones Topográficas conocemos a Lorenzo Suárez de Figueroa del que se nos dice: «*no hay casa de solar ni linaje que no sea, sino es la del dicho Lorenzo Suarez de Figueroa*». De él nos cuentan que «*es comendador de la orden de señor San Juan, y es vecino de Toledo, e ayo del Marqués de Villena, y tiene una casa en este lugar*». Como en el caso anterior, hay que tener en cuenta que nuestra historia transcurre 41 años antes, por tanto en nuestra novela don Lorenzo todavía no había enviudado ni había tomado el hábito de San Juan.

Las Relaciones Topográficas nos hablan de otro caballero que viene de Toledo a dar las varas de mando a los elegidos para formar nuevo ayuntamiento: «*y viene o envía a dar las varas en nombre de Su Majestad un caballero de Toledo, que se llama don Gutierre de Guevara, y este recibe el juramento de los oficiales que entran de nuevo*». En nuestra novela existe una cierta rivalidad entre este don Gutierre de Guevara y don Lorenzo Suárez de Figueroa. Es de suponer que dicha rivalidad pudo llegar a existir dados los intereses de ambos en la zona. Los Guevara, realmente, se hacían llamar señores de Burujón, Escalonilla y Gramosilla y, además, don Gutierre se acabó casando con una hija de Tello de Guzmán que, según las Relaciones Topográficas, era el dueño de la dehesa de Nohalos. En cuanto a don Lorenzo, ya hemos visto que tenía casa en Escalonilla y poseía algunas tierras en la zona.

Es curioso señalar, sin embargo, que Ruy Gómez de Figueroa, el primogénito de don Lorenzo Suárez de Figueroa, acabó poseyendo más tierras en Villamiel que en Escalonilla. La razón la conocemos por la escritura de constitución del mayorazgo, según la cual don Lorenzo heredó las tierras de Villamiel de su padrastro, Vasco de Acuña, comendador del Campo de Criptana, el segundo esposo de su madre. Así, por caprichos del

destino, no solo Nohalos no llegó nunca a ser de Lorenzo Suárez de Figueroa, sino que la mayor parte de las tierras vinculadas al mayorazgo ni siquiera estaban en Escalonilla.

Por la obra de Francisco A. de Icaza, Conquistadores y Pobladores de Nueva España, Diccionario Autobiográfico sacado de los textos originales, sabemos que entre 1540 y 1550 «*Alonso de Inojosa, dice ques natural del lugar Descalonilla, ques en el rreyno de Toledo e hijo legitimo de Pedro de Inojosa y de Inés Gonzalez, e que á doze años que salió de Spaña para estas partes*». El hijo de Pedro de Hinojosa, por tanto, fue el primer escalonillero del que tenemos constancia que partiera para América. Lo hizo muy poco después del año en que transcurre nuestra novela.

Posteriormente están acreditados otros viajeros y muchos de ellos recordados en un monumento que se levantó en el pueblo con motivo del V Centenario del Descubrimiento de América. Entre ellos está Alonso Zumaquero, que partió hacia América el día 23 de marzo de 1559. A sus padres, Antón García y Marina Díaz les hemos puesto el sobrenombre de los Zumaquero en su honor.

Más tarde, el 25 de octubre de 1572, salen juntas hacia el Nuevo Mundo varias familias. Entre ellas podemos encontrar a Juan de Hinojosa, que marcha con su mujer, María de Santiago, y sus hijos Alonso, María y Lucía; y Juan Moreno, acompañado de su mujer, Ana Pinel, y sus hijos Catalina, Juan y Gonzalo.

Dados los apellidos, es muy posible que estas familias fueran parientes de algunos personajes ya citados, como el alcalde, Juan Moreno, que estaba «*hecho dueño de las elecciones y nombramientos*», o Alonso de Hinojosa que, como acabamos de ver, fue el primer viajero a América del que tenemos constancia.

A través de los documentos del archivo municipal de Escalonilla nos consta la existencia de Alejandro Fernández Molina, el herrero, y los problemas en torno a su trabajo. El alcalde y 19 vecinos se reunieron con el fin de encontrar una solución ya que «*…el vecindario se halla mal servido del dicho Alejandro*», «*…ya por alterar los precios, ya por negarse cuando le acomoda a servir…*». El documento es posterior a la época de nuestra novela, aunque ilustra a la perfección cuáles eran los problemas cotidianos de un pueblo como Escalonilla.

Estos son solo algunos ejemplos de los datos reales e históricos que se han utilizado para la historia. Hay otros muchos.

Así, son históricos los despoblamientos de Casas Albas, pueblo de Germán Sánchez el Viejo, debido a la peste, y de Veragüe, lugar de nacimiento de Juan el «Condenao», debido a la langosta. Nohalos, la tierra con la que sueña Lorenzo Suárez de Figueroa, fue otro núcleo de población que quedó despoblado a finales del siglo XV. Casas Albas, Veragüe y Nohalos son las tres raíces de Escalonilla, citadas siempre por los historiadores locales.

La vejez de la iglesia tampoco es una invención. Según las Relaciones Topográficas de Felipe II, hasta 1558 no se pudo comenzar la construcción de una nueva iglesia que «*se anda acabando de hacer de limosna lo más*». Ni don Fermín ni la Sacristana pudieron llegar a verla, lo que no deja de ser una suerte para ellos porque en 1577, cuando ya estaba casi acabada, se vinieron abajo los arcos de la nave principal matando a 13 personas e hiriendo a 28.

La pujante industria textil de Escalonilla también es real y se cita en algunas obras históricas, como las Memorias políticas y económicas, de Eugenio Larruga y Bonete, de mediados del siglo XVIII. En ellas se dice que Escalonilla fue el primer lugar que tuvo fábrica de estameñas. La calidad de su fábrica era tan indiscutible que los veedores de Escalonilla tenían el privilegio de serlo también de toda Castilla.

Como no podía ser de otro modo, nuestra narración, además de estos datos históricos, contiene hechos y personajes inventados, fruto de la imaginación de la autora. Todos ellos han sido creados al servicio de una historia (con minúscula) que, aunque construida con mimbres reales, no deja por ello de ser lo que es: una ficción.

Cristina Palacio

Otros libros de Cristina Palacio

EL ÚLTIMO DESEO

En Torrijos, capital del Estado de Maqueda, están convencidos de que ha ocurrido un milagro: el cuerpo de la Señora de la villa ha desaparecido de su sepulcro. ¿Ha ascendido a los cielos tal como creen sus gentes?

Alonso de Oviedo intentará desvelar el misterio. Para ello tendrá que enfrentarse al silencio obstinado de los franciscanos, a la hostilidad o la incomprensión de los habitantes del pueblo y a Beltrán Gómez de Toro, que no está dispuesto a olvidar.

El último deseo es la historia de un amor que trasciende el tiempo. De una forma sencilla y llena de belleza, nos acerca a la vida del Torrijos histórico y noble del siglo XVI y de sus señores, Teresa Enríquez y Gutierre de Cárdenas.

EN BUSCA DE CLARA. DIARIO DE UNA ADOPCIÓN

Un larguísimo viaje a través del tiempo, del espacio y de los sentimientos: desde el deseo de tener un hijo hasta lograr abrazarlo, desde España hasta China, desde los miedos y las dudas hasta la serenidad y la aceptación.

En busca de Clara es el viaje personal de una mujer que quiere hacer realidad su sueño de ser madre, pero también una guía práctica sobre el proceso de adopción puesto que nos detalla los pasos a dar, la dificultad para tomar determinadas decisiones, la información disponible, las trabas del camino, la espera, el encuentro…

«*Hay ocasiones, contadas ocasiones, en que los sentimientos desbordan la capacidad de las palabras. Y la historia de Clara, la historia de todas las Claras, sea cual sea su procedencia y su destino, es, sin duda, una de ellas*». Jordi Sevilla, ex-Ministro de Administraciones Públicas.

En busca de Clara es «*una historia de amor, un relato escrito desde el*

corazón, un hermoso cuento de una madre a su hija sobre cómo llegaron a unirse sus existencias». Juan Merín, presidente de la Plataforma de Organizaciones para la Infancia.

GUILLE. ONDAS EN EL AGUA

«...contra viento y marea, contra cualquier pensamiento racional y responsable, decidí que tendría a mi segundo hijo»

Así, con una decisión, comienza una nueva aventura que en esta ocasión nos llevará hasta Etiopía, en busca de ese segundo hijo tan deseado. Un segundo hijo que trae consigo felicidad y alegría, pero también problemas y preocupaciones

Directo y sincero, tierno y vital, «**Guille. Ondas en el agua**» nos cuenta, no solo la llegada de Guille, sino también el día a día de una familia que tiene que enfrentarse a situaciones que todos conocemos como el síndrome del príncipe destronado, la muerte de un ser querido, las dificultades para llegar a fin de mes... y a otras que tal vez no conozcamos tanto, como el racismo, el abandono o la ausencia de la figura paterna.

Escrito con valentía y sencillez, «**Guille. Ondas en el agua**» continúa la historia que se inició cuando la autora fue «**En busca de Clara**».